La ESPAÑA REBELDE



LUNES DE REVOLUCION

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez

número 96, febrero 20, 1961

El dibujo de la portada fue hecho por Picasso

"Lunes" agradece su inestimable colaboración a los escritores españoles residentes en París —y en especial a Juan Goytisolo— sin cuya ayuda este número jamás se habría realizado.

Las ilustraciones que aparecen en esta edición son cortesía del Comité de Amnistía para los Presos y Emigrados Políticos. Las fotos fueron hechas por un notable fotógrafo español a quien conviene mejor permanecer en el anónimo.



LAS VERTEBRAS DE ESPAÑA

Había un viejo pequeñito oculto de la lluvia a la entrada de una tienda, en la Puerta del Sol. A su lado estaba un cazador esperando un auto que lo llevara fuera de Madrid. Eran las cuatro de la mañana. El viejo nos oyó hablar y preguntó que si éramos americanos. Cubanos, dijimos nosotros: nosotros éramos Ernesto Vera, Carlos Franqui y yo. Habíamos salido a recorrer Madrid de noche, a conocer a la gente en su habitación.

—De la tierra del Barbas —dijo el viejo. No tenía dientes. Al principio no entendimos lo que dijo, luego comprendimos que se refería a Fidel. El viejo nos contó que cuarenta años atrás había vivido diez en la Argentina, donde tenía una hermana, que podía haberse hecho rico en América, que había regresado por nostalgia, que ahora vivía mal: —Como todos —agregó.

Lloviznaba una lluvia de otoño, fría, tenaz y hablamos con el viejo. Estaba vestido casi con harapos, llevaba una corbata vieja anudada a una camisa que no era de cuello duro, pero que estaba abotonada como si lo fuera, creo que tenía un sombrero raído: de todas maneras ofrecía el aspecto de una miseria a la que el orgullo mantenía a raya y se podría decir que estaba lleno de remiendos, pero no que estaba roto. Se ofreció a llevarnos a comer churros y chocolate a una "lechería golfa". —Es de esas donde van la gente del pueblo bajo de Madrid— explicó.

Por el camino nos contó una historia entre picaresca y dolorosa de los esguinces que tenía que hacer para escapar a las mordidas del hambre: nos habló de la miseria de la vida en la ciudad, de la pobreza de los arrabales, del campo español lleno de terratenientes de vida lujosa y de campesinos hambreados. En un alto en la conversación exclamó:

—¡Aquí necesitamos un Barbas!

2

A la lechería llegaron dos o tres parejas. Al cabo se llenó de gente joven. El viejo pidió coñac. Cuando invitamos al chofer a tomar algo con nosotros, no dijo nada y se excusó para "aparcar el coche". Era un hombre joven: vestía muy pobremente, pero contrariamente al viejo, era callado.

—¿Cuánto hace usted al día? —le preguntó Ernesto Vera.

—Apenas para pagar las costas de la Fiat —dijo.

—¿No es suyo? —le preguntó Franqui.

....—Qué va a ser —dijo. —El coche es del dueño. Yo no tengo ni en qué caerme muerto.

—¿Y qué hará? —le pregunté. No entendió. Le pregunté que cómo haría para librarse de su miseria.

—Mire, usté —me dijo— esas son cosas mías, pero como ustées son extranjeros, les voy decir: no hay na que hacer.

—Algún remedio habrá —dije yo.

—Sí, pero mire —dijo y señaló a un letrero a su espalda que decía "Prohibido cantar". Luego se echó hacia delante, como quien tiene vergüenza de confiar un secreto: —Lo bueno que tiene esto es lo j   que se va poniendo.

3

En Madrid todo el mundo abre su puerta con dos palmadas: eso atrae a un sereno que tiene la llave de todas las puertas en esa cuadra. La puerta de nuestra pensión —una casa de huéspedes madrileña— fue abierta por un hombre viejo y taciturno. Le dimos las gracias. El hombre subió con nosotros la escalera. Ya ante la puerta de arriba, nos detuvo:

—Me da mucha pena —comenzó—, pero veo que son ustedes nuevos.

—Sí, hemos llegado hoy —le dijimos.

—Entonces tengo que pedirle mi propina. Lo siento, pero es lo único que gano.

—¿Cuántas horas está usted aquí?

—Pues, saque cuenta: desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana.

—Nueve horas.

—¿Y cuánto hace?

—¿Ganar? Pues depende de los huéspedes de esta pensión y de la de al lado. Saco unas ciento cincuenta pesetas a la semana. Pero me puedo considerar afortunado.

Cientos cincuenta pesetas a la semana son unos diez dó-



lares al mes: con eso vivía aquel hombre que tenía mujer, dos hijos y una nieta.

—¿Y cómo vive?

—Pues, muy mal, señor, ¡pero qué le vamos a hacer!

4

El cabaret Casablanca es conocido en todo Madrid. Allí van muchas parejas, que bailan incansablemente. También van unas muchachas solas, que no bailan: se pasan las noches sentadas. De vez en cuando dan una vuelta por el salón y cuando entra un hombre le dedican una mirada intensa o una sonrisa velada. Algunas son bellas, otras lo han sido alguna vez; todas son prostitutas. Hay bastantes prostitutas en el Madrid nocturno. Muchas visten bien y parecen alegres. Pero hay otras formas más dolorosas de la prostitución. En los servicios sanitarios del Casablanca —también en cualquier gran café de la Gran Vía— hay una vieja. Es ella la que trae las servilletas y las sirve por entre los hombres que orinan. A veces, acompaña a la toalla de papel una cajita: son preservativos.

—¿Qué piensa usted de esto? —le pregunté a una de estas viejas.

—Figúrese: hay que vivir.

—¿Pero no siente pena?

—Sí, señorito —me dijo. —Se me cae la cara de vergüenza, pero el único dinero que entra en casa es el que yo ganó aquí.

5

La pensión estaba atendida un domingo por la mañana por una mujer de mediana edad que en una ocasión —hace diez años— fue muy bella.

—¿Y para qué quiere ir a Toledo? —me dijo, cuando yo le pregunté la manera de llegar mejor a Toledo. —Ahí no hay más que piedra y miseria. Y ahora lluvia.

—Madrid es más bonito —le dije, conciliador.

—En Madrid hay menos piedras. Y además, Fabiola —y me tendió una revista que traía en la portada una foto de la novia real y española del real belga Balduino— para los bobos. Mire, usté —dijo, desplegando el magazine: "La bella novia llevará un trusó bordado en oro". Ella se borda en oro y nosotros nos apretamos el cinturón. Y es más fea que un mono de Goya.

—¿Y usted es la dueña de esto?

—¿Dueña yo? —dijo y se rió estrepitosamente: la risa era fingida. —Yo aquí lo que soy es una mula de carga. Mire usté: soy viuda (y no me he vuelto a casar no porque la Iglesia no lo aconseje, sino porque no he encontrao quien cargue conmigo), tengo una hija que está estudiando bachillerato, trabajo toda la semana en una oficina de taquimeca y los domingos hago este turno en la portería para ayudarme un poco. Y ni así.

—¿Y qué dice Franco de esto?

—No me hable usté del Generalísimo —y guiñó un ojo—, porque acaban de dictar una ley muy oportuna.

En esos días se hacía circular un decreto en que se consideraba delito de traición contra los poderes del Estado "pronunciarse en público en detrimento del régimen".

6

Preguntamos a un policía la doble dirección del metro.

Una línea nos llevaba a la Gran Vía —el policía dijo Avenida José Antonio— y la otra a los arrabales, a los barrios obreros. Tomamos esta última, no obstante la advertencia del policía de que nos habíamos equivocado. Nos bajamos en una plaza llena de fango y charcos de la lluvia reciente. Caminamos y contemplamos el fantástico despliegue de tiendas dedicadas a vender toda clase de comida: mariscos (angulas, berberechos, sardinas, bonito, calamares, mejillones), carnes, empanadas, aceitunas. Entramos en una taberna. Era parecida a una tienda de las de antes, con su mostrador, sus mesas de madera basta y su trastienda llena de barriles de cerveza y vino. El ambiente era de familiar camaradería. Un niño muy fuerte, jugaba entre los barriles, vigilado de lejos por su padre, un hombre también muy fuerte. Llamamos al camarero. Acudió un hombre flaco, de cara aguzada y pelo aplastado sobre la cabeza. Vestía un pulcro y pobre uniforme de camarero. Nos sirvió. Una de las veces, como bromeaba con el niño cerca de nosotros, lo invitamos a beber con nosotros.

—No, gracias. Estoy con unos amigos— dijo. No sé que reacción lo hizo acercarse a nosotros después del segundo vaso. —Ahora puedo aceptarles la copa. Bebía, con los amigos, saben.

Comenzamos a hablar. Era un hombre lo que teníamos enfrente. Por la conversación supo que éramos cubanos y enseguida estábamos hablando de política. Había peleado en la Guerra Civil ("del lado de acá") con los leales, había estado preso siete años ("hasta que no les quedó más remedio que soltarme"), ahora era camarero ("desde hace catorce años") y seguía siendo anarquista ("a mí no hay quien me mate las ideas: las ideas no hay Dios que las mate"). Tenía un hijo en el ejército y había sido propuesto para cabo. Vinieron a investigarlo y él les dijo a los agentes de Franco: "Miren ustedes, no tienen que preguntar más a los vecinos: yo peleé en la guerra, por los republicanos, fui de los rojos y no me arrepiento". Algo en su valerosa actitud debió impresionar a los policías, pero su hijo fue echado del ejército.

Hablamos una buena parte de la noche. Frente a nosotros estaba aquel hombre flaco, chupado por los años y la miseria, cansado de trabajar y de pelear con el hambre y la injusticia y sin embargo, en sus gestos, en su actitud estaba todo lo que ha significado España de bueno: lo que nos hizo nacer la esperanza junto con la República, lo que logró movilizar hombres en Cuba para combatir al fascismo, lo que todavía nos conmueve cuando recordamos el pasado y nos moviliza al vislumbrar un futuro próximo de libertad y fraternidad. Cuando nos fuimos insistió en pagar y no hubo manera de convencerle de que no era justo.

—Ha sido un enorme placer hablar con ustedes —explicó. —Y no tengo con qué pagarles la dicha que me han dado. Cuando regresen a Cuba, díganle a ese Castro de vosotros que en España también creen en él.

7

En un modesto —más bien pobre— apartamiento de Madrid conversé con dos escritores españoles. Uno era joven y estaba casado con una muchacha de mirada intensa y sonrisa llena de cierta melancolía. El otro era ya viejo y alguna vez había estado preso: en la Guerra Civil había perdido el oído. El escritor joven hablaba con una vehemencia apagada, como si confesara ante un cura ávido innúmeros pecados tenebrosos .

—Aquí la vida es terrible. Escribir casi parece un ejercicio inútil: hay tres censuras y cualquier página que logra pasarlas, queda castrada en el proceso.

La mujer del escritor joven asentía en silencio.

El escritor viejo hablaba más alto de lo que quería hablar y era muy cauto en sus expresiones.

—Lo único realmente importante que hacemos aquí es dejarnos ver: la gente de la calle, cuando nos reconoce, sabe que no está sola.

En España todo lo que se escribe que tiene alguna intención, hay que publicarlo en el extranjero. Las editoriales están dominadas por un capitalismo miserable y por la vigilancia sin sueño de los curas. Al ejército, como siempre, la cultura le pone cosquillas en el gatillo de la pistola. Falange no ha incubado más que escritores resentidos, grandes aprovechados (autores que estrenan comedias insulsas todas las temporadas, censores en plan de ideólogos, poetas de última categoría cantando a la "grandeza de España") y disidentes sin gran coraje.

—Escribir —dijo el escritor joven— es absurdo.

El escritor viejo asintió.

—¿Y por qué lo hacen? —les pregunté yo.

Casi no sabían. Pero atinaron una respuesta precisa.

—Porque hay que hacerlo.

Algún día toda esta literatura de ahora será un importante testimonio en la causa contra los enemigos de España: Todo lo que se ha dicho y todo lo que no se ha dicho ingresará en el mismo dossier.

◆

Es a estas gentes de España: a los valerosos, a los indecisos, a los resignados, a los muertos de vergüenza, a los abatidos, a los sufridos, a los hambreados, y, sobre todo, a los invictos a quienes va dedicado este "Lunes".

Guillermo Cabrera Infante

EXCELENTISIMO SEÑOR MINISTRO DE INFORMACION Y TURISMO. Madrid

LA presente carta escrita desde distintas dedicaciones intelectuales —novela, poesía, teatro, ciencias, filosofía, ensayo, cinematografía, publicismo, etc.— y tambien desde distintas convicciones ideológicas, está motivada, sobre todo, por la zozobra, próxima a la exasperación, a que se ve sometida nuestra labor por un sistema de intolerancia, confusión e indeterminación. Nos referimos, de modo especial, al problema que nos plantea la existencia de la censura, problema muy agudo puesto que entorpece el desarrollo de nuestro trabajo. Esto nos decide a romper el paciente y prolongado silencio que, a dicho respecto, hemos venido observando en espera de que semejante situación fuera al fin remediada por quienes se hallen en condiciones de hacerlo.

Independientemente del problema, que cabría plantear, de ser lícita o no la existencia de una censura previa, planteamos ahora la grave inquietud que nos produce, concretamente, el hecho de que nunca sepamos a qué atenernos en cuanto a lo que es posible expresar o no; por lo que parece cuando menos evidente la necesidad de una regulación explícita, única para las distintas formas de publicación de una obra; pues, en la situación actual, se da frecuentemente el caso de que un texto sea autorizado para un género de publicación —en revistas, por ejemplo— y prohibido para otros —publicación en libro, representación teatral, proyección cinematográfica, etc.— hecho que consideramos injustificado e injustificable, como lo es el otro, tan frecuente, de que lo autorizado hoy sea mañana prohibido, o viceversa.

Esta situación trae como consecuencia, entre otros efectos, que la cultura española ofrezca en el plano internacional un espectáculo de precariedad, propio de culturas poco evolucionadas (cosa en contradicción con nuestra rica tradición cultural), lo que pone al escritor y al hombre de ciencia español en el trance, parecido al exilio, de trabajar con destino a editoriales, compañías y centros de estudio extranjeros —fuga cultural que el país, en nuestra opinión, no está en condiciones de padecer o asumir.— De modo que todo ello configura un estado ingrato y esto en un momento en que parece deseable la superación de todo estancamiento o incomunicación. Por si fuera poco, podría también agregarse el deplorable efecto que origina en la formación e información del lector y el estudioso español la mutilación que padecen frecuentemente los textos, piezas dramáticas y películas extranjeras que se imprimen, representan o proyectan en España.

Examinado el problema en su forma actual, tal como se nos presenta en unas circunstancias en las que, con seguridad, sería ilusoria la petición que expresase nuestro mayor anhelo: que la censura previa fuese desterrada; los abajos firmantes consideran:

1.—La urgente necesidad de una regulación de la materia con las debidas garantías jurídicas, estableciendo claramente el derecho al recurso.

2.—La necesidad, en cualquier caso, de que los funcionarios encargados de aplicar dicha regulación posean una personalidad pública, ya que el anonimato desde el que vienen ejerciendo sus funciones los censores es motivo de las mayores arbitrariedades.

Esperamos que el presente escrito sea atendido por V. E. con el mejor espíritu, dado nuestro deseo de que la cultura española reivindique el puesto que naturalmente le corresponde.

El doble destino de nuestra carta, dirigida simultáneamente a V. E. y al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, se justifica por el hecho de la ambigüedad en que se desenvuelve nuestra actividad social, regulada por los Ministerios de Educación Nacional e Información y Turismo.

Con este motivo saludan a V. E. muy atentamente y en espera de sus, sin duda, favorables determinaciones.

MADRID, 24 de noviembre de 1960

(Carta firmada por 240 intelectuales de Madrid y Barcelona).

José Ma. Pemán
Leopoldo Eulogio Palacios
Vicente Aleixandre
Julián Marías
Ramón Pérez de Ayala
Pedro Laín Entralgo
Juan Antonio de Zunzunegui
Enrique Lafuente Ferrari
Claudio de la Torre
Mercedes Ballesteros
José Luis Aranguren
Alfonso Sastre
Camilo José Cela
Juan Antonio Bardem
Ignacio Aldecoa
Fernando Baeza
Juan Mollá
Gonzalo Torrente Ballester
José M. Moreno Galván
José Luis Cano
Luis Delgado Benavente
Ricardo Rodríguez Buded
Dionisio Ridruejo
Julio Caro Baroja
Marcial Suárez
Antonio Buero Vallejo
Carlos de Santiago
Elena Soriano
Enrique Llovet
María Alfaro
Manuel Pilares
Luis Rosales
Leopoldo Panero
José M. Souvirón
Luis Felipe Vivanco
Ramón de Garciasol
Leopoldo de Luis
Rafael Montesinos
Francisco García Pa...
Eduardo Tijeras
Fernando Quiñone...
Eloy Terrón
Jorge Campos
José Ares
Luis Fernández...
Jesús M. Aroz...
Joaquín Calvo
Víctor Ruiz I...
Antonio Min...
Antonio de I...
Antonio Vi...
Angel M. ...
Vicente S...
Carlos M...
Mariano ...
Rafael B...
Manuel ...
Emiliano
Dolores
Rafael M...
Julio Di...
Agustín ...
Angel C...
Joaquín
Gabino ...
José de C...
Pablo Ma...
José Lóp...
José Tam...
José M. d...
José Berga...
Juan Anton...
Rafael Sánch...
Carmen Martín...
Manuel Villegas
Antonio Ferres
Gabriel Celaya
Angel Gonzále...

Armando López Salinas
Jesús López Pacheco
Juan García Hortela
José Amillo
José Monleón
Josefina Sánchez Pedreño
Manuel Rabanal Taylor
Angela Figuera Aimerich
Rafael J. Salvia
José M. Forqué
José A. Nieves Conde
Edgar Neville
Alejandro Núñez Alonso
Luis García Berlanga
Dolores Medio
Rafael Azcona
Alberto González Verge
Alfonso Paso
José M. Jové
Santiago Marín
José Luis Alonso
Fernando ...tín Infesta
Angel Alc...
Agustín Navarro
Begoña García Diego
Antonio Gobernado
Josefina Rodríguez
José Luis Borau
Mercedes Formica
Basilio M. Patino
Leonor Lorenzo
Juan Emilio Aragonés
Ramón Nieto
Eduardo Zúñiga
Lauro Olmo
Ricardo Domenech
Vicente Gaos
Marra López
Daniel Sueiro
Isach Montero
Concha Fernández Luna
Conrado Blanco
Lili Alvarez
Consuelo Berges
Concha Lagos
Angelina Gatell
Tomás Alfaro (Marqués de Cañada Honda)
Mario Antolín
Condesa de Campe Alange
Mario Camus
Carlos Saura
Manrique de Lara
Medardo Fraile
Alvaro Fernández Suárez
Angel Fernández Santos
Enrique Ruiz García
Luciano Egido
Antonio Espina
José M. Sánchez Silva
...osé Miguel Velloso
...ntonio Jiménez Landi
...sé Luis Herrera
...nrique Tierno Galván
...an Antonio Muñoz Rojas
...icolás González Ruiz
...sús Prado
...an Antonio Cabezas
...rge Ferrer Vidal
...men Bravo Villasante
...ente Gallego
...men Conde
Tejedor
Quereda
... Muñiz
...ano Luca de Tena
Corbalán
Castroviejo
... Cerezales
...nández Cuenca

J. Fernández Figueroa
José Pla
Salvador Espriu
Ana Ma. Matute
José M. Castellet
Ramón E. de Goicoechea
Susana March
R. F. de la Reguera
Joan Oliver
José Agustín Goytisolo
Mercedes Salisachs
J. Petit
Carlos Barral
Jaime Gil de Biedma
E. P. de las Heras
Joaquín Horta
José Verges
Enrique Ferrán
José M. Espinás
X. Montsalvatje
Martí Farreras
Francisco Rodón
Alfonso D. Comín
Oriol Martorell
F. Gutiérrez
Luis Goytisolo
Joan Teixidor
Néstor Luján
José Pardo
Joan Sales
Rafael Santos Torroella
Mario Lacruz
Francisco Sitjá
J. L. de Urruela (Marqués de S. R. de Ayala)
Juan Massana
Juan Goytisolo
Rvdo. Josep Dalmau
José M. Pi Sunyor
J. M. Calsamiglia
Salvador Millet y Bell
Fabián Estapé
Jorge Nadal
Juan Ramón Masoliver
Mauricio Serahima
Joan Perucho
Felipe A. Cid
García Seguí
Alexandre Cirici Pellicer
M. Jiménez de Parga
Alexandre Argullós
J. M. Font y Ruis
Manuel Riera Clavillé
Manuel Alonso García
J. M. Cendrera
Albert Manent
Santiago Nadal
Jordi Maragall
Joan Brosa
Oriol Bohigas
Giovanni Cantieri
Enrique Sordo de Lamadrid
J. G. Schroeder
Juan Obiols
Ricardo Salvat
Ma. Aurelia Capmany
Jaime Salinas
J. V. Foix
Juan Gomis
Octavio Saltxor
Julio de la Rosa
Guillermo Céspedes
Julio Uceda
—Joaquín Albalate
Alfonso Grosso
Agustín García Calvo
Jesús Fernández Santos
Amparo Gastón
Elizabeth Mulder
Carlos de Santiago







LO QUE LA CENSURA NO VE

PERFIL DE LAS NUEVAS GENERACIONES ESPAÑOLAS

POR F. FARRERAS

En este ensayo Farreras estudia las nuevas gentes de España: aquellas que terminarán un dia con esta larga noche de caverna.

VEINTE años en la vida de un pueblo son suficientes para que cambie su fisonomía. Poco importa que, en apariencia, no hayan variado las instituciones políticas ni las figuras que las representan. Por debajo de esta aparente continuidad existe una dinámica social interna impulsada por la fuerza incontenible de las generaciones que suben, presionando sobre las estructuras sociales en las que normalmente deberán alojarse.

En una sociedad bien organizada, cuya estabilidad se basa en el consenso de una gran mayoría de la población, las estructuras sociales poseen la necesaria flexibilidad para que el relevo de las generaciones se produzca automáticamente, de modo que el inevitable cambio no suponga rotura, sino continuidad que haga posible una renovación de los cuadros jerárquicos de la sociedad. Por el contrario, la pretendida continuidad basada en el inmovilismo de un sistema empeñado sólo en permanecer el mayor tiempo posible, no es tal continuidad, sino un proceso de envejecimiento progresivo en el que las nuevas generaciones pueden operar, bien activamente, con su oposición al sistema político imperante, bien pasivamente, desinteresándose por completo de él. En ambos casos tal sistema estará condenado a perecer en un plazo más o menos largo.

Esta certidumbre nos ahorraria ulteriores consideraciones si de analizar las posibilidades de supervivencia del régimen español se tratara. Pero los últimos veinte años transcurridos en España —como los cuarenta de régimen soviético en Rusia— plantean al observador de nuestro tiempo un problema cuyos datos, todavía oscuros e imprecisos, conviene esclarecer antes de todo intento para conjeturar una posible solución. Este elemento del problema lo constituyen las nuevas generaciones que van surgiendo en el curso de la historia y en las que se contienen los gérmenes que habrán de configurar el futuro inmediato. De cuál sea la reacción de la juventud rusa comprendida entre los 20 y los 40 años, ante las formas de vida colectiva que le son propuestas ya hoy a la vuelta de la desestalinización iniciada por Jruschov, dependen el futuro de Rusia, del comunismo y tal vez del mundo entero. He aquí un tema para los especialistas de política internacional. Y, por lo que respecta a España, el curso próximo de los acontecimientos dependerá, asimismo, en gran parte, de los que habrán de ser sus protagonistas y han crecido bajo el régimen al que por paradoja vendrán a reemplazar. Valgan, pues, como primera aproximación al problema, estos apuntes para una radiografía de las nuevas generaciones españolas o, más concretamente, de aquella parcela de la juventud cuya actuación puede considerarse en cierto modo como "típica" de esta época, aunque se trate de sectores bastante minoritarios en relación a la gran masa anónima de la juventud que ha observado —por propia inhibición o por forzada exclusión— una actitud pasiva a lo largo de estos 20 años.

Podemos dividir este lapso cronológico en varios períodos que coinciden, de modo aproximado, con los cuatro lustros que comprende. En unos casos la división vendrá determinada por acontecimientos históricos cuya repercusión dejó una impronta en la generación marcada con el signo de su época: tal es el caso de la primera generación —la primera en orden del proceso histórico que nos proponemos analizar— que comprende a los que alcanzaron su mayoría de edad entre 1939 y 1944. Esta es la generación que podríamos denominar totalitaria, cuyo protagonismo político tuvo más de "acompañamiento coreográfico" que de presencia efectiva en la vida española. De 1945 a 1950 aparece una generación-puente, medio comprometida medio desorientada, a remolque de circunstancias exteriores a ella misma: la "conjura internacional contra España" la encierra en un forzado aislamiento, y como reacción todavía se considerará obligada a tomar parte en la manifestación de la plaza de Oriente de 1946 y en el referéndum de julio de 1947. A partir de 1950-51 y hasta 1956 arriban a las tranquilas aguas españolas —"esta charca feliz de aburrimiento que es la católica España" como se la oí definir a Ridruejo en la Universidad de Barcelona, allá por el año 1948— las flotillas avanzadas de los primeros rebeldes, los que, como afirmaba uno de ellos, Juan Goytisolo, en **L'Express** (29-5-1959), "comprendimos que nuestro deber más elemental era el de ser malos". El mundo se ha estabilizado, congelado por la guerra fría; no existe ninguna circunstancia exterior o interior que influya sobre la conciencia española, coeccionándola o amedrentándola. En 1956, el año que quedará grabado en la historia europea con el signo de la revolución húngara, los universitarios españoles, rebelándose contra el ambiente emponzoñado que les envuelve, toman la iniciativa y se lanzan a la calle. El régimen —los poderes públicos, con la complicidad de la sociedad que los sostiene con fingido disgusto— reaccionará dura y torpemente contra ellos, pero las nuevas generaciones, las que ahora cumplen 18 o 20 años y los que entrarán en las aulas universitarias en los cursos próximos encontrarán ya una Universidad politizada, no por el régimen, sino al margen —y casi unánimemente en contra— de él. Para Franco ésta es una juventud perdida; para quienes siguen con atención el proceso de reactivación de la opinión española ésta nueva generación constituye una incógnita.

Juguete de una circunstancia excepcional, porque no se elige la época ni el país en que se nace, la generación que abrió sus sentidos a la vida pública en 1939 se vió envuelta por partida doble en el clima bélico de los rescoldos de nuestra guerra civil y en las implicaciones de la segunda guerra mundial. Guerras ideológicas ambas, cuya onda expansiva tenía que hacer impacto en la sensibilidad despierta de una juventud "llamada a los altos destinos"... Aún sin haber tomado parte en la guerra civil, esta generación debía enlazar psicológicamente con las promociones de combatientes licenciados del Ejército y reconvertidos a la vida civil, con toda su carga de ambiciones y desengaños. Por otra parte, al coincidir su desarrollo vital con la segunda guerra mundial y dentro de la órbita de las potencias del Eje, ésta es la primera y única generación totalitaria, anclada en las ideas primarias, directas y simplistas del fascismo y del nacionalsocialismo. Sobre ella se ejerce una presión propagandística delirante, que encubre la auténtica toma de posiciones por parte de unas fuerzas complacientes ante la razón suprema del vencedor y grandes vencedoras ellas mismas en la cruel matanza fratricida. Nadie se atreve a contarles "la verdad del cuento"... Con unos datos falsos, trucados, deducirán sus falsas conclusiones: hay que hacer la Revolución. Y, ante las resistencias que por todas partes les opone una sociedad reaccionaria, exigirán, impacientes "el relevo"... Su indigencia política es absoluta: "despreciar cuanto ignoran" —y lo ignoran casi todo, porque la guerra que ha barrido el país les ha dejado sin maestros, y un inquisitorial expurgo de todas las bibliotecas, sin libros. (Digamos de pasada que en el fracaso de la experiencia republicana y también en la abdicación y renuncia que de sus ideales liberales y principios democráticos hicieron muchos de sus padres ante el supremo argumento-fuerza de la victoria militar está otra de las razones del enrolamiento fascista de los hijos. Así con el silencio de aquellos, expresión de un vago sentimiento de culpabilidad o de arrepentimiento, pudo sentenciarse que "el más noble destino de las urnas era el ser rotas". ¿Cómo iban a dudar del testimonio de otras generaciones más viejas quienes no conocieron la libertad, ni votaron nunca, ni habían pertenecido a ningún partido político?) Al propio tiempo, los que hubieran podido mostrarles la otra cara de la moneda habían sido asesinados o permanecían en las cárceles o en el exilio, envueltos en la campaña de difamación y desprestigio que el nuevo régimen había levantado contra ellos.

¿Cuál será el comportamiento en lo futuro de los hombres de esta generación? Probablemente nutrirán —como los del Movimiento Social Italiano— las filas nostálgicas de un neofascismo y seguirán desde ellas soñando en una revolución imposible (que "no les dejaron hacer" y, por lo tanto, conserva para ellos todas sus reservas de posibilidades inéditas) y continuarán tercamente haciendo el juego a las derechas más reaccionarias, sin volver de sus desengaños, incapaces de aprender nada ni siquiera de escarmentar en sus propias cabezas... Generación simplista, nutrida de tópicos, y condenada a dejarse engañar, a pesar de que cree con segura petulancia que no se engaña porque sólo ella está en posesión de la verdad.

Entre 1945 y 1950 surgen unas promociones nuevas, serias, taciturnas, rigurosas y exigentes consigo mismas y para con todo lo demás. Sin la arrogancia vocinglera, la seguridad ofensiva y la alegre inconsciencia de las anteriores, pero todavía sin la rebeldía descarada de las siguientes. Parece como si hubiesen pasado de la adolescencia a la madurez sin solución de continuidad, en un mundo sin horizontes. Es también la primera generación que se plantea los problemas con espíritu crítico. La España imperial de Giménez Caballero, la España metafísica de Sánchez Mazas, la España poética de Pemán, ya no están tan claras para ellos. Se acercan como cachorros intelectuales a olfatear a Ortega, que ha vuelto a Madrid dispuesto a dialogar con la juventud —"ustedes y yo tenemos mucho que hablar", disposición que si fue sincera en el momento de cruzar la frontera el régimen se encargó pronto de frustrar.

Frente a la anterior, que acepta en bloque la condenación oficial de la generación "derrotista" del 98, esta promoción de 1945-50 redescubre a los abuelos del 98 y casi podría afirmarse que empalma con ellos por su rigor y su crudo realismo. Es la generación que empieza a "hacerse problema" del complejo ser de España. (Laín Entralgo, que puede ser considerado como su maestro, publicó en 1948 un ensayo titulado precisamente "España como problema".) Es la generación de la revista **Alférez** —los papeles mejor escritos en España desde 1939 hasta entonces— y del semanario universitario **La Hora** en su primera época.

El radicalismo falangista de la generación anterior es ya otro falangismo que busca en lo religioso una trascendencia que no tuvieron los mitos totalitarios. Es "la hora de la verdad" y de la autenticidad frente a la ficción y a la mentira de la propaganda, y del diálogo, a través del cual quiere manifestarse aquella autenticidad, frente al monólogo de las consignas oficiales. Y es también la hora de los poetas, adelantados de la expresión de los sentimientos colectivos más profundos que "a la retórica vacua de la generación precedente oponen los problemas de carácter social o simplemente humanos" (Goytisolo). Pero todavía estamos en una pura reacción intelectual. El realismo, que viene a sustituir al idealismo y a la exaltación retórica de las glorias del pasado de la generación anterior, es un realismo literario. La exposición de nuestros defectos tiene, ya lo hemos dicho, más de crítica noventaiochista que de análisis de las condiciones objetivas de la realidad social y económica de España. Esta será la aportación innovadora de la generación siguiente, aunque sin aquella generación —puente no hubiese sido posible el despertar de las generaciones posteriores no conformistas y rebeldes, o tal vez la reacción de estas últimas hubiera sido más brutal, más instintiva y menos lúcida y firme. Pero será mejor dejar esto para cuando nos refiramos a ellas. Por ahora nos bastará con un intento de análisis de las posibilidades futuras de esta generación de 1945 que, repitámoslo, no es ya la misma de 1939, pero tampoco ha llegado en sus conclusiones —provisionales y revisables, como todo lo que es obra de juventud— al radicalismo de las siguientes. Si su escepticismo la incapacita para penetrar en el surco fecundo de las grandes tareas con que España habrá de enfrentarse a la salida de su actual situación, su rigor crítico puede constituir una garantía de que lo que se emprenda tendrá que ser algo realmente serio y constructivo, si ha de cont[illegible] con su apoyo.

Aunque discrepantes del régimen porque mejor que ellos se da cuenta de sus defectos, no [illegible] tarán su colaboración a los grupos de oposi[illegible] pues su pesimismo les impulsa a creer hoy que

paña tiene el régimen político que merece, y, cara al mañana, que el país no tiene salvación. La razón de esta actitud inhibitoria tal vez esté en el hecho de que ésta que fue una generación "comprometida". Incomprendida, franquista malgré elle, obligada a vivir de espaldas a Europa, cuando precisamente su rigor intelectual y su justa valoración de la importancia de la técnica en el mundo moderno la aleja de todo casticismo, es, en suma, una generación malograda aunque tenga en su haber la creación (desde las revistas intelectuales, los colegios mayores y los seminarios universitarios, los cursos de verano y los campos de trabajo) del ambiente de inquietud y de autenticidad necesarios para que pudieran producirse y manifestarse las generaciones siguientes.

En 1950-51 se inicia un proceso de fermentación y de agitación que se manifiesta a través de las huelgas de Barcelona de marzo de 1951 y culminará con los sucesos estudiantiles de Madrid en febrero de 1956. En este lustro se produce una politización de la vida española, tanto en los ambientes universitarios como en los medios obreros, de la que el propio régimen no parece darse cuenta. La situación internacional ha evolucionado favorablemente para él en su doble vertiente: la propiamente española, con el pacto militar con los Estados Unidos, sumado a algunas buenas cosechas y a una evolución más flúida de la actividad industrial y del intercambio comercial con el extranjero, y de otra parte la tensión creada en torno a la guerra de Corea, que aparta de España la atención mundial. Y puede parecer paradójico que sea precisamente en este período de relativo bienestar en que diríase que el régimen ha remontado sus peores tiempos, cuando se produce la progresiva deteriorización del frente interior. Pero no hay tal paradoja, sino una fuerte lógica política en el hecho de que a medida que el pueblo español va abandonando la posición de "plaza sitiada" y acercándose al logro de un relativo bienestar, y superada la preocupación cotidiana por satisfacer las necesidades más perentorias, empieza a tener tiempo para pensar y para exigir, precisamente en virtud del relativo mejoramiento de la situación, un trato digno, una atención más solícita por parte del gobierno, y el respeto de unos derechos ampliamente sometidos y conculcados. Es también el momento en que, lo mismo en el frente económico que sindical y en el intelectual como en el estrictamente político, el régimen tiene la oportunidad – la última de intentar una evolución hacia formas menos arbitrarias y provisionales, para salvar sus principios esenciales a través de una continuidad estabilizadora. Pero que tal evolución era imposible lo demostró el fracaso del intento del equipo Ruiz-Giménez, porque está en la propia naturaleza del régimen el permanecer hasta su fin igual a sí mismo y porque en la conciencia íntima de sus hombres responsables existe la convicción —nada gratuita— de que la menor concesión en el sentido de esta maniobra evolutiva que se intentaba, entrañaría el principio de su propia desintegración. Y de esta resistencia cerrada a toda posible acción renovadora, que el propio instinto de conservación impone al régimen franquista, nacería la rebeldía de cuantos creían todavía en la posibilidad y en la necesidad de tal evolución y habían contribuído activamente a apresurarla. Así es como de una petición de convocatoria de un Congreso Nacional de Estudiantes, cursada por conducto reglamentario a las autoridades académicas, pasaron los universitarios a la acción en plena calle, que determinó el encarcelamiento de muchos de ellos.

Del mismo modo que las reivindicaciones laborales formuladas en reiterados Congresos de Trabajadores y en el seno de las Juntas de los Sindicatos dentro de las normas regulares del sistema, al ser desoidas y burladas sistemáticamente, darían lugar a manifestaciones de protesta, pacíficas, pero unánimes, como las abstenciones de usuarios de transportes urbanos en Madrid y Barcelona y las huelgas en numerosas fábricas, minas y talleres de toda España. Todo ello tenía que producirse, a fin de que amplios sectores de la sociedad española se politizasen, creándose la necesaria receptividad para que las nuevas consignas políticas de oposición al régimen (nacidas del interior del país con indiscutible espontaneidad y con independencia de todo influjo externo, aunque fueran ampliamente compartidas y difundidas en el exterior) que propugnaban por [el res]tablecimiento de la convivencia nacional con un espíritu superador de la guerra civil pudieran arraigar en la conciencia de muchos españoles. Esta es la obra de una generación fraterna que se levanta contra otra generación fratricida, para decirlo con la bella expresión de los universitarios vallisoletanos, exponentes auténticos de aquella.

Los acontecimientos de los cuales ha sido protagonista esta generación son bastante recientes y han sido suficientemente divulgados y comentados para que insistamos en ellos. Pero antes de hablar de lo que puedan representar para lo porvenir los hombres que la integran, merece la pena que nos detengamos un momento a considerar lo que han realizado ya en el presente. En primer lugar intentan neutralizar el trágico movimiento pendular de nuestra historia más reciente. Los hijos de los vencedores se funden con los hijos de los vencidos e impulsan a vencedores y vencidos a fundirse en una sola España. Esta iniciativa no podía partir de ninguna de las fuerzas políticas de uno u otro bando que tomaron parte en la guerra civil y defienden desde posiciones opuestas la legitimidad de su causa. Por sincera y por sentida que fuese, hubiera sido inaceptable para el otro bando. Sólo una nueva generación podía promover esta síntesis superadora de las distintas tesis en presencia. A esta iniciativa han respondido con ejemplar generosidad cuantos quieren servir el interés de España por encima de todo, y con la más cerrada intransigencia y brutal represión los que anteponen sus intereses [illegible] a la subsistencia misma de España. En [la posibi]lidad de rehacer juntos la común exis[tencia esp]añola estriba el segundo gran servicio que [esta gene]ración ha prestado ya a España y a los españoles, aunque muchos de éstos todavía no se hayan dado cuenta de ello.

Y ya con la atención puesta en el mañana cabe preguntarse: ¿qué es lo que quiere, qué pretende esta juventud? Toda generalización es arriesgada y podría ser inexacta, teniendo en cuenta, además, la multiplicidad de grupos y tendencias que se producen aisladamente y en forzada incomunicación. Su nota esencial es el radicalismo, que si es común atributo de los jóvenes, se manifestará aún más enérgicamente a la salida de la actual situación. Nada tendrá de extraño que los más decididos encuentren en el comunismo la actitud que mejor traduzca su oposición al régimen, puesto que éste se proclama fundamentalmente opuesto a aquél. De este extremismo hasta las fórmulas políticas que pueda adoptar un catolicismo progresivo (que se está gestando incluso en las nuevas promociones de jóvenes sacerdotes y de seminaristas) se extiende el repertorio de actitudes políticas que asumirán en el futuro inmediato los españoles de entre 20 y 40 años. Como amplio denominador común todos admiten la necesidad de una profunda modificación de la actual estructura de la sociedad española, mediante un plan de acción acentuadamente socialista, pero que emane de una democracia auténtica, es decir, articulada de abajo a arriba y no de la cúspide a la base. Aunque tampoco descartan algunos —ante la falta de aptitud del pueblo español para la práctica de esta democracia que hasta ahora no ha tenido ocasión de ejercer— la necesidad de recurrir a un poder fuerte y estable capaz de imponer en el más corto plazo posible la realización de aquellas transformaciones, según el ritmo y la dirección previstos en un amplio programa de renovación nacional.

Justicia a secas, rigor pedagógico, eficiencia técnica, apertura a todas las corrientes del pensamiento y de las grandes realizaciones modernas, industrialización y modernización del país, con las ayudas que sean menester, redistribución de la riqueza nacional a través de una reforma fiscal y de una efectiva reforma agraria, amplia descentralización de los servicios administrativos, que podrá llegar hasta la libre determinación de destino de los pueblos de España dentro de una comunidad impuesta por vínculos históricos y geográficos renovados libre y voluntariamente y, en definitiva, prioridad en la afirmación de los intereses colectivos sobre los individuales, tales son, en resumen y en líneas generales, las exigencias que formulan las nuevas generaciones para insertarse resueltamente en la continuidad histórica de España. (Un documento anónimo, el "Testimonio de las generaciones ajenas a la guerra civil", que ha circulado clandestinamente por España, expresa mejor que todo lo que podamos decir aquí, lo que esa juventud piensa y cree).

Esta visión de la juventud, un tanto superficial y apresurada, pecaría de incompleta y podría parecer deformada por una intelectualización exclusivista, sin una especial referencia a las promociones de hombres que en éstos 20 años, en pueblos y ciudades, han ingresado en los censos de trabajadores industriales o agrícolas: los jóvenes obreros y campesinos de España. Para ellos la vida se ha hecho problemática en el umbral de su juventud y es natural que esta apremiante prioridad les haya velado la visión de otros problemas: los problemas de los otros. Los otros son esos muchachos a los que nos hemos venido refiriendo hasta ahora. En muchos casos sus problemas son comunes: el ambiente opresivo de una sociedad llena de egoísmo e hipocresía; estrechez de horizonte familiar; falta de ilusión por el trabajo; noviazgo prolongado por imposibilidad de encontrar una vivienda y los ingresos necesarios para sostener una familia; la evasión embrutecedora y multitudinaria del deporte-espectáculo; la privación de toda opción vocacional, así en el oficio como en el estudio, y por encima de todo esto la común falta de libertad. Y si el estudiante se ha manifestado en forma más explícita contra el régimen no es porque tengá razones distintas para expresar su rebeldía, sino porque dispone de una independencia económica relativamente mayor que el trabajador vinculado de por vida a la nómina semanal. Pero además, si el régimen, fiel a una característica de todas las dictaduras, en su desprecio hacia la inteligencia, ha abandonado a la Universidad, al propio tiempo, por un criterio demagógico también común a todos los dictadores, ha venido practicando un reformismo paternalista con los trabajadores, del que se deriva la distinta actitud de éstos respecto a la de los estudiantes.

La compleja legislación social, confusa y muchas veces contradictoria, unida a la mala disposición de los empresarios a aplicarla, porque les es impuesta, porque es ajena a ellos y porque "lesiona" sus intereses, obliga al trabajador a formarse una mentalidad jurídica para la defensa de sus derechos. Veinte años de esta práctica leguleya han creado unas nuevas generaciones de trabajadores que se conocen la legislación laboral "al dedillo". La relación personal y directa obrero-patrono y obrero-sindicato se ha desviado hacia el Estado, que es el que regula las relaciones del trabajo y, en consecuencia, el trabajador, que tiene que resignarse a esperarlo todo de éste, ha perdido su antiguo espíritu de lucha por las conquistas sociales, aunque sus necesidades sean hoy más apremiantes que nunca.

Así, nada tiene de extraño que el sector más joven de la clase trabajadora sea políticamente escéptico. Escasean en él las vocaciones de dirigentes sindicales, y en cuanto al proselitismo ideológico la captación política del régimen ha sido nula. A los jóvenes sólo les interesa el cine, el fútbol o la novia, y si alguna preocupación sienten de otra índole, sus preferencias van hacia una formación profesional que sea productiva más que a la pura actividad cultural, artística o meramente recreativa. Las Escuelas del Trabajo y otros centros de formación profesional se ven frecuentados por millares de muchachos que, después de una jornada de trabajo agotadora, acuden a ellos para adquirir preparación técnica o perfeccionar un oficio que les permita mejorar su situación con respecto a la de sus padres. Esto demuestra, por otra parte, una seriedad y un sentido de responsabilidad que contrasta con la despreocupación que parece deducirse de nuestras anteriores afirmaciones. Y no es éste el único contraste que encontramos en las nuevas masas obreras. El salto generacional es tal vez en ellas más profundo que en otros sectores de la juventud. Entre los "antiguos", con una experiencia sindical anterior a 1936 y los "nuevos", incorporados al mundo del trabajo después de 1939, se perfilan muy claramente dos fases del movimiento obrero que habrá que tener muy en cuenta cuando llegue el momento de efectuar la soldadura que dé continuidad a la vida sindical española. Paradójicamente, los primeros mantienen viva la conciencia revolucionaria (aunque muy amortiguada por el escarmiento de la guerra civil), conservan su conciencia de clase y son, por así decirlo, más jóvenes que los segundos. La mística de las viejas luchas sociales y el protagonismo activo que en ellas representaron dejó una impronta que no ha podido transmitirse a los jóvenes, más sumisos bajo la doble presión de un Estado autoritario y de las circunstancias ambientales de la sociedad española.

Los jóvenes han pasado de las aspiraciones genéricas —que suponen siempre una carga de abnegación y de altruismo— a las concretas; de las grandes ambiciones revolucionarias a las menudas exigencias cotidianas. En cuanto a su conciencia de clase, se difumina en una zona intermedia donde se alojan el técnico y el obrero especializado que están, pese a las precarias condiciones económicas generales, más próximos a las capas bajas de la pequeña burguesía y de la clase media que al proletariado. (La extracción social de los alumnos de las Escuelas de Comercio y de las de Trabajo y Peritajes Industriales, es muy parecida).

Otro elemento contradictorio: podría creerse que la seriedad en el comportamiento personal y en el trabajo, y la preferencia por lo concreto son signos de madurez, siendo así que, por el contrario, la mentalidad del joven obrero denota cierto infantilismo.

La influencia del medio familiar hasta rebasada la adolescencia, la educación recibida y la permanente coacción del Estado prolongan la minoría de edad —para las responsabilidades personales y colectivas, para la conquista y el disfrute de la libertad— indefinidamente, y como consecuencia la rebeldía y la disconformidad, características típicamente juveniles, ceden al conformismo o, en el caso de llegar a estallar, se producen en forma de "gamberrismo" más propio de adolescente que de hombres hechos. Este infantilismo se refleja en las lecturas: las historias del "Coyote" y policíacas, una inmunda prensa deportiva y hasta el inefable "T. B. O." de nuestra infancia son pasto de su voracidad evasiva...

Todo ello provoca una inhibición de su sentido crítico y un desinterés por las tareas colectivas y explica también el hecho de que la única manifestación de disconformidad y de protesta pública arrancada a su pasivo conformismo haya consistido en secundar —eso sí, con absoluta seriedad— manifestaciones pacíficas como la abstención de usuarios de transportes en Barcelona en 1951 y 1957.

Pero sería injusto, además de torpe, pretender achacar tales defectos a las condiciones morales de la juventud trabajadora. En realidad son consecuencias del impacto sobre sus jóvenes conciencias de una sociedad envilecida y, por otra parte, es un fenómeno común a todas las juventudes europeas, según han puesto de manifiesto recientes encuestas. Si nos referimos a ello es porque creemos que estas circunstancias merecen ser tenidas en consideración cuando se intenta conjeturar las soluciones que habrá que dar en lo futuro a sus problemas concretos en cuanto a trabajadores españoles. Soluciones que en parte vendrán condicionadas por las realizaciones de estos veinte años últimos. Así, por ejemplo, la central sindical única (que si hoy no es eficaz ni representativa, como mero instrumento del Estado, constituye en cambio una realidad insoslayable) con sus instalaciones administrativas, educativas y deportivas; el vasto sistema de seguridad social y de prestaciones; los montepios de previsión; la magistratura del Trabajo; el plus familiar, la participación en beneficios —más teórica que real—, los jurados de empresa —tímido remedo de los comités obreros de gestión—, todas éstas son realizaciones con las que habrá que contar, reformándolas, depurándolas y llenándolas de auténtico contenido, si no se quiere correr el riesgo de enfrentarse con la mayoría de esta masa trabajadora ni caer en un simple reformismo neocapitalista que sería quizás peor —por lo equívoco— que el puro reaccionarismo franquista que se pretende combatir.

Es probable que estas generaciones no sean ya dóciles a los viejos slogans políticos. A partir de las instituciones actuales —con todos sus defectos que habrá que corregir— y de las que existieron en el pasado y merezcan ser restauradas, impondrán la realización de otras nuevas, mejores y más eficaces. En la ambiciosa tarea de dotar de contenido político y de encuadramiento orgánico en la sociedad a estas voluntades y exigencias está una de las posibilidades de integrar esa masa, hoy todavía apolítica, en la gran corriente renovadora, dinámica, seria y realista que España necesita. A falta de lo cual es ocioso decir a donde irán, en su mayoría, estos hombres que no conocieron el pasado y a quienes un régimen que se precia de ser el más anticomunista del mundo, lejos de haber permitido las condiciones de libertad necesarias para el desarrollo de una conciencia individual, libre y solidaria, los ha sometido durante 20 años al forzoso acatamiento de toda decisión del Estado autoritario. En un país de formas políticas superficiales y sin una estructura social profunda, si las cosas andan mal siempre será más fácil cambiar el signo del Estado por un hábil golpe de mano que proponerse realizar una honda transformación del país y de la mentalidad de sus gentes mediante un proceso de educación para la convivencia en la libertad y el respeto mutuo.

SOBRE ORTEGA



POR JOSE CORRALES EGEA

Nacido en Larache en 1920. Comenzó a escribir en 1936. Autor de "El haz y el envés", prohibido por la censura española. Reside en París.

HACE ya algún tiempo, allá por la primavera de 1946, la juventud universitaria madrileña tuvo ocasión de vivir una experiencia llamada a tener consecuencias inesperadas. Me refiero al encuentro entre esa juventud y el viejo filósofo Ortega y Gasset.

Para situar las cosas en su punto conviene recordar que Ortega había estado ausente de España durante largos años; que sus obras no eran fáciles de hallar; que en los libros de texto para la enseñanza se le incluía entre los autores "liberales, descreídos y perniciosos".

Desde el comienzo de la guerra civil, habían transcurrido diez años. Ninguno de nosotros, entre los veinte y veinticinco, había tenido nunca la oportunidad de ver ni oír al filósofo cuya celebridad agrandaban la ausencia, la distancia y la misma campaña de su descrédito. Hizo falta la coyuntura histórica creada por el desenlace de la guerra mundial para que fuera posible, de pronto, la reaparición fugaz de Ortega en Madrid, y el anuncio de una conferencia suya en el Ateneo.

La expectación era considerable. La juventud se apretujaba, impaciente, por los pasillos del salón de actos. En las salas de estudio del primer piso, los pupitres se quedaban vacíos.

El tema estaba relacionado con el teatro. Era lo de menos. Lo que importaba era oír la nueva palabra, el nuevo estilo que después de varios años de penuria y mediocridad literarias, estábamos deseando oír. En una palabra, nosotros los jóvenes estábamos esperando una renovación de un autor que frisaba ya la ancianidad; juzgábamos de antemano como "nuevo" el estilo de un hombre que, probablemente, no se habría creado otro durante los largos años de ausencia. La situación era paradójica. Sin embargo, dentro del contexto español tenía una lógica perfecta.

Con la Revolución Nacional-Sindicalista había acontecido algo insólito. A diferencia de lo que suele ocurrir con las revoluciones, que todo lo anterior a ellas se pone pronto viejo, resulta caduco, trascendido, y lo que intenta restaurar el pasado se sitúa inmediatamente en dirección descendente, antirrevolucionaria; con el **Movimiento** había ocurrido un fenómeno en cierto modo inverso. Todo, o casi todo lo anterior a su Revolución, en vez de situarse como anticuado o trascendido, veníase teniendo por "revolucionario" y "progresista", con lo cual se daba la paradoja más arriba señalada de que cuando una parte de la juventud pretendía mirar más allá y hacia delante, miraba por de pronto hacia atrás, ya que lo que cronológicamente, había quedado atrás, resultaba, cultural e intelectualmente, por delante.

Este fenómeno habrá que estudiarlo en su día, y sacar las consecuencias que de él se deriven. Por sí sólo explica, sin duda, la confusión mental en que nos hallábamos una buena parte de la juventud española; el hecho de que, dentro de tal confusión, autores de índole conservadora como Baroja en la novela y Ortega en el ensayo, hayan podido gozar y gocen de fama "revolucionaria" y "progresista".

Semejante equívoco se ha mantenido gracias, por un lado, a la propaganda antiorteguiana; por otro, a la formación autodidacta, desordenada, de la mayor parte de la juventud. Hoy, como ocurría a principios de siglo, los españoles más interesantes son los que se han forjado en las bibliotecas y en el diálogo con un pequeño núcleo de amigos. Los centros de enseñanza suelen limitarse a que se aprendan cosas. Al alumno no se le pide reflexión; basta con que posea memoria de máquina registradora. La comparación, la discusión, son instrumentos poco menos que desconocidos en la formación universitaria. Saberse una asignatura significa aprenderse un libro de memoria y la sabiduría reflexiva se confunde con la erudición mecánica.

En tales circunstancias, el "autodidactismo" se impone, con todos los peligros que entraña el aislamiento, la falta de método y disciplina intelectual. Se forjan así rebeldes aislados, como Baroja; revoltosos personales, individuos que, habiéndose forjado a sí mismos, o poco menos, tienden a menospreciar todo cuanto trata de vincular al hombre con la sociedad y a hacerlo responsable ante ella.

La renovación que esperábamos del encuentro con Ortega estaba precisamente en que prometía ser generador de ideas, de sugerencias, un excitante del pensamiento. La desilusión que produjo en la mayoría de nosotros hubo de tener, por eso, una trascendencia imprevista; sólo se la puede medir teniendo en cuenta la esperanza que había suscitado. No quiero decir que no se hubiera producido hoy ya; pero es probable que no se hubiera producido todavía entonces. Por eso hay que situar en el momento de ese encuentro el gran viraje dado por entonces por una parte, al menos, de la juventud, llevándola a adoptar una posición crítica, revisionista si se quiere, frente al crédito otorgado a ciertos renombres. Fue entonces cuando muchos de nosotros empezamos a entrever que **lo nuevo** no sólo no estaba en el presente, sino también poco en el enlace con un pasado inmediato. Lo nuevo aparecía como una tarea futura algo por venir y por ha

cer, distinto y quizá hasta opuesto, en muchos sentidos, a lo que se venía teniendo, rutinariamente, como valedero.

Tal fue la primera enseñanza acarreada por el descubrimiento de la distancia que mediaba entre el conferenciante y nosotros. Poco a poco, sus palabras habían ido tomando una resonancia anacrónica. De vez en cuando le oíamos una alusión a la juventud, emplazándonos para encuentros futuros, en un tono que no dejaba lugar a dudas acerca de su convencimiento de hallarse ante un par de generaciones que sólo estaban esperando una cosa: recibirle como jefe y oráculo espiritual. Pero esta seguridad contrastaba cada vez más con la sima que veíamos abrirse entre nosotros y el **viejo maestro;** acaso entre nosotros y una parte de la generación de la pre-guerra. La duda afloraba ya, acechaba. Y no era la sima creada por una nueva cultura, una nueva dimensión del hombre y del mundo dada por una revolución; en este aspecto no se había creado nada; a lo sumo, se habían restaurado ciertos valores añejos, polvorientos. Lo que nos separaba del conferenciante era, simplemente, la diferencia entre sus experiencias y las nuestras; el hecho de haber vivido la guerra civil y la pos-guerra como jóvenes españoles en y dentro de España y no, como él, contemplándolas desde lejos y desde arriba, en la butaca del espectador. Esto bastaba para que no afinásemos ya en el mismo tono, para que ningún acorde perfecto cupiera entre él y nosotros. A sus ojos, nuestra experiencia aparecía como un paréntesis histórico; la verdadera historia se había parado al mismo tiempo que su directo y personal magisterio. Había que reanudarla volviendo al punto en que se detuvo. Para nosotros, la historia no había sufrido ningún paréntesis y no había medio de saltar por encima de los acontecimientos vividos, ni de las experiencias recientes. Nuestros valores no podían coincidir, puesto que nuestro punto de vista era ya distinto. Así ocurrió que la brillante elocuencia del discurso, por ejemplo, no nos deslumbraba, no reparábamos ni siquiera en ella; en cambio, descubríamos una alegre y frívola gratuidad en ciertas afirmaciones, que nos causaba mal efecto. Con toda evidencia, nuestra sensibilidad no era la misma que la del público anterior a la guerra. Peor dotados quizá para apreciar lo exquisito, lo ingenioso, lo bien dicho, exigíamos en cambio precisión y rigor. Desconfiábamos de la facilidad —en la pluma y en la palabra— y la intromisión de la literatura y de la metáfora en los dominios de la reflexión y del pensamiento se nos antojaba poco serio. Considerábamos, quizá con error, que había pasado el momento de hacer filigranas, de preferir los encantos del arte y de la seducción a la exactitud de la ciencia. No sabíamos apreciar a los divos. Formábamos, en suma, un público muy distinto al que solía dirigirse el conferenciante quince o veinte años atrás.

Hizo falta esta experiencia, sin duda, para poner en tela de juicio algunas de nuestras propias ideas. De ella deriva la relectura que muchos hicimos de la obra orteguiana y su "desmitificación", valga la palabra, la revisión del filósofo no como escritor y pensador, sino como pensador y escritor liberal y progresista. Tal revisión es imprescindible si queremos situar las cosas en su punto y acabar con ciertos equívocos que las circunstancias han ayudado a forjar y que pueden desorientarnos y conducirnos incluso en dirección opuesta a donde queremos ir. La crítica del pensamiento orteguiano se impone, como se impone el repaso y revisión de la generación llamada del 98 si queremos saber a qué atenernos.

Entre las obras de Ortega, hay una que pedía más inmediata revisión por tratarse en ella de un problema que nos concierne directamente. Es la titulada **España invertebrada.** Vista con la perspectiva que nos da la experiencia de la guerra civil y la guerra mundial última, nos informa mejor quizá que otras de la índole de ciertos aspectos orteguianos, y de la influencia que pudieron ejercer durante los años que precedieron a la lucha fratricida española en las generaciones precedentes.

Lo primero que choca es que el autor de ese libro sea el mismo que hizo pública profesión "liberal", ya que se trata de una repudiación abierta de todo cuanto se relaciona con el liberalismo, la democracia, el sufragio universal y el parlamentarismo. Publicado en 1921, alcanzó la cuarta edición en 1934. Para ésta, Ortega escribió un prólogo en el que, al referirse a los acontecimientos que se estaban produciendo en Europa, considera que éstos **le han dado razón,** por lo que no puede ser más oportuna la reedición de su obra. En efecto, la obra venía a reforzar, en el plano teórico e intelectual, la oposición antiliberal y antiparlamentaria, prestándole fórmulas brillantes y argumentos capaces de seducir a la juventud por lo que tenían de apariencia europeísta y moderna, semejantes a los que privaban en otros países de "orden nuevo". ¿Cómo, pues, ha podido prosperar aquel equívoco? La respuesta creo que es ésta: La petrificación, la fosilización de ciertas formas de vida y pensamiento alcanza tales proporciones en España, que todo cuanto trae apariencia novedosa, modernizante o, simplemente distinta de la acostumbrada, se toma —por espejismo— como algo susceptible de "remover", de "revolucionar", aunque sea de índole reaccionaria.

La finalidad de estas líneas consiste precisamente en señalar (con la fugacidad que impone un simple artículo), cómo desde 1921 la **España invertebrada** ofrecía las bases teórico-filosóficas para un conservadurismo español de tipo europeizante y moderno, adaptado a las condiciones del mundo moderno: es decir, del mundo anterior a 1939, dominado en lo inmediato y a corto término por la ascensión de un ultranacionalismo agresivo y expansionista cuya "alta misión" justificaba la implantación de una dictadura interior y el sometimiento, **manu militari,** de las masas. Esta oferta, el conservadurismo español no la supo explotar. Al contrario, el exterior cosmopolita, europeizante, poco ortodoxo en lo que atañe a religión del escritor, le infundió recelos que, por otra parte, la actitud contradictoria del mismo escritor se encargaba de alimentar. La propia revolución Nacional-Sindicalista, a pesar de que sólo adoptó las ideas orteguianas que juzgó más aprovechables, y esto limándolas y **adaptándolas considerablemente,** no pudo tampoco sustentar ni las formas ni las técnicas modernas de otros movimientos europeos similares, sobrepasada en seguida por las formas ancestrales del conservadurismo tradicional español, agrario y primitivo. Así, dentro del conservadurismo internacional, el español aparecía como un lastre, un remolque, como el rústico y el terco de la familia con quienes se tiene trato, pero discretamente y sin publicarlo a todos los vientos.

Una vez que el conservadurismo tradicional decidió contar a Ortega entre sus enemigos, buen aparte de la intelectualidad tachada de "progresista" y "europeizante" le consideró, por rebote, como uno de los suyos, contribuyendo a formar el equívoco de un filósofo liberal y "revolucionario", sin hacer los distingos que su obra contradictoria reclamaba. Es el caso que en la **España Invertebrada,** después de analizar los males de que sufre su país, el autor propugna un sistema de gobierno de tipo aristocrático-feudal, compuesto por una élite de hombres superiores —o superhombres—, a los que llama **los mejores,** obedecidos por una masa de seguidores dóciles que han de dejarse conducir y a los que él llama **los inferiores.** Y generalizando la cuestión, la pasa del plano nacional al europeo para presentar tal sistema como la única garantía de grandeza y prosperidad. En cambio, la decadencia empieza en cuanto se invierte el orden; es decir, cuando la gran mayoría que es la masa pretende intervenir o imponer su opinión, cuando el gobernante pasa a ser mandatario o delegado de la opinión pública, en vez de ser su **fürher** o guía conductor. **He aquí el mecanismo elemental creador de toda sociedad** —escribe Ortega—: **la ejemplaridad de unos pocos se articula en la docilidad de otros muchos. El resultado es que el ejemplo cunde y que los inferiores se perfeccionan en el sentido de los mejores** (Pág. 110) (1). **Cuando en una nación la masa se niega a ser —esto es, a seguir a la minoría directora—, la nación se deshace, la sociedad se desmembra y sobreviene el caos social, la invertebración histórica** (Pág. 92).

Para ilustrar estas opiniones, Ortega acude a la autoridad de los **Purana** indios, revelándonos que hay en la historia **una sucesión de épocas de formación de aristocracias y con ellas de la sociedad, y épocas de decadencia de esas aristocracias y con ellas disolución de la sociedad. En los "Purana" indios se las llama época "Kitra" y época "Kali".** En otro lugar, acude a la autoridad de un escritor español del Siglo XIV, Don Juan Manuel, aplicando así a la sociedad de su tiempo soluciones y criterios que nos remontan a la mentalidad medieval, o a otra mucho más lejana. Como luego veremos, esta interpolación de elementos dispares es una táctica en Ortega que responde al sentido íntimo de la obra de que hablo.

Su defecto esencial, sin embargo, está en que se juega y elucubra gratuitamente, a través de toda ella, con una serie de conceptos de doble filo que no han sido definidos previamente: masa, aristocracia, élite, los mejores, los inferiores... ¿Con qué medida hemos de distinguir a los unos de los otros? ¿En qué medida caben unos bajo un concepto y otros bajo otro?... Poco importa que Ortega nos diga que la aristocracia no es siempre lo que suele entenderse por ese nombre, o que nos hable del sentido de la responsabilidad, la lealtad, etc. Todas estas cualidades importan sólo desde el momento en que se traducen en acción y sirven a una dirección histórica o, más concretamente política. La virtud se demuestra, como el movimiento, andando. A este respecto, Ortega nos deja en el dominio nebuloso de las frases brillantes. Ignoramos el valor exacto, los límites concretos, el contenido que aquellos conceptos han de tener y en qué camino y por qué itinerarios los hemos de hallar. Son abstracciones de las que cada cual puede hacer el uso que le parezca. Por eso la obra no pasa de puro desahogo, de puro discurso más o menos sugestivo, pero sin rigor. Es más, invitarnos a entrar en el juego sin describirnos y explicarnos el valor y la índole que hemos de atribuir a cada pieza, parece poco serio, se presta a la trampa.

Es lo que ocurre. La trampa aparece, primero, en la complicidad que el autor obliga a que se establezca entre el lector y él, excluyéndose ambos, por lo pronto del confuso conglomerado de **la masa,** para incluirse y contarse dentro de la categoría, confusa por indefinición, de la élite. El autor lo hace por derecho propio que se arroga; el lector, porque sólo así puede seguir a su autor. De este modo, la élite viene a coincidir con la actitud orteguiana, significa **orteguismo** frente a los demás. Ahora bien, dada la vaguedad de los términos "elegidos", "superiores" etc., cabe entre orteguianos intenciones, designios, índoles muy diversos, incluso opuestos. Imprecisos como las malas leyes, se prestan para la justicia y la injusticia.

Por lo visto, Ortega no creyó necesario definir ni delimitar esos conceptos. Debía bastar con la **densidad** que cada individuo tiene gracias a su calidad. **Cuando en un líquido se arrojan cuerpos sólidos de diferente densidad, acaban éstos siempre por quedar situados a la altura que a su densidad corresponde. Del mismo modo, en toda agrupación humana se produce espontáneamente una articulación de sus miembros según la diferente densidad vital que poseen** (pág. 91).

Es una muestra de argumentación orteguiana, a la vez que ejemplo característico de argumentación arbitraria al margen de los métodos científicos, por la mezcla y confusión de órdenes y hechos de categoría diferente, agravado con la introducción de un término de naturaleza problemática y desconocida, como es la **densidad vital.** Por ello la comparación puede demostrar igualmente lo contrario de lo que pretende el autor, a saber, que si en un líquido los cuerpos sutiles flotan, **invariablemente** por encima de los más pesados, en la vida humana a menudo los más sutiles se quedan por debajo, y ello porque la vida humana no es exactamente un líquido, ni las relaciones entre hombre y sociedad se rigen por los mismos principios físicos que regulan la

(1) Edición de la Revista de Occidente — Madrid 1945

relación entre líquido y sólido. Son verdades de Pero Grullo, impuestas sin embargo por el desquiciamiento gratuito de las cosas de que se vale Ortega.

El axioma de que los mejores han de flotar sobre los inferiores, dispensa al autor de responder al interrogante que constituye la clave de todo el problema suscitado por él ¿cuándo, en qué momento un grupo de individuos ha de considerarse superior al resto de una nación o de una colectividad y llamado a dirigirlas? Esta categoría superior, ¿hay que buscarla o debe recaer entre los que administran, entre los que producen, entre los que distrubuyen, entre los que consumen, entre los que alegan abolengo histórico? Puesto que la masa no tiene por qué elegirlos por sufragio, ellos, los "electos", han de imponerse por su propia densidad vital. ¿De qué forma?...

Hasta ahora, las ideas orteguianas, por su misma indeterminación, quedaban al alcance de quien quisiera apropiárselás. Según la interpretación de cada cual, cabia la imposición de una dictadura lo mismo por una **élite** contrarrevolucionaria que por una **élite** revolucionaria. Pero hay otros aspectos, otros registros en la obra de que aquí trato que excluyen la segunda posibilidad. La teoría orteguiana toma, aquí y allá, un contenido decididamente reaccionario; en su nombre se justifican y aprueban comportamientos difíciles de admitir bajo la etiqueta de "liberales" o "progresistas"; la fuerza y la guerra, por ejemplo, encuentran una reivindicación no ya circunstancial, sino por sí mismas, como valores espirituales insustituibles. La élite viene a aparecer como un grupo de iluminados, de místicos, una raza aparte. He aquí cómo se expresa el propio Ortega:

Por una caprichosa decisión de las mentes, se ha dado en pensar que las guerras son un hecho anómalo en la biología humana, siendo así que la historia lo presenta en todas sus páginas como cosa no menos normal, acaso más normal que la paz. La guerra fatiga, pero no extenúa: es una función natural del organismo humano, para lo cual se halla éste prevenido (prólogo, página 7). Y más adelante, página 29): **Yo siento mucho no coincidir con el pacifismo contemporáneo en su antipatía hacia la fuerza; sin ella no habría habido nada de lo que más importa en el pasado, y si la excluimos del porvenir sólo podremos imaginar una humanidad caótica**. Tres páginas después vuelve a insistir: **Desde hace un siglo padece Europa una perniciosa propaganda en desprestigio de la fuerza... Se ha hecho de la fuerza lo contrapuesto al espíritu o, cuando más, una manifestación espiritual de carácter inferior... siendo así que el influjo de las armas, bien analizado, manifiesta, como todo lo espiritual, su carácter predominatemente persuasivo (pág. 36 y sigs.).** La fuerza ha de servir a una **misión histórica superior;** por eso cuándo se oponen a su cumplimiento particularismos, pasiones, prejuicios colectivos, etc., **vano fuera el intento de vencer tales rémoras con la persuasión que emana de los razonamientos. Contra ello sólo es eficaz el poder de la fuerza, la gran cirugía histórica** (pág. 31).

La última frase había de hacer fortuna: toda cabeza imbuída de "alta misión histórica" se la apropiaría; el sable, equiparado al bisturí, pasaba de su condición de arma a la de instrumento de curación, de salud, dispuesto para la operación quirúrgica que se precisase.

Una vez más, la fraseología oratoria y el gusto por las imágenes han sacado de quicio la objetividad del autor, que argumenta por abstracción. De las dos guerras que toda guerra supone: la justa y la injusta, la del agresor y la del agredido, la del aprovechado y del esquilmado —el autor excluye lo que no le interesa para realizar un saldo sin pasivo, todo él favorable. Es la idealización por abstracción, por exclusión. Existe otro procedimiento de idealización: la que se hace por alejamiento, por distancia. Ortega lo utiliza también cuando del ideal de la guerra y del guerrero sustrae a los ejércitos contemporáneos (demasiado a la vista), para confinarlo en las antiguas legiones romanas o en los guerreros medievales. Unas y otros aparecen, a lo lejos, vaciados de todos sus vicios humanos, liberados de todos sus compromisos diarios con la sociedad de su tiempo. Han desaparecido el barro, la crueldad, las miserias; sólo las armas brillan, casi virginales, con ese súbito resplandor que toman las cualidades del difunto (aborrecido en vida) en el recuerdo de algunas viudas. **Lo que hace antipáticos y menos estimables a los ejércitos actuales es que son manejados y organizados por el espíritu industrial. En cierto modo, el militar es el guerrero deformado por el industrialismo** (pág. 33).

Hubo, pues, una especie de Edad de Oro en que la guerra y los ejércitos sólo nacían del entusiasmo, **creaciones maravillosas de la espiritualidad humana.** En aquellos tiempos de pureza y altos ideales el guerrero no era un cualquiera pagado por el Estado, es decir por las finanzas. El guerrero pertenecía a una casta rica, a menudo, de por sí; y si no, vivía sobre el terreno conquistado, o de la despensa del agricultor. Hay ciertos ideales que permiten el robo y repudian un salario; depende de que se posea un concepto idealista o materialista de las cosas. El patricio imperial romano, como el hidalgo imperial español, tenían tan alto aprecio de sí, por ejemplo, que no concebían otra vida, en su caso, que la del **otium cum dignitate.** Luego, es lo de siempre: el mundo se ha ido despojando de guerreros, se ha ido materializando. La ética industrial, inferior y ramplona, sobrenada por encima de la del guerrero, deformándolo. Ya no hay élites.

La contradicción es manifiesta con la anterior teoría de los sólidos y los líquidos, ya que si la aplicamos hemos de concluir que la ética del industrial está por encima gracias a su **densidad. vital más sutil,** calidad que articula la sociedad de tal manera que lo inferior queda por debajo de lo superior.

Por otra parte, Ortega constata que el estado de guerra es casi permanente en la historia humana, cosa que tiene poco interés. Lo que nos interesa es desentrañar **el sentido** que tiene esa constante, discernir si apunta en alguna dirección; si es algo puramente animal, biológico —para emplear un término orteguiano— u obedece a alguna finalidad reflexiva, por escondida y débil que aparezca. Reconocer por un lado la existencia de una decisión de las mentes condenando la guerra, y por otro tachar a esta decisión de "caprichosa", es negar a la humanidad la posibilidad de tomar conciencia de sí misma; desdeñar como inoperantes e inútiles las vastas aspiraciones colectivas en pro de una sociedad asentada sobre bases más humanas. Ortega lo hace cuando llama a esas aspiraciones **la magia del debe ser** (pág. 101), **ese debe ser que desde el siglo XVIII, inventor del "progresismo", pretende operar mágicamente sobre la historia** (pág. 104). Contra la utopía del **debe ser,** Ortega enfrenta la realidad de **lo que es,** que se confunde automáticamente con **lo que ha sido.** A la operación mágica del deber ser, se opone la operación efectiva, quirúrgica, del sable, en defensa de "la realidad".

No hay que ir más lejos para ver cómo la historia se convierte así en un pasado que se perpetúa en lo presente, determinando lo porvenir y trazando un círculo cerrado. En el fondo, el progreso es un espejismo, un fenómeno externo, puesto que para salir de lo que es hay que imaginar un "debe ser" distinto e intentar aplicarlo o cristalizarlo en hechos, y esto es utopía. Los filósofos del despotismo ilustrado dieciochesco eran ilusos al pretender **que las cosas no fueran como son.** Al desdeñarlos, Ortega desdeña no sólo ese "progresismo" peculiar, sino el principio mismo de todo progresismo.

Estos argumentos han sido esgrimidos en todo tiempo y lugar por el reaccionarismo. El "siempre ha sido así" justifica el que "sea así" que, a su vez, justificará el que "mañana siga siendo así". Para las castas dominantes resulta utilísimo, ya que contribuye a eternizar una situación de dominio. Al mismo tiempo, suscita en los demás un sano sentimiento de resignación. **La resignación es en la mayor parte de los hombres la única gleba fecunda y la forma más alta de espiritualidad a que pueden llegar** (pág. 13). Se me permitirá insistir sobre la oquedad fraseológica en que a veces incurre Ortega; o bien, a la luz de esta última frase, se comprenderá por qué estimo como "reaccionario" el libro objeto de estas líneas. Es evidente que la no resignación a ser sólo lo que se es está en la base de todo progreso; ninguna revolución, ninguna trasformación han surgido de un estado de resignación, sino de descontento. Si la vida es lucha, es por no ser resignación, y aquí es donde empieza a cobrar sentido el permanente estado de guerra que Ortega señala.

Otro detalle de lo que vengo diciendo, aparece cuando Ortega traslada o aplica estos principios a España. España ha sido siempre lo que es, puesto que no puede ser otra cosa: **Venimos pues a la conclusión de que la historia de España entera y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia** (pág. 135). Lo grotesco de semejante afirmación no se le oculta, pues sabe que el término decadencia, muy relativo, supone de por sí un antecedente **mejor.** No importa: tal enormidad es el corolario obligado de la argumentación que preside toda la obra. En España han faltado élites feudales; su Edad Media se ha caracterizado por una intervención, que podríamos llamar anacrónica en relación con otros países europeos, del pueblo, de las masas. Su relativa democratización no le ha permitido ser otra cosa que una decadencia.

Por último, al abordar el viejo problema de las "nacionalidades" peninsulares, sus argumentos le impedirán verlo con objetividad y aun con serenidad. **España** —escribe en la pág. 39)— **es una cosa hecha por Castilla, y hay razones para ir sospechando que en general sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral.** No se trata sólo de de una afirmación gratuita; se trata, ante todo, de una exclusión: la de las cabezas no castellanas para la tarea unificadora de España, que habrá de hacerse **contra** tales cabezas, o **sin contar** con ellas. Es decir, que no resulta posible la unidad verdadera, siendo lo único hacedero **la integración.**

Teniendo en cuenta los principios que se establecen en el libro, la opinión del autor no creo que sea otra. Dando de lado a los hechos concretos, a las causas materiales, recurre una vez más, al argumento grandioso. Una frase de Mommsen sobre el imperio romano le lleva a trazar un paralelo entre Roma y Castilla. Al mismo tiempo deja que se deslicen ciertas nociones que han pasado a ser lugares comunes: la maseta, caballeresca y guerrera, se opone a la periferia levantina, más comercial y urbana. De un lado, la ética del guerrero; del otro, la ética del industrial, **moral y vitalmente inferior,** como ya sabemos. No es difícil adivinar dónde se encuentran los **inferiores** y los **superiorés,** aunque el autor no concretice; tampoco es difícil de adivinar a quienes toca ejecutar la gran operación de cirugía histórica en caso de desavenencias.

El peligro de los tópicos es que presentan una imagen fija, cuajada, de algo que está en movimiento y que se transforma. Que la pobreza pueda ser una clave que explique el famoso espíritu guerrero y lo condicione; que la lucha violenta por la vida haya podido imponer al castellano **transitoriamente** cierta rudeza y frugalidad, son causas que parecen tener escasa importancia a los ojos del autor, que desdeña por principio los fenómenos económicos y rechaza cualquier interpretación materialista de la historia como **arcaico armatoste, cien veces descalificado** (pág. 110).

La filiación de estas ideas, conocida en España solamente por un grupo reducidísimo de intelectuales cuando Ortega las echaba a los cuatro vientos, e ignorada por la masa de sus lectores, aparece hoy, en cambio, clara y precisa. Antes de aparecer en la **España Invertebrada,** flotaban ya sobre Alemania, país cuya historia, más aún que la de España, podría denominarse "la historia de una inseguridad". Pero así como la activa intervención del pueblo español durante su Edad Media le dió una sana conciencia de sí mismo y de su valor —a pesar de lo que cree Ortega—; en Alemania debió arraigar tanto el sentido jerárquico y de casta, que hoy día aún —por lo que he podido ver— el profesor, el intelectual, el investigador, el literato, trabajan,

salvo rara excepción, con el sentimiento de superioridad de que son otra cosa más importante que el pueblo. Llevada a sus extremos, esta actitud habría de desembocar en aquella pseudofilosofía delirante y paranoica, "espiritualista" por oposición al grosero materialismo, que habría de servir, en fin de cuentas, de plataforma teórica al advenimiento del nacismo y a la explosión del racismo, que fue una explosión de soberbia y orgullo, la afirmación histérica de una superioridad en la que se necesita creer. Al mismo tiempo, fue un fenómeno de contagio: el sentimiento de superioridad de un grupo de filósofos y pensadores frente a la masa alemana, se propagó y extendió por esta misma masa, hasta darle una actitud y un sentimiento análogos con respecto a los otros pueblos u otras razas no arios. El papel desempeñado por la **élite dentro** del pueblo alemán, lo desempeñaría el pueblo alemán dentro de Europa y, a poder ser, del mundo.

Ortega, germanizado hasta el tuétano, trasladó al español algunos de esos ideales. El terreno no era el mismo y sólo cautivaron a una minoría. Pero una fracción de la obra orteguiana quedó así encadenada al presente inmediato, sin rebasarlo ni trascenderlo, por lo que hoy esa fracción de la obra orteguiana se encuentra a su vez descalificada por los hechos y rebasada por la historia.

De esta ojeada echada hoy día sobre una obra que Ortega escribió hace más de treinta años, pueden sacarse algunas conclusiones con las que terminaré estas líneas.

Por su contenido, la **España Invertebrada** es una obra difícilmente atribuible a un espíritu democrático. Según ella la masa popular no deber tener intervención en el gobierno del Estado y si esta intervención se produce sobreviene la decadencia y la disolución. Sólo la élite está capacitada para aquella misión, debiendo los demás obedecerla con docilidad y resignación. La resignación es, por otra parte, la mejor virtud que pueden tener la mayoria de los hombres. La masa no interviene prácticamente en la historia, o al menos no interviene positivamente, sino como elemento negativo, disgregador. La historia es algo hecho por la élite, que la protagoniza, asi como trasladando estos conceptos a otro plano, España es algo hecho por Castilla, que representa el papel de élite dentro de la masa sobrante.

Puesto que la masa no está capacitada para designar a la élite, ya que lógicamente no es el inferior quien elige al superior, sino que todo lo más le otorga su confianza, se le somete e imita su ejemplaridad, la élite ha de imponerse de un modo o de otro. Para esta imposición no puede excluirse el persuasivo razonamiento que deriva de la fuerza armada, que no sólo es de índole espiritual también, sino que además es la gran cirugía histórica.

Cual sea el contenido y la naturaleza de esa élite y en qué momento y para qué fines haya de crearse es cosa que no aparece ni concreta ni definida. La misma indefinición flota sobre los conceptos de masa, superiores, inferiores, etc. Resultan asi puras abstracciones susceptibles de tomar la intención y el carácter del que se apodere de ellas o las ponga a su servicio. Permiten interpretaciones diversas y contenido ideológico diferente.

Sin embargo, el uso de un procedimiento semejante, apoyado en la vaguedad de los conceptos, en la oquedad de las fórmulas (esencia vital, destino histórico, misión ejemplar, etc.) puramente subjetivas y en las que se invocan cosas indemostrables prácticamente o que escapan a toda medida racional, sólo puede tener interés para el que intenta escapar, a priori, del juicio crítico de la razón humana, buscando para sus actos una justificación de categoría excepcional o supranatural. Es la dialéctica, en suma, que ha servido en todo tiempo a aquellos que, sirviéndose de los demás para lograr sus fines, niegan a los demás el derecho de enjuiciar o analizar tales fines, ya que él pertenece a una esfera superior de valores excepcionales que queda, prácticamente, fuera del alcance de los demás.

Por principio, la dmocracia es lo contrario de este sistema de "divinización" del poder. Al defenderlo en su obra, Ortega se ve obligado a defender otros procedimientos de la misma cepa. Las ideas no viven aisladas, sino que se agrupan; la admisión de unas trae inexorablemente la tolerancia de otras. Ortega se vé así arrastrado a una argumentación idealizante; es decir, que de sus argumentos excluye la parte de realidad que no le interesa o no le conviene. Esto es palmario en su justificación idealista de la guerra. La experiencia directa y real prueba que la guerra envilece más que dignifica; las circunstancias que crea favorecen la especulación, el acaparamiento, la prostitución, el embotamiento de los sentimientos humanos, la miseria. Como después de una riada, la guerra deja todo embarrizado, deshecho moral y físicamente. No importa. Estas realidades se extraen, se escamotean. Con ayuda de la idealización por alejamiento en el tiempo, se fabrica una guerra abstracta y aséptica, situada en un medioevo del que se han eliminado todas las bajezas y todas las montruosidades, hasta dejarlo perfectamente filtrado y limpio, resplandeciente de ideales.

Todo esto hace de la **España Invertebrada** un libro difícil de situar en el haber dentro de la obra de Ortega. Un libro contradictorio y opuesto a la famosa profesión de fé liberal que el autor consideró necesario hacer un día. Su influencia en la creación de cierto ambiente español, juvenil principalmente, que precedió a la guerra civil y la fue madurando, está por estudiar de cerca y con pormenor; pero que ejerció influencia me parece indiscutible.

Muchos puntos de la dialéctica justificadora de la guerra o que contribuyó a hacerla **pensable** se encuentran desarrollados o en embrión en esta obra, y no vale la pena repetirlos. Incluso algunas imágenes lírico-belicistas que habrían de hacer luego furor, como la de que **nada se parece tanto al abrazo como el combate cuerpo a cuerpo** (pág. 70), en donde se prescinde poéticamente de lo esencial del acto, a saber, la intención que lo ordena, se encuentran ya aderezadas y dispuestas en las páginas de ese libro a disposición de quien las quiera recoger.

Desde la perspectiva en que nos ha colocado la experiencia de dos guerras y sus secuelas, la **España Invertebrada** me parece el producto de una frivolidad que raya en la inconsciencia. Porque Ortega era oído, escuchado, imitado, seguido; porque a él, una de las mentes más activas y también más luminosas que ha tenido el pensamiento español, le incumbía doble responsabilidad. Su personalismo, que en su tiempo era ya una actitud caduca, le impidió comprender que en realidad no se debía solamente a sí mismo, ni a un clan, ni a una masa de admiradores, sino a su pueblo, y esto le negaba el derecho a dejar ensombrecida la totalidad de su obra por algunos equívocos, o por la aberración de algunos saltos de humor. Después de todo, su obra escrita ha de ser más perdurable que su comportamiento, y ha de ser la base principal para enjuiciarle en el futuro.

La "desmitificación" a que aludí al principio debe consistir, según creo, en situar cada obra orteguiana en el plano que le corresponde dentro de la totalidad, del conjunto; de ningún modo puede significar renegar de Ortega, valor que pertenece a la cultura y pensamiento españoles, de los que no se le podría arrancar sin mutilarlos y sin hacerlos, en parte, incomprensibles. El hecho de haber removido y agitado el pensamiento español representa, por sí solo, una labor ingente. De lo que discrepamos es de la calidad de algunas semillas lanzadas en ese terreno removido. Sólo la revisión de su obra nos puede ayudar a mejor comprenderlo, fijando nuestra situación ante él en lo que somos, todos, sus deudores; y en lo que somos, todos también, sus acreedores.



MITOLOGIA DE LA MISERIA ESPAÑOLA

ESTETICISMO Y SOLIDARIDAD

He tenido ocasión de atravesar, no hace mucho, la provincia de Soria, en particular el "alto llano numantino" que Machado cantó. Soria es un pedazo de España que encuentra apasionados ecos en nuestro corazón. Desde temprana edad, los que hemos tenido una educación literaria aprendimos a amar sus "grises alcores", sus "cárdenas roquedas", la "curva de ballesta" del Duero, sus arrieros, las duras gentes del llano, la espiritualidad y la miseria de una tierra de bella desolación.

Mentiría si dijera, que no me he dejado ganar por esta desolación y por esta belleza. Hay una cierta exaltación lírico-religiosa de la tierra, sobre todo de la tierra inhumanamente pobre, a la que siempre está dispuesto nuestro corazón. El castellanismo frenético de la generación del 98 lo llevamos todos en la sangre. En algunos hasta hace las veces de religión. De cualquier modo, un paisaje desolado de Castilla, como este llano numantino de que hablo, tiene para nosotros tanta resonancia estética como la contemplación del más bello cuadro o la lectura del mejor libro. El intelectual ciudadano que tenga ocasión de pasar por estas tierras pobres y limpias, será difícil que no extraiga de ellas alguna "consolatio philosophiae" para sus tribulaciones espirituales: una España desnuda, berroqueña, formidablemente inmortal, le entrará por los ojos, le apretará la garganta, le dejará aplastado y extático con su enorme gravidez metafísica... Estas tierras —"tan tristes que tienen alma"— aparecerán a más de uno envueltas en un halo de potencia espiritual; su tristeza exaltará la decaída *alegría de ser* del escritor ciudadano. Los pueblos de adobe, color tierra —tierra sobre tierra—, le evocarán una oscura metafísica de la muerte (el "cementerio castellano", de Unamuno). Las grandes llanuras peladas serán para él como un reflejo de la eternidad —o de la nada—. Y cuando se acerque a sus habitantes, los duros hombres de estas tierras, los verá, a poco que se deje arrastrar por el entusiasmo, radiantes de no sé qué misteriosos prestigios: una sabiduría telúrica (¿no se encorvan sobre la tierra para leer en ella?), una energía indomable (sus cuerpos magros, leñosos), una frugalidad ascética... Y todo ello, quizá, adobado en el recuerdo de pasadas glorias, de pretéritas hazañas.

En una palabra: a poco sentido estético y capacidad filosofante que nuestro escritor tenga, pronto se encontrará metido hasta las narices en plena mitología de la miseria española.

Apenas si tengo que decir que esta crítica de mitos puede aplicársenos a todos, o casi todos —empiezo por incluirme a mi mismo—. En realidad, se trata de un estado de espíritu colectivo creado a través de sucesivas elaboraciones literarias —a partir del 98— y que actúa como un reflejo instintivo de nuestro amor a España. Tampoco se trata de anular a éste, sino de purificarle de toda mitología negativa. No voy a negar al escritor español su derecho a amar las pobres tierras de España; lo que sí me interesa es que se ponga en claro cierto vicio esteticista en la visión de la pobreza española de que todos, por momentos, más o menos padecemos. En otras palabras, quiero defender, frente al punto de vista del esteticismo, el de la solidaridad.

LA PERSPECTIVA QUE CABE ADOPTAR ante cualquier realidad es doble: la del que contempla para *verse* y la del que contempla para verse a sí mismo y *a los demás.* El paisaje existe *objetivamente* fuera del que contempla, pero únicamente como amorfo e innominado muñón de realidad. Sólo se eleva *ontológicamente* a la categoría de paisaje cuando es enfrentado a una contemplación humana. La indubitable consistencia exterior de la realidad es sólo la mitad de la misma; la otra mitad que la completa es la *subjetividad que ve.* Pero esta subjetividad es plural, múltiple; el paisaje es paisaje no porque lo vea yo, sino porque lo vemos *yo y los otros.* La realidad es una pluriconformación social. En todo paisaje se integra y refleja una subjetividad. Eso que llamamos lo *humano* sale al exterior para volver a sí mismo en forma de cosas. Mirar es contemplarse, aunque sea transformándose. Y una sociedad se mira y se transforma en su paisaje.

Pero hay un vicio de la visión —vicio de la subjetividad misma— en el que cae frecuentemente el escritor, el intelectual en general, y que consiste en reducir la objetividad de las cosas al único punto de mira del contemplador, olvidando la significación humana plural de lo contemplado y falseando y empobreciendo su consistencia exterior. Este vicio es el subjetivismo, vicio que, aplicado al mundo del escritor, llamamos esteticismo. El esteticista peca de una doble insolidaridad, horizontal y vertical, para con el paisaje humano circundante. Horizontalmente, se aísla en su contemplación de los puntos de vista coetáneos sobre

POR FRANCISCO FERNANDEZ SANTOS

Nacido en Madrid. Uno de los ensayistas más conocidos de la nueva generación. Redactor de la revista **Indice.**

la misma realidad, reduciendo aquélla a una especie de toma de posesión sexual de ésta que rechaza celosamente toda posesión compartida. Verticalmente, corta la comunicación con el proceso evolutivo humano de que él es último eslabón, absolutizando su punto de vista e intemporalizando lo que es necesariamente temporal. El esteticista se planta en medio de la historia con su "especies aeternitatis" como prisma regulador.

En realidad, y en un cierto sentido, esta es una necesidad o condición intrínseca al arte mismo. La visión artística es esencialmente unilateral y destemporalizadora (aunque sea para recrear luego una totalidad y una temporalidad de orden superior o simplemente distinto). La mirada artística aisla un trozo de realidad, le somete a un proceso, diríamos de transustanciación, le convierte en un ciclo cerrado y repetible: es decir, le desrealiza. Una auténtica obra de arte es siempre una isla que rompe las amarras. En cierto modo, el egoísmo es su esencia: reniega de aquello de que está hecha. Producto de la evolución, niega la evolución. El tema del arte no es más que uno: el hombre, su existencia histórica y concreta; mas para hablar del hombre le niega en cierto modo. De esta dialéctica negación-reconocimiento no es aquí la ocasión de hablar: quédese para nueva coyuntura. Lo que ahora interesa es ver cómo de eso que es condición de existencia del arte, puede pasarse a lo que es sólo vicio; es decir, de la estética al esteticismo.

El grado de desamarre o aislamiento puede llegar al límite viciado del solipsismo, a la insolidaridad total. El artista auténtico parte siempre de una superabundancia de lo humano, se sumerge en el revuelto corazón del hombre, se enriquece en el derramamiento y la multilateralidad. En cambio, el esteticista es un alma pobre, con escaso poder de radiación, con muy poco *mundo*. Ante un determinado paisaje humano se ve sólo a sí mismo, porque es incapaz de asumir la vida de los otros seres que viven ese paisaje, ni siquiera como arte. Su egoísmo no es creador, sino defensivo. No se abre a la multilateralidad de las cosas porque la teme: no la dominaría. Empobrece la realidad haciéndola a su imagen y semejanza. El solipsista, el esteticista, no es tanto que se desate del mundo; es que le desconoce. Yo sólo existo, es algo que únicamente puede decir quien sea por dentro muy pequeño.

El esteticista es un desarraigado de la realidad —quiero decir, de la realidad como conformación humana total—. Ama las bambalinas de teatro, no el paisaje en su viril dureza. Se ensordece los oídos con el sonsonete de su yo para no oir el gemido o el canto de las cosas. Su humanidad es una humanidad en circuito cerrado: va de sí mismo a sí mismo, sin salir de sí, sin enriquecerse de algo *otro*. Siente, aunque no se lo confiese, que toda la realidad, toda la historia, se ha ido desarrollando para llegar a él, meta absoluta; la siente como un fruto natural que está ahí y que basta con alargar la mano para recoger. Goza de una herencia que él no ha creado, pero desconoce a sus padres y a sus criados. A nadie debe nada. En una palabra, el esteticista es el *señorito* del pensamiento. El esteticismo es insolidaridad.

LA BELLEZA DE LA MISERIA

Pero volvamos a nuestro punto de partida: el escritor español, enfrentado con la desolación de la tierra de España, se siente fácilmente tentado por la actitud esteticista. El escritor exalta la belleza trágica de la tierra, pero ¿a costa de qué? A costa, quizá, de desconocer la tragedia mucho más real y menos bella de los hombres que tienen que sufrirla. El esteticismo se manifiesta aquí en que se trasplantan las exigencias espirituales de un cierto nivel social a unas condiciones objetivas en las que no se vive realmente, sino de refilón, marginalmente. La totalidad humana de la tierra mísera, la vivencia plural de los hombres que se hallan más próximos a ella, queda desfigurada tras la escenografía esteticista del "outsider" ciudadano, del forastero. Es posible que el hombre de las ciudades, particularmente el intelectual, individuo de una civilización de la abundancia, necesite de la contemplación y el roce de la desnuda miseria para restablecer su equilibrio espiritual, para apaciguar quizá su disgusto de la satisfacción. Es éste un reflejo muy real y hasta relativamente sano: es síntoma de que el individuo no se ha alienado completamente en una civilización de cosas. Pero lo que no cabe justificar, moralmente, es que esa necesidad exija la mixtificación de otras realidades humanas; es decir, en nuestro caso, lo que puede llamarse "mitología de la miseria". En pocas palabras, la contemplación estética o espiritual del pobre no debe servir de cortina de humo tras la que esquivar la más llana solidaridad moral y vital con él.

El escritor esteticista encuentra frecuentemente *bello o espiritual* al pobre, ¿cómo no? Pero, ¿se detiene a pensar que para poder sentir bella y espiritual a la pobreza es necesario haber salido de ella, tal vez hace generaciones? De este modo, el sentimiento estético se engolfa allí donde el sentimiento existencial de lo vivido ya no existe o no ha existido nunca. Esto, que es casi una ley de la experiencia estética (el arte aparece donde la vida en cierto modo se ha retirado), se convierte en el feo vicio del esteticismo cuando de por medio anda un acto moral de responsabilidad. Se hace una tragedia espiritual de lo que no es sino la más mísera tragedia fisiológica: el hambre; tragedia que difícilmente permite en su interior, impulso alguno espiritual. De este modo, una realidad humana muy grave queda falseada, desconocida en su vivencia más enérgica y en cierta manera existencialmente justificada. Y una responsabilidad concreta queda sin cumplir.

El acto estético de la contemplación de la desolación, para que no caiga en el más esterilizador fraude, ha de ir acompañado por el acto moral de asunción de la totalidad humana que esa desolación engloba. El pensamiento, el arte, quizá puedan ser crueles con el hombre concreto (a corto, no a largo plazo); lo que no pueden es hacer trampas con él. Hacer juegos de prestidigitación artística o intelectual con las primordiales necesidades humanas convierte al espíritu en estatua de sal. El pensamiento y el arte no pueden vivir de la cáscara accidental de las cosas; tienen que ir hasta su corazón más íntimo —les mueve un dinamismo de buceadores abisales. El escritor que pasa al lado de la miseria sin sumergirse en sus vivencias humanas más profundas es un tramposo. Sólo no sonará a falso la voz de aquel que aun a costa de romper con sus más pegajosas exigencias psicológicas cotidianas, haya asumido la humanidad más auténticamente enraizada en la realidad de que habla.

Por eso suena —a mí al menos me suena— tan hueco el escepticismo con que ciertos intelectuales, ciudadanos empedernidos, hablan de las ventajas de las ciudades y el calor con que exaltan la vida de los pueblos. No se trata de acudir a una filosofía progresista de la historia para hacer ver que ese escepticismo y esa exaltación carecen de legitimidad y responden a un provincianismo reaccionario. No, la falta de legitimidad es psicológica: no creen vitalmente en lo que dicen. En primer lugar, sienten, aunque no se lo confiesen claramente, que para ellos la vida aldeana sólo resulta apetecible vivida desde la ciudad (pasa como con la nostalgia: se goza en el presente de un pasado que no nos interesó tanto mientras fue presente; es decir, se goza intensamente el presente... huyendo de él. La nostalgia, como el amor a la vida aldeana, es una manifestación más de esa *voluptuosidad de la distancia* tan enérgica en el intelectual). En segundo lugar, la verdad es que, en la práctica, esas ideas se quedan en vano humo: el enamorado de la vida rural permanece en su odiada ciudad y cuando va a la aldea va de vacaciones. En último lugar, y esto es lo peor, al intelectual le puede parecer muy humana e incluso idílica la vida de aldea: es fácil puesto que no la vive. Mixtifica así, estetizándola, una realidad de la que es esencialmente insolidario y oculta a su conciencia los verdaderos problemas humanos de los pueblos, que no son los suyos, sino los de los que los habitan y *viven*. Una vez más, ante un paisaje, el intelectual se ve a sí mismo, y no la total situación humana que le vive. ¿Está usted dispuesto a pasar hambre, frío e ignorancia?, habría que preguntarle. Seguramente no contestará, o se sonreirá, o dirá que eso es demagogia.

El esteticista, siempre dispuesto a vivir estéticamente, es decir, desde lejos, lo que se negaría a vivir de verdad, en toda su consistencia humana, se construye así una *pseudomórfosis* espiritual más donde cristalizar las exigencias de su humanidad en circuito cerrado. Vacía una realidad de su contenido humano más auténtico para escanciar en ella su destiladísima subjetividad.

Dicho llanamente, la belleza de la miseria es un lujo caro que el esteticista ahito se paga a sí mismo en moneda de insolidaridad.

DEL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA TIERRA

En nuestra civilización industrial los mejores espíritus se sienten por momentos condenados a una forma de vida de la que en realidad han surgido y en la que constituyen como las últimas puntas de lanza: las ciudades. La ciudad representa para ellos la agitación, el movimiento, la dialéctica de los contradictorios, la conciencia aguda de la antinaturalidad de lo humano, la ansiedad del cambio y del futuro, el sentimiento del absurdo existencial, la deshumanización individualista o colectivista, el relativismo, la abstracción ideológica: en una palabra, la *historia* —es decir, la historia tal como se nos ofrece a la altura de nuestros tiempos en cuanto realidad *historiable* (en el sentido de Américo Castro)—. El espíritu que más lejos ha llegado experimenta el vértigo de su propia altura, se siente andar por la cuerda floja, desearía ardientemente volver a un ilusorio punto de partida, sentirse seguro sobre la tierra de que partió. Inevitablemente, se vuelve hacia el campo y la forma de vida que representa, en cuanto opuesta a la de las ciudades. En él se repite el viejo y bello mito de Anteo, hijo de la Tierra: en cuanto perdía contacto con ésta se le desvanecían las fuerzas. El mito de la tierra surte frecuentemente un efecto de fascinación en el hombre moderno, sobre todo en el intelectual. Parece como si el espíritu obedeciera a una misteriosa ley del culatazo: cuando más fuertemente se ve proyectado hacia delante, mayor es la fuerza que de él tira hacia atrás. La conciencia apesadumbrada de la *huida* se repite, desde el mito del Paraíso Terrenal hasta Rousseau y el ciudadano moderno, por toda la historia humana, según cierta cadencia de desarrollo. El hombre moderno ve en la tierra el contravalor de su propia

forma de existencia: el campo, piensa, es la quietud el silencio, la granítica seguridad, la totalidad reconciliadora, lo natural, concreto y prefijable: en cierto modo, *lo eterno* o, dicho con palabra unamuniana, la *intrahistoria*. En términos de filosofía contemporánea cabría decir que la ciudad tiene *historia*, el campo tiene *consistencia*. El intelectual, ahíto de libertad, busca a veces en el campo una consistencia que se le escapa de las manos: huye de sí mismo. Y para satisfacer su necesidad de huida cae en el mito de considerar a la tierra y los modos de vida a ella apegados como algo inmutable, granítico, que escapa a la evolución de que él es producto. Surge así el mito del campesino eterno, que salva por encima de los siglos y los milenios la esencial y primigenia mismidad del hombre. Por otro lado, la creencia cada vez más maltrecha en un Dios personal busca su derivativo en un cierto *sentimiento religioso de la tierra* (hay otros derivativos de los que no es ésta la ocasión de hablar). De lo que el hombre vulgar hace turismo, el hombre de espíritu hace fácilmente religión.

En el caso de España, ese sentimiento procede también de otros factores propios de su existir histórico, que examinaremos más adelante.

UNAMUNO NO ESCRIBIO NUNCA un tratado *Del sentimiento trágico de la tierra*, pero por toda su obra se hallan esparcidos elementos que podrían servir fácilmente para su elaboración. No es éste mi propósito. Me limitaré aquí a recoger algunas breves citas de las que, sin perjuicio de lo que daría un estudio más detallado del tema trasparece una actitud frente a la tierra de España que ha contribuído grandemente a fijar la mitología de la miseria española en que más o menos casi todos hemos caído o caemos. Unamuno era un enorme espíritu —uno de los más grandes de este siglo—, pero sus descarríos, aun sostenidos por su personalidad fuera de serie, no dejan de ser descarríos.

Es impresionante ver cómo Unamuno, a lo largo de toda su vida, se debate en medio de su drama religioso. Hombre de duda esencial, lucha cuerpo a cuerpo con su duda. Se le escapa de entre las manos, como un agua huidiza, la eternidad, pero se niega a renunciar a ella. De este hambre insatisfecha se tiñe profundamente su visión de la tierra española. Su palpación intelectual de España es la del ciego que busca algo seguro a que agarrarse. Toda su vida será una pesquisa apasionada de *lo eterno español*, apoyatura desesperada para una eternidad ultraterrena que no consigue atrapar. ¡Con qué pasión contemplará "esta nuestra *inalterable* y casi desconocida España; ésta, la de los rincones adonde aun no llegan el tren ni el automóvil; ésta, que conserva toda *la recia primitividad del granito sobre que descansa y sueña*"! (1) Sobre esta mítica España de *granito*, sobre esta eternidad hecha tierra, podrá descansar al fin la duda de Unamuno. Sólo ante esta pobre tierra española podrá sentir, lejos de las ciudades y su historia, "las cosas eternas"; sólo a ella podrá "ir a gozar de visiones que están fuera del tiempo" (2). España, sobre todo Castilla, son los "campos para vivir en ellos con el fondo del alma, con el alma desnuda, como están desnudos los campos y desnudo está el cielo que los cubre" (3). El concepto de *casta*, profundamente campesino, lo eternizará Unamuno para arropar en él su frágil inmortalidad personal: "Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de un cielo lleno de luz; sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos pequeños ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraído por sus raíces hacia *lo eterno de la casta*" (4).

Su sentimiento religioso de la tierra española adquiere una alta tensión trágica en ese formidable poema mazazo que es *El Cristo yacente de las Claras*. Aquí, España, Castilla, son el Cristo mismo —"porque este Cristo de mi tierra es tierra"—, un Cristo precristiano, ahistórico, granítico, aplastante en su inmanencia inmortal. ¿Se habrá dado nunca una imagen más trágica de la desolación española?: *Este Cristo español que no ha vivido, | negro como el mantillo de la tierra, | yace cual la llanura, horizontal, tendido, | sin alma y sin espera. | con los ojos cerrados, cara al cielo | avaro en lluvia y que los panes quema*". Cristo —Unamuno— se crucifica, se funde, se eterniza en la tierra de antes y de después de la historia —*"sin más cruz que la tierra"*, *"carne y sangre hechos tierra, tierra, tierra"*—.

Pretender hacer objeto a esa tierra-Dios de un análisis sociológico le hubiera parecido a Unamuno un verdadero sacrilegio: algo así como intentar medir a Dios con la regla de cálculo. Desde las cumbres de Gredos exclamará en un arrebato: "¡La sociología! ¿Hay algo más horrendo, más grotesco, más bufo...?" El mito religioso se transformará así en mito antihistórico: la "Espaba eterna" de Unamuno escapará al fluir de la evolución para convertirse en la roca sobre que se yergue su maltrecha inmortalidad personal (5).

El dolor de Unamuno por la desolada tierra de España (6) se eleva en él a una categoría más o menos conscientemente metafísica. *Doleo Hispania, ergo sum*, podría haber escrito, como un anti-Descartes ibérico. La invasora y agitada religiosidad de Unamuno necesita eternizar situaciones que caen plenamente dentro de los límites de la simple responsabilidad histórica y social. Nada escapa a su sensualidad metafísica, que de este modo viene a convertir a la "España eterna" en una fenomenal seudomorfosis religiosa (7).

El concepto unamuniano de la *intrahistoria* resulta también de esta palpación religioso-metafísica de la tierra de España. Espíritu muy de su tiempo. Unamuno siente la agitación y la fragilidad de la historia presente y, en general, de toda la historia y busca en la vida quieta de campos y aldeas una visión que se inspira, como bien dice Américo Castro, "en ideas muy del tiempo moderno y nada *intrahistóricas*". La trampa en que Unamuno, como tantos otros, cae la expresa magníficamente el mismo Américo Castro, refiriéndose a esa visión de la *intrahistoria*, con estas palabras: "En la supervaloración de la vida inmutable y subciudadana va siempre implícita la falacia de no reconocer que sin la vida histórica (la que llamo *historiable*) los laudadores de la vida invariable de la aldea no habrían siquiera dispuesto de categorías sentimentales e ideológicas para aproximarse a la realidad de los usos quietos y tradicionales (8).

En la rica personalidad de Unamuno cabían muchas contradicciones y muchas exageraciones. En el crisol de su pasión todo se fundía en unos cuantos potentes mitos hacia los que se polarizaba la realidad entera y en los que se fundaba la dinamicidad de su espíritu —y era enorme— (9). Su pasión religiosa de España, su "cristología" española (tan desesperada quizá como la "religión de Rusia" en el Chatov —¿Dostoiewsky?— de *Los demonios*), oscurecía y mutilaba zonas enteras de la realidad española, que después hemos debido aprender en otros espíritus y otras pasiones. El mito de la eternidad en su angustia de incrédulo, afinca sus garras en el desolado predio español y paraliza a veces en su espíritu una historia incompleta que, por otro lado, él como pocos consiguió dinamizar. El avasallador *ego* unamuniano mutila a veces la integridad histórica del *nosotros* español. Lo grave no es que desprecie a la sociología, o lo que él cree que es la sociología, sino que preste la voz de la eternidad (su propia voz de angustiado existencial) a lo que antes que nada son aullidos del tiempo maltratado.

Hay momentos en que Unamuno parece que quisiera ser el Buda español contemplando el ombligo de la eternidad de su patria. Pero España, naturalmente, no tiene ombligo, ni tiene eternidad: no es más que un hecho histórico que le ocurre al hombre. Tomémosla como es.

LA TIERRA COMO HISTORIA

Lo que en Unamuno es visión religiosa y estática de la tierra española, en Antonio Machado es esencialmente humanismo y sentimiento histórico y dinámico (10).

El espíritu de Machado, como el de su gran amigo Unamuno, se nutre en un principio de una contradicción entre el idealismo filosófico (búsqueda anhelosa del yo, realidad como sueño, intimismo desenfrenado..., es decir, los valores del gran romanticismo europeo) y una aguda percepción de las categorías históricas concretas. Esta contradicción, en Machado, se va desvaneciendo o amortiguando con el tiempo en favor de una profundización del sentimiento histórico del *nosotros*, que aprehende el devenir de su patria y acepta su responsabilidad y su solidaridad con él. Machado, fiel a su origen, es hasta el final de su vida un "pobre hombre en sueños", que sigue "buscando a Dios entre la niebla" —como cantara en uno de sus primeros poemas—. Pero su búsqueda metafísica no le nubla los ojos para una visión del hombre histórico que le rodea. De modo que la fabulación egotista o seudorreligiosa en que a veces Unamuno cae, la evita Machado a lo largo de su vida. Entre sus posiciones últimas y su posición primera no hay solución apreciable de continuidad; hay la evolución natural a un gran espíritu que cumple su destino interior (11).

Nadie, ni siquiera Unamuno, amó más que Machado la tierra de España. Vivió en ella y con ella, la llevó dentro de sí toda la vida, sufrió por ella. Pero la ve con ojos limpios, sin *aprioris* religiosos ni metafísicos, en su desnudez natural, pero también en su desnudez histórica. Si en algún momento canta a la "tierra inmortal, Castilla de la muerte", tierra que prolonga su inmortalidad hacia el pasado, la ve siempre abierta hacia el futuro, hacia una acción humana de redención: la "estirpe redentora" que habrá de sustituir "la España de charanga y pandereta" por una "España de la rabia y de la idea" (expresión esta última extraordinariamente plástica de un dinamismo histórico en movimiento). En el poeta está siempre viva la voluntad de transformar la desolación española; el presente y el futuro se funden en el amor de Machado por su tierra.

El poeta contempla "lo esencial castellano" (prefacio de 1917 a *Campos de Castilla*), pero simplemente como espejo de lo "eterno humano", "lo esencial humano". No lo convierte en un fetiche solipsista, sino que a su través quiere penetrar la historicidad esencial del hombre.

Difícil es que se abandone al mito de una "España eterna", inalterable en su mismidad, dada para siempre. Canta:

¡Qué importa un día! Está el ayer abierto
al mañana, mañana al infinito;
hombres de España, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

Comentando este último verso, dice muy bien Pierre Darmangeat: "Quizá nunca se expresó con tanta fuerza la aptitud de la voluntad humana para hacer la historia, para forjar un mañana a partir del hoy corrigiendo, si es preciso, los errores de ayer".

Y en el prólogo de 1919 a *Soledades, galerías y otros poemas*, afirma amar "mucho más *la edad que se avecina* (subrayo yo) y a los poetas que han de surgir, cuando una tarea común apasione las almas", contraponiendo esa edad futura a la anterior en que dominó "una ideología... esencialmente subjetivista" y en la que "el poeta... sólo pretendía cantarse a sí mismo, o cantar, cuando más, el humor de su raza". Y añade: "Los defensores de una economía social, definitivamente rota, seguirán echando sus viejas cuentas y soñarán con toda suerte de restauraciones; les conviene ignorar que la vida no se restaura ni se compone como los productos de la industria humana, sino que se renueva o perece".

Renovarse o perecer: sería vano pretender ver en Machado un pensamiento auténticamente dialéctico —él mismo confiesa su poca simpatía por la idea central del hegelianismo y del marxismo— (12). Su sentimiento del devenir va por otros cauces, pero va de todos modos lejos. Enfrentado con el cuerpo histórico de su patria, al que ha palpado a lo largo de su vida con tacto de enamorado, ve y siente a lo español como un destino incompleto, como un acorde incabado en la gran sinfonía humana. El sentimiento de la totalidad humana en devenir está en él muy por encima de un españolismo estrecho y estático contra el que siempre luchó.

El hombre de la tierra española, del que se siente tan solidario, encuentra de todos modos en Machado, cuando el caso llega, un retratista sin complacencia, un crítico acerbo. El poeta que cantó la "mucha sangre de Caín" de "la gente labriega" no se deja nunca atrapar en la "falacia" de los

adoradores de la vida aldeana. Por otro lado, la casta apenas si aparece en él más que en función negativa.

En Machado el sentimiento de solidaridad y la voluntad de transformación son una misma cosa. La belleza a que él supo elevar la desolación española iba profundamente enraizada en el acto moral de asunción de su totalidad histórica viviente. Para él, pasar de la contemplación concreta a la generalización político social no era ni una imposibilidad ni un sacrilegio.

Si Unamuno ve por momentos a España como una roca sobre la que alzar su anhelo de inmortalidad Machado la ve como un camino por el que marchar todos juntos hacia una plenitud histórica y humana.

LO ESPAÑOL COMO SUBSTANCIA O COMO DEVENIR

Si hay una palabra que al intelectual español le conmueva hasta las entrañas, esa palabra es: *el pueblo*. Seguramente no habrá nación en Europa donde el hombre de espíritu se sienta tan vitalmente atraído hacia *lo popular*. El *pueblo* es una de las nociones más vagas que andan por el aire de Europa; más, a pesar de toda su vaguedad, en España decir *pueblo* es decir algo profundamente actuante, es nombrar un dinamismo soterraño siempre dispuesto a dispararse en cualquier conciencia, desde la del bracero campesino hasta la del ciudadano más evolucionado. Yo no sé en qué circunstancias históricas concretas se basa este sentimiento casi unánime —quizá en el deficientísimo desarrollo de la burguesía que tanto retrasa la constitución de una sociedad española moderna al no diversificar el fondo popular originario ni constitur capas sociales intermedias entre las minorías gobernantes y la mayoría gobernada; quizá también en el aislamiento secular que hizo monolítico el existir español, impidiendo su evolución armónica y el proceso de diferenciación... De todos modos, el hecho es que ese sentimiento constituye una dimensión importante de la conciencia del existir español, al menos hasta el presente.

Cuando alguien dice en España: "todo lo bueno viene del pueblo", dice algo que suena al mismo tiempo verdadero y falso. Verdadero: en cuanto que ciertos valores fundamentales del existir español parecen encarnarse, con mayor fuerza y fidelidad, en las capas más extensas y bajas de la población (por ejemplo, la dureza vital, la abertura al prójimo, el sentimiento y asimilación vital de la muerte, la fidelidad personal...) En cambio, en Francia difícilmente puede decirse que sean las capas bajas las más genuinas portadoras de los valores del existir francés; la capa fundamental es la mesocracia, que absorbe hacia su existir a las capas inferiores del campesino francés o es mesócrata o es culturalmente amorfo). La clase media española es débil, medrosa y con una conciencia apocada de su existir: su capacidad y sentido de mediación social son casi nulos. Falso: en cuanto que las grandes personalidades que encarnan y universalizan el espíritu español no suelen pertenecer a lo que se llama vagamente *pueblo*, sino en su mayor parte a la clase media —aunque se orienten normalmente hacia el existir de aquél y no hacia una toma de conciencia de ésta—. La creación popular espontánea, si es que alguna vez desempeñó un papel de primer orden en el existir español, ya no lo desempeña hoy (al menos en tanto que *pueblo*).

El intelectual español, hoy como ayer, se halla casi naturalmente vuelto hacia el existir de esa cosa tan vaga, pero tan profundamente actuante que se llama *pueblo*. Mas su visión de éste se tiñe fácilmente de fetichismo y de romanticismo reaccionario y trasnochado. A veces llega hasta la trampa esteticista.

Ese fetichismo *populista* se manifiesta esencialmente en dos sentidos:

Por un lado, el intelectual español se orienta e intenta aproximarse a un pueblo que es para él prácticamente sordo; un tremendo muro aislador les separa: ese muro se llama pura y simplemente la miseria (y por miseria entiendo un grado de aherrojamiento material que detiene el dinamismo orgánico de una persona o grupo humano). De modo que si el intelectual está atento a los ilusorios latidos del pueblo, a éste difícilmente le llegan los latidos de aquél; se rompe el alma por hablar *en nombre del pueblo* para un pueblo al que su voz no llega, ni siquiera a través de instancias intermedias. De ahí la desgraciada condición del intelectual español: enamorado de un pueblo que ni siquiera de vista le conoce. Condición que a algunos lleva, como compensación a la sorda calidad, a imaginar un objeto de amor idealizado, una especie de superpueblo en el que penetrar casi sexualmente para fecundarle. El intelectual español, en su acción social, se las tiene que ver frecuentemente con fantasmas: poéticos, metafísicos, religiosos...

Por otro lado, en el *populismo* del intelectual español puede haber su buena dosis de sentimiento mágico. El pueblo, para una visión de este tipo, se convierte en una categoría estática —metafísica o religiosa— de lo humano. El mito mágico se concretaría así: España es eterna y el pueblo es su esencia. De este modo, lo que no es más que un cuerpo histórico queda trasmutado en substancia.

LA CONCEPCION SUBSTANCIALISTA del pueblo me parece extremadamente peligrosa: desdinamiza la historia, convirtiendo en presente eterno lo que no es más que presente histórico, es decir, momento de un devenir. Enturbia la idea, para mi profundamente verdadera, de que un pueblo no es más que lo que de sí mismo hace y que sólo cuando se ha desvanecido de la escena histórica, cuando ha muerto, cabe decir lo que es, es decir, lo que fue. El mito substancialista, como la religión unamuniana de la tierra, destruye el devenir, y con ello la esencia misma del pueblo ¿Hasta qué punto el substancialismo no toma, ciegamente, por eternidad y persistencia en el propio ser a la pura inmovilidad histórica provocada por la miseria? Un pueblo es un devenir —un trozo del devenir general del hombre—; las categorías a él aplicables son las históricas— nacimiento, progreso, reacción, lucha, aceleración, inmovilidad, muerte...—, esencialmente dinámicas. Para el pensamiento, pues, plantearse el problema de un pueblo no es investigar su esencia (que se nos escapará siempre de entre las manos), sino su movimiento (13). "Hombres de España, ni el pasado ha muerto ni está el mañana —ni el ayer— escrito", cantaba Machado, expresando en dos versos magistrales el sentimiento del pueblo como dinamismo en devenir.

Para cierto tipo de intelectual español, hombre de clases bien alimentadas, que difícilmente puede penetrar en las condiciones objetivas en que el hombre de las clases bajas se desenvuelve, el sentimiento mágico substancialista del pueblo se tiñe fácilmente de esteticismo e incluso de hipocresía. Por ejemplo: ¿hasta qué punto ese sentimiento no evita tener que tomar en consideración otras categorías históricas más enérgicamente actuantes, pongamos el proletariado? En lugar de empezar por tomar al pueblo en su realidad histórica concreta, es decir, como grupo humano con unos problemas que resolver, unas necesidades que satisfacer y una evolución que cumplir, se fabrica una serie de *aprioris* metafísico-religiosos que mixtifican la autencidad de su existencia, degenerando incluso en folklorismo. Esta mística, esta contemplación ontológico-estético-religiosa de lo popular español, no es buena: habría que luchar contra ella incluso con el duro escalpelo científico del antropólogo y del sociólogo.

A nada conduce inclinarse hacia el pueblo español como ante una esfinge: esperando que nos abra su secreto ¿No es lo cierto que lo que un pueblo tiene que decir lo dice únicamente en movimiento, existiendo?, ¿y que su secreto no es tal secreto, sino una pura potencia de existir que se ha manifestado de cierta forma en el pasado, pero que se ha de desarrollar no se sabe exactamente cómo en un mañana aún "no escrito"?

Huir de una visión estática de lo español es preservar el ámbito y la originalidad de nuestro futuro, *España no está hecha*. ¡Afortunadamente! Lo hecho es el pasado y sólo pueden mostrar plenamente su pasado los pueblos muertos o a punto de morir: ya no les queda que decir más que lo que dijeron. A esos pueblos la historia les entierra para siempre.

— De la consideración estática a la dinámica va esta diferencia práctica primordial: definir una esencia española intocable es conformarse con su presente (si lo español ya está hecho, ¿qué más necesita?). Inyectar futuro a España es ponerla en movimiento.

El futuro es posibilidad, potencialidad al descubierto. Es la disposición de la existencia cuando se pone, paradójicamente, a *ser* lo que *aún no es*. La vida se tiende como un arco y el dinamismo humano se dispara hacia la gran creación histórica: una nueva chispa de luz que se arranca al mundo de la inconsciencia. Llenemos a España de espíritu de aventura, de posibilidad, de no ser... Hirámosle profundamente el flanco de su hieratismo seudo-ondológico, dinamizádola en su base material y social, arrancándole la vieja roña de su parálisis. Y entonces es posible que España, como en sus mejores siglos, tenga algo nuevo que decir al mundo.

Un país contando en el presente, como un avaro, las monedas de su pasado es una realidad poco grata: la historia fundamental de un pueblo, en un sentido existencial y no mecánico, es lo que le queda por hacer, es decir, por ser (puesto que el ser de un pueblo es lo que de sí hace en su historia). España necesita desembarazar su existir de una sobrecarga ontológica que la paraliza, y abrirse al devenir del mundo en el que el destino total del hombre se realiza, *Quien quiera ganar su alma la perderá:* he aquí una profunda verdad vital.

España es un destino incompleto, sentía Machado.

Alegrémonos, porque ¡pobre del pueblo de quien se pueda decir que en él *sólo existe lo que existe!*

LA VIRTUD DE LA POBREZA

Pero volvamos a nuestro punto de partida. Enfrentémonos de nuevo con la desolación de la tierra de España: estos montes, estos valles, estos llanos... Soria pura, espejo de otras tierras. "Tan tristes que tienen alma", pero un alma de piedra, de granito inhumano.

Aquí viven gentes como otras gentes, de otras tierras del globo: el destino humano se repite. Lo que a estos hombres distingue, como a otros de otras tierras lejanas que no conozco, es una dureza vital casi inaudita. Se los verá encorvados sobre la besana inverosímilmente estrecha (¿dos?, ¿tres?, ¿cuatro surcos?) entre cerro y cerro, entre erial y erial. Segando la espiga diríase milagrosa, o trillando la parva al lento paso del borrico, al resguardo del ejido comunal. Petrificados sobre las piedras de las solanas o en la penumbra húmeda de sus casas de tierra. Solos ante la naturaleza hostil, solos ante su abandono social. Peligrosamente cerca de la bestia, pero...

Pero estos hombres son hombres, después de todo. ¡Y quién sabe con qué riquezas vitales por explotar! Recordaré siempre con emoción un atardecer en un pueblecito de la serranía de Cuenca. Había yo ido allí, de paso, con alguien que me es muy próximo y que en aquella aldea ejerció, treinta y cinco años antes, de maestro. Un buen maestro. ¡tantos años pasados y uno sólo de estancia!: ¿se acordarían aún de él? Se acordaban... ¡y cómo! Corrió la noticia de boca en boca; a los quince minutos medio pueblo en procesión —alumnos, padres de alumnos y hasta hijos de alumnos— venían a ver a su viejo maestro: a decirle, quizá sólo con los ojos, su agradecimiento ("¡sabe usted qué bien enseñaba!"), a recordarle viejas anécdotas vividas, a hablarle de su vida, de sus problemas... El contacto, roto durante tan largo años, pero siempre latente, se reanudaba con esa extraordinaria facilidad para la comunicación de hombre a hombre típica de las gentes de la baja España. En aquellos rostros había alegría: la alegría de un futuro aún no completamente perdido, que quizá venía a refugiarse en este solo instante de reencuentro. Sentí entonces, y sigo sintiendo ahora, que el mayor crimen secular de la sociedad española —claro es, de sus clases dirigentes— era el asesinato cotidiano del futuro, con el arma de la miseria. Que la fuerza más noble de España estaba en el maltrecho y humanísimo anhelo de estos hombres hacia la liberación ... el

espíritu, representados en aquel su viejo, buen maestro: su fuga hacia el futuro.

Algún esteta escéptico y bien comido dirá: ¿para qué?, ¿es que la civilización moderna aporta el espíritu, la libertad, la felicidad...? Sería vano contestar con una filosofía progresista de la historia. No es necesario. Ni es lo fundamental. **Yo respondería simplemente: ¿se puede preguntar *para qué* al hambre? En los rostros de aquellas gentes de tierra española brillaba el hambre: hambre física, pero me atrevo a decir** que sobre todo, hambre de espíritu... ¿No es una criminal hipocresía poner en solfa la civilización y la cultura ante un rostro humano que dice ansiosamente: no tengo, no tengo...? Aquí nos jugamos una carta que a mí me parece fundamental, aunque siempre difícil, en el juego humano: la de la solidaridad de hombre concreto a hombre concreto.

Se habla de la virtud de la pobreza. Está bien: no seré yo quien la niegue. Menos ahora en que una civilización *de cosas* amenaza con ahogar al hombre para el que esas cosas se dice están hechas. Pero, me pregunto, si el bienestar por el bienestar corre el riesgo de desespiritualizar al hombre moderno, es decir, de restarle el dinamismo de la libertad que es creación, ¿qué decir de la pobreza, y aun más de la miseria? ¡Qué fácil es caer, aquí, en mitologías religiosas o seudorreligiosas! Para derribarlas, la piqueta del marxismo vendría al pelo. Pero ni siquiera eso es necesario: la cosa es mucho más sencilla. Porque se da la aparente paradoja de que la pobreza como virtud sólo puede ejercerse fuera de la pobreza como situación existencial. Para aceptarla voluntariamente tiene que existir la posibilidad concreta de su contrario. La necesidad es enemiga de la libertad, esto es, de la virtud. No se diga que a la necesidad se le puede hacer desde dentro virtud: a la necesidad, como a todo lo que nos es impuesto sin nuestra intervención, se la aguanta, no se la asume como libertad activa. En todo caso, esta asunción supondría ya un alto grado de liberación respecto a la necesidad conquistado en libre lucha contra ésta.

El mito de la pobreza como virtud puede llegar a un grado de hipocresía: guardar para sí mismo la virtud sin pobreza y dejar a los verdaderos pobres la pobreza sin virtud.

EL PUEBLO ESPAÑOL ES DURO, frugal, estoico —se dice—. Se habla incluso, desde Ganivet, de senequismo (con escaso rigor histórico, pues que Séneca era un millonario romano y no un campesino español). Quizá el mundo moderno, ahogado entre cosas, necesite frugalidad, despojamiento. ¿El pueblo español puede enseñárselo?; no lo sé. En todo caso, plantearse ahora el caso es vano: salga el pueblo español de la pobreza como necesidad y entonces veremos si es capaz de dar al mundo una lección de pobreza como virtud. No careciendo de cosas, sino utilizándolas desde un punto de vista de creación humana —pues que lo que a través de las cosas se trata de poseer no son las cosas mismas, sino el hombre, su existencia y sus valores, siempre en progresión y siempre en peligro.

Alguien, no puedo recordar ahora quién, nos dejó este inmortal consejo: "Posee todas las cosas como si no poseyeras ninguna". Pero, todavía, será preciso que haya cosas que poseer.

NOTAS

(1) Andanzas y visiones españolas. Col. Austral, Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1948. Pág. 19. Soy yo quien subraya.

(2) Por tierras de Portugal y España, Austral, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946. Pág. 112.

(3) Ibidem. Pág. 127.

(4) Andanzas y visiones españolas. Pág. 35. El subrayado es mío.

(5) Es curioso que Ortega, de temple escasamente religioso y sí profundamente historicista, cayera también alguna vez en este mito de la "España eterna", representada en sus tierras más pobres. "De eterno confiesan estas tierras haber sido pobres y se disponen a prolongar otra eternidad de miseria", escribe el filósofo (soy yo quien subraya) ante la campiña de Sigüenza. "No obstante —continúa Ortega—, Rodrigálvarez (es su acompañante, un campesino) atribuye la mengua a los hombres: "¡Cuidado que lo hacemos mal!". (Tomo I de El Espectador). La expresión resulta ambigua. De todos modos, esta manera de sentir es una excepción en su obra.

(6) "A mí, que tanto me duele España, mi patria, como podía dolerme el corazón, o la cabeza, o el vientre..." Andanzas y visiones españolas. Pág. 64.

(7) Sería evidente exageración pensar que Unamuno necesita de la desolación española para satisfacer sus exigencias religioso-metafísicas; en muchas ocasiones protesta contra ella. Lo que pasa es que no se plantea esa desolación en términos de responsabilidad histórica esencialmente, sino como pasión religiosa. En Unamuno hay una contradicción que él no resuelve.

(8) Origen, ser y existir de los españoles. Colección Ser y Tiempo. Taurus Ediciones. Madrid, 1959. Pág. 12.

(9) No es que yo descalifique la función humana de los mitos: el mito no deja de ser una manera orgánica de aprehender la realidad. En ellos puede encerrarse una enorme fuerza de promoción histórica —como demuestra el mismo 98 a que Unamuno perteneció, gran creador de mitos que vitalizaron el pulso de España—. Pero hay mitos "mixtificadores" (por corresponder a estadios de desarrollo ya superados) que, en lugar de promover a la realidad, aunque sea transfigurándola, la paralizan y falsean. El mito de la "España eterna" me parece ser uno de ellos.

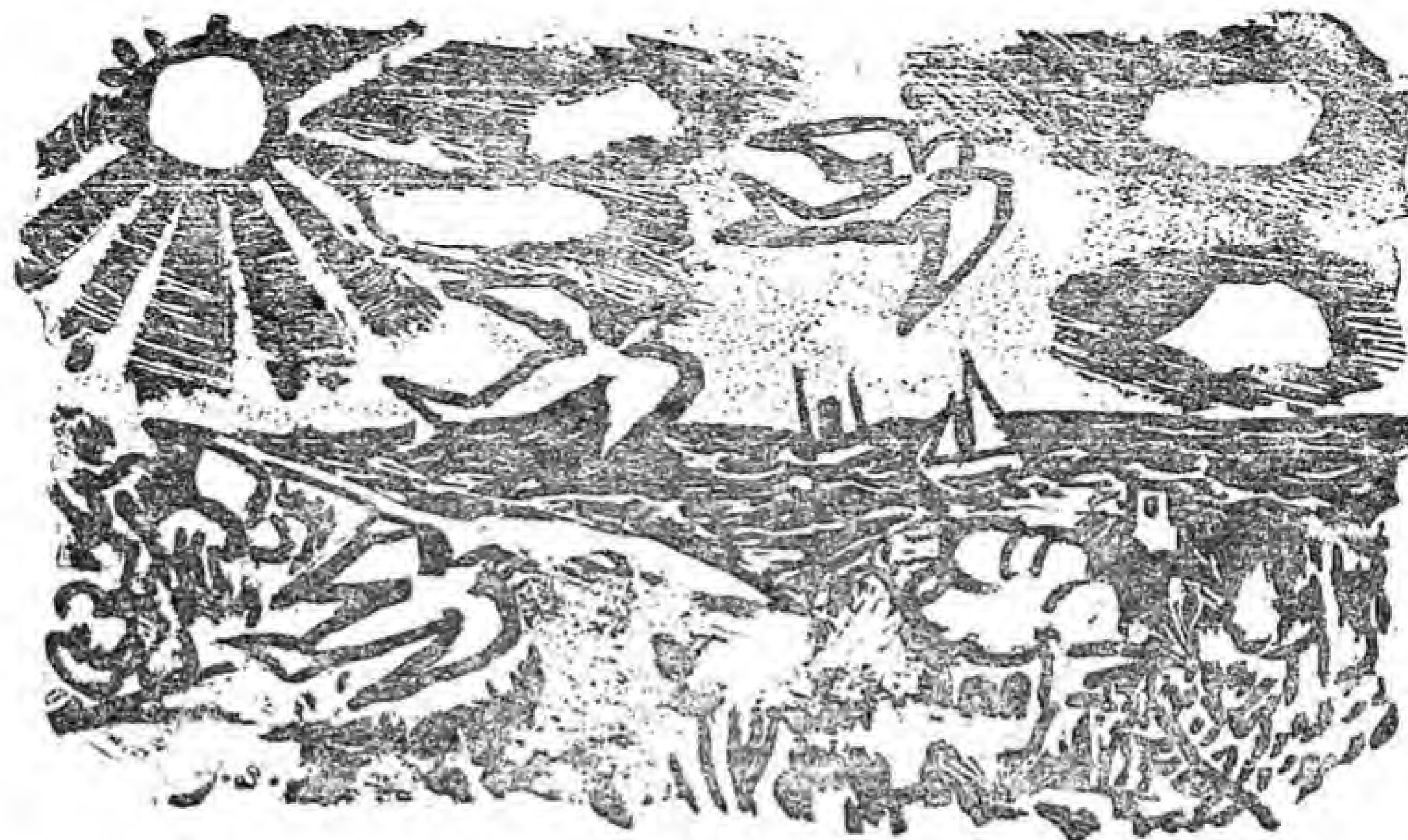
(10) Como en España las discusiones intelectuales, la confrontación de ideas, degeneran tan fácilmente en guerra de guerrillas, donde se trata de aniquilar al contrario por cualquier medio al alcance de la mano, me curo en salud diciendo que no pretendo enfrentar a Unamuno y Machado ni usar a uno de arma contra el otro ni siquiera establecer un juicio de preferencia personal. Frecuentemente nos tiramos unos a otros a la cabeza los grandes espíritus nacionales como piedras que buscan algo más que el chichón. Por mi parte me niego al sistema insensato del bloque: ni adoro, ni fulmino. Si malo es el eclecticismo (que yo no defiendo), peor es el maniqueísmo intelectual y la política del cabezazo. Bastantes piedras surcan ya el aire de nuestra patria que nada tienen que ver con los asuntos intelectuales.

(11) Acertadas consideraciones sobre este tema son las que el crítico francés Pierre Darmangeat expone en su librito L'homme et le reel dans Antonio Machado (Librairie des Editions Epagnoles. París, 1956).

No estoy en cambio de acuerdo con la interpretación general que de Machado da José Luis Cano (De Machado a Bousoño, Col. Insula, Madrid. 1955). "Para Machado — dice el autor en la página 14—, como para Bécquer, el mundo del sueño y el de la realidad son mundos intercambiables, que las más de las veces se confunden". Y más adelante: "El soñar en Machado es como un modo de ser..." Para concluir que la poesía machadiana es "profundamente romántica". Me parece a mí, por el contrario, que en ciertos aspectos quizá sea Machado el espíritu menos romántico y más crítico del 98. Machado intervino muy concretamente en realidades muy concretas de su patria —¿lo hizo "en sueños?, ¿se desmentía a sí mismo en ellas? Sería difícil sostenerlo. Su actitud política venía dada por las premisas que constituyen su vida entera. Se puede no estar de acuerdo con ella —allá cada cual—, pero no tacharla de inconsecuencia y de irrealismo.

(12) Discurso a las juventudes socialistas unificadas, de 1937. Aunque allí mismo declara su ferviente adhesión al socialismo, "etapa inexcusable en el camino de la justicia" y "gran experiencia humana de nuestros días, a la que todos de algún modo debemos contribuir".

(13) El arte, como ya dije antes, procede de manera distinta: detiene el movimiento y hace de un momento del devenir presente eterno. Pero la confusión diríamos "metodológica" entre el arte y el pensamiento analítico es cosa que hay que evitar si queremos ver medianamente claro. Son dos modos de acercarse a una misma realidad, cada uno por su vía particular.



ACTUALIDAD DE LARRA

POR JUAN GOYTISOLO

Nació en Barcelona en 1931. Autor de "Juegos de Manos", "Duelo en el Paraiso", "La Resaca", "Campos de Nájar" y "Para vivir aquí" Desde 1957, reside en París.

CUATRO lustros después de la guerra civil, un análisis objetivo de la situación intelectual de España, reservaría a algunos ensayistas y críticos un tanto alejados de las realidades del país, infinidad de sorpresas. Una de ellas —y no la menor, sin duda— sería comprobar la creciente influencia de Larra sobre la nueva generación. A los ciento veintitrés años de su suicidio, Mariano José de Larra aparece, en efecto, en nuestra panorámica cultural, como el autor español más vivo, más entrañablemente actual de la hora presente. Mientras Ortega y los escritores de la generación del Noventa y Ocho —con la única excepción de Machado y, hasta cierto punto, de Baroja—, son objeto de revisión y de crítica por parte de los jóvenes, su prestigio, por el contrario, aumenta de día en día y, de nuevo, son muchos quienes ven en él un precursor de los tiempos futuros y lo elevan a la categoría de un auténtico director de conciencia.

A decir verdad, el fenómeno no es de ahora. Postergado durante más de medio siglo, Larra suscitó, hace ya varias décadas, el entusiasmo de la, entonces, naciente generación del Noventa y Ocho. Hombres tal como Azorín, Unamuno y otros muchos, se sirvieron de **Fígaro** como emblema y símbolo de su oposición a la vez literaria que política, a los responsables de nuestra decadencia; pero, una ojeada sucinta a sus escritos —salvando, tal vez, las obras primeras de Unamuno y ciertos pasajes de Gavinet y Joaquín Costa— nos autorizan a afirmar que su devoción por el patriotismo eminentemente progresivo y reformador de Larra fue puramente personal, y no se traslució, o se traslució débilmente, en sus creaciones. Ahora, con la perspectiva de que disponemos, resulta bien claro que, en tanto que Larra anduvo por encima de su época —hasta el extremo de actuar como avanzadilla de la misma—, los escritores del Noventa y Ocho que se vendieron por continuadores de su obra no estuvieron —en su conjunto— a la altura de la suya. Les faltó la fe, les faltó el penetrante diagnóstico de los males de España y sus remedios posibles, que constituyen —al cabo de más de un siglo—, la fuerza actual de los ensayos de Larra.

Pues si el autor de **Día de difuntos de 1836** desempeña papel tan primordial en la vida intelectual española —y está llamado a representar uno aun mayor, sin duda, en los próximos años— ello se debe, no sólo, a la agudeza e inteligencia de su visión; obedece, asimismo, a causas intrínsecas a su propia obra que, antes de seguir adelante, conviene dejar bien sentadas: **sus artículos nos resultan más actuales que todo lo que, por el instante, aparece en España, por la sencilla razón de que la sociedad que fustigan continúa siendo la misma en 1960 que en 1836, cuando menos, en sus líneas generales.** "Siempre que yo me paro a mirar con reflexión nuestra España —había escrito— suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: "Hombre, por usted no pasan días!" Por nuestra patria, efectivamente, no pasan días, bien es verdad que por ella no pasa nada; ella es, por el contrario, la que pasa por todo. (I) Doblemente actual por tal motivo en época tan pobre de plumas y espíritus satíricos como la nuestra, la obra de Larra viene a colmar un hueco, al tiempo que sirve de estímulo y de guía.

Fígaro vivió veintiocho años de esa historia española del siglo XIX que Pierre Vilar ha calificado como "un encadenamiento de intrigas, comedias y dramas". Nacido en plena guerra de Independencia —su padre era médico militar de José Bonaparte y emigró tras él a raíz de la derrota de los franceses—, tenía escasamente tres años cuando las Cortes reunidas en Cádiz redactan la Constitución de 1812, verdadera Carta Magna de la democracia española. La inmensa obra legislativa gaditana —elaborada por los viejos políticos del despotismo ilustrado— fue, por desgracia, de corta duración. Al entrar en Madrid, Fernando VII disuelve las Cortes con el apoyo del ejército y, desde 1814, reina con una camarilla de cortesanos, mientras las colonias americanas se rebelan y la resucitada Inquisición persigue a los liberales. En 1820 Riego subleva el cuerpo expedicionario que debía embarcar para América y proclama la Constitución de 1812. El rey, atemorizado, publica el célebre manifiesto de "Marcharemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional". Es el trienio liberal (1820-1823) durante el que se establece la libertad de imprenta y se decide la supresión de los jesuítas y el cierre de los conventos pertenecientes a órdenes monacales. Pero, alarmados por el giro de los acontecimientos, los monarcas de la Santa Alianza resuelven intervenir en España y envían al duque de Angulema al frente de los Cien Mil Hijos de San Luis.

Restablecido en sus prerrogativas de rey absoluto, Fernando VII abre la "ominosa década" de represión contra los liberales, que inaugura los periodos de terror que, en lo sucesivo, se abatirán cíclicamente sobre el país y que —junto con el exilio de los intelectuales y minorías cultas— constituye uno de los trazos más característicos de la Historia Contemporánea de España. Riego, Lacy, Porlier, el Empecinado, son "judicialmente asesinados" (2), como dirá Larra, durante el Ministerio de Calomarde, cuyo Gobierno, según definición del propio Larra, "fue el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que sólo tendía a sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. El cerró las Universidades, y abrió, en cambio, una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza él solo todo su sistema" (3).

Cuando en 1830 estalla la revolución en París, los liberales refugiados en Francia desde el año catorce o el veintitrés, organizan una tentativa desesperada de invasión, que recuerda, en muchos aspectos a la que debía intentar el "maquis" republicano ciento quince años más tarde: el Gobierno francés, después de haberles alentado y facilitado fondos, los abandonó a su suerte, como debía hacerlo aún en 1945. "Esta página de la vida de M. Guizot —ha escrito Larra— será un borrón eterno en la historia del país que debía haberse apresurado a lavar el error de 1823 y proclamarse hermano de los liberales de España" (4). Entre tanto, el nacimiento de una heredera de Fernando VII, hija de su tercera esposa, María Cristina, divide el país en dos bandos: el de los moderados, defensores de los derechos de la futura Isabel II, y el de los apostólicos, partidarios del hermano del rey, Don Carlos, que invocan la "ley Sálica". La corte es un semillero de conspiraciones e intrigas. Al fallecer el rey en 1833, María Cristina gobierna como Regente, en nombre de Isabel II. Poco después comienza la guerra civil —la primera de las que, en lo futuro, van a ensangrentar España: los defensores del absolutismo se niegan a reconocer a Isabel y Don Carlos se pone al frente de los facciosos de Valencia, Navarra, Vascongadas y Cataluña. Por esta época, poco más o menos, Larra inicia su colaboración en los periódicos. Comentando el sistema de Platón, que enseña a callar a sus discípulos durante cinco años antes de pasar a materias más hondas, resumirá la "ominosa década" al escribir: "de cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con sólo repasar por la memoria cuanto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platón, que hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33, inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales nos sucedía precisamente lo mismo que en la cátedra de Platón, a saber, que sólo hablaba el maestro, y eso para enseñar a callar a los demás, y perdónenos el filósofo griego la comparación" (5).

La rebelión carlista obligó a María Cristina a buscar el apoyo de los liberales. El Ministerio Cea dimite y, con Martínez de la Rosa, reaparecen en la escena política los hombres de 1812 y 1820. En la prensa, Larra, defiende con su pluma una política avanzada: "España, a pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos es una tierra eminentemente democrática" (6).

"Fuera de él (el dogma de la soberanía popular) no puede haber sino monopolio y violencia" (7). La actitud tibia de Martínez de la Rosa y de su sucesor Toreno, le decepcionan profundamente. Los facciosos campan a sus anchas por el Norte y el descontento popular estalla y provoca —como en 1908, 1931 y 1936— la quema de los conventos. Los hombres de 1812 son incapaces de resolver los problemas de 1835. Se han plantado veinte años antes, para ellos tampoco pasan días. Larra les reprocha su falta de empuje, de fe en la democracia y el progreso, su incomprensión de las nuevas doctrinas sociales. La explosión popular contra los frailes le parece una advertencia grave, que quienes rigen los destinos de España deben escuchar, antes de reprimirla ciegamente: "España va a dar el gran paso, un pie todavía en el pasado, otro en el porvenir; está en el momento crítico de la transición, transición que pudiera ser tanto más brusca, cuanto ha sido más deseada y demorada..." (8)

"Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo" (9). Toreno cae, como había caído Martínez de la Rosa y con el Ministerio Mendizábal, la revolución parece triunfar por un instante. Mendizábal desamortiza, en efecto, los bienes del clero pero, el producto de la venta, en lugar de aprovechar a la nación enriquece sólo a un puñado de especuladores. La fracción carlista se extiende y el Gobierno mantiene en vigencia el anacrónico Estatuto de Martínez de la Rosa. Mendizábal se ve forzado a dimitir y le sustituye Istúriz. La confusión crece de día en día. La Regente convoca elecciones y Larra, que hace sus primeras armas en la política, sale diputado por Avila. Casi al mismo tiempo, un grupo de suboficiales se amotina en La Granja e impone a María Cristina la Constitución de 1812. Calatrava reemplaza a Istúriz y, amargado por su frustrada experiencia, Larra se refugia, de nuevo, en el periodismo. Los artículos de esta época —los mejores que nunca escribió, sin duda— rebosan angustia y desengaño. La melancolía de Larra —una de "aquellas melancolías de que sólo un liberal español, en estas circunstancias, puede formar una idea aproximada" (10), según él mismo describió— debía agravarse meses más tarde con un contratiempo amoroso. El trece de febrero de 1837 mientras los facciosos de Gómez y Cabrera proliferan por Castilla y el Maestrazgo, Larra se suicida.

El breve resumen histórico que acabamos de trazar, muestra sin lugar a dudas, que **Fígaro** fue, ante todo, un hombre de su siglo, preocupado por los problemas de su país y el destino de sus compatriotas. Ello permite distinguirlo, **de entrada,** de aquella categoría de escritores "intemporales" que se dirigen al hombre "eterno", al hombre "inmutable", desvinculado del tiempo y de la sociedad en que vive. En la literatura española, como en la de los restantes países, tal concepción del hombre ha existido paralelamente a la de los escritores comprometidos con la realidad de su época y, desde Santa Teresa a Calderón, desde San Juan de la Cruz a Unamuno, ha dado numerosas obras en donde la espiritualidad de sus autores alcanza perfecta expresión verbal. En estos escritores, los problemas subjetivos anulan completamente la visión del universo que les rodea. Para Unamuno, por ejemplo, la realidad ineluctable de la existencia humana es la sociedad; despojado de sus coordenadas **aquí y ahora,** horro de pasado como de porvenir, el hombre es un ser eternamente condenado a la angustia. Así, los personajes de sus novelas existen con independencia de la sociedad en que les ha tocado vivir. Esencias intemporales, sirven de pretexto a su autor para exponer su concepción atormentada del mundo, **que sustituye al universo real.** Con gran acierto, uno de nuestro ensayistas jóvenes, analizaba recientemente la reacción de don Miguel, ante el yermo castellano: la miseria de los demás no despertaba en él otro eco que una emoción mística, que le llevaba a considerar la desnudez del paisaje algo así **como una emanación de su religiosidad personal.** Y Francisco Fernández Santos concluía: la visión de Unamuno es la visión de un hombre egocéntrico, **carente de solidaridad.**

Larra se sitúa exactamente en la línea opuesta —la del Lazarillo y Quevedo, Moratín y Cervantes—, cuya imagen del hombre es siempre concreta, emplazada en una perspectiva histórica, ligada de modo orgánico e indisoluble al medio social en que se desenvuelve. Español del siglo XIX, Larra se dirige siempre a sus compatriotas: la realidad de España no le gusta y la describe crudamente, para transformarla: "no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias; que lo concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia... enseñando **verdades** a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no como **debe ser,** sino **como es,** para conocerle..." (II) pues, escribe en otra ocasión, "uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral a su perfección progresiva consiste en enseñarle a que se vea tal cual es" (12). Como veremos más tarde, Larra vivió en su propia carne la sensación de angustia y soledad que forma la esencia de la obra de Unamuno, pero nunca se entregó a ella con regosto; luchó y sucumbió tras un duro combate, excesivo para sus fuerzas. La desesperación de Larra no es fruto de la soledad radical del hombre, como en don Miguel; es el resultado de una serie de circunstancias históricas, sociales y de carácter que, en un momento dado, se conjugaron de tal modo, que no halló otra escapatoria que la muerte.

Escritor de **aquí y ahora** y, como tal, decidido a hacer oír su voz a sus compatriotas, Larra se plantea en términos que hoy calificaríamos de sartrianos, el problema del público: "¿quién es el público y dónde se le encuentra"? (13). Su conclusión anticipa la que, un siglo más tarde, enunciará Sartre: "no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; cada clase de la sociedad tiene su público particular" (14). En un brillante análisis de la literatura española, **Larra sitúa al escritor,** examina su responsabilidad respecto a la sociedad y sienta los fundamentos de una moral

que el realismo desenvolverá más tarde. Su crítica de los místicos y teólogos del Siglo de Oro es significativa a este propósito: "Escritores cosmopolitas, filósofos universales —dice— habían escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres" (15). Frente a ellos, Larra defiende a los escritores que se dirigían "no ya al hombre en general, como anteriormente se lo habían dejado otros descrito..., sino al hombre en combinación, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban" (16).

Así, históricamente situado, el escritor se debe a su sociedad, a su tiempo. En tanto que otros autores del momento buscan fuera la inspiración que no encuentran en su país y pretenden transplantar al suelo español la problemática de la sociedad francesa o británica, Larra reacciona con violencia: la crítica de una sociedad más evolucionada que la española, dice en síntesis, no sólo carece de sentido en España; resulta, además, extremadamente perjudicial. Es "enseñar a un hombre un cadáver para animarle a vivir" (17), incitándole a renunciar al viaje antes de llegar a término, inclinarle a abandonar la esperanza. Cada sociedad se halla en un estado de evolución diferente y lo que es válido en una no sirve para las restantes.

Escritor español, dirigiéndose a un público español, Larra debía tropezar en el desempeño de su cometido con numerosos obstáculos. El primero de ellos —y más importante era la existencia de esa institución de tan sólido arraigo en nuestro suelo, llamada censura. El patriotismo de Larra le llevaba a decir, a menudo, verdades amargas, que no debían encontrar buena acogida, imaginamos, en los despachos de los censores. En épocas de opresión, el criterio moral del escritor ha consistido siempre en, **si no escribir todo lo que piensa, por lo menos no escribir aquello que no piensa.** Larra fustigó con dureza a cuantos, traicionando su misión, ponían la pluma al servicio de quienes oprimían: "¿Qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe ni el que las lee?" (18), pregunta. El escritor que ha tomado la responsabilidad de ilustrar a sus conciudadanos "debe insistir y remitir a la censura tres artículos nuevos por cada uno que le prohiban..., debe apelar, debe protestar... sufrir, en fin, la persecución, la cárcel, el patíbulo, si es preciso" (19). "Algún día —dice— publicando los artículos prohibidos, cubriremos de ignominia a nuestros opresores y les enseñaremos a apreciar en su justo valor un mezquino sueldo cuando se halla en contraposición con el honor y el bien del país" (20).

Basta una rápida ojeada por sus escritos para encontrar, efectivamente, una serie de frases tales como "por causas que no es de nuestra inspección examinar", "por la naturaleza de las cosas que nos rodean" o "dejemos, por consiguiente, este punto que entra en el número de los muchos que no son oportunos todavía para nosotros" que andando los años, han llegado a ser clásicas. Pero Larra no se detiene aquí. Un examen lúcido de la situación política de España le lleva a perfilar una serie de hechos que, ensayistas de la talla de Brecht, descubrirán, por su cuenta, más tarde: "Toda la represión del gobierno más despótico, no basta a contrarrestar la fuerza de la opinión; el espíritu de cada época se hace respetar hasta de sus enemigos". (21) Larra no se limita, pues, a capear, como puede, la censura, sino que se vale de su propia experiencia y le da una formulación teórica, con el propósito de ilustrar, como hizo Brecht, a sus colegas, respecto a las distintas maneras de burlarla: "Géneros enteros de la literatura han debido a la tiranía y a la dificultad de expresar los escritores sus pensamiento francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido... La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece a éste ocasiones sin fin de rehuir la ley, y aludirla ingeniosamente" (22).

Toda la obra de Larra parece una vida ilustración del célebre ensayo de Brecht "Las cinco dificultades para quien escribe la verdad". Obligado a jugar con la censura, **Figaro** maneja de modo insuperable la ironía y demuestra conocer a fondo la astucia de Shakespeare cuando, en el discurso de Antonio ante los restos mortales de César, afirma sin cesar la respetabilidad de Bruto, pero describe su crimen y da de él una imagen mucho más sobrecogedora que la del criminal. Así, cuando escribe: "En los Estados Unidos y en Inglaterra no hay policía política; pero sabido es en primer lugar el desorden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinión que le da la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos y nosotros, leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones... debemos aprender algo en él y no seguir las huellas de los países demasiados libres porque vendríamos a parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre y la prosperidad le hace orgulloso por más que digan..." (23), o eleva la voz para criticar a "esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposición, a quienes ningún Gobierno les gusta, ni aún el que tenemos en el día; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno... esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta", (24) su defensa de la policía política o su elogio de la sumisión difícilmente convencerán a nadie. Como diría Brecht, **Figaro** condena la libertad y el espíritu crítico, pero los condena mal...

La ironía de Larra —burlona a trechos y, a trechos, amarga— es siempre extraordinariamente personal. Sus cuadros de costumbres, llenos de flechas emponzoñadas contra el patrioterismo de los "castellanos viejos" o la cerrazón de los facciosos partidarios de don Carlos, figuran, por derecho propio, entre las obras más importantes de nuestra literatura. Conocidas son su irónica enumeración de las cualidades morales del periodista ("ha de pinchar como el espino y la zarza, los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; ha de tomar color según le den los rayos del sol; ha de volver la cara al astro que más calienta, como el girasol") (25) o su protesta contra quienes afirmaban que en España no había libertad ("con tal que no hable en mis escritos ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca a algo, puedo imprimirlo todo libremente") (26). Buscaríamos otros ejemplos y llenaríamos todo un volumen.

Durante su corta existencia Larra llevó a cabo una ingente obra de **desmixtificación** que, por desgracia, no ha tenido seguidores de talla. Antes que nadie, él supo restituir su verdadero valor, a los hombres, como a los hechos o las palabras (véase a este respecto el admirable ensayo titulado **Por ahora**). En una época en que el divorcio entre la minoría ilustrada y el pueblo era poco menos que completo, Larra se esforzó en promover una cultura nacional auténticamente popular; en una época en que la literatura nos venía importada de fuera, realizó una severa crítica de la tradición, buscando en ella los caminos de nuestra supervivencia y continuidad: "Quisiéramos sólo abrir un campo más vasto a la joven España, escribía; quisiéramos sólo que pudiera llegar un día a ocupar un rango **suyo, conquistado, nacional,** en la literatura europea" (27).

Escritor de **aquí y ahora**, Larra no fue el autor incrédulo y cínico que sus enemigos se han esforzado en forjar. Su fe en el hombre debía llevarle, por el contrario, a considerar, como muchos de nosotros, **la lucha política como el auténtico campo de aplicación de la moral.** Larra no profesó nunca la concepción fatalista y catastrófica que divulgaron luego los discípulos de Spengler, pese a que, con una visión penetrante de la Historia había pronosticado que "la Europa representante y defensora de esa civilización vieja está destinada a perecer con ella y a ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto a un mundo nuevo". (28) "Las sociedades no perecen para siempre como los individuos, (había escrito), sino que mueren para renacer, o por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente, marchan constantemente a un fin, a la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por más lentamente que se verifique: sus muertes aparentes no son sino crisis; son sólo, en nuestro entender, sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura y pasar a la existencia inmediata... Para aquellos que no ven como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfección en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocresía..." (29). Su fe se manifiesta de modo inequívoco a lo largo de su obra y cuaja en multitud de fórmulas rigorosas que merecían análisis más detallado que el que las proporciones del presente estudio nos permite aquí. Contentémonos con decir que Larra profesa un concepto útil y progresivo de la obra literaria. Para él —y es una definición que harán suya los filósofos de la praxis—, "la literatura es la expresión del progreso de un pueblo" (30).

Larra cree en la transformación de la sociedad y, al estudiar la vida española, llega a la conclusión de que será necesario hacer tabla rasa de todo lo que existe, para comenzar a cero. "Nada nos queda nuestro —escribe— sino el polvo de nuestros antepasados que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente tropezamos en nuestra marcha adondequiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor a un pueblo". (31).

Larra rozaba aquí el problema que hace ya algún tiempo, me expuso una amiga extranjera, a su regreso de un viaje por España; problema que continúa todavía en el aire y que la España nueva tendrá que resolver un día u otro: ¿es posible transformar la sociedad, sin modificar, al mismo tiempo, las "virtudes" características del pueblo? Mi amiga temía, a lo que parece, por el futuro del "alma" popular. A juzgar por sus palabras, el pueblo de su país había perdido la suya y era muy consolador para ella poder viajar por España. Si no ando trascordado creo que le repuse que los españoles pagábamos muy caro este consuelo. Como los griegos —debí añadir—, corremos el riesgo de acomodarnos a nuestra pobreza presente y, halagados por el elogio de quienes se extasían insolidariamente, ante ella hemos de resistir la tentación de adornarla. Puesto que pobres somos, debemos desear, por añadidura, ser feos. Si la belleza de la corrida supone un régimen de latifundio responsable de la miseria del bracero andaluz; si el brillo del sol sirve de justificación a nuestra pereza y nos incita a cruzarnos de brazos, en buena hora desaparezcan sol y toros. Los españoles debemos aprender a prescindir de ello. Dejemos a otros guardianes y cicerones el privilegio de vivir de sus ruinas y ocupémonos nosotros en trabajar por el mañana.

El Larra que escribía "esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que constituimos" (32) no ha de hacernos olvidar, no obstante, al autor de **Día de Difuntos de 1836** o de **Horas de Invierno**. El uno resulta inexplicable sin el otro. Hasta el momento hemos examinado la ideología de **Figaro** sin detenernos a considerar, si no de paso, la sociedad que le rodeaba. Lo haremos ahora y ello nos aclarará de un modo harto elocuente las razones de su pesimismo.

Los jóvenes estamos particularmente bien situados para imaginar, sin esfuerzo, la realidad que conoció Larra. A lo largo de la Historia pocas sociedades han manifestado, en efecto, mayor intolerancia que la nuestra respecto a los intelectuales. Desde hace siglos, los vemos, por etapas, a la ventura de los vaivenes políticos, condenados a callar o a emigrar, privados a veces de patria, a veces de libertad y, casi siempre, de la posibilidad de ejercer con dignidad su magisterio. El abismo existente entre lo vivo y lo pintado, el alma y la fachada, lo real y lo oficial es tan vertiginoso que, un domingo cualquiera por la mañana en la calle, o en la plaza de toros por la tarde, el intelectual llega a dudar de sus sentidos. ¿Cuál es la realidad? ¿La que ve? ¿La que le dicen? ¿La que sueña, al escribir, en voz alta? Y España le parece entonces —a través del silencio de la multitud que duerme caminando y a la vista de la sangre se encrespa y grita— una alucinación, un espejismo de borracho, un mal sueño que se prolonga, una pesadilla que no cesa. Es preciso tener los nervios sólidos, el corazón fuerte, la fe inquebrantable, para no ceder a la tentación monstruosa. **El problema que se plantea a un intelectual español dotado de sensibilidad social como Larra es, pura y simplemente, el de no eloquecer.** Un día habrá que estudiar bajo este aspecto la vida de algunos de nuestros hombres ilustres y descubriremos que muchos gestos, en apariencia inexplicables, resultan claros en cuanto los consideramos como reacciones de defensa o abandono frente a la invasión de la locura.

El contraste brutal entre la España en que sueña Larra, y la caricatura que ve debía provocar un desequilibrio. Naturalmente inclinado al pesimismo, **Figaro** desliza de modo progresivo hacia la desesperación. El país no le escucha, vanamente predica en el desierto: "Escribir como escribimos en Madrid es tomar una apuntación, es escribir un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno ni siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gómez, son las que despojan o son los despojados?" (33). Pero, para España no pasan días y, como dice en 1929 Antonio Machado en una carta dirigida a Unamuno, "las gentes parecen satisfechas de haber nacido. Nadie piensa en el mañana" (34). Larra lucha contra la angustia que le invade y la cólera con que reacciona nos vale las estremecedoras páginas de su paseo por Madrid el **Día de Difuntos de 1836**: "¿Dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro?.. El cementerio está dentro de madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo... Necios, decía a los transeúntes, ¿os moveis para ver muertos? ¿No tenéis espejos, por ventura? ¿Ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, a vosotros mismos y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio!" (35). Larra clama, pero es un cadáver también "Quise salir violentamente del horrible cementerio Quise refugiarme en mi propio corazón... También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos... **¡Aquí yace la esperanza!** Silencio, silencio!" (36). Tres meses después de haber escrito estas líneas, Larra se suicida.

Han transcurrido desde entonces ciento veinte y tres años, y las palabras de Larra vibran aún en nuestros oídos, despiertan vocaciones y, paradójicamente, abren camino al futuro y la esperanza. Alguien dijo que llamamos utopía a todo aquello que no deseamos con su suficiente fuerza para obtenerlo. Deseémoslo, pues, aunque, por el momento parezca imposible, ya que, para que sea posible un día debemos pedirlo antes, cuando todavía es utópico. Relevemos a Larra en su deseo de ver una España mejor y si, como escribió un día, "nos está reservado caer gloriosamente en la lucha, caigamos con valor y resignación desempeñando la alta misión a que somos llamados" (37).

Agosto 1960

NOTAS

(1)—"Ventajas de las cosas a medio hacer" —Artículos completos— Ed. Aguilar, 1944. Página 866.
(2) "La policía"—A. C. Pág. 251.
(3)—"De 1830 a 1836" —A. C.—Pág. 918.
(4)—"De 1830 a 1836"—A. C.—Pág. 913.
(5)—"El siglo en blanco" —A. C.—Pág. 863.
(6)—"De 1830 a 1836" —A. C.—Pág. 938.
(7)—"De 1830 a 1836"—A. C.—Pág. 912.
(8)—"Conventos españoles"—A. C.—Pág.1085.
(9)—"Dios nos asista"—A. C. Pág. 1045.
(10)—"Día de difuntos de 1836" A. C.—Pág.
(11)—"Literatura"—A. C.—Pág. 752.
(12)—"Panorama Matritense"—A. C.—Pág. 760.
(13)—"¿Quién es el público y dónde se encuentra?"—A. C.—Pág. 42.
(14) "¿Quién es el público y dónde se encuentra?" —A. C.—Pág. 48.
(15)—"Panorama Matritense"—A.C. Pág. 753.
(16)—"Panorama Matritense" A. C. Pág. 754.
(17)—"Anthony"—A. C.—Pág. 416.
(18)—"Poesías de J. B. Alonso" —A. C. Pág. 709
(19)—"El Ministerio Mendizábal"—A. C.—Pág.1057
(20)—"El Ministerio Mendizábal" —A. C.—Pág.1058
(21)—"Teatros" —A. C.— Página 458.
(22)—"Panorama Matritense"—A.C.—Pág. 759.
(23)—"La policía" —A. C.—Págs. 252-253.
(24)—"Lo que no se puede decir no se debe decir"—A. C.—Pág. 1006.
(25) "Lo que debe ser el periodista"—A. C.—Pág. 871.
(26)—"Un periódico nuevo" —A. C.—Pág. 707.
(27)—"Literatura" —A. C.—Pág 750.
(28)—"Felipe II" —A. C.—Pág. 522.
(29)—"De la sátira y de los satíricos" —A. C.—página 739.
(30)—"Literatura" —A .C.— Pág. 748.
(31)—"Horas de invierno" —A. C.—página 719.
(32)—"Literatura"—A. C.—Pág. 751.
(33)—"Horas de invierno"—A.C.—Págs. 722-723.
(34)—Antonio Machado: "Los complementarios" Página 187.
(35)—"Día de Difuntos de 1836"—A. C.—Pág. 1063.
(36)—"Día de Difuntos de 1836—A.C.—Pág.
(37)—"El Ministerio Mendizábal"—A. S.—Pág.

POR FRANCISCO OLMOS

Escritor español obligado al exilio por la reacción franquista. Ha recalado en Francia, donde vive en la campiña, no lejos de París; y allá sigue muy de cerca la realidad española.

La nueva novela

Su PRESENTE y PORVENIR

EN 1955, en su libro *Notas sobre la literatura española contemporánea*, prohibido por la censura, José María Castellet decía pertinentemente: "Si se considera que para España escribir es revelar la totalidad de la vida del hombre español actual, a fin de presentarlo al lector español, bastaría tomar al azar algunas novelas y obras de teatro contemporáneas, tenidas por más representativas, para comprobar que ninguna de ellas reune las condiciones requeridas". Tras analizar algunas de las causas que venían impidiendo al escritor el cumplimiento de su cometido histórico, en su doble preocupación social y artística, agregaba: "Si se añade que a consecuencia de la guerra civil, la mayor parte de quienes tenían valor suficiente para erigirse en maestros tuvieron que ausentarse o callar, y que intelectualmente su puesto sigue vacante, se comprenderá que el escritor joven esté desorientado". Y terminaba con este sombrío y un tantico precipitado augurio: "Por poco consciente que sea —el escritor joven— no abriga muchas esperanzas en su porvenir literario..."

¡Qué camino se ha recorrido desde que Castellet publicó su libro! En el cortísimo lapso de tiempo de cinco años ha surgido y se está imponiendo una rica promoción de novelistas jóvenes que va colmando aquel vacío con obras que con ser ya de elevado valor humano y artístico no son, para bien de la literatura española, sino un anticipo venturoso de lo que está llamada a ser en breve nuestra novelística.

El impulso dado a la narrativa española contemporánea por la novela nueva es de tal envergadura que si durante los tres lustros que sucedieron inmediatamente a la guerra civil la literatura española no existía prácticamente para el extranjero, en cambio, en estos últimos cinco años, nuestra novela ha logrado en el mundo una difusión sin precedentes en lo que va de siglo. Y ello por su radicación histórica, porque revela la vida del hombre español actual con amor y arte.

Pero la transcendencia del movimiento novelístico actual no se ha de calibrar únicamente por el lugar que está conquistando en el extranjero, si bien este hecho es en sí un dato valorativo. Actualmente no existe un solo crítico español digno de ese nombre que no preste atención a la novela nueva, pese a las restricciones impuestas por la censura y los directores de periódicos o revistas, o las que se imponen los mismos críticos por miedo o por interés. La revista Acento, sugestiva en su primera etapa, —actualmente es una publicación oficial, esterilizada, anodina— consagró una sección especial a la novela nueva, contribuyendo con críticas idóneas a su impulsión.

J. R. Doménech, haciendo hincapié en su carácter renovador, afirmaba recientemente: "Puede decirse que estamos presenciando un claro e inequívoco resurgir de nuestra novela". La razón de ese renacimiento reside —asegura— en el "saber que su papel está en ser un órgano vivo y fecundo en el mundo colectivo, y no en atrincherarse en los claustros sagrados de su propio mundo minoritario" *(Insula, No. 162, p. II)*, en dejar para otros el substituir la realidad por apreciaciones míticas de la vida y esforzándose en interpretar y presentar en la obra los fenómenos que se dan en la sociedad española en el momento en que vivimos, con ánimo de ayudar a superarla.

Por su parte M. Coindreau, a quien tanto debe la difusión de la novela nueva en Francia y los Estados Unidos, al subrayar la importancia y significación de nuestro movimiento novelístico, dice: "Me ha admirado la responsabilidad que anima a esos escritores jóvenes, y aún más la fe con que realizan su obra, sin que les arredren las dificultades, sean las que fueren". Comparando estos novelistas con la "Beat generation" estadounidense, Coindreau añade: "Si hubiera que compararlos sería, en todo caso, para oponerlos". Los americanos "se dedican frenéticamente al exhibicionismo, al escándalo y a la violencia, todo ello mezclado con una confusa metafísica perfectamente pueril". Los jóvenes escritores españoles y americanos, afirma "representan dos formas opuestas de entender la vida, el arte, la literatura. La "Beat generation" es una impostura" *(Insula, No. 154, p 5)*.

Los creadores de la nueva narrativa son jóvenes. El mayor, José Corrales Egea, nació en 1919 y Luis Goytisolo-Gay cuenta apenas veinticinco años. Alguno de ellos, como Juan Goytisolo, lleva publicados una media docena de libros, uno de los cuales ha sido vertido a doce lenguas. Los otros, salvo rara excepción, aunque hayan escrito varias novelas, están en las primeras publicaciones. Y a pesar de ser jóvenes, de haber publicado individualmente poco y tener que hacer frente a la coacción oficial que se ejerce sobre ellos, en ditrimento de la expansión de sus cualidades artísticas, ocupan el primer plano de la actual novelística por derecho propio. Sin que concedamos a los premios interpretación apreciativa, salvo en estos y otros casos aislados, basta fijarse en la siguiente relación de obras, y de los galardones que en general las acompañan, para formarse una idea aproximada, aunque sólo sea por referencia, de la importancia del conjunto:

R. Sánchez Ferlosio: *El Jarama*, premio Nadal de novela 1955;
Juan Goytisolo: *Duelo en el paraíso*, premio Indice 1955;
J. López Pacheco: *Central eléctrica*, finalista del premio Nadal 1956;
C. Martín Gaite,: *Entre visillos*, premio Nadal 1957;
Jesús Fernández Santos: *En la hoguera*, premio Gabriel Miró 1957;
Luis Goytisolo-Gay: *Las afueras*, premio Biblioteca Breve 1958;
J. García Hortelano: *Nuevas amistades*, premio Biblioteca Breve 1959;
Antonio Ferres: Varias veces finalista del premio Nadal. *La piqueta* 1959;
A. López Salinas: *La mina*, finalista del premio Nadal 1959.

En 1960, han salido, entre otras. *El haz y envés*, de J. Corales Egea y *Campos de Níjar*, de Juan Goytisolo, que avaloran —cada una con sus peculiaridades— el conjunto.

Los primeros atisbos de la novela nueva aparecen en *Juegos de Manos* (1954) de J. Goytisolo. Lo característico de *Juegos de Manos*, independientemente de las influencias extranjeras que revela, es que el autor expresa en la obra sus inquietudes dentro de la problemática española, en un momento dado de la historia y con la conciencia que tenía entonces de ella. La vinculación de la literatura a la realidad múltiple y moviente de España y un afán por traducir esa realidad haciendo arte, que es lo propio de la novela nueva, están ya patentes en esta novela primeriza de J. Goytisolo. *Los Bravos*, de Jesús Fernández Santos, que ve la luz ese mismo año, representa un paso más en la fase inicial de la novela nueva, que cierra con broche de oro *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio.

La novela nueva no tiene guías en el sentido estricto del vocablo, no se rige por ningún modelo. Cada uno de nuestros novelistas busca forjar su propia personalidad literaria a través de la actividad creadora; de ahí la diversidad temática y la profusión de procedimientos narrativos entre ellos. Su único denominador común es el deseo de traducir y apoyar los cambios que se están gestando en la realidad y de participar al tiempo en la renovación del arte. No obstante, por sus cualidades intrínsecas, y sin desdoro para las otras, existen varias novelas que pueden ser consideradas como un hito dentro de la nueva narrativa: *El Jarama, Las afueras, La mina y Campos de Níjar*. Las cuatro poseen un marcado carácter innovador, ya sea por la audacia del contenido, por la técnica novelística o por ambas a la vez, sin que con esta distinción caigamos en el error de separar el contenido de la manera de expresarlo.

II

Por su naturaleza y objetivos, la novela nueva es substancialmente humana y, al reivindicar lo humano revaloriza el arte. Para cumplir la misión que se asigna, cada escritor adopta una técnica que le permite a la vez substraerse a la presión estatal y hacer impacto. De ahí la diversidad de medios expresivos.

La obra no es para él un ejercicio estilístico o un espejo en el que se contempla, impúdicamente sublimado, el autor. Nada más lejos de él que el exhibicionismo o la diversión. Crear, expresar es traducir los nuevos procesos que aparecen en la vida, dar fe de esos procesos, ayudando a los demás a que tomen conciencia de ello con vistas a favorecer la aceleración del ritmo del desarrollo de los mismos. Al esforzarse en penetrar cada vez más en la vida, por ir al unísono con ella y buscar los medios de expresión pertinentes participa a un tiempo en la edificación de una sociedad y de una cultura nuevas. Por eso no disocian mecánicamente el conocimiento y la sensibilidad. Todo lo contrario: la sensibilidad y la imaginación, perfectamente hermanadas con el conocimiento le sirven para hacer más tangible lo real.

De la misma manera que rechazan la novela tipo en tanto que modelo, ninguno de nuestros novelistas se pretende teórico del arte de narrar. A lo sumo cuentan lo que hacen o tratan de hacer. Juan Goytisolo, que es entre ellos el que más ha escrito sobre la materia —y el que habremos de citar, por lo tanto, con mayor frecuencia— en la presentación de la serie de cortos ensayos aparecidos recientemente en un volumen, se precave contra quienes pudiesen creer lo contrario en estos términos: "Su único denominador común (el de los ensayos) radica en el propósito de abordar los diferentes aspectos y problemas de la creación literaria desde el punto de vista —tan importante como olvidado— de su motivación social". Y recalca: "El lector no hallará, por lo tanto, en ellos, ninguna teoría de la Novela, ni nada que se le parezca". (J. Goytisolo: *Problemas de la Novela*, Editorial Seix Barral. Barcelona 1959).

Esto significa, según quedó apuntado, que en la nueva corriente novelística —cuyas características tratamos de esbozar— cada escritor busca su propia manera de novelar, como lo confirma García Hortelano en este texto: "Esto de escribir —dice— no es sino un oficio artesano, uno de los pocos oficios donde no es posible trabajo en equipo y donde ciertos atavismos (con una clarísima raíz histórica), tales como la vanidad, la inspiración y otros carismas, enturbian —cada vez menos, es verdad— su modesto aire de taller" *(Indice*, No. 128, septiembre 1959). Lo que imprime vida y da cohesión al conjunto son los fines que se proponen alcanzar. Lo que les distingue entre sí es el camino que cada cual toma para obtener mayor eficacia con la obra; la técnica no es sino el vehículo que conduce al autor y al lector al término que el primero se propone. "Lo que para mí ofrecía mayor interés —García Hortelano se refiere a su novela *Nuevas Amistades*—, la busca de un lenguaje ascético, un ritmo y una construcción, subordinados a una más eficaz expresividad". Y especifica: "Me preocupa la adquisición de una técnica (o varias) y un lenguaje, aunque vislumbro que esta forja de herramientas pueden llevar a un

estéril tecnicismo y a un estilismo retórico". (*Indice* citado).

De los peligros señalados por García Hortelano no escapa la novela nueva, a pesar de que los objetivos que persigue parece descartarlos a priori. Algunos escritores han creído, en efecto, que esos objetivos pueden alcanzarse igualmente subordinando la materia del relato a determinados procedimientos narrativos preconcebidos. J. Goytisolo subraya dichos peligros al referir su experiencia de escritor en este sugestivo texto que, pese a su extensión, transcribimos íntegramente:

"A menudo —escribe—, en lo pasado, intentaba amoldar la materia del relato a una determinada forma o estilo de narrar (monólogo interior, enfoque cinematográfico, etc.). De ello resulta la deformación intelectual que se percibe en todas mis novelas anteriores a *La Resaca:* buscando una originalidad formal, sacrificaba la autenticidad de las situaciones y personajes. Ahora creo que el tema determina necesariamente la técnica. Puesto que la realidad muda y se transforma de día en día, la novela realista no debe seguir ningún modelo por perfecto que sea: Ha de ser, por el contrario, tan maleable y dúctil como lo es la materia que pretende representar. El problema consiste en adaptarse a la realidad como Proteo, persiguiéndola a través de sus diversos disfraces y procurando desentrañar su sentido. La técnica se convierte, entonces, en una manera personal e intransferible de ver el mundo. Ello exige, de un lado, la revisión minuciosa del lenguaje; de otro, la liquidación de viejos esquemas formales que el autor tiende, por rutina, a imitar. Limpieza de estilo y acuidad de mirada deben ser los objetivos fundamentales del novelista" (J. Goytisolo, *Realismo, Naturalismo, Imaginación...)*

La propia naturaleza y fines de la novela nueva le imponen una ubicación y vigencia nacionales y por consiguiente el rechazo de técnicas preconcebidas. Lo primordial es, por lo tanto, que el novelista conozca a fondo los problemas planteados por la realidad, en el momento de la creación. "La novela —advierte Jesús Fernández Santos— deberá ser una interpretación del país en que vivimos, interpretación personal que nazca de un conocimiento íntimo de nuestras cosas" (*Insula,* No. 148, p. 4). Y pasando del criterio general sobre la novela a su manera de realizarla, en otra ocasión, precisa: "... a mí me atraen los temas que atañen, naturalmente, a España y que, por lo menos, tengan una cierta repercusión en la vida nacional". En esto estriba esencialmente la diferencia entre la novela nueva y el resto. "En la narración --agrega J. Fernández Santos— lo que importa es lo que se cuenta", sin que deje indiferente al escritor, ni mucho menos, la manera de contar. Sin embargo, "todo libro que basa su fama o eficacia en su técnica pasa pronto" (*Accnto,* febrero 1959).

Todos los novelistas de la promoción que nos ocupa concuerdan en lo fundamental: la necesidad ineludible de supeditar el arte a la vida y por ende la técnica al contenido. El carácter innovador de la novela nueva radica en la observancia de esta exigencia.

La necesidad de que la novela aborde problemas reales de repercusión nacional proviene de que "la transformación de la sociedad no es una cosa abstracta, sino que se plantea en términos de urgencia" (J. López Pacheco, en el primer Coloquio Internacional de Novela, Formentor, julio de 1959). Y Juan Goytisolo, en la misma ocasión, precisa: "Durante largo tiempo, la mayor parte de nuestros escritores no han descrito la sociedad tal como es verdaderamente, sino tal como se imaginaban que era". Y añade "es en los períodos difíciles cuando el escritor debe revelar la verdadera faz de la sociedad y reflejar sus contradicciones", para apoyar el proceso de transformación de la sociedad, lo cual implica situarse en la dirección en que se está operando ese proceso, del que dichas contradicciones son un exponente.

Esto significa que para la novela nueva, como advierte A. López Salinas, "la literatura no es un fin en sí misma", sino que "sirve para estructurar a la sociedad". En consecuencia, el novelista ha de llegar con su obra a las gentes interesadas en la transformación de la sociedad y "plantearles los problemas", "problemas que nacen de la vida difícil" y que afecta sobre todo a "la gente hundida", aplastada por la actual estructura social. A nuestro novelista no se le oculta que la emancipación de los oprimidos es quehacer, en primer término, de los mismos oprimidos, cuya actitud es decisiva en los procesos históricos, pero la literatura puede ser un precioso instrumento en este sentido. Por eso no se limita a plantearles los problemas, a mostrar las causas de sus actuales condiciones de existencia, sino que, a la vez, les infunde confianza en que pueden resolverlos y tanto más presto cuanto más actúen juntos sobre esas causas: "Mi creencia es ésta: la gente tendrá más esperanza a medida que actúe más a favor de la esperanza" (*Destino,* 16. I. 60). En otros términos: la gente tendrá más perspectivas de porvenir cuanto más actúe en un sentido de porvenir. Y en este orden de cosas la novela nueva desempeñará cada vez un papel más importante a medida que vaya descubriendo con mayor eficacia lo que se oculta tras las apariencias y cree, muestre la necesidad de otra realidad más acorde con las aspiraciones legítimas de todos los hombres a una vida plena y fecunda.

La nueva narrativa, sin caer en el sociologismo vulgar, se orienta en este sentido, pero entre lo que se propone hacer y lo que realiza, a veces, media todavía un trecho. De ahí que siendo por su cometido una literatura esperanzadora no siempre consiga irradiar esperanza. Esto se debe a que el escritor no ha asimilado totalmente la complejidad del movimiento de la historia o no ha logrado traducirla aún en la obra, entre motivos por la presión estatal de que es objeto, si bien no parece ser ésta una razón suficiente. Sean cuales fueran las motivaciones, lo cierto es que a pesar de que la posición de nuestros novelistas ante la realidad difiere sensiblemente de la que suelen adoptar los escritores realistas burgueses, en determinados casos, las respectivas creaciones no llegan a expresar esa diferencia de actitud como lo vamos a ver.

Tomemos unos ejemplos. *La Colmena,* de Cela, es una denuncia virulenta, sin paliativos de la realidad española. ¿Pero es una novela realista en el sentido que la novela nueva entiende el realismo? Evidentemente no. Lo sería si en ella apareciesen personajes que en la realidad combaten con esperanza por una vida mejor, si Cela se esforzase por captar el movimiento de la realidad en el sentido en que ésta se proyecta. La realidad en Cela es un mundo cerrado y monstruoso, sin principio ni fin, dominado por la fatalidad. Y los personajes aparecen sumidos en el dolor, resignados, impotentes o desesperados. Es que *La Colmena* en realidad encierra una tesis, en el sentido estrecho y parcial del término: "Nada tiene arreglo —escribe en la Nota a la segunda edición de esta Novela—: evidencia que hay que llevar con asco y resignación". Y no otra es la impresión que el lector saca al leer a Cela. No obstante *La Colmena* es una sátira severa de la sociedad, pero una crítica a imagen de la visión pesimista de la existencia humana de su autor.

Esto demuestra que una novela puede recoger aspectos crudos de la vida sin ser realista, en el sentido que nos ocupa. Para ser verdaderamente realista, la obra debe mostrar las conexiones existentes entre las monstruosidades denunciadas y sus causas: la conexión entre la estructura de la sociedad, las relaciones de propiedad y la injuria, de la cual las condiciones de existencia de los que padecen miseria material y espiritual es el resultado. De no ser así, la fabulación sustituye a la verdad y lo caricatural a lo auténtico, como ocurre en Cela. Su última novela, *Los viejos amigos* (1960) lo confirma plenamente.

Y sin embargo sostiene que "La literatura o es una protesta o no es nada". ¿Pero de qué y a quién sirve este género de protesta? De nada ni a nadie.

Nuestros novelistas propenden por el contrario a desenmascarar lo que se oculta tras las apariencias. Ellos sostienen que todo tiene arreglo a condición de que se ataje el mal por lo sano. Si los hombres han creado la estructura actual de la sociedad en sus manos está el poder de crear otra. Sin embargo, si su postura ante los problemas de la vida es radicalmente distinta de la de Cela, a veces, por no llegar hasta el fondo del problema esa diferencia no se traduce en la obra.

Otro ejemplo de realismo, diferente en la forma, pero coincidente en el fondo, nos lo brinda Ana María Matute. Pero si Cela no se pretende realista, Ana María Matute, por el contrario, sí: "La novela, tal y como yo la entiendo— afirma— creo que debe ser, en principio, realista". "La función de la historia —agrega— debe ser entrañable, textualmente, casi" (*Insula,* Marzo 1960). ¿En qué consisten el realismo y la historia para ella, en la práctica? A. M. Matute nos lo dice lisa y llanamente al tomar como ejemplo la guerra civil: "Mi padre se quedó sin dinero. Mi padre tenía miedo. Las criadas —excepto Anastasia— se fueron... La comida había que ir a buscarla..." (*Destino,* 23-I-60). Desde este ángulo parcial enjuicia A. M. Matute nuestra dolorosa tragedia nacional que sirve de materia a su novela *Primera Memoria,* Premio Nadal 1959.

A. M. Matute dice que le preocupa "el por qué los hombres no se entienden" preocupación que compartimos tantos españoles y que eligió "la literatura como medio más idóneo y eficaz de comunicar a los hombres mi idea de ellos y de decirle mi solidaridad en su dolor de vivir" (*Insula,* No. citado). Pero como no se acerca a los esfuerzos de los que sufren por vencer las resistencias que se oponen a que vivan mejor, sino que se atiene a la idea pesimista que se forma de todos los hombres, a través de la experiencia que posee de algunos de ellos, la novelista nos revela un universo sombrío, a semejanza de su concepción del hombre, sin un resquicio por donde penetre la luz de la esperanza, por débil que sea, sin llegar a explicarse ni explicar las razones que impiden a los hombres entenderse.

Por no ir a la vida con ánimo de comprender, por no ver que el dolor de vivir tiene sus raíces en las estructuras que condicionan la existencia de los que sufren, A. M. Matute recurre al consabido tópico de que el mal que le preocupa reside en los hombres y que hay que cambiar a los hombres para que cesen sus sufrimientos: "Despertar las conciencias contra el egoísmo y la injusticia "con" el amor y la caridad". *(Destino.* No. citado) es su objetivo. ¿Y cómo puede A. M. Matute contribuir con su obra a desterrar el mal predicando la caridad, si ésta no es sino la cobertura de la injusticia y por lo tanto uno de los instrumentos de disimulo que utilizan los que viven de la injusticia?

Lo quimérico de su objetivo se trasluce con todo su rigor al anunciar su próxima obra, *Libro de juegos para los niños de los otros,* en estos términos: "Es para los niños que no tienen juguetes y sí hambre, soledad, pillería..." (Ibiden) ¿Y qué les ofrece la autora a esos niños famélicos, harapientos, rechazados, delincuentes víctimas de la necesidad? Unos cuentos, —que muchísimos de ellos no leerán siquiera porque son analfabetos— en forma de caridad que les permita alimentarse con el engaño de la evasión. Pero esos niños, esa legión de niños necesitados, a pesar del libro que se les destina continuarán sin juguetes, con hambre, solos y abocados a la delincuencia. A. M. Matute, pese a sus buenas intenciones, con su obra no puede alcanzar el fin que se propone porque los medios que sugiere para lograrlo están en contradicción con él. El mal que denuncia es inherente a las estructuras que lo engendran y sólo ayudando a superar éstas se conseguirá vencer aquél.

Nuestros novelistas discrepan de ese género de realismo, propio de los escritores de la burguesía, por su ineficacia y por lo que disimula, aunque no siempre consigan superarlo. Por eso conciben unánimemente la literatura como un instrumento que propicie la introducción de cambios substanciales en la sociedad, y no se conforman con que el autor sea mero testimonio de su tiempo. De novela-testimonio puede catalogarse *Nada* de Carmen Laforet, *La Colmena* de Cela, algunas creaciones de A. M. Matute, Delibes, Dolores Medio, Elena Quiroga, etc., pero con ser utilizable esa novelística es insuficiente, como hemos visto con unos ejemplos, porque en el fondo no remueve nada:

Para la nueva novelística, la obra debe reflejar el espíritu de nuestra época en el marco de las condiciones concretas de nuestro país, en general, y de los aspectos de la vida que le sirve de materia, en particular, pero sin caer en esquematismos que salen de los cauces de la buena literatura ni con-

fundir lo accidental con lo esencial, lo superficial con lo significativo. La novela nueva tiende a mostrar la esencia de su época, su espíritu, su carácter múltiple y cambiante a la luz de un arte que ayude al hombre a vencer —y no soportar— la adversidad, lo cual implica recoger aunque sólo sea un rasgo de la nueva conciencia, un conflicto entre lo viejo y lo nuevo, que es la única manera de dar una imagen verídica de sus contemporáneos y hacer obra perdurable.

Una literatura con estas características exige del escritor un desvelo constante por ver y comprender para poder contar y convencer, y lleva consigo la necesidad de tomar partido por lo nuevo, es decir comprometerse con lo que pugna por romper los viejos moldes que comprimen a la sociedad española, impidiéndole avanzar. Para nuestros novelistas el realismo implica el compromiso. Por eso, algunos de ellos se resisten a calificar la novela nueva de comprometida. Si es nueva ha de ser comprometida; ha de alimentarse de la realidad actual y alimentar a su vez a la realidad para superarla. Es, según ellos, su razón de ser y en ello se distingue de la literatura que tiende a perpetuar el presente con llamadas a un pasado mítico o con saltos en el vacío. En ello se diferencia, asimismo, de la novela testimonio, tal como suele interpretarse este término.

La voz comprometido suele producir sobresalto en las almas "bien pensantes", en cambio, si la expresión es nueva, lo que encierra es tan viejo como la tradición realista de la literatura española y consubstancial a ella. Comprometidos, en su tiempo, fueron los autores que abrieron la perspectiva en la cual se ha desarrollado nuestra tradición y la figura cimera de la misma: Cervantes. Autor comprometido es López de Vega en *Fuenteovejuna*, por ejemplo, y Calderón de la Barca en *El Alcalde de Zalamea*. Por eso no se representa esa obra hoy en España. Comprometidos han sido en el primer tercio de nuestro siglo Antonio Machado, el dramaturgo García Lorca y el humanísimo Miguel Hernández. Por eso yace en el silencio una parte importante de su respectiva creación literaria y tuvieron, en parte, el fin que ya sabemos. Todos ellos buscaron con su obra contribuir al desarrollo de la sociedad de su tiempo y figuran como los más destacados innovadores de nuestra literatura. Nuestros escritores comprometidos, obedeciendo a la misma ambición, pero en nuestra época, laboran —cada cual en la medida de sus posibilidades— como sus predecesores en la dirección de la historia y aparecen ya como los innovadores de la literatura de nuestros días. Por eso, su obra, como la de quienes los han precedido, no consigue manifestarse en toda su amplitud y alcance.

III

La novela nueva se inserta en la tradición realista de la literatura española. En sus comienzos padece el influjo de las corrientes extranjeras y en primer término de la novela americana. No es difícil observar trazos de Faulkner, Truman Capote, Carson Mac Cullers o de Vittorini, Kafka, Gide o Sartre. Es el período en que la censura prohibe la publicación de las obras de más valía, españolas o extranjeras, mientras autoriza la aparición de los libros más inofensivos de los escritores citados, los cuales —repudiada la literatura oficial por el público español— se convierten en "proveedores intelectuales y literarios del lector español". En ese sentido puede hablarse, en términos rigurosos, de una colonización cultural francesa, inglesa, americana y alemana sobre el público medio español en lo que al campo de la novela se refiere. (J. Goytisolo: *Para una literatura nacional y popular)*. La novela nueva, representada por escritores noveles, no escapa a los efectos perniciosos de esa colonización extranjera. Pero nuestros novelistas comprenden pronto la incompatibilidad existente entre el sometimiento estricto a técnicas forasteras y la realización de una obra que responda a las exigencias nacionales y poco a poco —con el retorno a nuestra tradición literaria— se van desprendiendo de influencias extrañas.

Esta evolución la señala Jesús Fernández Santos, al hablar de su propia creación, como sigue: "Sobre las influencias en mi obra, no es ésta tan extensa como para poder juzgar ya, con seguridad, cuáles sean. Sin embargo, lo lógico es que uno se deje llevar por los procedimientos narrativos de los autores que admiraba o más le impresionaron en el tiempo anterior a aquél en que escribió su libro". Y añade: "Cuando yo empecé a escribir admiraba a los americanos. Ahora me aburren con igual intensidad". (*Insula*, No. 148). El rechazo de la literatura americana es general entre los novelistas adscriptos al realismo. Y a medida que se desarrolla su conciencia social y vislumbran con mayor claridad lo que se proponen y pueden hacer buscan en las mismas fuentes de nuestra literatura a los autores que en su tiempo concebían la obra como un medio de expresar la realidad en que vivían y su disconformidad con la sociedad correspondiente. Por eso propone Juan Goytisolo la vuelta a los clásicos con un espíritu nuevo para forjar una literatura nacional y popular, a la altura de nuestra época, entendiendo por "clásicos" "no el conjunto de libros que en la escuela nos han enseñado a respetar y a admirar, sino los que, respondiendo a nuestro interrogantes y preguntas, nos ayudan a vivir y nos sirven de estímulo y ejemplo". "Imitar a los clásicos, no porque sean clásicos sino porque se mantienen vivos". (J. Goytisolo: *Problemas de la novela)*. No es que nuestros novelistas pretendan sacar de los monumentos vivos del pasado las técnicas que requiere nuestro tiempo, pero tampoco pueden en modo alguno prescindir de las experiencias aleccionadoras del pasado. de las tradiciones nacionales. La novela nueva se enlaza con lo más representativo del pasado y así asegura la continuidad de la creación nacional de más pura estirpe.

Clásica es también —para la novela nueva— una parte de la obra de Pérez Galdós y Pío Baroja. De ahi que reivindiquen sus nombres. Y no es que la técnica novelística de Galdós o de Baroja supongan una revelación para la nueva promoción de escritores, ni que ésta coincida con ellos en la manera de situarse ante la vida. Pero en la obra de Galdós y de Baroja se recogen aspectos verídicos de la sociedad de su tiempo que constituyen una denuncia de la misma, cosa inhabitual en la novelística de entonces. De Baroja —que es el más apreciado de los dos— se retiene su disconformidad con la convención en su vida y en su muerte, pero se rechaza su pesimismo, su falta de confianza en la acción de los hombres, en sus combates por otras condiciones de existencia, que es lo que le ha llevado a centrar su obra en lo inesencial: "Este carácter efímero de mi obra —escribe Baroja— no me disgusta. Somos los hombres del día, gentes enamoradas del momento que pasa, de lo fugaz, de lo transitorio, y la perdurabilidad o no de nuestra obra nos preocupa poco, tan poco que casi no nos preocupa nada". (Pío Baroja: *La dama errante*, prólogo). A nuestros novelistas, por el contrario, sabemos que lo que les preocupa ante todo es lo esencial, es decir los acontecimientos y *sus causas*, porque confían en la capacidad transformadora del hombre.

En la expansión de la novela realista han contribuído diversos factores. El primordial —condición de los demás— es la exteriorización del descontento que suscita en nuestro país la amarga realidad nacional. El análisis de la evolución de la novela resultaría parcial si no se tuviese en cuenta la sucesión de movimientos sociales que, iniciados en 1951, culminan, por el momento, en la huelga nacional pacífica de 1958. Esos movimientos han puesto de relieve el abismo que separa al pueblo de los gobernantes y al debilitar sensiblemente la autoridad del Estado han propiciado las condiciones que han permitido la aparición de la nueva literatura.

Expresión de esa realidad y anuncio de la subsiguiente efervescencia social son *Nada*, de Carmen Laforety *La Colmena*, de Cela. Con esta novela, Cela introduce el problema social en la narrativa de la posguerra con un criterio crítico-burgués. No obstante "su audacia debía sentar escuela y, a partir de *La Colmena*, son muchos los novelistas que, con mayor o menor fortuna, se enfrentan a la problemática de lo real, de lo cotidiano." (J. Goytisolo, *La nueva literatura española.)*

La creación de algunos premios literarios favorecen asimismo el desarrollo de la literatura nueva. Es verdad que algunos de ellos como el de Juan March, fundado por los herederos del *"Ultimo pirata del Mediterráneo"* y otros de parecidos jaez, oficiales o no, así como ciertos jurados de premios que se pretenden independientes, son más bien un estorbo para el impulso de la novela realista, pero no faltan jurados íntegros que logran fallar con ecuanimidad, desprendiéndose de las presiones legales que se ejercen sobre ellos desde dentro y fuera, ni premios como el Biblioteca Breve en cuya base se lee: "El tema será libre, pero el jurado tomará primordialmente en consideración aquellas obras que por su contenido, técnica y estilo respondan mejor a las exigencias de la literatura de nuestro tiempo". Tales jurados y tales premios son un incentivo para la literatura innovadora.

También los coloquios de novela iniciados en Formentor en 1959 son, y lo serán mucho más, un factor positivo para el porvenir de la novela. En el primero, que reunió a escritores españoles, franceses, italianos, etc., se puso a discusión el siguiente tema: "¿Cree usted que el papel de novelista es de ser testigo de su tiempo; de ayudar a la transformación de la sociedad o de crear un mundo novelístico independiente?" Del segundo coloquio (mayo, 1960) ha nacido el "Premio Nacional de Editores" y el "Premio Formentor". Los coloquios de Formentor y los premios allí creados no cabe la menor duda que han de influir muy favorablemente en el futuro de la novela de nuestro tiempo.

Con los factores que estimulan el desenvolvimiento de la novela coexisten otros que lo entorpecen. Entre ellos figura en primer término la censura. Hasta 1955 todo libro que tiende a recoger aspectos de la vida española actual con espíritu crítico para indefectiblemente a alargar la acusadora lista de los libros prohibidos. Mientras tanto se fomenta con premios una "importante corriente inhibista creada por falsos escritores diseminados por toda España, los cuales unen a su irresponsabilidad intelectual —son gente que atacan sistemáticamente lo que ignoran— su impotencia para vivir en nuestro tiempo". Todo lo que no sigue esa tendencia para-oficial está irremisiblemente condenado al silencio. "Pocó importa el grado de inteligencia o la aportación real de cada uno de sus autores al patrimonio de la patria o de la humanidad, lo que cuenta es que pertenezcan al sector de los buenos o de los malos". (J. M. Castellet, obra citada).

Las perniciosas consecuencias del furor cerril de la censura en el ámbito de la cultura acaban de ser denunciadas en la enérgica protesta dirigida a los Ministros de Educación Nacional y de Información y Turismo, encabezada por 250 personalidades procedentes de los más diversos dominios de la cultura y de la política: académicos, catedráticos de Universidad, novelistas, poetas, dramaturgos, científicos, filósofos, ensayistas, cineastas, etc. Los firmantes ponen de relieve "la zozobra, próxima a la exasperación, a que se ve sometida nuestra labor por un sistema de intolerancia, confusión e indeterminación". "Esta situación —añade— pone al escritor y al hombre de ciencia español en el trance, parecido al exilio, de trabajar con destino a editoriales, compañías y centros de estudios extranjeros —fuga cultural que el país no está en condiciones de padecer o asumir". En consecuencia, piden a los Ministros de quienes depende se ponga término a la censura.

Resultado de esta situación, en el dominio de la narrativa, es que novelas como *La Colmena*, *La Resaca*, *El haz y el envés* y otras hayan sido constreñidas a ver la luz en el extranjero y que manuscritos de excelente factura esperen, a buen recaudo, el momento de su impresión.

Vinculada a la historia, el futuro de la novela nueva depende de la evolución histórica. Mas nuestros escritores no se limitan a esperar, con su obra buscan acelerar el ritmo de los acontecimientos penetrando cada vez con una conciencia más clara y mayor sentido de responsabilidad en los problemas de la hora, esforzándose por hallar y mostrar la verdad. El que la novela realista amplíe de día en día su público y consiga que la crítica le preste creciente interés es prueba de que va realizando progresivamente sus fines. Contribuyendo al porvenir de nuestro pueblo, crea su propio porvenir.

ESPAÑA sigue en PIE

POR M. TUÑON DE LARA

Combatiente en la Guerra Civil, condenado a muerte y después prisionero en las cárceles de España. Tuñón de Lara vive hoy en su refugio de Francia, donde trabaja por la liberación de su patria. Tuñón es traductor de la ya famosa "Historia de España", de Pierre Vilar.

YA va a hacer cinco lustros que el nombre de España es evocado como símbolo de un pueblo que cerró filas frente al fascismo y sólo fue vencido por un complot internacional, como recuerdo emocionado de generaciones que participaron, directa o indirectamente, en aquella contienda, como ejemplo de un fascismo que ha sobrevivido a los de Hitler y Mussolini, como testimonio de un pueblo sometido al terror material y espiritual pero aborreciendo unánimemente la dictadura que le ha sido impuesta. Entre los hombres libres y las masas progresistas de América Latina decir España no sugiere ya las siniestras figuras de un Weyler o de un Morrillo (cuya tradición es perpetuada por el Estado español de nuestros días) sino un pueblo que se bate en las avanzadillas de la libertad.

Sin embargo, el "caso España" es una incógnita para muchos hombres de nuestro tiempo que si bien se estremecen al conocer la noticia de nuevas condenas dictadas por los tribunales militares contra los hombres de la oposición, al leer las siniestras mascaradas del Valle de los Caídos o el desparpajo con que ciertos diplomáticos franquistas reivindican su participación en la "División Azul", no han tenido ocasión de analizar qué fuerzas en presencia se debaten en la Península Ibérica y cuáles son las perspectivas que se ofrecen al porvenir de España.

La dictadura que desde hace veintiún años ejerce el Caudillo apoyado en un Estado de construcción fascista corporativa, en un ejército de casta, en una jerarquía eclesiástica más atenta a los bienes del César que a los de Dios, no es, ni más ni menos, que la dictadura de un puñado de familias todopoderosas que, habiendo dominado siempre las riquezas del país, han acrecentado su prepotencia y sus métodos de explotación al socaire de las ventajas ofrecidas por el régimen salido de la guerra civil.

Algunos ejemplos bastan para comprobar que lo antedicho no son frases panfletarias, sino reflexiones que se desprenden del examen objetivo de los hechos. Desde 1935 (último año de estadísticas completas anterior a la guerra) hasta 1958 los beneficios globales de los seis grandes bancos (1) han pasado de 56 millones de pesetas a 1.936 millones, esto es, un aumento del 3.450% o dicho de otro modo, los beneficios se multiplicaron por 34,45. En el mismo espacio de 23 años los precios aumentaron algo más de 1.000% y los salarios entre 370 y 500%. Se observa pues, que los beneficios del capital oligopolista han sido infinitamente superiores a la devaluación monetaria y al ingreso de los trabajadores de todas las categorías. Estos bancos controlan hoy en España más del 80% de los capitales invertidos en sociedades anónimas, aparte del Instituto Nacional de Industria, creado por el régimen no sólo para colocar en él a generales y amigos, sino para montar empresas poco rentables para el capital monopolista y para ofrecer a éste participación en aquellas más ganancionsas.

Los grandes terratenientes (los Alba, Medinaceli, Fernan-Núñez, etc) siguen detentando el poder de las tierras, mientras que más de la mitad de la población agraria (en total 14,5 millones de personas) no posee un solo pedazo de tierra. Los métodos de cultivo atrasados propios de los terratenientes han frenado la producción agraria que, considerada por habitante (es decir, teniendo en cuenta el aumento de población) es inferior a la del período 1931-1936. Los planes espectaculares, como el de Badajoz, no han supuesto más que ligeros cambios de carácter superficial y el cacareado regadío de tierras apenas ha aumentado, pese a que se aprovecharon los trabajos iniciados por la República. Hace aún poco, el ministro Sr. Vigón decía que había en España una extensión de 1.705.000 hectáreas de regadío (que puede haber aumentado en doscientos o trescientos mil desde entonces). Pues bien, hace cincuenta y ocho años, cuando el famoso Plan Gasset, hecho bajo la influencia de Joaquín Costa, había ya 1.230.000 hectáreas de regadío.

Esta primavera, el economista oficial Sr. Robert, hablaba de la necesidad de crear 1.250.000 nuevos puestos de trabajo a causa, más aún que de la presión demográfica, del creciente desempleo de la mano de obra agraria.

Es verdad que la renta nacional ha aumentado en 86% desde 1951. Pero esa renta ha sido redistribuida en exclusivo beneficio del grupo monopolista y de los terratenientes. Un estudio poco sospechoso por su origen, procedente del Banco de Bilbao, demostró en 1956 que la mitad de la población activa sólo percibía 28% de la renta nacional. Y la desigualdad del reparto de renta no ha hecho sino agravarse desde entonces. Otro organismo nada "rojo", el constituido por los cardenales y arzobispos, se ha visto obligado en dos ocasiones (la última en febrero de 1960) a denunciar la injusta distribución de la renta nacional.

La vertiginosa inflación de 1951-1957, en provecho del capital monopolista, creó una situación tan grave que el Caudillo tuvo que llamar a hombres del "Opus Dei", como los Sres. Ullastres y Navarro Rubio, para dar un frenazo e iniciar una política económica de "austeridad". En 1959, se fue a la devaluación de la peseta y a una cierta "liberalización" del Comercio exterior, para recibir la ayuda económica de la OECE, del Fondo Monetario Internacional y de varios bancos norteamericanos, al mismo tiempo que se restringía brutalmente el crédito a las pequeñas y medianas empresas. Estas medidas, llamadas pretenciosamente "plan de estabilización", han sumido a la economía española en una profunda recesión, beneficiando solamente al Tesoro oficial que ha podido así reponer su exhausto fondo de divisas y atajar la inflación. Por el contrario, la producción de bienes de consumo, la edificación, la industria del cemento, la industria textil, etc., han sufrido un rudísimo golpe que las coloca al borde de la quiebra. El número de obreros en paro total pasa de 200.000 (sin contar los obreros agrícolas), pero lo más grave es el paro parcial. Más de 500.000 obreros han sido afectados por la reducción del horario de trabajo (la mitad de las industrias textiles sólo trabajan media semana), por la supresión de primas y horas extra y por el paro encubierto que se manifiesta sobre todo entre los albañiles (que son 800.000 en España). En los medios sindicales falangistas no se oculta que la "estabilización" ha supuesto un descenso de los salarios reales entre el 28% y el 35%. La Cámara de Comercio de Barcelona se quejaba recientemente de la disminución de ventas en razón de "la baja de la demanda por parte de los consumidores, a causa del plan de estabilización".

Los capitalistas buscan inversiones extranjeras para salir del atasco, aumentando así la dependencia ya tradicional de España con respecto a los trusts extranjeros. Entre las inversiones extranjeras de este año van en cabeza las de Estados Unidos pero, en general, la situación de España no estimula mucho a los inversionistas que saben demasiado bien que la dictadura no es eterna.

En resumen, lo característico de este régimen en cuyos "slogans" demagógicos figuraba el de "ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan", es que los hombres de España están infralimentados (14 kilos de carne al año... y eso de promedio!), muchos de ellos viven en cuevas y casuchas, ningún trabajador puede pagarse vacaciones ni mucho menos estudios a sus hijos. En unas cifras se resume todo: según los datos de las Cámaras de la Industria y el Comercio el costo de vida se ha elevado en 1.000% desde 1936, mientras que, como todo el mundo sabe, los salarios han subido entre 400% y 600%. ¡Y seguimos dando datos y cifras de fuente oficial!

Naturalmente, para imponer semejante estado de cosas, el régimen ha usado y usa el terror y la represión que ya se han hecho tristemente famosos en todo el mundo. Este último año, las condenas por "rebelión militar" de los católicos Julio Cerón y Jorge Pujol, de los comunistas Cuervo, Palazuelos y tantos otros, de numerosos nacionalistas vascos, el mantenimiento en prisión sin juzgarlo del socialista Amat Maiz, la detención de centenares de campesinos andaluces, de numerosos repatriados de la URSS, etc., que encuentran en los presidios a hombres y mujeres allí encerrados desde hace doce, catorce y a veces veinte años, ha puesto una vez más de manifiesto la ausencia total de derechos y de garantías jurídicas que existe bajo la dictadura franquista.

Para mejor aherrojar las conciencias, la represión de carácter físico ha ido acompañada de una gigantesca empresa de ocultación y deformación de la verdad, de embrutecimiento, de diversión... La censura ha cercenado toda manifestación del pensamiento; los directores de la prensa diaria son impuestos por el gobierno y dicha prensa está obligada a publicar artículos "orientados" por la Dirección general de Prensa. El actual jefe de ésta, Sr. Muñoz Alonso declaraba hace unos meses en Zaragoza que "la prensa y la información deben considerarse como instrumentos de defensa nacional", con lo cual no hacía sino desarrollar la "teoría de la información" del ministro Sr. Arias Salgado, según la cual la función de informar, por pertenecer al bien público, no puede dejarse en otras manos que las del Estado respaldado por la Iglesia. El anteproyecto de "ley de información" que existe en las llamadas Cortes (y que no se atreven a promulgar desde hace un año) partiendo de dicho principio, añade en su base cuarta: "A la institución social de la información corresponde, en relación con la opinión pública, no sólo oírla y recogerla, siempre que obedezca a los imperativos de justicia y rectitud, sino muy particularmente ilustrarla, orientarla, encauzarla y difundirla". Este anteproyecto castiga con penas severas todo "ataque a la unidad patria, a los principios del Movimiento, al dogma católico, a la Autoridad y personas que la encarnan, a las fuerzas armadas, etc., etc."

Hay más, sin embargo... El régimen ha estimulado el fútbol como espectáculo, no ha dejado otras películas que las que tratan de beaterías o las norteamericanas desmoralizadoras que ocupan el 80% de los programas; ha impuesto unas formas externas de vida religiosa que duelen incluso a muchos católicos sinceros... Si alguien levanta la voz contra semejante estado de cosas, será inmediatamente tratado de "agente del extranjero".

Durante los primeros años del franquismo existía una maquinaria política a la que se había creído capaz de servir de so-

(1) Banco Central, Banco Español de Crédito, Banco Hispano-Americano, Banco de Bilbao, Banco de Vizcaya y Banco Urquijo.

porte a la dictadura: era la Falange. Todo el mundo sabe lo que ha pasado. La Falange se ha desintegrado y hasta ha perdido el nombre; ahora, sólo se le llama "el Movimiento". ¿Por qué? Por diversas razones: primera, el hundimiento de los regímenes nazi y mussoliniano que habían servido de modelo al falangismo; segunda, el fracaso de las consignas demagógicas lanzadas por los dirigentes falangistas; tercero la reacción honesta de muchos que creyeron en la propaganda de Falange y, al comprender que habían sido engañados, bien abandonaron la partida o bien pasaron a las filas del antifranquismo como Ridruejo, Laín y otros universitarios no por menos conocidos menos valientes. Aún hace unas semanas, resonaba bajo la bóveda del Valle de los Caídos el grito de un joven falangista llamando traidor a Franco, por lo que ha sido condenado a diez años de prisión.

El régimen que apenas puede servirse de falangistas (puesto que el equipo de Solís y Sanz Orrio está completamente desacreditado incluso ante los que fueron sus compañeros de Falange), y que ha desgastado también a los dirigentes católicos de derecha como Artajo y Ruiz-Giménez, tiene que echarse en manos de los miembros del "Opus Dei", organización secreta (aunque otra cosa digan sus representantes oficiales) que intentan monopolizar los puestos clave del Estado, en general, y de la Administración, la Educación y las Finanzas en particular. El "Opus Dei" cuenta hoy con ministros como Ullastres y Vigón que le obedecen ciegamente, con ministros "simpatizantes" como Navarro Rubio, Arias Salgado y Rubio y, muy especialmente la eminencia gris del régimen, el ministro suplente de Franco en la presidencia del Consejo, Sr. Carrera Blanco. Cuenta también con el Sr. López Rodó, secretario general técnico de la presidencia, que tiene en sus manos todos los engranajes de la administración. No se da una cátedra sin el visto bueno del "Opus", que tiene también su universidad de Pamplona, ya respaldada con carácter internacional por el Vaticano; que tiene sus revistas ("Tiempos Nuevos", "Punta Europa", "Actualidad Española", etc.) y controla mayoritariamente casi todos los diarios madrileños de la noche ("Informaciones", "Madrid" y "El Alcázar"), "El Correo Catalán" y numerosos diarios de provincias. El "Opus" tiene sus hombres en los consejos de administración del Banco Español de Crédito y del Banco de Bilbao (el Sr. García Mancó, recientemente nombrado); controlan completamente el Banco Popular, el Banco de Andalucía, el Banco de Salamanca, además del Banco de Andorra que escapa a la jurisdicción española y que estuvo implicado en el negocio de evasión de divisas de hace dos años.

El "Opus Dei", fiel servidor de los intereses de las clases parasitarias, prepara su "trabajo" para suceder a Franco, a la muerte de éste, por una monarquía de los Borbones, controlada por él: en el Consejo de la Corona de don Juan de Borbón figuran ya los "opusdeistas" Pérez Embib y Gonzalo F. de la Mora, y el príncipe Juan Carlos tiene un asesor religioso del "Opus Dei".

Naturalmente, no todo es armonía entre las diferentes camarillas que comparten el poder. El grupo Solís se opone al "Opus" y pretende ganarle por la mano relacionándose con medios influyentes de Alemania occidental; los llamados demócratas-cristianos de derecha (obispo Herrera, Artajo, etc.) aspiran a ser ellos quienes conduzcan a España por la vía vaticanista; hay grupos bancarios, como el del Banco Central, que se oponen al INI, mientras que otros (como Urquijo e Hispano-Americano) cooperan con ese órgano del capitalismo de Estado. Y ya son numerosos los monárquicos (Pemán, Joàquín Calvo Sotelo y otros) que no están conformes con los rigores dictatoriales ni con la perpetuación del clima de guerra civil.

Ahora bien, mucho más importante que esto, es la inmensa transformación que se opera, pese a todo, en la opinión pública española.

Veintiún años después de terminada la guerra civil, el hombre de la calle no puede compartir el clima de odio creado y alimentado desde las esferas del poder. Los hombres y mujeres menores de cuarenta años (es decir, la mayoría de la población española) no han hecho la guerra civil ni pueden admitir que subsistan las barreras de separación creadas por ésta. Por el contrario, los problemas que hoy tiene planteados España son de otro orden, aunque tengan sin duda por origen la distorsión de la historia nacional creada por el resultado de la guerra. Hoy, cuando se trata de saber si los españoles podrán disfrutar de libertades democráticas o elevar su nivel de vida, si hay que seguir una política de neutralidad y desembarazarse de la política anti-nacional impuesta por el Pentágono, si hay que suprimir la censura y si, en definitiva, seremos los españoles mismos quienes podamos decidir del destino de nuestra patria, nadie se pregunta de qué lado estuvo cada cual en el Ebro o en la batalla de Brunete; y mucho menos de qué lado estuvo su padre.

Hay, además, otra razón, para este cambio operado en las conciencias: el proceso económico del régimen, al que antes hemos aludido, ha mostrado que, a fin de cuentas, los únicos beneficiarios son unos puñados de banqueros, de terratenientes, de generales y algunos nuevos ricos del régimen. Si el nivel de vida de los trabajadores ha descendido, los pequeños comerciantes o los empresarios de industrias de consumo de tipo familiar, una vez pasados los años del estraperlo durante la segunda guerra mundial, no han hecho sino perder posiciones en beneficio de los "gordos": son estos "gordos" quienes obtienen desgravaciones de impuestos, licencias de importación, créditos fáciles, posibilidades de comerciar con el extranjero integrándose en las operaciones cosmopolitas de los trusts. Para los demás, la disminución del poder de compra de la mayoría de los españoles es un problema que no tiene solución sino con un cambio de régimen.

Mucho más podría decirse del estado de espíritu de funcionarios, de abogados, médicos, etc, que durante cierto tiempo contemporizaron con el régimen aunque sin comulgar plenamente con sus principios.

El resultado de estas transformaciones en la concienca colectiva de los españoles se traduce por una repulsa casi unánime al régimen. Ahora bien, las situaciones políticas no pueden analizarse con el espíritu del Dr. Pangloss, quiero decir, que se precisa señalar los obstáculos. Si este cambio se ha expresado ya por los movimientos universitarios que se han producido desde 1956, por la aparición de una nueva generación de escritores, etc., hay todavía muchas gentes que, sin dejar de condenar al régimen, permanecen como si fuesen espectadores de un espectáculo que no les concierne directamente. ¿Por qué? Muchos de ellos porque son víctimas de la propaganda franquista consistente en decir que si el régimen cayese sería sustituido por una fantástica dominación comunista o anárquica. Otros, sin creer esta patraña, no han asimilado la necesidad de una intensa acción popular para cambiar la situación, y son muchos también los que no pasan a dicha acción por la desorientación que les produce la falta de unidad de las fuerzas antifranquistas y democráticas, alimentada principalmente por quienes anteponen sus preocupaciones de "guerra fría" a los intereses nacionales y populares. Un ejemplo de esto fue la actitud de la dirección exilada del partido socialista, en contra al criterio de la mayoría de sus afiliados dentro del país, para romper la huelga de junio de 1959.

No obstante, los hechos demuestran que esa toma de conciencia, poco a poco, a través de dificultades y de zig-zags, va traduciéndose en formas de acción. Durante el año 1960, el gobierno se ha visto obligado a destituir al gobernador de Barcelona, coronel Acedo, y al director de "La Vanguardia", Sr. Galinsoga, ante la protesta unánime y masiva del pueblo de Barcelona. La visita del Caudillo a Cataluña se saldó por un fracaso, y por la incorporación a la lucha de nuevos sectores del catolicismo democrático. Estos mismos sectores han lanzado el manifiesto de las Hermandades Obreras de Acción Católica el día 1o. de mayo y participan en la vastísima campaña de todo el pueblo vasco para sostener a sus 339 sacerdotes que han denunciado valientemente, en carta colectiva a los obispos, el régimen de terror y de opresión política y nacional impuesto por el franquismo. Hoy en día más de 20.000 católicos de Vizcaya y Guipúzcoa han firmado un nuevo documento exigiendo la publicación de la carta de "los 339" y que la jerarquía responda lealmente y no de manera autoritaria al servicio del gobierno. Es preciso mencionar también la declaración contra la censura firmada recientemente por 242 intelectuales, entre los que se encuentran los mejores valores de la cultura española.

Este año 1960 ha conocido también un aumento de la participación campesina en la actividad contra el régimen, lo que ha dado lugar a la vasta represión policiaca del mes de julio en las provincias de Sevilla y Córdoba.

La actitud gubernamental indica que en las esferas del Estado existe cada día más preocupación ante el auge del movimiento de oposición: el decreto del 21 de septiembre que refunde la legislación represiva y considera "delito de rebelión militar" todo acto de oposición política al régimen es una prueba más de la inquietud existente en los medios oficiales, así como la burda carta apócrifa atribuida a "Pasionaria", documento bufo que nadie se ha creído en el mundo, pese al apoyo que "Osservatore Romano" ha prestado, en dicha operación, a la policía franquista.

El sentimiento de que es preciso detener el brazo de la represión y sacar de cárceles y presidios a quienes llevan allí diez, quince y hasta veinte años, es una de las notas dominantes de la conciencia española de hoy. Las familias de los presos, los más prestigiosos intelectuales encabezados por el presidente de la Academia, D. Ramón Menéndez Pidal, numerosos sacerdotes y buen número de españoles han dirigido peticiones (respaldadas por más de quince mil firmas) al presidente de las Cortes y al Jefe del Estado solicitando la amnistía de los presos. En estos momentos, va a celebrarse en Montevideo la segunda conferencia latinoamericana con el mismo fin, y en Europa occidental, acaba de lanzarse la convocatoria de análoga conferencia para salvar a los presos de las cárceles de España, por cientos de personalidades entre las que destacan el Sr. Vincent Auriol, ex presidente de la República Francesa, Francois Mauriac, Jean Paul Sartre, J. Marie Domenach, Daniel Mayer, Alberto Moravia, Vittorini, Jean Cocteau, etc.

La protesta nacional e internacional consiguió este año arrancar de la prisión al escritor Luis Goytisolo y al pintor Balaguer. Pero otros muchos (entre ellos el escultor Palazuelos y el ingeniero Cuervo) han sido recientemente condenados. No es difícil profetizar que los nuevos esfuerzos por liberar a los presos canalizarán en gran parte y serán capaces de unir los esfuerzos de los españoles por la libertad.

El pueblo entero de España ha seguido y sigue con extraordinaria simpatía la lucha libertadora del pueblo cubano, simbolizada en la figura del Dr. Fidel Castro. Las palabras de éste en la ONU, denunciando el régimen franquista, han sido acogidas con emoción por los españoles, que las han conocido a despecho de todas las medidas de la censura. Hoy desde España se mira hacia Cuba, como se mira a un hermano que ha sabido ya liberarse y marcha por la ruta del porvenir. Es posible que las condiciones de ambos países no sean idénticas y que, por consiguiente, difieran algunas modalidades de esa lucha. Pero su esencia es la misma, como también son los mismos los ideales de libertad, justicia y progreso que animan a nuestros dos pueblos.

Los españoles, desde los altos hornos de Vizcaya, desde los olivares andaluces, desde las fábricas de Barcelona, los trigales de Castilla y las universidades, y también desde el fondo de las prisiones, miran de cara al porvenir. Y dicen, como nuestro poeta, Blas de Otero,

"Mi nombre está en la mano,
y mi corazón,
en el boquete mayor de la esperanza".

(París, Diciembre de 1960).


PO



EMAS

JAIME GIL DE BIEDMA

Nació en Barcelona en 1929, de familia castellana. Se licenció en Derecho en la Universidad de Salamanca. Frecuentes y largos viajes: Francia, Inglaterra, Filipinas, Hongkong, Italia... Ha publicado en muchas revistas, pero su primer libro apareció en 1953: Según sentencia del tiempo.

EL ARQUITRABE

Uno vive entre gentes solemnes.
Hay quien habla
del arquitrabe y sus problemas
lo mismo que si fuera un primo suyo
—cercano, claro está.

Pues bien, parece ser que el arquitrabe
está en peligro grave. No se sabe
muy bien por qué es así, pero lo dicen.
Hay quien viene diciéndolo desde hace veinte
años.

Hay quien habla, también, del enemigo:
inaprensibles seres
están en todas partes, se insinúan
igual que el polvo en las habitaciones.

En fin, hay quien levanta andamios
para que no se caiga: gente seria.
(Curioso, en inglés, *scaffold* significa
a la vez andamio y cadalso).

Uno sale a la calle
y besa a una muchacha o compra un libro,
se pasea, feliz. Y le fulminan:
"¿Cómo se atreve usted?"
¡El arquitrabe...!

(Compañeros de Viaje.—1959)

CANCION PARA ESE DIA

He aquí que viene el tiempo de
soltar palomas
en mitad de las plazas con estatua.
Van a dar nuestra hora. De un momento
a otro, sonarán campanas.

Mirad los tiernos nudos de los árboles
exhalarse visibles en la luz
recién inaugurada. Cintas leves
de nube en nube cuelgan. Y guirnaldas

sobre el pecho del cielo, palpitándose,
son como el aire de la voz. Palabras
van a decirse ya. Oíd. Se escucha
rumor de pasos y batir de alas.

(De *Compañeros de Viaje.*—1959)

CARLOS BARRAL

Nació en Barcelona en 1928. Estudios universitarios en esta ciudad. Su primer libro, "Metropolitano" apareció en 1958. Reside en Barcelona.

LE ASOCIO MIS PREOCUPACIONES

Preferiría ahora imaginar
que te soñaba como un róbot
metálico o como un antiguo caminante,
hecho de humanidades o de audacia.
Pero a la primera juventud es propia
una ternura sin reservas,
y luego..., la tradición más inmediata...

Te invocaba según un largo rito,
torturándome hacia los pormenores de tu
imagen.
Tocaba los objetos, te buscaba
revolviendo memoria.
Después, con los brazos en cruz, sobre la
cama,
pasaba tiempo y tiempo.
Conocía
que estabas por un dulce cansancio
y entonces me tendía sin mirarte,
sabiéndote allí cerca,
y te contaba mis deseos:

—Haz que el año que viene... Que otro día...
Haz que la chica que encontré el domingo
(o si prefieres aunque sea otra)...
Haz que yo pueda ser... Y, sobre todo...

Tu presencia asentía a cada cosa,
tu blanco estar allí, tu inabordable
reino, transfigurando el sueño en lejanías:
el suave chasquido con que hiende
el tajamar las ondas
o unas ramas de abeto iluminadas,
flotando como un astro en el azul inmóvil...
Cada cita nocturna, cada encuentro
rescatada una parte del vivir diario:
los muros del colegio, los siniestros pasillos
o las voces
de la mesa familiar cuando se hablaba de
dinero
y además los pecados
la vergonzosa marca del sexo
y el duermevela de las imaginaciones.

En las horas vacías, por el día,
a veces te ofrecías como un premio
fugaz, pasabas un instante
rozándome, en medio del silencio cargado
del estudio,
como un soplo de aire que se dibuja sobre
el agua
quieta,
o en las veladas tristes, en familia,
junto a la radio tonante,
o cuando la humillación me acaloraba.

Mas luego nuestro amor, según el tiempo
pasaba por la boca de los que te adulan,
se fue haciendo difícil, nuestras noches
de vez en vez más raras.
Comenzó a incomodarme
la sociedad de tus amigos, la dudosa
verdad de tus quehaceres...

Lo sé. No fue tan simple.
Sé que un día
mutilé la costumbre, sentí un poco
de rubor (la redujimos
a lo más perentorio)...

¡Qué rápidas visitas en los últimos meses!
Y aprendía
a ver el mundo sin ti,
a llenar tu vacío con las cosas.

No recuerdo
exactamente cómo terminó.
Más tarde
me parecía un sueño nuestra historia.

CARLOS BARRAL
(Provenza, 219, Barcelona, 8)

JOSE MANUEL CABALLERO

Nació en Jerez, en 1926, de padre cubano y madre francesa. Estudió Filosofía y Letras y Astronomía en Sevilla y Cádiz. Obtuvo en 1951 el premio "Platero" de poesía. Reside en Madrid.

BLANCO DE ESPAÑA

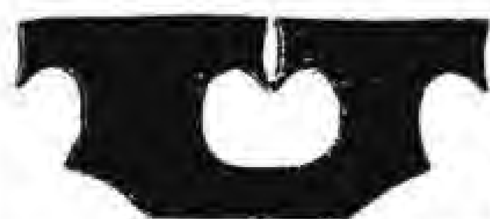
scribo la palabra libertad,
la extiendo
sobre la piel dormida de mi patria
Cuántas salpicaduras, ateridas
entre sus letras indefensas, mojan
de fe mis manos, las consagran
de olvido.

¿Quién se sacrificó
por quién?

Tarde llegué a las puertas
que me abrieron, tarde llegué
desde el refugio maternal
hasta el lugar del crimen,
con la paz aprendida
de memoria y una palabra pura
yerta sobre el papel atribulado.

Blanco de España, ensombrecido
de púrpura, madre y madera
de odio, olvídate
del número mortal, bruñe y colora
los hierros sanguinarios
con las ciegas tinturas del amor,
para que nadie pueda recordar
las divididas grietas de tu cuerpo,
para escribir tu nombre sobre el mío,
para encender con mi esperanza
la piel naciente de tu libertad.
(De *Las horas muertas*.—1959)

LA PREGUNTA

na pregunta, a veces, casi
cegada
[illegible] nace, sitúa
mi pensamiento al borde
del vacío, cuando en la torva
noche me despierto solo
y miro la tiniebla y me hablo
solo y se me van abriendo
los días que viví como las hojas
lacradas de una puerta.

¿A dónde
he de mirar que no sea pregunta!

Aquí la sombra mide la distancia
que separa mi cuerpo de mi sueño:
juntas están mentiras y verdades
en la contestación de cada día.
(De *Las horas muertas*.—1959)

GABRIEL CELAYA

Nació en Hernani, Guipúzcoa, en 1911. Frecuentó antes de la guerra civil la Residencia de Estudiantes de Madrid, con Lorca, Buñuel, Dalí y otros escritores y artistas. Publicó en 1935 su primer libro de versos (Marea del silencio) pero su verdadera carrera de poeta empieza después, tras diez años de silencio, en 1946. Desde esta fecha publica regularmente.

A.P.N. (Fragmento)

e escribo desde un puerto.
La mar salvaje llora.
Salvaje, y triste, y solo te escribo
abandonado.
Las olas funerales redoblan el vacío.
Los megáfonos llaman a través de la niebla.
La pálida corola de la lluvia me envuelve.
Te escribo desolado.

El alma a toda orquesta,
la pena a todo trapo,
te escribo desde un puerto con un gemido
largo.
¡Ay focos encendidos en los muelles sin
gente!
¡Ay viento con harapos de música
arrastrada,
campanas sumergidas y gargantas de musgo!
Te escribo derrotado.

Soy un hombre perdido.
Soy mortal. Soy cualquiera.
Recuerdo la ceniza de tu rostro de nardo,
el peso de tu cuerpo, tus pasos fatigosos,
tu luto acumulado, tu montaña de acedia,
tu carne macilenta colgando en la butaca,
tus años carcelarios.

Tú, cínico, remoto
dulce, irónico, triste;
tú, solo en tu elemento, distante y desvelado.
No era piedad la anchura difusa en que
flotabas
con tu sonrisa ambigua. Huías torpemente,
pasivo, indiferente, cansado como el mundo,
sin un yo, desarmado.

Estaciones, transcursos,
circunstancias confusas,
oceánicos hastíos, relojes careados,
eléctricos espartos, posos inconfesables,
naufragios musicales, materias espumosas
y noches que tiritan de estrellas imparciales,
te hicieron más que humano.

Así todo se funde.
Los objetos no objetan.
Liso brilla lo inmenso bajo un azul parado
y en las plumas sedantes la luz del mundo
escapa,
sonrío, tú sonríes, remoto indiferente,
bestial, grotesco, triste, cruel, fatal, adorado
como un ídolo arcaico.

Mas hoy vuelves;, proclamas,
constructor, la alegría;
te desprendes del caos; determinas tus actos
con voluntad terrena y aliento floral, joven.
Ni más ni menos que hombre, levantas tu
estatura,
recorres paso a paso tu más acá, lo afirmas,
llenas tu propio espacio.

Los jóvenes obreros,
los hombres materiales,
la gloria colectiva del mundo del trabajo
resuenan en tu pecho cavado por los siglos.
Los primeros motores, las fuerzas matinales,
la explotación consciente de una nueva
esperanza
ordenan hoy tu canto.

Contra tu propia pena,
venciéndote a ti mismo,
apagando, olvidando, tú sabes cuánto y
cuánto,
cuánta nostalgia lenta con cola de gran lujo,
cuánta triste sustancia cotidiana amasada
con sudor y costumbres de pelos, lluvias,
muertes,
escuchas un mandato.

Y animas la confianza
que en tí quizá no existe;
te callas tus cansancios de liquen resbalado
te impones la alegría como un deber heroico
¡Por las madres que esperan, por los
hombres que aún ríen,
debemos de ponernos más allá del que somos
sirviéndolos, matarnos!

Con rayos o herramientas,
con iras prometeicas,
con astucia e insistencia, con crueldad y
trabajo,
con la vidá en un puño que golpea la hueca
cultura de una Europa que acaricia sus
muertos,
con todo corazón que, valiente, aún insiste
del polvo nos alzamos.

Cantemos la promesa,
quizá tan sólo un niño,
unos ojos que miran hacia el mundo
asombrados
mas no interrogan; claros, sin reservas
admiran.
¡Por ellos combatimos y a veces somos duros
¡Bastaría que un niño cualquiera as
aprobara
para justificarnos!

Te escribo desde un puerto,
desde una costa rota,
desde un país sin dientes, ni párpados, n
llanto.
Te escribo con sus muertos, te escribo por
los vivos,
por todos los que aguantan y aún luchar
duramente.

Poca alegría queda ya en esta España
nuestra.
Mas ya ves, esperamos.
(De *Las cartas Boca Arriba*.—
Madrid 1951)

TODO ESTA POR INVENTAR

(Fragmento)



amaradas
salvemos las distancias,
venzamos las nostalgias,
nuestras manos obreras, todas a una,
darán forma a la esperanza.

Hay que creer, resurgir.
La España de que sufrimos fue una historia
mal contada,
no su verdad hasta el fin.
Hoy me siento tan cargado de secretos no
explotados
que domino el porvenir.

Todo está por hacer,
por inventar y alegrar,
por nacer.
Hay que volver a empezar
y descubrir como nueva la explosión
primaveral.

¡Camaradas!,
dejémonos de canciones que suenan a mas
llorar.
Aquí no ha pasado nada
y si pasó, no hay que hablar.
Todo está por inventar.

Cuando luchamos, creamos,
somos de veras quien somos palpitando cara
al cielo,
somos pura actividad,
y al cantar,
cantemos lo que cantemos, cantamos la
libertad.
¿Quién dijo que España es vieja si aún
está por estrenar?
¿Qué me importan quince siglos?
Yo arranco de mis principios iberos y
apunto más.
Nadie ha dicho todavía lo realmente real.
¡Camaradas, a luchar!

No nos gusta lo que fuimos. No queremos
vivir sólo de recuerdos que nos tiran hacia
atrás.
Resistamos la resaca. Declaremos lo puntual.
Sacudiéndonos el polvo de la historia
volvamos al más acá.

Todo está por inventar.
Todo en España es anuncio,
todo es semilla cargada de alegría floreal.
Todo, impulso no explotado
que podemos y debemos dar a luz y hacer
real.
(De *Cantos Iberos*, 1955)

ANGELA FIGUERA

Nació en Bilbao, en 1902. Estudió Filosofía y Letras en Valladolid y Madrid. Fue profesora de literatura en el Instituto de Huelva. Empezó a publicar poesía en 1948: **Mujer de barro.**

LIBERTAD



tiros nos dijeron: cruz y raya.
En cruz estamos. Raya. Tachadura.
Borrón y cárcel nueva. Punto en boca.

Si observas la conducta conveniente,
podrás decir palabras permitidas:
Invierno, luz, hispanidad, sombrero.
(Si se te cae la lengua de vergüenza,
te cuelgas un cartel que diga: "mudo",
tiendes la mano y juntas calderilla)

Si calzas los zapatos según norma,
también podrás cruzar a la otra acera
buscando el sol o un techo que te abrigu

Pagando los impuestos puntualmente,
podrás ir al taller o a la oficina,
quemarte las pestañas y las uñas,
partirte el pecho y alcanzar la gloria.

También tendrás honestas diversiones:
el paso de un entierro, una película
de las debidamente autorizadas,
fútbol del bueno, un vaso de cerveza,
bonitas emisiones en la radio
y misa por la tarde los domingos.

Pero no pienses "libertad", no digas,
no escribas "libertad", nunca consientas
que se te asome al blanco de los ojos,
ni exhale su olorcillo por tus ropas,
ni se te prenda a un rizo del cabello.

Y sobre todo, amigo, al acostarte,
no escondas "libertad" bajo tu almohada
por ver si sueñas con mejores días.
No sea que una noche te incorpores
sonambulando "libertad", y olvides
y salgas a gritarla por las calles,
descerrajando puertas y ventanas,
matando los serenos y los gatos,
rompiendo los faroles y las fuentes,
y el sueño de los justos, porque entonces,
punto final, hermano, y Dios te ayude.
(De Belleza Cruel.—Julio 1958)

GLORIA FUERTES

Nació en Madrid en 1918. Publicó versos por primera vez a los quince años. Pero su primer libro apareció en 1952: **Isla ignorada.** Dirigió revistas infantiles y ha escrito algo también para teatro infantil.

EL DOLOR ENVEJECE MAS QUE EL TIEMPO



l dolor envejese más que el tiempo,
este dolor, dolor que no se acaba,
y que te duele todo todo todo
sin dolerte en el cuerpo nada nada.

A tantos días de dolor se muere uno,
ni la vida se va,
ni el corazón se para,
es el dolor acumulado el que,
cuando no le soportas
él te aplasta.

Mi accidente será un buen epitafio:
Cuando una calle bajo el sol cruzaba,
de dolor —o de amor es igual— murió desbaratada.

S E R



star en la vida en el infierno,
en un infierno menor y con salida;
aunque el trabajo perfeccione el hambre,
y hasta puede comprarse bicicleta.

Yo proclamo la mano que trabaja,
la lima que trabaja,
la mecanógrafa que trabaja,
el rico que trabaja.
Yo corono al catedrático que trabaja,
al fumista que se ciega con hollín,
al carpintero que se ciega con serrín,
al soldado que se ciega con la luz,
al minero que se ciega con grisú.
Al buzo que se ciega con el mar,
al tonto que se ciega con amar.

Yo proclamo la santa libertad.

Yo proclamo
la mano,
—pico y pala—.
Yo proclamo
la mente,
—libro y pico—.
Yo proclamo la Paz
y ese cocido,
que se come el peón junto a la obra.
Yo proclamo la aguja,
yo la escoba.

Yo proclamo al que tiene y da su fruto.

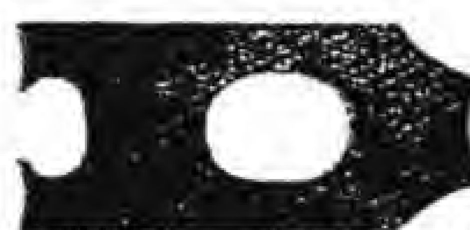
(1960)

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Nació en Barcelona en 1928. Hermano mayor de los novelistas Juan y Luis. En 1958 obtuvo el Premio Boscán por su libro "Salmos al Viento". Reside en su ciudad natal.

CLARIDAD

Seis poemas



esde el ayer me habla
un hombre como todos
los hombres de la tierra
que nació con mi nombre,
que anduvo entre tinieblas
y rayos de esperanza,
que ha seguido el camino
que pisaban mis pies.
Desde el ayer me dice:
tu destino es el mundo,
es tu pueblo, es tu casa,
es el hombre, eres tú.

(Un hombre)

Ahora veo el almendro
tembloroso. Las ramas
esparcían un aire perfumado
alrededor de él.

Y más allá, la madre,
el libro, rotos
pedazos de mi vida,
tibias cosas en donde
mi sueño reposaba.

Yo era, entonces,
muy niño, todavía,
pero sentí el amor
de lo perecedero,
de lo que pasa y paso

como pasó aquel día
debajo del almendro.

(Siete años)

De pronto, el aire
se abatió encendido,
cayó como una espada
sobre la tierra. Oh, sí,
recuerdo los clamores.

Entre el humo y la sangre,
miré los muros
de la patria mía,
como ciego miré
por todas partes,
buscando un pecho,
una palabra, algo
donde esconder el llanto.

Y encontré sólo muerte,
ruina y muerte
bajo el cielo vacío.

(Cae la muerte)

Aquellos hombres
predicaban miedo,
miedo convulso
en la lección diaria
oscuro miedo
por los corredores,
entre esperma y latín,
en la espantosa
composición exacta
de lugar: un niño
solo, mentido
y solo, amortajado
vivo, buceando
en la charca,
arriba, arriba,
sin aire, casi,
arriba, más aun,

hasta alcanzar
la orilla de la vida.

(Mis maestros)

Yo os he tenido
desde el principio,
en los días amargos,
y después, en el lento
vivir,
en el duro martillo
que nos ha ido golpeando,
siempre, siempre conmigo,
hombro con hombro,
mis hermanos.

(Siempre)

Alegría, yo te
he buscado y buscado
por todos los lugares,
por todos los caminos
que andaba y desandaba
Alguna vez oí
tus pasos en el bosque,
otra vez escuché
tu risa, pero nunca
te tuve entre los brazos
para poder hablarte,
para decirte que
mi vida iba cayendo
como una gota de agua,
que hacía frío, y
que te he esperado siempre,
roto y amante como
me ves, como me tienes
contra tu pecho, amiga.

(Encuentro)

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

BLAS DE OTERO

Nació en Bilbao en 1916. Estudios de bachillerato en Madrid. Viajes por casi toda España, sobre todo por Castilla. Reside actualmente en Paris.

NO SALGAS PALOMA AL CAMPO

Sé muchas cosas y otras que
me callo.
Cómo decir España, patria,
España
libre.
libre. (Violentas carcajadas).
Anda
jaleo, jaleo.
No dejan ver lo que escribo
porque escribo lo que veo.

Sé que Castilla
es ancha.
Cómo decir azul, ayer,
morada.
Ayer,
Mañana.

Anda, jaleo,
jaleo.
...lo que veo con los ojos
de la juventud y el pueblo.

(De *En Castellano.*— *París* 1960)

HIJOS DE LA TIERRA

Parece como si el mundo
caminase de espaldas
hacia la noche enorme de los acantilados.
Que un hombre, a hombros del miedo,
trepase por las faldas
hirsutas de la muerte, con los ojos cerrados.

Europa, amontonada sobre España, en
escombros;
sin norte, Norteamérica, cayéndose hacia
arriba;
recién nacida, Rusia, sangrándole los
hombros;
Oriente, dando tumbos; y el resto, a la
deriva.

Parece como si el mundo me mirase a los
ojos,
que quisiera decirme no sé qué, de rodillas;
alza al cielo las manos, me da a oler sus
manojos
de muertos, entre gritos y un trepidar de
astillas.

El mar, puesto de pie,
le pega en la garganta con un látigo verde;
le descantilla; de
repente, echando espuma por la boca, le
muerde.
Parece como si el mundo se acabase, se
hundiera.
Parece como si Dios, con los ojos abiertos,
a los hijos del hombre los ojos les comiera

(No le bastan —parece— los ojos de los
muertos)

Europa, a hombros de España, hambrienta
y sola;
los Estados de América, saliéndose de
madre;
la bandera de Rusia, oh sedal de ola en ola;
Asia inmensa, ah sí, esclava del primero
que ladre.
¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la
tierra;
salid por esas calles dando gritos de espanto!
Los veintitrés millones de muertos en la
guerra
se agolpan ante un cielo cerrado a cal y
canto.

(De *Redoble de Conciencia.*— Barcelona,
1951.

EN NOMBRE DE MUCHOS

Para el hombre hambreante y
sepultado
en sed —salobre son de sombra fría—,
en nombre de la fe que he conquistado:
alegría.

Para el mundo inundado
de sangre, engangrenado a sangre fría,
en nombre de la paz que he voceado:
alegría.

Para tí, patria, árbol arrastrado
sobre los ríos, ardua España mía,
en nombre de la luz que ha alboreado:
alegría.

(De *Pido la paz y la palabra.*— (1955)

JESUS LOPEZ PACHECO

Nació en Madrid en 1930. Estudió Filosofía y Letras en esta ciudad. Su primer libro de poemas data de 1953: **Dejad crecer este silencio**, que obtuvo el accésit en el premio Adonais de poesía. Vive en Madrid.

RIMA DE PAPEL Y PIEDRA

Pálido de oficina y sueldo fijo,
acobardado y pobre a fin de mes,
marido de mujer, padre de hijos,
ciudadano sin fe.

Alma entintada y corazón sin sangre,
cerebro pequeñito y de papel,
cuánta risa has perdido en los tranvías,
en el ir y volver.

El miserable ascenso que persigues,
si lo logras, será para tener
ese sombrero gris que tiene el jefe
y su misma idiotez.

Qué pequeñas serpientes sin veneno
anidan en tu pecho. Pequeñez
de tus odios y envidias, de tus sueños
que nunca podrán ser

Se olvidaron tus labios de los besos,
si es que supieron darlos una vez,
y ahora besan como un sello de goma
en los de tu mujer.

Juegas al dominó y hablas de fútbol,
te reunes con tontos de café,
y muestras tu valor echándote una
querida de cuplé.

Sólo compras un libro: el que consigue
ese premio al que llamas el *Nobel*.
Te decepciona pronto, y no lo acabas
ya nunca de leer.

Hastiado de ti mismo y de tus hijos,
tontamente sumiso a tu mujer,
no te pierdes la misa del domingo,
rezas porque te ven.

Ciudadano sin fe y sin esperanza:
¿has pensado en España alguna vez?
Tu patria es la oficina de Madrid,
capital del papel.

Otras manos más duras que las tuyas
se alzarán algún día hasta romper
este cielo de nubes en que el sol
no puede amanecer.

Y quizá, a tu pesar y sin saberlo,
otra España de piedra te haga ser
el hombre que no deja que ahora seas
la España de papel.

(De *Pongo la mano sobre España*.—
Enero 1960)

HOMENAJE A ANTONIO MACHADO EN EL XX ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Hoy, con la buena luz de la mañana,
de sombra el corazón se me ha llenado
y de melancolía.
En otra luz lejana
don Antonio Machado
hoy hace veinte años que moría.

Don Antonio Machado, hombre entero,
pura voz española y dolorida,
callado corazón y colmenero,
verso de pueblo y vida.
Castilla y Aragón y Andalucía,
Galicia y Cataluña, Extremadura,
Guadalquivir y Duero...,
tierras y ríos, montes..., te perdía
España entera, y triste ya y oscura
se quedaba, sin ti, sin poesía.

La sombra de Caín, que tú cantaste,
todo lo oscureció, ¡ay claro cielo!
y entonces te marchaste
llevándote la muerte de tu suelo.
Porque tu muerte en Francia fue española,
español el dolor que te llevabas,
y aquella voz con la que le cantabas
y que murió de sola.

España, madre dura:
¡qué dolor es nacer en ti poeta!
Toda tu claridad se vuelve oscura,
todo el amor a ti, pena secreta.
Yo te pregunto, patria, por Machado,
te pregunto por qué le adoloriste,
por qué, tanta esperanza que te ha dado,
lo dejaste morir de muerte triste.
(Segovia, Febrero de 1959)

DOS POEMAS

A MI PADRE

PADRE obrero: de tu trabajo
vengo,
de tu ascensión a mano dura y dura
por la vida. Mi grito de poeta,
mi vida de hombre claro y enfrentado,
vienen de ti, de tu sudor de oro.
Tengo mi infancia en la memoria llena
de tus manos de hombre manejando
las herramientas: curvos alicates,
limpio martillo, sierra sonriente...
Mis versos ya nacían de tus dedos,
de cada movimiento creador.
¡Cómo las herramientas cantan claras
en las manos! Su ruido me acompaña
como una gran canción inolvidable.
Acero de la sierra, espejo mío:
dame la imagen de mi padre obrero,
cuéntame su fatiga y su trabajo,
repíteme su gesto sacudiéndose
la gota de sudor que le nacía
como una idea pura de la frente.
Boca del alicate: muerde el verso
para que salga de mis manos como
un trozo de metal, un duro alambre
trabajado. Martillo: di que sí,
dale tu golpe afirmativo al verso
de mis manos. ¡Queridas herramientas!
¡Emblemas del escudo de mi casa!
Más orgullo que el mío, pocos hijos
pueden tenerlo por su origen. ¡Obrero
que supiste subir a mano honrada,
obrero de la luz y padre mío,
padre de mis hermanos y mi pluma,
y abuelo de mi hijo y de mis versos!

PARA TI

Las lluvias caen para ti,
para tu crecimiento y tu destino,
y la tierra te mantiene,
y te solicitan los hombres,
las estaciones,
las sirenas desesperadas
de los barcos nocturnos,
toda la hierba te solicita,
y tú creces,
inevitable,
y avanzas,
con tu color de hombre y de futuro,
y llegas,
y se levantan de pronto los brazos del mundo.

JOSE ANGEL VALENTE

Nació en Orense, en 1929; estudió en Santiago y en Madrid, donde se licenció en Letras. Obtuvo el Premio Adonais de poesía en 1954 por su libro "A modo de esperanza".

PATRIA, CUYO NOMBRE NO SE



o no sé si te miro
con amor o con odio
ni si eres más que tierra
para mí.
Pero contigo sólo,
a muerte, debo
levantarme y vivir.
Aquí es tu piel tirante
sobre el mapa del alma.
azotada y cruel;
allí suave,
rota en ríos de lluvia,
inclinada hacia el mar.
Allí paso perdido,
pie puro que anda el sueño;
aquí cráneo abrasado
por el peso de Dios.
Estoy así mirándote
con un ojo que apenas
ha nacido a mirar.
Porque he venido ayer
y no sé aún quién eres
aunque tal vèz no seas
nada más verdadero
que esta ardiente pregunta
que clavo sobre ti.

Vine cuando la sangre
aún estaba en las puertas
y pregunté por qué.
Yo era hijo de ella
y tan sólo por esto
capaz de ser en ti.

Vine cuando los muertos
palpitaban aún próximos
al nivel de la vida
y pregunté por qué.
Yacían bajo tierra:
tú eras su verdad.

Caía el sol, caía
inútilmente el pan,
caía entre la noche
y la sombra de nadie
derribada la fe.
Y sin embargo supe
que tú estabas allí.

Apenas, casi a solas,
Entre el aire y la muerte
un brote nuevo
se atrevía a pujar.
Solo, entre la esperanza
estéril, la esperanza
ganada, las palabras
caídas, las palabras
como ciegas banderas
levantadas, un brote
se atrevía a pujar.

Oh, cómo en las colinas
sobreviviente el aire
se animaba de él.
Debías protegerlo.
No lo hiciestéis.
Temblad.
Porque debió crecer
para la luz, no para
la sombra, el odio, para
la negación.
La tierra había sido
removida y arada
con la sangre de todos.

Con la sangre. Era
difícil la alegría;
necesitábamos
primero la verdad.

Hemos venido. Estamos
solos. Pregunto,
¿quién tiene tu verdad?

Tú eres esta pregunta.
Oh patria y patria
y patria en pie
de vida, en pie
sobre la mutilada
blancura de la nieve,
¿quién tiene tu verdad?
(De *"A modo de esperanza"*.—1954)

HEMOS PARTIDO EL PAN



emos partido el pan.
Está dispuesta
la vida a comenzar.

Hemos partido el pan,
los alimentos, hemos
dividido los sueños por igual.

Esta es tu casa.
Estoy, está
tu risa: he dicho
la verdad.

Hemos partido el pan
trémulo de futuro.

Hemos partido el pan.
La mesa está cubierta
de claridad.
(De *"Poemas a Lázaro"*.—1960)

CANCION DEL QUIEN



y, río Manzanares,
pueblo de España!
Pueblo pobre de pan,
río de agua.

¡Ay, río Manzanares,
pueblo delgado!
El pan y el agua vuestros
¿Quién ha robado?

¿Quién te secó las fuentes,
ay, Manzanares?
Pueblo de España, ¿quién
secó tu sangre?

(Abril de 1957)

CAMINANDO POR LAS HURDES

POR ANTONIO FERRES

Nacido en Madrid en 1925. Autor de "La Piqueta" y "Caminando por las Hurdes", esta última en colaboración con Armando López Salinas.

Y ARMANDO LOPEZ SALINAS

Nacido en Madrid en 1925. Autor de "La Mina" y "Caminando por las Hurdes". Reside en la capital.

La solitaria carretera va adentrándose en un valle más ancho, en el más extenso de los valles jurdanos. Los viajeros se dan de cara con un pueblo negro que se llama Vegas de Coria. Hay mucha soledad. No se han tropezado con nadie y un trágico silencio les recibe a la entrada del pueblo, entre las casuchas de pizarra que se apiñan a los lados del camino, enanas, pegadas unas a otras; parecen murallas, parapetos de alguna extraña fortificación.

—¿Te das cuenta?

—Sí— dice Armando.

El pueblo está como aplastado bajo la luz, bajo una mañana tan brillante que ciega los ojos. No se ve un alma. Los viajeros tienen la impresión de haber entrado sacrílegamente en el más perdido rincón del mundo y pasan un rato sin saber qué hacer ni a quién dirigirse, cansados. En una esquina de una estrecha calleja encuentran a un hombre que lleva al brazo una cartera de cuero.

—Oiga.

—¿Qué?

—¿Hay taberna en el pueblo? ¿Podemos entrar a beber en algún sitio?

—Sí, aquí mismo. ¿De dónde vienen?— dice el hombre.

—De las Mestas.

—Allí voy yo, soy el cartero. Mucha tirada, a lo mejor para una carta.

—Podemos escribir una tarjeta— dice Antonio.

—Pueden dármela a mi mesmo. ¿Venden algo?

—No, vamos a Nuñomoral.

Los viajeros y el hombre entran en la taberna. Es una larga habitación de techo muy bajo, rodeada de bancos pegados a la pared. El suelo está lleno de mazorcas de maíz, medio verdes, medio granadas. Se oye el zumbido de millares de moscas. Al fondo, hay otra puerta y una desvencijadas escaleras que dan a alguna parte. El mostrador es de maderas viejas y carcomidas, y sobre él hay un gran botijo. De lo oscuro ha surgido una mujer que lleva un chiquillo de un par de meses envuelto en un hato. Es la tabernera. Aparta constantemente, a manotazos, las moscas que se comen la cara de la criatura.

—¿Qué quieren?

—¿Tienen vino?

—Sí.

Los viajeros se dan cuenta de que en la semioscuridad hay también una niña. La mujer le ha dado el hato donde está liado el pequeño. El vino es rojo, está caliente, como caldo, pero pasa bien.

—¿Puede hacernos algo de comer? ¿Unos nuevos fritos?—

—No hay, nadie come huevos en todo el pueblo. Viene uno de Badajoz y los compra.

—¿Tienen conservas?

—No, aquí no hay de eso.

La niña tendrá unos cinco añ[illegible] ira extrañada a los viajeros. También ella abanica al pequeño con la mano, apartándole las moscas. Mientras Antonio y el cartero quedan con la mujer, Armando se vuelve. Se da cuenta que en las paredes hay pegados unos viejos, grandes, grotescos y sucios papeles, unos folletos explicativos anunciando toda suerte de relojes de señora y caballero, de despertadores: "Aproveche la oportunidad que le ofrece Rotwal". Las cagadas de las moscas han cubierto por completo los bordes, las partes antaño blancas del papel. Hay un indefinible olor, como a maíz podrido, a vinagre, a estiércol.

—Unas sopas de ajo sí puedo hacerles— dice la tabernera.

—¿Puede freírnos también unas patatas?

—Las buscaré— dice ella. Tiene unos grandes ojos que la comen la cara. No se la conoce la edad aunque, quizá, es joven.

—¿Tiene muchos hijos?

—Tengo tres.

A la taberna entra un perro flaco con el lomo en arco, asustado, de ancas caídas y hocico de lobo.

—¡Fuera, perro! —La niña, con el chico en brazos, le da un golpe con el pie; pero el animal no se mueve, mira oscura, tristemente a los viajeros.

—Ya les dije, a lo mejor veinte kilómetros pa una sola carta —repite el cartero...

Armando escribe una tarjeta y se la da.

—Es buena caminata para hacerla todos los días.

—Tengo burro. Aunque en estas tierras cuesta mucho mantener un animal.

El cartero se va.

Las sopas de ajo, espesas, blancas, llenan un cuenco de barro que la mujer ha puesto sobre la mesa. Los viajeros van metiendo la cuchara pausadamente, sintiendo en la boca el espesor tibio de las sopas, el sabor de la cabeza de ajo.

La mujer les mira.

—Esperen— dice.

Vuelve con dos servilletas. Levanta el cuenco y pone una debajo, deja la otra sobre la mesa.

—Perdonen, aquí no es costumbre.

Tiene los ojos profundos, cálidos, los viajeros lo descubren cuando la mujer se acerca. Mientras tanto han entrado dos hombres a beber agua del botijo que hay sobre el mostrador. Uno de

ellos es muy alto y lleva los pantalones y la camisa rotos, calza abarcas. El otro es muy joven, flaco, cetrino y tuerto, tiene la cara muy despierta. Beben agua del botijo y se sientan, pisando las mazorcas, en uno de los bancos que hay pegados a la pared, justamente debajo del anuncio de "Rotwal, relojes para señora y caballero".

Los viajeros, con el estómago ya caliente, tienen ganas de hablar.

—Ponga un vaso a los amigos— dice Armando a la tabernera.

—Gracias— dice el hombre alto.

—Gracias— dice el muchacho.

—¿Hay trabajo en este pueblo?— les pregunta Antonio.

—Ahora estamos echando un cacho de tejao y tapando las grietas de la iglesia para que no entre agua— dice el campesino alto.

—¿Les pagan mucho?

—¡Qué va! No cobramos nada, es para la iglesia —interviene el joven— aquí está mal, pero tiene que estar mal por donde quiera. Este verano fuimos para Vera de Salamanca, a segar. Al principio pagaban a diez duros las doce horas de trabajo, pero luego se metió el temporal y como no podíamos aguantar se aprovecharon y segamos por la comida. Las mujeres se quedaron aquí, esperando las dos mil pesetas y llegamos con tres cuartos. Dijeron que había muchos peones echaos de Avilés que bajaron para Castilla.

—Pero yo creo que son las máquinas las que tienen la culpa— dice el hombre alto.

—Y aquí ya ven —continúa el joven— hasta se escasea de agua, el Jurdano por aquí no trae, lo cortan los pueblos de arriba. Casi to el llano es de los forasteros de la Alberca y de la Herguijuela, nosotros tenemos canchales, aquí no se coge maíz, para cuatro gallinas, si llega...

—¿Salen ustedes mucho a Castilla? ¿Salen todos los años a segar?— pregunta Armando.

El hombre alto se ha puesto en pie; dice:

—Yo sí que conozco toa España, estuve en Sevilla, en Zaragoza, estuve en la guerra, soy ex combatiente, en Madrid llegué hasta Carabanchel y luego fui a Valencia; esa sí que es tierra... —Los ojos del hombre se encienden según va contando los caminos de la guerra—. De mi compañía, en el Ebro, sólo quedamos quince. Pero ya ven, otra vez aquí, jodío en el pueblo y recordando mis buenos tiempos, otra vez aquí, con seis hijos. Digo yo que las guerras debían hacerse pa algo. Si al menos me hubieran dado algún puesto, de guarda o en los Menesterios de los que fuera.

Y el hombre que dice que es ex combatiente sigue de pie con los brazos extendidos, gesticulando. De pronto se toca la camisa rota, los andrajos que le cuelgan, los remiendos de distintos colores, y dice:

—Las telas están tan caras...

El hombre deja sus palabras suspendidas en el aire. El joven vuelve a hablar.

—Este no sale a segar, pero los más mozos sí que salimos todos los años, pero en este tiempo casi siempre estamos mano sobre mano, lo más, a poner tierra en los canchales.

—¿Y ese trabajo que decían del tejao?— pregunta Armando.

No cobramos, es pa la iglesia.

—Será porque no quieran.

El cura ha dicho que no cobramos, que sólo le han dao veinte mil pesetas.

Hay un silencio. Armando pregunta.

—¿Encontraríamos cama en este pueblo?

—Aquí, no señor. Lo mejor es que vayan a Nuñomoral —dice la tabernera— a casa de Isabel la Chata...

—Tienen tres horas de camino, dice el ex combatiente.

—A lo mejor encuentran el camión del teléfono. Vayan al puente, allí para a dejar los postes.

—¿Del teléfono?

—Van a poner uno en este pueblo y otro en Nuñomoral. Más nos valdría que pusieran luz —dice la mujer.

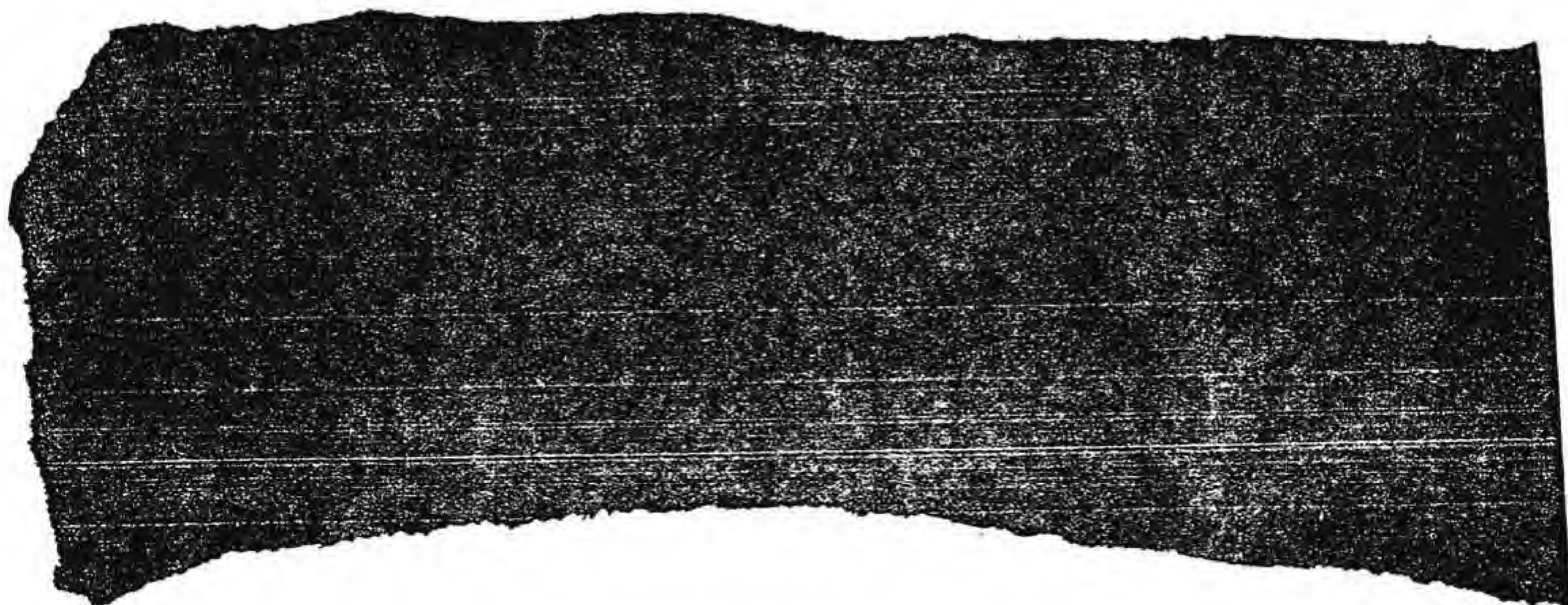
Los hombres se van a su trabajo. Ya atardecido, cuando los viajeros pasan por delante de la iglesia, los campesinos de la taberna les saludan desde el tejado.

Vegas de Coria tiene otro barrio junto al puente sobre el río. Son dos grupos de casas separados por un pequeño llano. En la puerta de una casucha un grupo de chiquillos corretean, al ver a los forasteros paran su juego. Algunos están descalzos, otros cubren sus pies con trozos de llanta.

El río Jurdano está seco, es una ancha extensión de piedras grises, rodadas. Parece una enorme carretera en construcción con la grava ya vertida. Sólo en una poza aislada hay una muchacha lavando. Tiene la cabeza y la cara tapadas con un pañuelo negro, apenas se ven sus ojos.

Al otro lado del cauce seco unos campesinos se afanan en un maizal. Sopla un viento fresco. Los viajeros, resguardados bajo el puente, esperan la llegada del camión. La espera se hace larga. Los campesinos del maizal regresan al pueblo iluminado por los primeros candiles.

Ya casi es de noche.



Diálogo  SOBRE LAS HORMIGAS BLANCAS

POR JUAN E. ZUÑIGA

Es uno de los jóvenes narradores españoles. En su historia es posible encontrar una relación directa entre la España de hoy —carcomida, llena de legajos— y las hormigas blancas "que destruirán lo viejo, lo agotado"

EL Archivo Nacional estaba silencioso y tranquilo. Las grandes naves donde se alzaban las estanterías cargadas de legajos, los pasillos, las escaleras de piedra, no eran pisados por nadie y ninguna mano abría las puertas de antigua madera que ocultaban despachos con muebles revestidos de polvo.

El archivero, sentado a su mesa junto a la ventana de vidrios emplomados, pasaba despacio las hojas de los infolios y apuntaba fechas y datos. No lejos de él su ayudante ordenaba las fichas y de vez en cuando se encajaba las gafas o se echaba hacia atrás un mechón de pelo que le bajaba por la frente.

Si el archivero levantaba la vista contemplaba la nave con largas mesas y sillones frailunos y sus paredes cubiertas por armarios que contenían los manuscritos en pergamino. Al otro lado de la puerta estaba el despacho del Director que trabajaba como ellos, catalogando documentos antiguos. Eran los únicos que estaban allí, que repasaban en interminables horas las páginas oscurecidas por la humedad y los únicos que hacían un ligerísimo ruido al rozar las hojas o cambiar cortas palabras.

Por sus manos pasaban los paquetes de documentos de otras edades; cada legajo contenía cientos de páginas escritas en complicada letra sepia, y los legajos llenaban grandes estanterías, se recubrían de polvo, daban al aire su olor rancio y al otro lado de las ventanas la noche era oscura y desapacible.

A los oídos del archivero llegó un ligerísimo crujido. Al principio no le prestó atención; estaba absorto en su lectura y no se dio completa cuenta. Aquel ruido apenas era perceptible pero lo agrandaba el silencio absoluto y cuando el archivero detuvo su pluma y lo escuchó sonaba igual que cuando se rasga un papel. Se extrañó, dudando de lo que oía y contuvo la respiración: efectivamente, en algún sitio se producía un arañazo muy suave. Se puso de pie y miró a todos sitios, buscando la causa pero no vió nada extraño ni nuevo. La sala permanecía igual que siempre, sin variación y los armarios se alineaban ante él y las mesas proyectaban sus sombras conocidas.

—¿Oye usted un ruido? —preguntó al ayudante.

El joven dijo que no con la cabeza.

El archivero se fue al centro de la sala. Allí oyó también el ruido pero más apagado, de forma que casi se confundía con el rumor de la sangre al pasar por su cabeza. Volvió a acercarse a la mesa y lo oyó más claramente. Entonces tuvo la evidencia de que algo o alguien se movía o arañaba dentro de la sala.

—Oigo un ruido... —dijo con voz insegura. El muchacho le miraba atento, pero no decía nada. El anciano archivero tenía miedo porque no sabía de dónde salía el ruido y ningún movimiento motivaba aquella alteración en las costumbres del Archivo Nacional.

—¿Qué será eso? —se dijo y no se atrevía a moverse y seguía oyendo un roce impreciso y distante que difícilmente podía separar del zumbido del silencio. Procuró animarse y se movió, dio unos pasos, pisando fuerte, estiró los brazos. Se paró otra vez y de nuevo distinguió el ruido.

—¿De verdad no oye usted nada?— preguntó.

—Nada, no —contestó el joven que le miraba ir de un sitio a otro.

Fue hasta el fondo de la sala, regresó, miró la ventana y se sobrecogió al ver la terrible oscuridad que había fuera. El ruido seguía, le rodeaba, sonaba bajo él, dentro de su cuerpo y no sabía lo que era, ni quién lo hacia.

Empezó a sudar, el latido del corazón se aceleró; se mantuvo inmóvil vigilando todos los rincones con la mirada y el pavor a lo desconocido se apoderó de él.

Corrió hacia un armario, después hacia otro, se acercó a la mesa central cargada de legajos y miró entre ellos. Nada, no había nada. Movió los sillones, dio una patada en el suelo de madera que retumbó sordamente. Se quedó callado y oyó el ruido.

—¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí? —dijo en voz alta, pero sus palabras resonaron extrañamente dentro de su boca y aumentó su terror. Creyó distinguir de dónde venía el ruido y se fue a un armario y lo abrió de golpe.

Allí, los paquetes de documentos se alineaban en orden y nada parecía vivo. Tocó las etiquetas, rozó con sus dedos el lomo de los legajos y escuchó. Sí, allí podría decirse que el rumor era más fuerte y neto. Sacó un legajo pero no halló nada; sacó de otra tabla pero en el hueco libre no apareció nada.

—Es aquí, es aquí, lo sé —exclamó. Las manos le temblaban y había perdido mucha fuerza. Tiró de otro legajo y al cogerlo notó que palpaba una materia blanda. Sus dedos se hundían en el papel deshecho que se pulverizaba y caía al suelo como ceniza; cambiaba su rigidez y dureza en suavidad y se deshacía en sus manos. Horrorizado vió cómo el legajo desaparecía y sólo quedaba el balduque con su etiqueta colgando.

El archivero se quedó mirando la mancha amarilla que en el suelo formaban el polvo y las briznas de papel. Entonces comprendió, se explicó el ruido que tanto le había espantado: las hormigas devoraban el archivo y lo convertían en pavesas.

Se horrorizó ante aquella comprobación y ansiosamente sacó varios paquetes de las estanterías: otros dos más estaban medio deshechos y al contacto con las manos se convertían en polvo. Era una amenaza terrible para la conservación del archivo: las hormigas habían iniciado su obra de destrucción.

El ayudante había acudido y también miraba los legajos. Su rostro no expresaba nada más que curiosidad. Contemplaba la escena con serenidad.

—¡Pronto! Avise al señor Director, que venga.

El ayudante llamó en la puerta del despacho del Director. Oyó una tos y que decía:— Entre.

Penetró en el sombrío despacho y en la gran mesa, bajo la

lámpara, vió al Director con sus lentes de oro y su calva. Tenía ante él documentos del siglo XVI y con los dedos acariciaba la suave vitela. Levantó la vista.

—Señor Director, haga el favor de venir, al parecer sucede algo —le dijo el joven respetuosamente, pero más bien parecía una orden.

El Director pausadamente salió a la sala y se acercó al archivero que mudo y aún atónito, contemplaba los legajos tirados por el suelo.

—Señor Director, vea lo que pasa —dijo con voz estremecida—. Hay hormigas blancas, están devorando los pergaminos; acabo de encontrar estos legajos y mire cómo están.

El Director se ajustó las gafas de oro y se inclinó hacia el montón de restos.

—No sé, no creo que sea eso —murmuró—, nunca ha habido aquí hormigas...

—Vea cómo están deshechos los legajos enteros.

El Director se irguió y se metió las manos en los bolsillos.

—No, eso será por otra causa. En nuestro archivo no puede haber hormigas blancas.

—Pero, ¿quién puede destruir así el pergamino? No queda nada, sólo polvo y ceniza.

—En nuestro archivo le digo que no hay hormigas blancas, —repitió el Director con energía.

—Pero, ¿cómo puede dudarlo? Mire lo que queda del legajo B/1259.

El anciano estaba arrodillado en el suelo y tocaba los restos de aquellas riquezas antiguas. Levantaba sus ojos hacia el Director y comprendía que nunca podría convencerle para que se tomase alguna medida juiciosa que detuviera el peligro.

—Tranquilícese, no es por la causa que usted cree. Acaso eso haya ocurrido en archivos extranjeros pero ha sido por la mala calidad de sus vitelas. La bondad y dureza de las nuestras resisten a toda clase de insectos.

De pronto el Director se dio cuenta que el ayudante estaba allí y escuchaba con mucha atención.

—Oiga, joven ¿qué hace usted aqui? ¿Por qué no está en su trabajo? Vaya a su mesa y no se distraiga. —Se volvió hacia el archivero. Este le decía:— Usted sabe que las hormigas blancas atacan las maderas más duras. Nada resiste, las devoran por dentro y aparentemente nada cambia pero se quedan entre los dedos al tocarlas...

—Pues yo le aseguro que estos pergaminos no pueden ser destruidos —le repuso el Director.— Han resistido siglos, han cruzado los cuatro océanos, han acompañado a los conquistadores, han sido tocados por las más nobles manos de gobernadores, de magistrados, de capitanes de nuestra Epoca de Oro y eso no puede perecer. Usted olvida que estos documentos son eternos.

Sonrió levemente con satisfacción, dio media vuelta y se metió en su despacho. La puerta dio un golpe que el eco agrandó y mantuvo largo rato.

El anciano encontró la mirada del joven.

—Se equivoca. El archivo está invadido aunque no lo queramos ver. Las hormigas están en todos sitios, ocultas, corroen todo, lo destruyen todo, avanzan en secreto, incontenibles como un ejército...

—¿Cómo son? ¿Donde están?— preguntó el joven desde su mesa.

—Están aquí, son muchas, invisibles, como legiones trabajando en las sombras, hundidas bajo tierra pero constantes, tenaces, decididas a destruir todo con una gran paciencia. Están por todos sitios, en los altares sagrados y en los armarios cargados de riqueza, en los sillones donde se sientan los sabios y en las mesas de los banquetes. Llegará un día en que todo quedará hueco...

Escuchó un momento y ahora oía no sólo un ruido sino muchos y en todos los rincones de la sala. El joven ayudante se levantó de su silla.

—Sí, yo también oigo ese ruido —exclamó con el rostro cambiado por la curiosidad y la sorpresa.— Es un ruido muy fuerte, como un arroyo en primavera o un huracán entre los árboles...

El viejo archivero se levantó del suelo y parecía que la cabeza le daba vueltas. Balbuceó:

—¿No hay nadie para detenerlas? Hay que tomar medidas. Yo estoy solo, no puedo hacer nada. Destruirán los armarios, los muros, tendré que salir al aire libre, al viento amenazador de la noche, donde no habrá protección.

El joven decía: —¿Qué será ese estrépito que yo no había oido nunca? Es como una llamada, como voces de miles de personas que yo no conozco...

El archivero regresó a su mesa, se sentó con una decisión súbita y dijo:

—Debemos trabajar, en nuestro puesto sin hacer caso de nada. Joven no hay ruido: a trabajar en el fichero de la letra B.

Los dos volvieron a hundir las cabezas sobre los papeles y fichas pero el ayudante se sentía exaltado. Escribió en una ficha: 1576 pero su pensamiento le dijo: atacan lo más serio, lo más duro y respetado que hizo el hombre.

Escribió: 1553. Pensó: atacan las raices, el corazón de la madera. Devoran lo antiguo. Luego escribió: 1542. ¿Qué consiguen con eso? El rumor le contestó con palabras lejanas: destruir lo viejo, lo agotado. 1538. ¿Quién les ordenó hacerlo? 1535. Todos —oyó que le respondían— tú mismo. 1531. ¿Por qué se privan de la luz, renuncian a verse y a tener un nombre? 1530. Porque son soldados en la noche. 1520. ¿Serán muchos? 1522. Millones, están en todos sitios. 1520 ¿Qué esperanza, qué final les anima? 1519. Despertar la quietud, limar el silencio, salir a la luz. 1518 ¿Serán como hombres, igual que yo? 1512. Igual que tú, exactamente igual que tú. 1510. ¿Deberé temerles? 1508. No, son de tu misma carne.

Al pensar esto dejó a un lado la pluma y se levantó con un fuerte impulso. Toda la sala había cambiado de pronto y él también había cambiado mucho. Miró sin afecto los ficheros donde estaba enterrado su trabajo, se miró a sí mismo y sintió pena.

—Yo mismo soy como una hormiga blanca —gritó, saltando al centro de la sala. —Destruiré los legajos, los ficheros, los muros de esta cárcel, seré libre entre las ruinas de lo antiguo. También yo busco la claridad, la luz.

Exaltado y ardiente recorrió la sala seguido por su vacilante jefe que quería sujetarle. Tocaba los muebles y percibía por sus dedos un mensaje cifrado que el viejo no entendía pero que a él le levantaba en esperanza.



Ciriaco

POR LUIS GOYTISOLO GAY

Nació en Barcelona en 1931. Detenido en Febrero de 1960. Fue liberado gracias a la protesta enérgica de los intelectuales del mundo entero. Autor de "Las afueras".

El auto disminuyó la marcha hasta quedar inmóvil, suavemente sacudido por la trepidación del motor. Había luz roja en el semáforo y el tráfico transversal pasaba zumbando como en fuga. Víctor descansó los brazos sobre el volante.

—Ser joven equivale a ser feliz. Cuando entonces salía de permiso me sentía como un dios.

—¿Y al volver? —dijo Nacho.

—Nada. Al volver nada. Cuando uno es joven se divierte hasta en la guerra.

En el semáforo cambiaron las luces al tiempo que sonaba un timbre. Los coches de delante arrancaron despacio, transmitiendo el movimiento a toda la columna. Avanzaban muy juntos, como en procesión, atornasolados por los reflejos de las farolas, de los escaparates, de los anuncios luminosos.

—Esto lo dices ahora.

—Es que esto sólo se sabe cuando uno ya no es joven —dijo Víctor.

Hablaba estirando el cuello, atento al tráfico.

—No. Quiero decir que esto lo dices precisamente ahora, cuando todo ha pasado, desde el volante de tu coche.

—Y si no tuviera coche aún lo diría con mayor razón. ¿Quién se queja del coche? Además ya lo sé, tengo todo lo que entonces podía desear. Y también cosas que ya no deseo, como veinte años más. O cosas que no he deseado nunca, como veinte kilos más de los que debiera pesar. E incluso quizá cualquier día tenga que cerrar la fábrica y quedarme sin nada de lo que entonces deseaba. Oye, ¿dónde aparco?

—Dobla y sube por la otra calzada... Sabes perfectamente que no pasará nada de lo que dices. Pero los fabricantes de tejidos nunca estáis contentos. Vendéis un par de metros menos que el año anterior y ya os ponéis a gritar ¡crisis!, ¡crisis!

—¡Genial, tú, genial! Qué gran observador eres, caray, sí que hilas fino... Pero de acuerdo, no pasará nada de lo que digo. Moriré rico y apoplético, de repente, en un sillón felpudo, con bendición apostólica y todo. Seguro que si los de tu Banco supieran que iba a morir así se tranquilizarían. Y quizá me abrían otro crédito. Porque a este tipo de muerte abren crédito, ¿no? Tú debes saberlo, ¿Dejamos aquí el coche?

—Sí. Más arriba no encontraríamos sitio.

Víctor maniobró por colocarse entre otros dos coches, dando frente al bordillo.

—Tú debes saberlo, esbirro de Banco, títere, perro de presa, verdugo de los pobres, de los arruinados... ¿Cuántos embargos realizaste hoy? ¿Algún deshaucio?

—No te pongas pesado, que estas bromas no me hacen ninguna gracia. A veces no hay quien te aguante. ¿Crees que me divierte este trabajo?

—¡Claro! ¡Claro que te divierte! A mí también me divertiría. Es muy distraído.

Cerró el contacto y tiró de las llaves. Se volvió hacia Nacho apoyando un codo en el respaldo del asiento. Nacho decía:

—Sí, pues me gustaría verte... Bueno eres tú para estas cosas. ¿Qué quieres que hagamos si no pagan?

—Nada, eso, embargar. Y si te fastidia el trabajo, un poco de paciencia. Pronto alcanzarás la edad de ser tú quien tenga esbirros que se encarguen de hacerlo y ya ni pensarás en estas cosas. Bueno, andando. Cierra tu ventanilla.

Fuera hacía calor. Empezaba el verano y la Rambla estaba muy animada, aturdían las voces y las risas, el ir y venir de la gente, la música de los bares mezclada con los ruidos del tráfico. El calor era soportable y las mujeres parecían flores, con sus vestidos de verano ligeros y flotantes. Un soplo de aire estremecía las copas de los plátanos ahuecadas por la luz eléctrica. Aquel frufrú de las hojas daba sensación de fresco y la gente se sentaba bajo los árboles, en las sillas de alquiler salpicadas de excrementos secos de gorrión. Víctor y Nacho subieron por una acera lateral caminando despacio, al paso que les imponía el lento desfile de los demás.

—Por otra parte —decía Víctor—, si uno fracasa es porque es tonto. ¿Que le embargan a uno y queda en la calle sin gorda? Pues a fastidiarse, caray, mala suerte. No haberse dejado embargar...

—Vamos, no te hagas el cínico ahora.

—No me hago el cínico. En realidad es mi manera de decir las cosas. ¡Huy, qué ganso!, decía mi abuelita. Yo soy eso, un ganso.

—Un ganso con mala baba. Se pueden hacer bromas pero sin zaherir.

—Bromas amables, ¿eh? A la hora del café, para amenizar las digestiones... Lo malo es que mis digestiones son muy pesadas y siempre tengo que acabar echando mano del bicarbonato.

—Pues cuida de que la gente no llegue a cansarse de tus digestiones, puñetero.

—¡Oh!, ya me cuido, ¿no te digo? Por esto tomo bicarbonato, por lo de las digestiones. Además la gente es buena y comprensiva y sabe perdonar los pequeños desarreglos estomacales de uno. Es un chico que vale, dicen de mí. Lo de que valgo es una simple abreviatura de que valgo dinero, es decir, de que sé ganarlo, acción purificadora que le deja a uno limpio de cuantos defectos pueda tener. Y lo de chico va porque todavía no he llegado a los setenta. Bien, ¿dónde nos metemos?

—Podemos tirar a la derecha, por estas callejas. Conozco una cafetería en la que saben preparar buenos martinis. Y un buen martini no vendrá mal para empezar.

La cafetería era un local pequeño y tranquilo, ahora casi vacío. Sentado al extremo de la barra, un señor grueso y con gafas y con un puro entre los dientes, repasaba una pila de discos. Tras el mostrador, un barman de cabellos plateados ordenaba los vasos y, en la única mesa ocupada, la camarera jugaba a los dados con un hombre joven.

—¿Qué tomarán los señores?

El barman se inclinaba sobre la barra, pulcro y correcto como un diplomático.

—Los martinis, —dijo Nacho.

—Un martini y una ginebra con sifón y hielo —corrigió Víctor.

—Sí, señor.

—Oye —dijo entonces el hombre grueso—. Pon este disco: "C'est magnifique".

Cuando la canción empezó a sonar, el señor grueso se recostó contra la pared dando una intensa chupada a su cigarro. Escuchaba con los ojos semicerrados envuelto en espirales de humo espeso y aromático.

—Lleva desabrochado un botón de la bragueta —observó Víctor.

—Bebe y calla —dijo Nacho. Probó un sorbo e hizo chasquear la lengua —. Bien. La noche empieza bien —Guiñó un ojo —. Ahora vuelves a estar soltero, ¿no?

—Mi señora está en Sitges con su señorito hijo desde hace una semana. Mi Alvarito lo pasa muy bien, allá en Sitges... Lleva el camino de ser un tonto muy fino, mi Alvarito.

—Bueno, lo importante es que ahora estás soltero. —Levantó la copa:— Por la soltería.

Bebieron. Luego Nacho giró en su asiento hasta quedar de espaldas a la barra. La camarera, una rubia muy maquillada, seguía jugando mano a mano con el hombre joven. Se miraban a los ojos, como retándose. Ella agitaba el cubilete intentando sonreír enigmáticamente. Nacho se pasó la lengua por los labios que le quedaron brillantes y muy rojos a la cruda luz del neón. Se volvió a Víctor.

—Oye —dijo—. ¿Y cómo acabó lo de aquella chiquita que te sacaste de no sé dónde?

—No acabó.

Nacho guiñó otra vez el ojo.

—¿Hay que pagar aduana?

—Hombre, tú mismo... Con mis cuarenta y dos años, mi tripa y mi papada... Vamos, que no soy ese chico de los dados.

—Yo mismo no —rió Nacho—. En todo caso, ella.

Víctor movía la cabeza.

—Ya llevo postiza media dentadura, ¿sabes? Y a la hora del café no puedo pasarme sin una pizca de bicarbonato ni, por las noches, sin un somnífero. Ahora no pienso tanto en mujeres como en hacerme una casita con jardín y vivir allí tranquilo. En las afueras, ¿sabes?

—Sí. Ya tengo pensado el sitio. Ahora es un campo de algarrobos y queda sobre la carretera, casi en la montaña. Desde allí se domina toda la ciudad y el sol pega que da gusto. En cuanto pueda me la compro.

—Sí, claro, es agradable, aunque personalmente me abono a los sitios céntricos. Pero esto no tiene nada que ver. Si piensas menos en mujeres no es por eso sino porque ahora siempre las tienes a mano. Y cuando uno las tiene a mano le parece muy fácil prescindir de ellas. Eso es lo que pasa.

—Yo me he criado en el campo. ¿Lo sabías?

—Claro. Te lo he oído contar lo menos veinte veces.

—Bueno, pues ahora lo echo de menos, me gustaría vivir otra vez allí. Pero como esto no puede ser, me paso el día dando vueltas a la idea de una casita con jardín.

—De acuerdo. Pero esto es aparte. Lo que yo digo es que, a menos de que te hayas vuelto invertido, si ahora piensas poco en las mujeres es porque las tienes demasiado a mano.

—Será por eso. O quizá sólo pasa que me vuelvo viejo.

—¿Viejo tú? Vamos, tiene gracia...

—Pues será esto, sí, será que me vuelvo viejo. En otoño fui con unos amigos a Lérida, a cazar perdices, todo igual que hasta hace pocos años. Bien, pues al día siguiente las agujetas no me dejaron salir de la cama.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Se abrió la puerta de la calle y entró un limpiabotas. Era bajo y oscuro, de cara ceñuda, pelo revuelto y grandes patillas. Vestía pantalón tejano de color negro y camisa también negra, de manga larga; la caja de los cepillos estaba claveteada de tachuelas doradas, lo mismo que una montura. Avanzó mirando torvamente en derredor.

—Hay brillo —decía con voz ronca—. Hay brillo.

El señor grueso apenas entreabrió los ojos envueltos en el humo de su cigarro.

—Para ti no tiene que ver —decía Víctor—. Siempre habrás sido un chico llenito y con gafas. Pero desde que...

—¡Mi alférez! —le interrumpieron.

Se volvió. El limpiabotas le miraba estirando la boca en una risa callada.

—¿No me recuerda, mi alférez?

—No caigo...

Miró aquella cara, las grandes cejas enarcadas, los ojos saltones, la boca abierta dejando ver unos cuantos dientes gastados y sucios.

—Vamos, hombre. Que ya no se acuerda de Ciriaco, de su asistente.

—¡Ah, ah! Caramba, Ciriaco. Sí, hombre... Ciriaco. ¿Qué hay? ¿Qué hay?

El limpiabotas cambió de mano la caja de los cepillos, mientras reía con un "aaah" prolongado y ronco. Se estrecharon las manos.

—Eso es, hombre. Ciriaco. Mira que ya no acordarse de su asistente...

Vuelto hacia Nacho, le tendió ceremoniosamente su derecha, una mano ennegrecida por el betún.

—Mucho gusto, señor.

—Encantado.

—Fui su asistente en el Ebro —explicó. Y guiñando un ojo:— Pero ya no me recuerda.

—Sí, hombre, sí que me acuerdo.

—Qué se va a acordar.

—Que sí hombre, que sí.

—Que no...

—Que sí, hombre. Sólo que de momento no caía. Hace tanto tiempo... Bueno, y ¿ahora qué?, ¿Cómo te va?

—Pues mire, ya puede ver, como siempre. ¿Y a ?

—Pues mira, ya ves.

—Bien, ¿eh? Ya veo, ya...

Se echó a reír. Víctor y Nacho le imitaron.

—Vaya, vaya —dijo Víctor.

—Sí, así es la vida. Yo que he recorrido medio mundo, me lo encuentro precisamente esta noche, en este bar. ¡Quién lo iba a decir!

—Sí, también es casualidad.

—Pero no crea ¿eh?, yo no le olvidaba. ¡Si nada más que compraba los periódicos por usted!

—¿Por mí?

Por si usted salía, si hablaban de usted. Yo pensaba: éste por lo menos es ministro.

Volvió a reír. Víctor y Nacho también, brevemente.

—Pues como no sea en Necrológicas... Pero en fin, ya ves que no soy ministro.

—Pero todo va bien, ¿eh?

—Sí, sí.

—Esto es lo importante.

Hubo un breve silencio. Víctor sacó un paquete de "Chester".

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

El limpiabotas buscó en los bolsillos pero Nacho se le adelantó en su encendedor.

—Deje, deje.

—Bueno, gracias.

Encendieron los cigarrillos. El barman estaba escogiendo un nuevo disco. En todo el bar no se oía más ruido que el sonar de los dados.

—Vaya, vaya —dijo Víctor.

—Sí, hombre —dijo Ciriaco. Y luego, aproximándose más:— ¿Se acuerda de aquel día en San Carlos, mi alférez? Ibamos por la carretera cuando nos empiezan a tirar desde unos algarrobos, a la izquierda. Y yo que me agarro el ametrallador y digo "allá voy" y me doy la vuelta por detrás y, ¡toma castaña! ¡Ahh! —rió brevemente—. Y después, hala, todos para arriba y que en cuatro días nos plantamos en Barcelona.

Sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—¡Qué cosas! Pero les dimos, ¿eh, mi alférez? Les ganamos.

—Sí —dijo Víctor—. Ganamos.

El limpiabotas dio con el codo a Nacho.

—Si usted supiera... ¡La de cosas que hemos pasado juntos! Pero él ya ni se acuerda...

—Sí, hombre. ¡No me voy a acordar!

—Que no...

—Que sí, caray. Sólo que de momento no caía. Hemos salido a dar una vuelta, de tascas, ¿sabes? Y vamos, qué me podía imaginar...

—¿De tasqueo? Hombre, yo conozco el sitio en donde dan las mejores tapas de Barcelona.

—¿Ah, sí?

—Sí, está ahí mismo. ¡Qué callos y qué pulpitos! Ahora los probarán. Voy a tener el gusto de invitarles.

—No, hombre, déjalo. Otro día...

—Nada, hombre, nada. Nos vemos después de veinte años y, ¿no lo vamos a celebrar? —Se volvió a la camarera, en este momento acodada en la barra, a su lado, pidiendo algo.— ¿Cuánto deben los señores?

—¡Quita, hombre! —dijo Víctor interponiéndose.

—¡Que no!

—¡Quita, hombre, quita, pues no faltaba más...!

Tendió el billete a la camarera.

—Yo no cobro —dijo la camarera.

—¿No cobra? ¿Qué es lo que no cobra? —dijo Víctor.

Nacho soltó una carcajada y, con ojos brillantes, pasó la vista de la camarera a Víctor y de ésta al señor grueso y al joven de los dados, a Ciriaco. Y todos rieron. Se miraban con ojos brillantes y reían.

—Nada —dijo la camarera. Sonreía sin mirar a nadie, los ojos bajos—. Yo nunca cobro nada.

Las risas por un momento contenidas, arreciaron de nuevo.

—Buena respuesta, Nuri —dijo el de los dados.

—¡Este sí que cobra! —chilló el señor grueso con voz sofocada.— Este sí que cobra, el muy marica...

Con su índice rechoncho y temblón señalaba al barman que sonreía correctamente al otro lado de la barra. Víctor le tendió el billete. Ciriaco, medio riendo, medio tosiendo, decía:

—¡Qué bueno ha estado! ¡Qué bueno ha estado!

Víctor dejó parte de la vuelta en el platillo y se guardó el resto.

—Gracias, señores —dijo el barman.

—Buenas noches —dijo Víctor.

—¡Buenas noches! —respondieron todos a coro, todavía sonriendo.

Ciriaco se adelantó para abrir la puerta.

—Ustedes primero.

La calleja era estrecha pero estaba muy animada. La temperatura no había cedido y, de cada casa, algunos vecinos más o menos ligeros de ropa, se salían al portal con una silla, a tomar el fresco. Charlaban en pequeños corros mirando a los transeúntes, vigilando a los niños que jugaban y se perseguían. Dos mujeres hablaban a gritos sobre la calle, frente por frente, cada una desde su balcón. Las ventanas, abiertas y luminosas, esparcían olor a frito, voces y risas, el confuso palabreo de alguna radio, continuando de casa en casa según se caminaba.

Ciriaco les condujo por una calle transversal todavía más estrecha, balanceando la caja de los cepillos, saludando a conocidos aquí y allá, gente parada a la puerta de los bares. Ellos contestaban brevemente y le seguían con la vista mientras se alejaba contoneándose entre Víctor y Nacho. "Qué bueno ha estado —repetía—. Qué bueno ha estado". Sobre sus cabezas goteaba la ropa puesta a secar en los balcones, colgada allí arriba, imprecisa y blanca. Hacía calor y casi se agradecían aquellas gotas frescas oliendo a limpio.

—Entremos aquí —dijo Ciriaco de repente.

Se trataba de un lugar mísero y destartalado que más que bar o taberna parecía una simple bodega. Tres hombres bebían vino de pie, en torno a un tonel que hacía de mesa. Hablaban, pero dejaron de hacerlo cuando les vieron entrar. Un cuarto individuo les observaba desde la otra parte del mostrador, dominando la sala con sus brazos abiertos sobre el mármol, la cabeza alta, la mandíbula salida.

—¡Buenas noches!— dijo Ciriaco.

Nadie respondió. Los tres hombres del tonel les miraban en silencio.

—¡Hola, Roig! —dijo Ciriaco al del mostrador.

—Hola. ¿Qué van a tomar?

—Roig, te presento a mi alférez de cuando la guerra.

Roig inclinó la cabeza.

—Mucho gusto, ¿Qué van a tomar?

—Tres chatos de ese clarete que guardas para los amigos.

—Mi clarete es igual para todo el mundo —dijo Roig mientras sacaba tres vasos de la pila.

—Bien, hombre, ya me entiendes...—dijo Ciriaco conciliador.

Cruzó los brazos sobre el mostrador y, doblando el cuerpo, apoyó en ellos la barbilla. Miraba socarronamente los tres vasos alineados ante sus ojos saltones.

—¿Este es el sitio de las tapas? —dijo Víctor mirando el mostrador vacío.

Ciriaco se irguió:

—No, no, ahora vamos. Pero aquí tienen muy buen vino —dijo mientras Roig escanciaba—. Pruébenlo—. Y aprovechando el momento en que Roig se volvía, añadió: —Ahora les explico...

—Sí —dijo Víctor—. Buen vino.

—Quizá tiene un punto ácido, ¿no? —insinuó Nacho.

—Nada hombre, ni se nota —y bajando la voz, continuó roncamente:— Este Roig también es un buen elemento; hizo la guerra aquí y después en Indochina. Quería que le conocieran, ¿me entienden? Ahora debe de estar de mala uva, pero es un buen elemento. Y además, ya pueden ver, nunca tiene demasiada gente. Y como a mí me da rabia, porque sé que es un buen elemento, procuro traerme a los amigos y hacer gasto, ¿comprenden? Siempre es una ayuda.

—Ya —dijo Víctor.

Nacho repasó el local, desagradablemente iluminado por dos tubos de neón.

—Qué sitio tan curioso.

—¿Les gusta, eh? —Ciriaco chasqueó los dedos—. Tengo una idea. ¿Quieres cobrar, Roig?

—De aquí, por favor —dijo Víctor.

—Ni oigas, Roig.

Al salir, Nacho se acercó a Víctor y le dijo en voz baja:

—Sacúdetelo.

—Espera, hombre. Tomamos unas tapitas y nos vamos.

—Nos dará la noche...

—No, hombre, déjalo de mi cuenta.

Ciriaco les precedía algunos pasos mirando a derecha e izquierda. Las puertas abiertas de los bares volcaban en la calle sus cuñas de luz impregnadas de humo revuelto. Ciriaco agarró a Víctor de un brazo.

—Aquí, aquí.

Les hizo entrar en un local estrecho de paredes encañadas, apenas un pasillo paralelo a la barra que, al fondo, comunicaba con una sala de techo más bajo. Tanto la barra como las mesas, estaban casi exclusivamente ocupadas por prostitutas y marinos y también algún paisano de aspecto exótico. Víctor y Nacho se pararon a la entrada, como aturdidos por la luz excesiva y el barullo y los ensordecedores compases de "jazz" que sonaban desde alguna parte.

—¿Este es el bar de las tapas?

—No, pero nos viene de paso. Es un sitio muy divertido.

—Es que no podemos entretenernos. Llevamos prisa.

—Oh, es sólo un momento, para que lo conozcan... Voy a tener el gusto de invitarles a una copa.

—Es que llevamos prisa.

—¡Hombre, si sólo es un momento! Vaya, siempre que no les moleste beber una copa conmigo... Si estorbo, me lo dicen y en paz.

—No, hombre, no digas tonterías.

—¡Pues entonces!... —dijo Ciriaco abriendo los brazos—. Vamos, vamos, ahí mismo.

Ocuparon una mesa vacía arrimada a la pared, frente a la barra. En el bar parecía celebrarse algo así como una fiesta privada. Marinos blancos, marinos mulatos, negros vestidos de paisano con vistosas camisas y sombreros de ala ancha, todos desordenadamente sentados entre prostitutas de cara gorda, ojos brillantes y melena aleonada. Mascaban cacahuetes, hablaban de mesa a mesa, reían y se palmeaban familiarmente. Una vieja recorr...

mesas ofreciendo una cesta llena de cacahuetes, huevos duros, tiras de bacalao y tabaco.

—Aqui hay que beber algo fuerte —dijo Ciriaco—. ¿Coñac? ¿Ginebra? ¿Caña?

—Ginebra, ¿no?

—Pues tres ginebras —dijo a la camarera, una mujer marchita y muy pintada, con delantal blanco y cofia.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Victor.

—Bueno —tosió Ciriaco—. Bueno.

Junto a Victor, una mujer gorda, rubia platino, intentaba explicarse a un marinero.

guapas.

—En España, mucho sol, buen vino y mujeres

El marino afirmó con la cabeza. La mujer le tironeó la mejilla como en un arranque.

—Mai beibi, bambino —dijo.

Rieron.

—Paloma mia —dijo el marino con dificultad.

La música, chillona, sincopada, sonaba a todo volumen y se hacia dificil hablar. Ciriaco s econtoneaba curvado en la silla, siguiendo el compás. Les miró sonriendo, la boca muy abierta, los grandes párpados caidos sobre sus ojos divagadores.

—Música americana —dijo—. ¿Les gusta bailar?

—No —dijo Nacho apresuradamente.

—A mí, sí. En ese sitio que hay al final de la Rambla. Ahora es la época de las verbenas...

—Que nos lia, tú —susurró Nacho—. Que nos va a dar la noche.

—Cállate.

Ciriaco miraba por encima del hombro a un marino que, entre las mesas, daba pases de torero, coreado por risas y chillidos. De pronto se volvió a Victor y Nacho balanceando la cabeza. Sus ojos seguían divagadores bajo los párpados, como con sueño, pero ahora torcía la boca en un gesto de asco.

—Hijos de mala madre.

—¿Quienes?

—Estos —dijo haciendo un ademán vago—. Vienen aqui, pisando fuerte, como si fueran los amos del mundo. ¡Chuletas! Eso es lo que son, unos chuletas. Poca cara tienen de darle al pico y a la pala.

Se inclinó sobre la mesa, las mandibulas apretadas, la boca torcida y un párpado más alto que otro.

—El otro dia me lié a leches con uno —dijo torvamente—. Le di asi en la cara... Si no me llegan a aguantar...

Sin dejar de mirarles, se echó para atrás, otra vez arrellanándose en la silla.

—Llevo navaja —puntualizó.

De pronto se volvió al marino que ocupaba la mesa vecina.

—¡Son of e bi! —gritó.

El marino no pareció enterarse. Ciriaco, radiante, miró a Victor y a Nacho.

—¡Toma castaña! —dijo haciendo el gesto de dar un codazo.

Y rió golpeando la mesa con la palma de la mano hasta que su ronco "aaah" se convirtió en una tos violenta que pareció ahogarle. Escupió bajo la mesa.

—Esta tos... —dijo frotándose los ojos, casi afónico.

—Debiera cuidarse —dijo Nacho.

—¿Yo? ¿Cuidarme, yo? Para qué... Estoy bien, no necesito cuidarme. Es este maldito clima, esta humedad... Yo soy de Valladolid; allí si que se respira. Pero esto, ¡si es peor que Leningrado!

—¿Leningrado? ¿Estuviste en Leningrado?

—¡Vaya! En el cuarenta y tres. Si a mi sólo me falta conocer al planeta Marte... Va y me dicen: a que no vas aquí, a que no vas allí. Y yo: ¿que no? Y me planto en Leningrado.

—Vaya, no sabia.

—Oh, uno no tiene por qué contar las cosas que le han pasado —dijo encogiéndose de hombros—. Se las guarda y listos. Y usted no tiene derecho a preguntarme nada.

—Hombre, preguntaba porque si...

—No, ya sé. Si no no lo digo por usted. Pero es que hay quien va preguntando que si aquí, que si allá... y uno no tiene por qué contestar. Cada uno sabe lo suyo, ¿me entiende? Y yo no soy de esos tipos que están todo el rato hablando de ellos mismos. Yo me callo. Me callo y, nada... En fin, ¿para qué hablar?

La rubia platino pasó contoneándose junto a Ciriaco. Ciriaco le palmeó las nalgas.

—¿Sudando, Reme?

—Ten quietita la mano, Ciriaco... —dijo ella sin mirarle, y se alejó contoneándose.

—Esas nenas...

—Si, si —dijo Victor—. Pues no sabia...

—¿Qué?

—Eso, lo de Leningrado.

—Yo he estado en Leningrado y en todas partes. Hasta en la cárcel.

—¿En la cárcel? Pero ¿cómo...?

—Pues mire usted. Cosas de la vida.

—Pero, ¿por qué?

—Toma, pues por robar. No, si ya ven, si lo digo así, por las buenas, si no me importa reconocerlo. Me expulsaron del Ejército y estuve en la cárcel por robar.

—Caramba.

—Ni caramba ni leches. ¿Me iba a quedar sin comer? Pues no, pues no se me pasaba por ahí. Y robé y listo. En este país lo que hay es muy poca consideración para con los que hemos arriesgado el pellejo y demasiada para con cuatro ricachos que roban a los pobres, al Estado y la comunidad y que ni siquiera han estado en ninguna guerra.

Victor se echó a reir.

—Puedes estar seguro —dijo.

—¡Pues claro!

Quedaron callados. Ciriaco jugaba pensativamente con su copa.

—Venga, vamos —dijo al fin—. Esto está hoy muy aburrido... Cobra de aqui, chica.

El bar de las tapas estaba tres puertas más allá. Era un local amplio y bien iluminado que daba sensación de limpieza. Al fondo habia una hilera de toneles barnizados, dispuestos horizontalmente, y de las vigas colgaban ristras de ajos y cebollas, ramos de pimientos, manojos de tomillo y orégano, hierbas aromáticas. Ciriaco se dirigió a un hombre grande y jovial, acodado protectoramente al otro lado del mostrador.

—¡Vizcaino! —gritó.

—¡Hola! —dijo alegremente el hombre grande.

—Mira, vizcaino, te presento a mi alférez de cuando la guerra. A mi alférez y a otro amigo que se llama no sé cómo.

El hombre grande se frotó la mano en el mandil antes de tendérsela, una mano pesada que, como consciente de su poder, más que estrechar, se dejó estrechar, pasiva y enorme.

—Pues mucho gusto.

—Encantado.

—Este es el sitio —anunció solemnemente Ciriaco —en el que se toman las mejores tapas de Barcelona.

—Tú lo sabrás —rió el hombre grande.

—Fijate tú que iban por ahí, a la deriva, sin saber dónde meterse... Y yo que me los encuentro y que digo: dejadme a mi, sé dónde se toman las mejores tapas de Barcelona.

—¡Pues a ellas! ¿Qué será? Callos, caracoles, pulpitos, calamares, bacalao, alcachofas, gambas, sardinas, boquerones...— enumeró señalando con el dedo las cazuelas de barro alineadas a todo lo largo del mostrador.

—Callos, ¿no? —dijo Nacho.

—Pues tres de callos para empezar y una jarra de ese clarete que guardas para los amigos —dijo Ciriaco.

—¿Mucho picante?

—Tú dirás...

—¡Tres atómicas!— gritó el hombre grande, asomándose al arco que comunicaba con la cocina.

Las mesas eran de pino blanco sin barnizar. Ciriaco se sentó frente a los otros dos, de espaldas a la sala.

—Para eso de las tapas —dijo— nadie como los vascos. Yo no como otra cosa, sólo alguna tapita al ir así, de tasqueo... No me tira el comer, ¿me entienden? Claro esto no quita que algún día haga una comida a base de bien... ¡Hombre! Tengo una idea: podríamos ir a un buen restorán esta noche. Yo conozco el mejor de Barcelona: bueno y barato.

—Estupendo, si —dijo Nacho—. Sólo que hoy, realmente...

—Nada, hombre, pues voy a tener el gusto de invitarles. Cenaremos pollo. Es el mejor restorán de Barcelona. Nada de servilletitas, tenedorcitos ni esa leche. Pollo, y pollo bueno.

—Estupendo, estupendo. El próximo dia cenaremos allí.

—Nada de otro dia. Estas cosas se improvisan, es cuando todo sale mejor. Ya verán cómo nos divertimos. Y luego, tres nenas: la mayor, veinte años.

—No, no.

—Que se lo aseguro yo. Carnet en mano, si quiere. La mayor, veinte años.

—No es eso. Quiero decir que hoy no podemos. Que nos esperan, que tenemos un compromiso.

—¡Pues que esperen, hombre! Que esperen... Que hoy tengo el gusto de invitarles.

—No. Otro dia—. Y apresuradamente, añadió:

—Creo que han inaugurado algún restorán de "self service", ¿no?

Ciriaco frunció las cejas al mirarles, la boca entreabierta, los ojos divagadores bajo sus grandes párpados caidos.

—¿Qué es eso?

—Un restorán donde se sirve uno mismo.

—¡Eh!... —rechazó—. Cuando voy a un restorán, me gusta que me sirvan, que para eso pago.

—Pues en el extranjero hay muchos y todo el mundo come allí.

—¡Que se los guarden! El extranjero... Aqui somos señoritos. Pues que nos sirvan, leche.

Y encogiéndose de hombros, miró para otro lado. En un extremo de la sala se había instalado un guitarrista cojo. Con el oído pegado a su guitarra, pulsaba las cuerdas muy flojito, como buscando el tono preciso. Ciriaco le miró abriendo mucho sus ojos saltones. Golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Ya está aquí ese cojo!

—¿Y qué pasa?

—¡Pues que no tiene ni idea! —dijo abriendo los brazos.

Se volvió hacia el guitarrista.

—¡Eh, cojo! —gritó—. Tócate la pata por si suena mejor. —Y haciendo el gesto de dar un codazo, añadió. —¡Toma castaña!

El guitarrista le miró rabiosamente, apretando las mandibulas. Era abombado más que gordo, como una saca de harina y, aunque moreno, tenia mal color, de muerto.

—Y suerte que eres cojo cojo. Así, cuando tocas, sólo puedes meter una pata, cojo.

—¡Déjame en paz! —murmuró sordamente el guitarrista.

—Si, anda, déjale —dijo Victor.

—Es que es un bestia... Es el animal más parecido al hombre que existe. No sabe tocar ni tiene gracia, ni facilidad de palabra ni nada...

El guitarrista le miraba respirando fuerte, dilatando las narices al resoplar.

—Déjame en paz —repitió.

—¡Ah, cojo!... Que te fundo un ojo, cojo rojo—. Se volvió hacia Victor y Nacho—. Y si le fundo un ojo, ¡a cantar los veinte iguales! ¡Toma castaña! ¡Toma castaña! —rió golpeando repetidamente el tablero de la mesa.

—Vamos, déjale —dijo el hombre grande ahora serio. Traía una bandeja con el vino y tres cazuelitas humeantes. —¿Ves? ¿Ves lo que conseguiste?

El guitarrista cojeaba hacia la puerta enfundando su guitarra.

—¡Eh, Patrach! Vuelve, hombre, que ya se calla... —gritó el hombre grande.

El guitarrista no respondió.

—Déjale que se vaya, hombre... —dijo Ciriaco—. Es un resentido.

—Es un mutilado que vive de su guitarra —dijo el hombre grande—. Perdió la pierna cuando la guerra y si tú no le dejas trabajar se queda sin comer. No quiero que vuelvas a repetir lo de ahora en mi casa, Ciriaco.

—Ese vizcaino... —dijo Ciriaco frotándose los ojos—. Es demasiado bueno, un pedazo de pan, esto es lo que es ¡Si le he hecho un favor consiguiendo que se marchara ese cojo que espanta a los clientes! Pero a él le da pena y, mira... Es muy bueno. Muy bueno.

Chupó un trozo de pan mojado en la salsa de su cazuelita.

—Y no se puede ser bueno —continuó—. Se lo digo yo, mi alférez. Y yo no tendré estudios, pero he visto muchas cosas. Si nada más me falta conocer el planeta Marte... ¿Qué? ¿No le gustan los callos?

—Sí, si. Pero queman demasiado —dijo Victor.

—Con la mano apartó su cazuelita, llena de salsa roja todavía borboteante. Sacó tabaco y encendió un cigarrillo.

—Vaya, vaya —dijo haciendo tabalear los dedos sobre la mesa—. Así que Ciriaco estuvo en Leningrado...

—¿Que si estuve? Mire. —Apartó el cuello de su camisa negra, enseñando una larga cicatriz— Mira. —Se arremangó la camisa. —Esto es lo que me llevé de Leningrado. Y otra que me atravesó el pecho rozándome el pulmón. Si quieren, también se la enseño.

—No, no.

—Sí, hombre —dijo Ciriaco, empezando a desabrocharse la camisa.

—No, caray.

Victor le contuvo. Ciriaco se abrochó de nuevo, mirándoles torvamente.

—Quiero decir que no suelo hablar de boquilla. Si digo una cosa es porque es verdad.

—Ya me lo supongo, hombre, ya me lo supongo... ¿Y qué y qué? ¿Hacia frio?

—¿En Leningrado? ¡Ay Dios, qué de hielo! Aquello nada más lo aguantan los rusos que son unos tíos... Los dedos de los pies se ponian negros y había que cortarles. Gangrena, sabe usted, mi alférez.

—Si, gangrena. Y qué, los alemanes, ¿qué tal?

—Bien. Pero no son como nosotros. Como nosotros no hay nadie, ¿sabe usted?

—¿Te entendias con ellos?

—Yo me entiendo en todas partes. Llegaba uno y me decía "voj, voj voj". Y yo le decía "tira hombre, tira, ¿qué me vas tú a explicar?"...

Se echó a reir y toser o quizá sólo a toser. Nacho dijo, aprovechando el momento:

—Sacúdetele o nos acaba de fastidiar la noche.

—¿Cómo dice? —dijo Ciriaco aclarándose la garganta.

—Y qué, ¿eh? ¿Qué te pareció todo aquello?— dijo Victor.

—¿Aquello? Bien. Yo estuve por la parte de Berlin. Está bien. Calles, faroles... Distinto —resumió. Y luego: —Esto sí, cuando un alemán dice "esto es una silla", es que es una silla. ¡Qué gente! ¡Y qué manera de trabajar! Todo lo hacen las máquinas, como en Norteamérica. Es que, ¿sabe?, Alemania y eso no es como España, que es un país de desgraciados. Aqui la gente nunca está contenta. —Movió negativamente la cabeza. —No tenemos arreglo.

—Aquello debió ser muy duro —dijo Nacho.

—¿Qué quiere que le diga...? El mundo es así. Quien más quien menos, todos hemos hecho la guerra.

—Este no —dijo Victor señalando a Nacho.

—¿No? ¿Por qué?

—Soy de la quinta del cuarenta y cuatro —dijo Nacho.

—Hombre, entonces es porque no llegó a tiempo... Cuando no se puede, no se puede. Si es un crío...

—Si —dijo Victor—. Por eso se pasó la guerra con sus papás. ¿Dónde Nacho? ¿En Niza? ¿En San Rafael?

—En San Rafael.

—¿San Rafael? —dijo Ciriaco—. No sé dónde cae eso. Nosotros estuvimos en San Carlos, ¿se acuerda, mi alférez? Nos empiezan a tirar desde los algarrobos y yo me agarro el ametrallador y ¡toma castaña!

—Sí —dijo Victor—. Si.

—Cómo corrían, ¿eh, mi alférez? Les ganamos.

—Sí.

—Si usted le hubiera visto entonces... —explicó a Nacho—. Era tieso y finito lo mismo que un torero. Hacia una figura... Vamos, no es que ahora se le vea muy gordo, no sé si me entiende. Pero quiero decir que los veinte años no son los cuarenta, ¿comprende? Quiero decir eso. Y era bueno, ¿eh?, no se crea. Buenisimo. Porque hay ofi-

ciales que, en fin, que no, como en todas partes; usted también lo sabrá si ha hecho la mili. Pero él no era de esos, no señor. Era muy bueno, más bueno que nadie. Daba gusto ser su asistente. Y no lo digo porque esté delante, sino porque es verdad. Yo no sé callarme las cosas y, si tuviera alguna queja la soltaba ahora mismo, en sus narices.

—Pues menos mal que no la tienes —interrumpió Víctor—. Oye, hablando de Leningrado...

—¡Deje en paz a Leningrado! Ahora estamos hablando de usted. Pues, sí señor —continuó—, era muy bueno. Y muy serio, ¿eh? No dejaba pasar una. Pero le aseguro que ninguno de los que tuvo a sus órdenes puede decir "me castigó sin razón". Muy recto, así era él. Ah, pero esto sí, a la hora de divertirse, el primero. Le juro que era el tipo más cachondo y con más gracia que he conocido. Chulito él, como un torero, paseando por ahí con su estrella... ¡Ay, Dios, qué tiempos? ¿Se acuerda, mi alférez?

Víctor afirmó con la cabeza, ocupado en encender otro cigarrillo.

—¡Ahí va! —dijo Ciriaco dando con el codo a Nacho. Sí parece que le dé vergüenza... Pero hombre, déjeme que le explique a su amigo. ¿Qué decía? ¡Ah, sí!, eso de que era un buen elemento... Pues sí señor. Y por las noches escribía. Y no sólo cartas a la novia, ¿eh?, no se vaya usted a creer. Versos, o que sé yo qué, eso escribía. Versos.

—¿Versos? —rió Nacho—. ¡Ahora me entero! Conque poeta, ¿eh? ¡Vaya, vaya!...

Reía con la boca abierta, llena de comida a medio mascar.

—Como estudiante que era entonces, como cualquier estudiante —dijo Víctor—. ¿Qué tiene de particular?

—Nada. No tiene nada de particular. Me parece muy bien. ¡El industrial poeta! ¿o se dice poeta industrial, Víctor? ¡Huy, cuando lo cuente...!

Rió y, al hacerlo, escupió pequeñas partículas de comida.

—Si tú ni cuando niño has escrito poesías es porque siempre has tenido menos imaginación que un buey, estúpido —dijo Víctor.

Nacho no contestó. Se puso a comer de nuevo, haciendo como que no podía contener la risa. Ciriaco les miraba alternativamente, con la boca entreabierta. De pronto se echó a reír.

—¡Qué bueno! ¡Qué bueno ha estado!...

Miró a los otros dos y su risa se fue extinguiendo. Hubo un silencio. El cigarrillo de Víctor se consumía solo, olvidado en el borde del plato.

—Pues sí, sí... —dijo al fin Ciriaco.

Frunció las cejas.

—¿Qué estaba diciendo? Ah, lo de los versos. Pues por eso compraba los periódicos, sí señor, por ver si salía él. Nada más que por eso. Yo pensaba: éste lo menos es ministro.

—Pues ya ves como no lo soy —dijo Víctor casi en voz baja, como cansado.

—Sí, ya veo. Pero, en fin, todo va bien, ¿eh?

—Sí, sí.

—Esto es lo importante. ¿Y a qué se dedica si no es indiscreción?

—Oh, a todo un poco... Negocios.

—Bien hecho. Dedicándose a más de un cosa ya no corre el peligro de pillarse los dedos... Tendrá coche, claro.

—Sí.

—¿Americano?

—Italiano. Fiat.

—Buen coche. ¡Qué bien trabajan esos italianos! Vaya tíos... Buen coche, sí señor. Ah, oiga, ¿y la novia de entonces? Será su esposa, ¿no?

—No.

—¿No?

—No.

—Vaya... Pero está casado, ¿eh?

—Sí.

—Y... ¿todo bien?

—Sí, sí.

—Eso es lo que hace falta.

—¿Y tú? ¿Qué fue de aquella chica que te escribía al frente? Recuerdo que me dabas tus cartas para que te las leyera.

Ciriaco empezó a jugar con el vaso vacío.

—Oh, aquélla... Creo que se casó.

—Vaya. Así, ¿qué has hecho desde entonces?

—Oh, estuve aquí, estuve allí... No me iba a clavar en un sitio fijo, claro. Me decían: "a que no haces esto, a que no haces aquéllo". Total, que he hecho de todo.

—Pero, ¿no querías ser camionero? Recuerdo que entonces lo decías.

—Sí, lo decía. Y lo intenté hará unos años.

—¿Y qué?

—Nada. La Compañía me hizo mirar por los médicos y no me admitieron.

—¿Por qué?

—No sé, me miraron y eso. Dijeron que no servía. Ya sabe usted cómo son los médicos...

Jugaba con la copa. Se encogió de hombros y torciendo la boca, continuó sin mirarlos.

—Además, tampoco era trabajo para mí. Yo, a donde haya jaleo, allí es a donde yo voy.

—Hombre, pero es una lástima. Lo de camionero está muy bien.

—Sí, no digo que no, pero ya es estar ligado a una cosa fija. Y a mí me gusta vivir así, libre. Soy muy independiente...

—Sí, claro. Pero hay trabajos mejores que el de limpiabotas. Yo puedo mirar...

—¿Esto? —le cortó Ciriaco dando una patada a la caja de los cepillos—. Nada, hombre. Si esto lo hago nada más por una temporada, por distraerme como quien dice. Cuando me canse, lo dejo. Así soy yo. Y eso de camionero, pues no era para mí, no señor, ya ve usted.

Los tres callaron, la vista fija en el tablero de la mesa. Era de pino sin barnizar, gastado y limpio, y olía vagamente a lejía. Ciriaco dijo:

—Hicimos la guerra juntos. Luego cada uno tiró por su lado y esta noche nos hemos vuelto a encontrar.

El cigarrillo olvidado en el plato se acabó de consumir desprendiendo un humo acre. Sólo entonces parecieron percibir aquella larga ceniza, todavía humeante en uno de sus extremos.

—Así —tosió Ciriaco—, así es la vida...

La tos le impidió seguir. Tosía estirando el cuello, oprimiéndose el pecho con las manos, como doblado a golpes. Escupió un salivazo y siguió tosiendo, la boca colgante, los ojos saltones y congestionados. Al fin la tos se convirtió en un penoso y largo sonido gutural, casi un quejido, y Ciriaco se enderezó agarrándose a los bordes de la mesa. Les miraba con ojos de caballo espantado. Se levantó sin decir palabra y, medio encorvado, desapareció tras una puerta pequeña y sucia, al fondo del local.

—¡Oiga!, —llamó Víctor al hombre grande— ¿Quiere cobrar, por favor?

El hombre grande acudió en seguida, tristón y cabizbajo. Se golpeó el pecho con la punta de los dedos unidos.

—Está podrido —dijo—. No aguanta ni tres meses.

Ciriaco volvió secándose la boca con el dorso de la mano. Estaba pálido y su cara parecía más hundida. O quizá eran sus ojos que parecían más saltones, llorosos bajo los párpados, aquellos ojos de caballo enfermo.

—Esa tos... —dijo roncamente—. Es el maldito clima, la humedad.

—Te voy a dar la dirección de un médico amigo mío —dijo Víctor—. Hay que curar esa tos.

—¡No! —dijo Ciriaco agarrándose a los bordes de la mesa—. ¡No!

—Pero, hombre, él te recetará algo. Y como eres amigo mío, lo hará sin cobrar... Ni las medicinas te querrá cobrar.

—No —meneó obstinadamente la cabeza—. No quiero.

Víctor sacó la cartera.

—Bien, entonces te hago un préstamo y vas al médico que quieras. Me lo devolverás cuando puedas.

—No necesito dinero. Mire, mire —sacó un puñado de pequeños billetes arrugados—. Mire. Tengo dinero.

—Pero, hombre, un préstamo nunca viene mal.

—No. No lo necesito. Tampoco necesito un médico. No necesito nada. —Y bajando nuevamente la vista, añadió:— Vamos a cenar.

—¡No! No puede ser. Nos esperan.

—Sí, vamos a cenar. Al mejor restorán de Barcelona. Cenaremos pollo, yo invito. Y después, tres nenas; la mayor, veinte años. Verán cómo nos divertimos.

—Es que esta noche no podemos. Nos esperan unos amigos. Habíamos quedado para después de cenar y ya deben estar esperándonos.

—¿Pero no dijeron antes que esta noche iban de tascas?

—Sí, a cenar en alguna tasca. Pero luego teníamos que ver a estos señores que ya deben estar esperándonos.

Ciriaco bajó nuevamente la vista. Sobre la mesa, tres cazuelitas; todavía llenas y ya frías las de Víctor y Ciriaco. Servilletas de papel, tenedores, la jarra del vino, los vasos a medio vaciar, un plato con algo de pan y una larga ceniza... Ciriaco la esparció con los dedos.

—Pues hay que celebrarlo de todas maneras —dijo.

—Sí, sí —dijo Víctor—. Pero hoy no puede ser. Tenemos que irnos.

—Está bien —dijo Ciriaco tomando la caja de los cepillos—. Ya veo que estorbo.

Víctor le detuvo.

—¡Caray! ¡No seas tonto! ¿No vez que es una reunión de negocios muy importante? Si ya lo celebraremos otro día. Podemos quedar fijo para el jueves...

—¿Para el jueves?

—¡Claro, hombre! Mira, si quieres te dejo en prenda mi carnet de identidad. Eso es, te guardas mi carnet de identidad hasta entonces.

—Nada de prendas. Entre hombres de verdad basta la palabra.

—Hombre, es que te ponías en un plan...

—No, oiga, mi alférez. Es que yo pensé que les molestaba ir por ahí conmigo, ¿me entiende usted? Y a mí no me gusta causar molestias a nadie. Si esforbo, se me dice y tan amigos.

—Pero hombre, qué caray vas a molestar...

—Pues nada, hombre, pues nada. Lo celebraremos el jueves y listo. Cenaremos pollo en ese restorán. Y luego, las nenas, ¿eh?

—De acuerdo.

—Bien. Yo vendré arreglado, eh, no se crean. Tengo un traje azul marino, cruzado. Me lo pondré ese día. —Se volvió a Nacho, —Usted también vendrá, ¿eh?

—Claro, claro.

—Que si no viene soy capaz de ir a su casa en taxi y traérmelo de una oreja, ¿eh? Que yo no gasto bromas...

—No hará falta, no se preocupe.

—Bien. Entonces quedamos en el jueves. Casi es mejor celebrarlo entonces, pensándolo bien. Por eso del traje azul ¿comprenden?... Ya verán cómo nos divertimos.

—De acuerdo —dijo Víctor abrochándose la chaqueta—. Ahora tenemos que irnos. He dejado el coche aparcado allí, en la Rambla.

Se levantaron.

—Nada, pues vamos. Los, acompaño hasta el coche. ¡Eh, vizcaíno! Ven a por tus perras.

—Ya está, ya está —dijo Víctor.

—¿Qué ya está? Oiga, oiga. ¿Quién era el que invitaba, eh? ¿Quién les ha traído hasta aquí?

—Ya pagaste antes, hombre.

—¿Y qué? ¿Eh? ¿Y qué? ¿Era o no era yo quien invitaba, ¿eh? —se volvió al hombre grande. —Esto no está bien, vizcaíno. No debiste cobrarles.

El hombre grande, acodado tras la barra, sonreía enorme y afectuoso, inclinado hacia adelante como una gárgola.

—Lo hago para que volváis otro día —dijo socarronamente—. Entonces pagas tú.

—Claro, hombre. Entre compañeros hay que hacerlo así.

—Es verdad —admitió Ciriaco—. Entre compañeros... Pero el jueves tendré el gusto de invitarles yo, ¿eh, mi alférez? Lo del jueves corre de mi cuenta. Es con esa condición.

—De acuerdo —dijo Víctor.

Saludaron al hombre grande mientras caminaban hacia la puerta.

—¡Adiós, señores, buenas noches! —les gritó el hombre grande.

Ahora ya se notaba el fresco de la noche. Los portales estaban cerrados, nadie asomaba por las ventanas ni había niños jugando en las aceras. Las casas se sucedían confundidas en una sola pared oscura y larga, en una fachada borrosa con sabor a decorado. A trechos, alguien se perfilaba a la luz de los bares, a la pobre luz de los faroles prendidos en las esquinas, un marino, una sombra vacilante, una mujer y un hombre enlazados por la cintura, caminando despacio, acompasadamente. En alguna parte se cantaba a coro una canción navarra. Luego la canción se acabó y sonaron cuatro aplausos, huecamente, como en un teatro vacío.

"Así, quedamos en el jueves, ¿eh, mi alférez?", decía Ciriaco. Caminaban de prisa y Ciriaco, más pequeño, casi tenía que correr para no retrasarse. Iba en el medio, balanceando la caja de los cepillos que entrechocaban dentro a cada paso. "Eso, el jueves", decía Víctor. Y Ciriaco decía: "¿Dónde? ¿En la cafetería de hoy?" Levantaba la cabeza hacia Víctor, como buscando su mirada. Pero Víctor andaba sin mirarle, a paso largo, revolviendo las manos en los bolsillos. "Perfecto. Perfecto", decía. "Y a la misma hora, ¿no?", decía Ciriaco. "Sí, sí", contestaba Víctor. Miraba a lo alto, una franja de cielo brumoso y pálido entre las dos líneas de terrados. "Verá cómo nos divertimos, mi alférez... Oiga, el pollo les gusta, ¿verdad? Porque lo mismo podemos cenar otra cosa"... El aire agitaba suavemente la ropa tendida en los balcones.

Llegaron a la Rambla que así, con poca gente y bien iluminada, parecía más ancha. Dos serenos bostezaban bajo los plátanos, sentados en las sillas de alquiler. Por la otra calzada bajaba un tranvía sonando a hierro viejo.

Anduvieron, calle abajo hasta donde tenían aparcado el coche. Víctor se volvió a Ciriaco, la mano izquierda sobre el tirador de la puerta.

—Bien, Ciriaco...

—Nada, mi alférez, pues hasta el jueves... Me alegro mucho de que nos hayamos vuelto a encontrar.

Se estrecharon las manos. Luego Víctor se situó frente al volante y cerró su puerta. Ciriaco se despedía de Nacho.

—Señor...

—Encantado.

La segunda puerta sonó cortante, como un objeto que cae. Ciriaco se inclinó ante la ventanilla.

—Y perdonen lo de antes, ¿eh, mi alférez? No quise ofender. Pero es eso, creía que molestaba y, en fin, ya me entiende...

—Sí, sí.

—Pues nada, entonces, hasta el jueves... —dijo apartándose.

Arrancaron. "Les espero", se oyó con el trepidar del motor. El coche partió calle arriba, adquiriendo en seguida velocidad.

—¡Qué liante! —resopló Nacho—. ¡Qué tío más pesado!

Miró por la ventanilla de atrás. El limpiabotas aún seguía parado allá lejos, saludando con la mano.

—Lo que me gustaría es saber qué diablos hubieras hecho si él se guarda tu carnet. Yo no me hubiese arriesgado desde luego... —rió Nacho—. En fin, intentamos salvar lo que nos queda de noche. ¿Dónde vamos?

—Donde quieras.

—Donde quiera no, porque yo iría a un restorán, pero a estas horas ni hay que pensarlo. Podemos cenar a base de bocadillos. Para en el primer sitio que veas un poco decente.

—No. Por aquí, no. En las afueras...

—De acuerdo. Pero entonces no digas que te da lo mismo. ¿Te parece bien "Las Palmeras"?.

—Sí.

—Oye, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Sí, te pasa algo. ¿Es por lo del pimpiabotas? Da pena, claro, pero ¿qué le vas a hacer...? Le has ofrecido dinero y no lo ha querido. Y si vas a mirar, ¡hay tanta gente desgraciada...!

—No, no es eso. Es sólo que tengo ganas de tomar un poco el aire. Sólo esto.

—¡Pues para, hombre! Para un momento...

—No, aquí no. Primero vamos al sitio ese de las afueras. Además no me pasa nada, en serio.

Nacho le sonrió, pasándole el brazo por detrás de su hombro, sobre el borde del respaldo.

—¡Así me gusta! —dijo—. Arriba ese espíritu hombre. Que la noche es joven y hay que divertirse.

—Sí —dijo Víctor—. No te preocupes. Sólo es eso, ganas de respirar un poco.

F. O. GARCIA

La economía española ha sido estudiada por García con la misma intensidad con que ha investigado su literatura. García vive en el exilio.

EL PROBLEMA AGRARIO ESPAÑOL EN LA ACTUALIDAD



EN lo que va de siglo se nota una tendencia al desarrollo capitalista de la agricultura. ¿Qué resultados se han obtenido durante ese largo período y sobre todo desde 1939 y cuáles son las perspectivas de porvenir que reserva al campo la orientación y la cadencia de las transformaciones hasta aquí operadas?

Aunque con pesada lentitud, el desarrollo capitalista progresa ininterrumpidamente hasta 1935 y especialmente durante el quinquenio 1931-1935. Este proceso se observa, según los índices de la Renta Nacional de España, del Consejo de Economía Nacional, a través de un **mayor empleo de abonos,** del **incremento de la superficie de regadíos estatales y de la modernización de los métodos de cultivo.** Estas transformaciones se traducen, durante dicho quinquenio, en un aumento del rendimiento por hectárea de 37.9% en relación con 1931 y en un incremento de la producción por habitante de una 15.9%. En 1955, según la misma fuente, el consumo de superfosfatos representaba únicamente un 32.4% en relación con 1935 y el de productos nitrogenados un 3.42%.

Desde 1939, la distribución de los abonos ha corrido a cargo de los organismos del Estado y las normas que rigen para su reparto, junto con la escasez, perjudican seriamente a los sectores menos pudientes e influyentes del campo. El alcance del problema se trasluce a través de textos como éste aparecido en el diario "ABC" de Madrid (30-12-57):

"Desde distintas provincias nos envían cartas muchos labradores para inquirir noticias sobre las perspectivas que presenta la campaña de los abonos de primavera. Temen que, como ha ocurrido durante el período de siembra, los nitratos escaseen también en esa próxima etapa resolutiva para la suerte de las cosechas". El periódico añade que la distribución anterior "no se efectuó con la necesaria equidad" y termina diciendo que "la escasez ha dado lugar a que los eternos especuladores aprovecharan la oportunidad para hacer su agosto en octubre". Las graves consecuencias de la escasez de abonos, las señala el mismo periódico en uno de sus números de marzo de 1958 en estos términos: "En la zona de Benicarló se teme que de no resolverse el problema de la escasez de abonos la cosecha se reduzca en más del 50 por 100 de su volumen total"... pasando de lo local a lo general añade: "Por lo que respecta al Servicio Nacional del Trigo se experimenta por este organismo la misma falta en sus almacenes y depósitos, habiendo tenido, por ello, que recoger menos semilla triguera que en otras épocas los agricultores que la utilizan".

En lo que atañe al riego, según datos extraídos del libro "Juicio de la actual política económica española" de Manuel de Torres, Madrid, 1956, y del estudio de Juan de Avespacochaga "la política hidráulica en la decadencia económica española", apareció en la revista "De Economía", de enero-abril de 1954, entre 1916 y 1933 se convirtieron en regadíos 146,000 hectáreas y entre junio de 1933 y junio de 1936, 80,000 hectáreas más. El plan de 1935 preveía la puesta en riego de 85,000 hectáreas por año.

En 1955, la superficie de riego había aumentado, en relación con 1935, en 155,000 hectáreas o sea, haciendo abstracción de los tres años de guerra civil, entre 1939 y 1955, el regadío se extendió a una media anual inferior a 10,000 hectáreas, mientras que durante el quinquenio 1931-35 la media por año fue de 30,000 hectáreas. Debe tenerse en cuenta, además, que una parte no despreciable de las obras hidráulicas realizadas recientemente y otras en curso de realización fueron iniciadas o proyectadas antes de 1936 y que la ampliación de la superficie de regadío proviene en parte del aumento de motores de riego, cuya cifra era de 10,377 en 1932 y de 71,895, en 1952.

En lo tocante a la mecanización: en 1932 había 4,084 tractores; en 1956, 30,000. Luego durante 24 años la cifra de tractores ha aumentado a razón de una media anual apenas superior a 1,000 unidades. La lentitud del ritmo de la mecanización de la agricultura corre paralela con el proceso de modernización de los métodos de cultivo. El atraso considerable de la agricultura española en este sentido aparece con toda su crudeza al compararla con otros países. Según la estadística de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, en 1954, en países como Finlandia había 18 agricultores por cada tractor, en Francia, 20; en Checoslovaquia, 33; en Italia, 73; en Hungría, 95; en Grecia, 218 mientras que en España había 264, siendo de lejos el país de Europa con más agricultores por tractor. El retraso de la mecanización del campo y sus consecuencias para la economía española se calibran mejor al recordar que Francia con una superficie de tierras de cultivo apenas superior (288,000 hectáreas) tiene 13 veces más tractores que España, e Italia, proporcionalmente, 3 veces más.

En cuanto a las segadoras y trilladoras mecánicas el atraso de España es todavía mayor.

La mecanización del campo tropieza, entre otros, con dos grandes obstáculos. En primer lugar, el Estado que es el distribuidor de la maquinaria agrícola y la grava con elevados derechos de aduana y otras cargas fiscales, la otorga con preferencia a las grandes fincas constituídas en importantes Sociedades Anónimas. En segundo término, los campesinos individuales, incluso los acomodados, faltos de protección del Estado en forma de créditos a largo plazo y módico interés, no pueden adquirir —de haberlo— por su elevado coste un material del que depende cada vez más no sólo el rendimiento de la tierra sino su propia condición de propietario. El siguiente comentario, aparecido en el semanario catalán "Destino", con fecha 14-11-59, nos da una idea de la importancia de los obstáculos mencionados: "El aumento de la productividad —se lee— debe conseguirse, más que con discursos elocuentes, con realidades tangibles". Y una de esas realidades debe consistir en la "importación, libre de derechos aduaneros, pequeños tractores con sus accesorios de arados, discos y remolques, ofrecidos casi a precio de compra". Antes de pormenorizar las inmensas ventajas que representa la mecanización para que cambie la economía del país y la situación del campesino, escribe: "Ahora que se ensalza en todos los tonos la liberación de la economía nacional, la propuesta no puede ser más ortodoxa y actual. Afirmamos que si la importación se hiciera sin trabas burocráticas y sin discriminaciones, velando el poder público sólo para evitar abusos en la distribución y precios, en las comarcas catalanas y valencianas serían por millares los artefactos de aquella índole que se adquirirían, en especial si se daban facilidades de pago escalonadas en un período de diez años".

El autor de un artículo publicado en el diario de Valladolid, "El Norte de Castilla", de fecha 4-11-36 con el título: "La imposibilidad de mecanizar la agricultura con la actual situación en el campo", es todavía más explícito. El articulista dice: "¿de verdad se quiére la mecanización del campo?" entonces "¿por qué tanta restricción de las herramientas mecánicas? Seguramente la principal, la más general, es el costo elevadísimo de su maquinaria con respecto del bajo precio de los productos campesinos". Tras señalar la diferencia existente entre los precios agrícolas y los precios industriales en detrimento de los agrícolas, concluye: "...esa maquinaria agrícola cuesta más que valen las tierras, los aperos y toda la labranza junta".

Y es así como se pretende mecanizar el campo. "Mientras el labrador no pueda adquirir los medios que le son necesarios para su oficio —sigue diciendo el articulista— no producirá más y mejor, su trabajo seguirá pareciéndose al de un esclavo y el nivel de vida en el campo se mantendrá muy bajo". Comentarios de esta índole, señalando los males que impiden el desarrollo de la agricultura, aparecen a diario en la prensa y revistas especializadas o no.

Y no obstante, a pesar de que se halla todavía en un estado embrionario, la mecanización está causando serios trastornos sociales a causa de la estructura de la agricultura española. Incluso en las huertas de Valencia y Murcia se ha acentuado el paro, obligando a millares de huertanos a emigrar. Pero donde los efectos de la mecanización causa mayores estragos es en las provincias de gran concentración latifundista: Andalucía, Extremadura, Castilla la Nueva, etc.

En efecto, en centenares y centenares de pueblos la modernización de los métodos de cultivo acentúa la miseria y provoca el éxodo, tanto más cuanto que los excedentes de mano de obra agrícola no son ni remotamente absorbidos por otras actividades. A este respecto se hacia el siguiente comentario en las columnas del "ABC" (9-7-57): "..hace pocos días nuestro corresponsal en Vitoria informaba acerca del problema que constituye el proporcionar habitación a toda la masa trabajadora que llega desde los distritos rurales a buscar trabajo en la industria alavesa". Este comentario puede hacerse extensivo a otras ciudades donde el hecho reviste todavía mayor gravedad. El problema creado por la modernización de la agricultura, es de tal envergadura que, en la VI Reunión Nacional de los Apostolados Sociales de Acción Católica, el Dr. Vicente Enrique Tarascón, Obispo de Solsona y Secretario del Episcopado español, tuvo que decir, según el periódico madrileño "YA" del 4-9-56: **"La mecanización del campo es otro de los problemas actuales. En algunos casos se ha realizado con excesiva rapidez y con resultados desastrosos: éxodos de pueblos enteros, con su alcalde a la cabeza. Es necesario estar no sólo en los principios, sino en la realidad".** Y el mismo periódico "YA", de 11-1-60, inserta un artículo con este título: "El campo ha dejado de ser un ideal; las gentes huyen de los pueblos".

Sin embargo, es evidente que España necesita de manera apremiante acelerar el ritmo de la mecanización de la agricultura para acrecentar el rendimiento del suelo y roturar nuevas tierras, pero no es menos evidente que la mecanización debido a la estructura de la propiedad, así como al bajo nivel de desarrollo de la industria tiene hondas repercusiones sociales no sólo en el campo sino en todo el país. Y no es que el progreso técnico engendre necesariamente una regresión humana, pero lo cierto es que el progreso técnico no crea automáticamente un progreso social; ello depende de las condiciones sociales en que se aplique aquél. En España se aplica en función de la estructura del campo y en tales condiciones el progreso técnico y el progreso social entran indefectiblemente en dramático conflicto. De ahí, la vida de los pueblos españoles que el escritor Antonio Márquez, ex-redactor-jefe de la revista "INDICE", presentaba recientemente en estos términos:

"Campesinos eventuales llenando las plazas buscando trabajo a lo largo de las carreteras; caciques manejando una administración corrompida. Así he visto yo los pueblos de España, ejemplificados en éste que he descrito y en otros que podría describir". (Texto reproducido por R. Ramírez Gómez en **"Situación económica y social de España"** Editorial FETE, México 1959, pág. 25).

Entre otros factores que han paralizado estos años la transformación de la agricultura figuran el considerable desnivel entre los precios agrícolas e industriales, en beneficio de estos últimos, y los impuestos, que ya J. Costa califica de verdadero azote del campo. El lastre que los impuestos representan para el país en general y en particular para el campesinado se desprende de estos datos. El presupuesto de ingresos para 1959 se elevó a 55,745.070,000 pesetas. De esta suma, 53,176.385,000 pesetas proceden de Impuestos y Tasas. Reducidas estas cifras a porcentajes tenemos que el 95% del total de los ingresos del Estado provienen de las diversas cargas fiscales. En 1953, la partida de ingresos por impuestos y tasas representaba el 68% del presupuesto total y desde entonces no ha cesado de aumentar. La alarma de los campesinos por la progresión vertiginosa de la presión tributaria y las consecuencias que entraña para la mayoría de ellos se refleja en el siguiente texto aprobado por la VI Asamblea de Hermandades de Labradores y Ganaderos celebrada en mayo de 1958, dirigido al gobierno:

"...hay unanimidad y coincidencia en estimar que la presión tributaria aumenta a ritmo tan desmesurado, que para algunos sectores campesinos, precisamente los más humildes y necesitados de protección, es ya apenas soportable; y que la carga fiscal amenaza un paso tan veloz en su creciente progresión, que no ya las más débiles economías, sino aún las de tono medio, contemplan una sombría perspectiva de consunción o aniquilamiento de continuar tal progresión su marcha ascendente". Pero estas advertencias no han surtido efecto, pues, según "ABC" del 26-1-60, los impuestos han aumentado en un 4.25% en 1959.

En el reparto de las cargas fiscales sorprende el que las provincias donde predominan las pequeñas explotaciones incluídos los minifundios, paguen proporcionalmente un tributo mucho más elevado que las provincias de predominio latifundista. Así, Guipúzcua por ejemplo paga por contribución rústica 3.54 veces más que Toledo; Orense, 2.12 veces más que Albacete; Santander, 2.59 veces más que Ciudad Real.

El profesor Torres Martínez, en su estudio ya citado: "Juicio de la actual política económica española", demuestra que en una misma provincia, tierras dedicadas a un mismo cultivo, pagan con-

tribuciones con diferencias del orden de uno a 25, como ocurre con el naranjo, en Valencia, e incluso de uno a 79, como sucede en el secano de Segovia. J. Costa diría, ante estas discriminaciones, que el caciquismo sigue vivito y coleando.

La Asamblea de Hermandades mencionada señala en sus conclusiones, por otra parte que los impuestos sobre la misma renta neta son mucho más elevados para una explotación agrícola que para una empresa industrial o financiera.

El que el rendimiento por hectárea y la producción por habitante hayan disminuído durante estos últimos veinte años por las razones señaladas no quiere decir que haya cesado el desarrollo capitalista de la agricultura. Este sigue su curso, sobre todo desde 1953, pero se limita a los grandes propietarios que son los únicos beneficiarios de las inversiones estatales y privadas y gozan de privilegios de todo orden. Sin embargo estas transformaciones no compensan el bajo rendimiento que resulta de la falta de abonos, de semillas seleccionadas, de la mayor extensión de los barbechos, debido a una mayor concentración de la propiedad, etc. lo cual influye sensiblemente en el rendimiento general.

Según el informe de la "Organisation Européenne de Coopération Economique" (OECE), aparecido en 1958, página 10, las inversiones destinadas a la agricultura representan el 15% de las inversiones nacionales, de cuyo importe el 10% procede del Estado y el 5% de capital privado. En dicho informe se subraya que ese porcentaje constituye un signo muy insuficiente de progreso. Sin embargo, y esto nos permite prever el futuro del desarrollo de la agricultura en las presentes circunstancias, las inversiones en este sector de la economía tienden a disminuir, como se infiere de los datos siguientes: En 1954, el presupuesto del Ministerio de Agricultura representaba el 1% del presupuesto de gastos del Estado; en 1957, con 347 millones de pesetas, significaba el 0.80%; y en 1959, con 288.590,000 pesetas equivalía al 0.51% del presupuesto general. De modo que el presupuesto del Ministerio de Agricultura no sólo registra una disminución creciente en valor relativo sino también en valor absoluto puesto que el de 1957 ha bajado en 59 millones de pesetas en relación con el de 1959.

E inversamente, mientras las sumas asignadas por el Estado a la Agricultura disminuyen, aumenta el valor de la partida destinada a la compra de productos agrícolas extranjeros, con grave daño para la agricultura y la economía en general, como se verá.

La importancia de las inversiones agrícolas se aprecian a través de los resultados obtenidos. ¿Y cuáles son, en conclusión, estos resultados, al cabo de 20 años?

Los autores del informe de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), mencionado, los resumen así:

"Considerado a través de un largo período, el desarrollo de la producción agrícola continúa siendo extremadamente lento"... "la producción de productos alimenticios por habitante, en 1956, era todavía alrededor de un 10% inferior al nivel de 1931-35" (pág. 7). "En 1957, la progresión de la producción vegetal se estimaba en un 1,5 por ciento en relación con 1956". Y "según las más recientes estimaciones, la producción agrícola en 1958 no registrará ningún aumento en relación con 1957" (pág. 9). Luego en 1959, el nivel de la producción por habitante seguía siendo alrededor del 10% inferior al de 1931-1935. "La utilización de abonos —agregan— permanece extremadamente baja" (pág. 9). Y terminan con esta constatación: "El crecimiento considerable de las inversiones, desde 1954, no parece haber modificado fundamentalmente esta situación" (pág. 10).

El Sr. Vilar, en su "Historia de España", edición española publicada en enero de 1960, llega a conclusiones análogas que formula en estos términos:

"El problema social agrario explica, tanto como los factores propiamente económicos, el fracaso de la productividad agrícola. De 1940 a 1955 —prosigue— España no ha resuelto, por lo menos en las proporciones necesarias, las dos grandes cuestiones que se le plantearon en el siglo XX: la extensión de la irrigación de tierras y del equipo instrumental agrícola y la reforma de la propiedad, siendo la segunda condición para realizar la primera, ya que el gran propietario descuida el equipo instrumental, y el campesino pobre no puede pagarlo" (pág. 163).

¿Cuál es el estado actual de la producción agrícola?

La respuesta nos permitirá comprender con mayor exactitud el alcance de las transformaciones llevadas a cabo desde 1939 y la magnitud del problema.

En un artículo aparecido en la revista madrileña "Mundo Hispánico" de julio de 1951, que lleva por título "La reconstrucción económica española y las inversiones de capital", el economista don Emilio de Figueroa, dice: "...la agricultura española ha conseguido —hasta nuestra guerra— mantenerse al paso con el crecimiento de la población y mejorar el nivel de vida. Antes de la guerra civil suministraba directamente más de las nueve décimas partes de los alimentos consumidos en el país e indirectamente, a través de las exportaciones de productos agrícolas, el resto, de modo que el comercio de alimentos estuvo prácticamente equilibrado". Y con cifras al apoyo, precisa: "Tomada en conjunto, la producción agrícola aumentó en un 30 por ciento desde principios de siglo al año 1936, y este aumento de la producción se logró sin que aumentara paralelamente el número de personas ocupadas en la agricultura, por lo que se ha debido, sin duda, a un mayor rendimiento del trabajo, hecho posible gracias al progreso técnico, a mayores inversiones de capital en el campo y a un nivel más elevado de educación entre los agricultores. Sin entrar en el detalle de los factores que han influido en el progresivo incremento de la producción agrícola entre 1900 y 1936, retengamos los hechos esenciales para nuestro objeto: durante ese periodo la producción del campo aumenta en un 30%, se eleva aunque con mucha lentitud el nivel de vida y se mantiene equilibrado el comercio de alimentos.

Haciendo caso omiso de las revisiones realizadas por el Ministerio de Agricultura, y ateniéndonos a sus propias estadísticas (véase a este efecto "Anuarios y Avances Estadísticos de las Producciones Agrícolas". Ministerio de Agricultura) resulta que la producción agrícola media del quinquenio 1952-1956 es en su conjunto inferior a la correspondiente al quinquenio 1931-1935. Así, la producción del trigo ha disminuido en un 10%, la de la cebada, en un 24%; la del maíz, en un 4%; la de la patata, en un 20%; la de los guisantes, en un 42%; la de las judías, en un 44%; la de las habas, en un 49%; la de las cebollas, en un 21%; la del vino, en un 6%, etc. Ha aumentado en cambio la producción del arroz, en un 30%; la de la naranja y la mandarina, en un 0.8%; la de los garbanzos, en un 12%, etc., pero los incrementos obtenidos no compensan las disminuciones registradas. Esta diferencia se pone de manifiesto al comparar los índices de la producción por habitante a precios constantes. Así mientras que durante el quinquenio 1931-1935, se aprecia un aumento de un 2% en relación al quinquenio 1926-1930, en 1955 se registra un descenso del 15,58% en relación con aquel quinquenio. O sea, el consumo ha bajado, el nivel de vida ha descendido de manera sensible en estos últimos veinte años, como lo atestigua, por otro lado, el informe del OECE citado.

Contrariamente a lo que podía suponerse el que haya descendido el nivel de vida no implica que escaseen los productos de consumo, pues, a pesar de que el rendimiento de las tierras haya menguado, los excedentes se acumulan por falta de mercado. Por tanto, más todavía que de subproducción se trata de subconsumo como se deduce de los siguientes ejemplos:

La producción de arroz, como se dijo, ha aumentado en más del 30%, debido a una mayor extensión de cultivo. En el quinquenio 1931-35, las disponibilidades por habitante eran de algo más de 7 Kg. al año. En cambio, en el quinquenio 1951-56 se han consumido 70,000 quintales menos que en aquel quinquenio, mientras que el sobrante acumulado es de 60,000 quintales. Al analizar este fenómeno, el Presidente de la Federación Sindical de Agricultores Arroceros, Conde de Trenor, escribe en la Revista Sindical de Estadísticas (1er. trimestre de 1956): "No existe actualmente en España superproducción de arroz sino, por el contrario, un subconsumo del mismo". El Conde de Trenor atribuye al elevado precio de venta al público del arroz la falta de consumo y propone como solución la reducción de aquel así como la limitación del cultivo del mismo, sin embargo, desde 1956 se procede a la disminución del área del cultivo de este cereal, pero el precio en el mercado nacional en vez de bajar ha subido varias veces. En efecto el precio del arroz en la tienda era de 7,50 pesetas el Kg. en 1956 y en 1960 es de 11 pesetas.

La producción de azúcar ha aumentado en el quinquenio 1951-55, en relación con el de 1931-35, en algo más del 15%. En cambio, el consumo de azúcar por habitante ha pasado de 11,28 Kgs. durante el período 1931-35 a 7,91 Kgs. en el quinquenio 1951-55. O sea, mientras la producción del azúcar se ha incrementado en un 15%, su consumo ha disminuído en un 30%. Sin embargo los excedentes se acumulan de manera alarmante. O sea, el español consume la quinta parte de azúcar que el inglés, la 3ra. parte que el francés, la mitad que el italiano y menos que el griego.

Si bien la producción total de la patata ha descendido en un 20%, la producción por habitante ha menguado en un 32,26%. No obstante muchos productores echan la cosecha al sumidero por falta de compradores. Y según el "ABC" del 26-1-1960, "este año se sembrarán muchas menos patatas, mientras no se obtenga un precio remunerador".

Tomando como términos de comparación los dos periodos repetidamente citados, la producción total de vino ha bajado en un 6% y las disponibilidades por cabeza, en un 21,17%. Sin embargo, a causa de que el consumo ha disminuido en un 28.52% se tuvieron que destilar 6.983.473 hectólitros de vino de 1954 y el gobierno aconseja el arranque de los viñedos. El problema es tan agudo que según el "ABC" del 9-2-1960 el Sindicato Nacional de la Vid ha tenido que celebrar una Asamblea extraordinaria para adoptar medidas conducentes a la protección del consumo de vino.

Al leer estos datos debe tenerse en cuenta que desde unos años a esta parte España recibe anualmente varios millones de extranjeros cuyo consumo de alimentos se endosa al de los nacionales.

Añadamos por último que, según el informe del OECE (pág. 44), "las exportaciones de productos agrícolas eran todavía en 1956 y 1957 sensiblemente inferiores a su nivel de antes de la guerra".

Según vemos, el problema agrario español no sólo no ha entrado en vías de solución sino que se ha agravado en estos últimos veinte años. ¿La importación de productos alimenticios, que es la orientación que se está siguiendo actualmente, y las inversiones de capital extranjero en la agricultura, que es lo que se busca, representan o pueden representar una solución al problema?

Se dijo anteriormente que mientras disminuyen desde 1956 las inversiones agrícolas en cifras absolutas y en tanto por ciento, aumentan, por el contrario, las sumas asignadas a la compra de productos agrícolas extranjeros. Este siemple hecho bastaría para llegar a la conclusión de que la importación de productos alimenticios no benefician el desarrollo de la agricultura sino que lo perjudican seriamente. Pero veámoslo al apoyo de datos precisos.

Según el informe del OECE, pág. 46, en virtud del llamado Plan de ayuda de los Estados Unidos a España, el Estado español sólo entre 1954 y 1958 ha adquirido productos alimenticios americanos por valor de 236.500,000 dólares o sea de 14.190 millones de pesetas. Si consideramos que el total de las inversiones agrícolas entre 1942 y 1955, o sea en 14 años, asciende a 25,803 millones de pesetas, no llega al doble del valor de las importaciones agrícolas, se vislumbra hasta qué punto podría influir en el desarrollo de la agricultura la aplicación de esas sumas a inversiones para la modernización y mejora de la explotación del campo. Tomemos un ejemplo. Teniendo en cuenta que la puesta en riego de las 115.000 hectáreas previstas en el Plan Badajoz costará 5,500 millones de pesetas, con los 14,190 millones de pesetas pagados a los Estados Unidos por la venta de productos agrícolas a España se hubiese podido incrementar la superficie de riego en más de 300,000 hectáreas; es decir en la tercera parte de la superficie actualmente regada en toda España. Si se toma en cuenta que la huerta valenciana, florón de la economía agrícola española, tiene una superficie de 15,000 hectáreas y que el litoral mediterráneo posee vastas zonas regables con características de suelo y clima análogos, donde pueden cultivarse los agrios, el algodón, el maíz, y el tabaco y obtenerse hasta tres cosechas al año alternando el cultivo de las hortalizas, las legumbres y los cereales, se comprende que el dinero invertido en la compra de alimentos vegetales de procedencia extranjera no representen una ayuda, sino que signifiquen una sangría para la economía española. Representaría una ayuda real si ese dinero se destinase a incrementar la producción, es decir a generar riqueza, de otro modo resulta sumamente perniciosa, no sólo porque perjudica el desarrollo de la agricultura sino porque además la aparición de los artículos importados en el mercado interior hace bajar los precios —ya muy bajos— pagados a los campesinos, cuando no les obliga a abandonarlos en el campo por falta de compradores.

A este respecto, el Secretario del Consejo de Economía Nacional, Faris Eguilaz, afirma en su libro Factores del desarrollo económico español, pág. 346: "La importación de alimentos en forma de donativos o ventas a bajos precios procedentes de los excedentes de algunos países, como los Estados Unidos... si se destinan en parte a competir en el consumo nacional con la producción propia, pueden provocar, cuando la demanda es poco elástica, como sucede con muchos productos alimenticios, fuertes bajas en los precios y saturación del mercado, circunstancias que resultan muy desfavorables para mantener una producción creciente".

Por su parte, Ramírez Gómez, en su libro citado, escribe: "Las importaciones... de bienes de consumo procedentes de la agricultura... determinan que el paro en el sector campesino se incremente en grandes proporciones" pág. 116. Y a guisa de conclusión agrega: "España necesita ayuda que tienda a mejorar equilibradamente la producción agrícola y el desarrollo industrial. La proporcionada por los Estados Unidos no tiene esa tendencia, sino todo lo contrario y cada vez más acentuada; de aquí que para que fuese verdaderamente útil, tendría que cambiar tanto de objetivo como de orientación" pág. 120. Tal como se aplica, la ayuda americana es además un poderoso factor inflacionista.

¿El ingreso de España en la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) puede ser un factor de desarrollo agrícola, como oficialmente se intenta hacer admitir? A esta cuestión el periódico oficial "Pueblo", en su número de 5-1-1960, en un artículo titulado España y la integración económica europea contesta en estos términos:

"Si los países en grado intermedio de desarrollo o los abiertamente subdesarrollados se engloban en un espacio de librecambio con los más desarrollados —y esto es lo que se está haciendo— ¿ya se ve lo que ocurrirá, inevitablemente. Un grado superior de desarrollo significa mejor equipo, más tradición y técnica más elevada; es decir, mejores precios para calidades iguales, y, eventualmente, precios más bajos para calidades superiores". Y el articulista concluye: "La competencia de los países menos desarrollados con los más desarrollados sería la pérdida de aquello que ya han conseguido en materia de su propio desarrollo, lo cual implicaría un retroceso, con sus derivaciones económicas y sociales".

Y no otra cosa está ocurriendo, a pesar de la ayuda económica que ha prestado a España la OECE. En efecto, "Le Monde" de 19-3-60 señalaba que la cifra de obreros que han quedado sin trabajo a resultas del Plan de estabilización —precio que España ha pagado por su ingreso en el OECE— asciende a más de 200,000. El paro ocasionado ha tomado tal amplitud que el Ministro secretario general del Movimiento, según ya señalaba "ABC" de 13-2-1960, ha tenido que significar al Gobierno la alarma que está provocando en el país por sus graves repercusiones no sólo en el plano de la economía sino también, y mucho más todavía, en el plano social. La ayuda de la OECE, como vemos tiene repercusiones económicas y sociales análogas a las de la ayuda de los Estados Unidos que ya comentamos.

En el orden competitivo el problema no es menos grave. Así, en el semanario barcelonés "Destino" del 17-11-59 se dice: "El arroz valenciano, hoy, tropieza con la competencia implacable de los arroces de Francia y de Italia..." Y constata: "En un plano de libertad de comercio, la producción valenciana no puede competir con desahogo, por ser más cara y quizá también por algún descuido en la selección de sus especies".

Con la naranja ocurre otro tanto. Y en un ar-

tículo aparecido también en "Destino" con fecha 9-1-1960, bajo el título harto elocuente "El naranjo y su tristeza" se habla de las graves consecuencias que entraña la competencia que halla en los países del mercado común la naranja española con la procedente de Argelia. A tal punto se hace sentir esta competencia que el Estado, según "ABC" del 13-2-1960, estudia la manera de escapar a sus perniciosos efectos – cito— con el envío de agrios a los países del telón de acero".

Las mismas repercusiones se registran en el sector vinícola, hasta el extremo de que el Estado ha autorizado la destilación de las reservas del vino y sugiere el arranque de la vid, como quedó dicho.

Y son estos productos precisamente: el arroz, los agrios y el vino los que de lejos representan el mayor porcentaje del valor de las exportaciones de productos agrícolas.

Ante estos testimonios fehacientes, nos parece poder afirmar que el ingreso de España en el OECE, no contribuye a resolver el problema agrícola sino todo lo contrario.

Y en realidad no se esperaba otra cosa. En efecto, el gobierno español, para atenuar los efectos de un problema superior a su voluntad de resolverlo en las perspectivas de solución que se vienen señalando insistentemente desde el siglo XVIII, orienta sus energías hacia la emigración, como se verá más adelante.

¿Los fracasos acumulados desde 1939 en orden al desarrollo de la agricultura, supone que el problema agrario sea insoluble? Para dar una respuesta a esta cuestión tratemos de conocer mejor el fondo del problema.

La agricultura es la principal fuente de la economía española. De ella vive el 50% de la población y representa el 30% de la riqueza nacional y del 55 al 60% del valor global de las exportaciones.

El 87% del suelo español es productivo, pero sólo el 40% de la superficie cultivable son tierras labrantías. De éstas, el 33% son de secano y el 7% incluída la España húmeda, de regadío. Pero como quiera que más de la mitad de las tierras de secano se dejan en barbecho, al año sólo produce alrededor de la mitad del suelo cultivado, o sea el 20% de las tierras labrantías.

El rendimiento es muy desigual. Mientras los aluviones de regadío del litoral mediterráneo rinden dos y excepcionalmente tres cosechas abundantes al año, en la mayor parte del resto de España se obtiene una cosecha, pobre, cada dos años. En su conjunto, el rendimiento es por consiguiente muy bajo.

CAUSAS DE LA EXIGUA PROPORCION DE SUELO CULTIVADO Y DEL BAJO RENDIMIENTO

En la escuela se inculca a los niños, como una fatalidad, la idea de que España es un país pobre porque el suelo produce muy poco y no puede dar más. En el Instituto y demás centros docentes, en sus diversos grados, se enseña de acuerdo con los libros de texto, que las causas del escaso desarrollo de la agricultura radican en la estirilidad de la mayor parte del suelo, en la excesiva altitud y en la irregularidad del clima.

Esta orientación se refleja asimismo en los libros de texto al uso de los estudiantes de español en Francia y en los documentos de información que el Estado español difunde en el extranjero. En uno de esos documentos que lleva por título **"Vue d'ensemble de l'Economie espagnole"**, de reciente aparición, se lee:

"Sin fundamento se ha considerado que el campo español era idealmente apto para un desarrollo óptimo de los cultivos. Desgraciadamente, no es así, pues, por su altitud, España ocupa el segundo lugar entre los países europeos, después de Suiza. La tierra cultivada, salvo en algunos valles, no tiene la profundidad necesaria. El clima es muy variado y riguroso".

Y puesto que no es posible llegar a un equilibrio entre la producción y el consumo, debido a la progresiva presión demográfica, el documento, confirmando la orientación oficial, señala que el único modo de atenuar los efectos de ese desequilibrio es la organización de la emigración en masa por el propio Estado, lo que en la práctica es una "solución" malthusiana.

Sin entrar en el comentario de los móviles de esa interpretación fatalista de los problemas económicos, conviene, por su importancia, que nos detengamos brevemente a analizar los "argumentos" esgrimidos para explicar las causas reales del deficiente desarrollo de la agricultura y de los problemas sociales inherentes.

Dejemos bien sentado que en España, como en cualquier país, no toda la tierra es de buena calidad, pero muchos secanos pueden transformarse en fértiles regadíos, muchos barbechos son tierras profundas y de buena calidad, muchos yermos, cotos de caza y la mayoría de las dehesas de reses bravas pueden convertirse en fecundos regadíos o ricos secanos. Juzgar la calidad del suelo por su rendimiento actual, por la extensión que ocupan el secano, los eriales, cotos de caza y dehesas, equivale a tomar los efectos por las causas, aceptar que el problema agrario es un problema extrahumano.

Es verdad, por ejemplo, que las Vegas de Aranjuez, Toledo y del Jarama lindan con un terreno estepario o con un secano de pobre rendimiento. Que la fértil Plana de Castellón prolonga el desolador Maestrazgo; los fecundos regadíos del Ebro, al sur de Zaragoza, terminan en los desérticos Monegros; las huertas de Valencia y Gandía están cercadas por yermos o secanos; los vergeles de Elche limitan con el desierto de Alabatera; la rica campiña andaluza alterna con vastas dehesas, extensos cotos o inmensos baldíos; que los importantes regadíos del Duero y sus afluentes enlazan con eriales o páramos, etc.

¿Pero quiere decir esto que sólo las tierras buenas son regadíos o que la tierra buena acaba donde terminan los regadíos?

La verdad es otra. El número y extensión de los regadíos no los determina la calidad de la tierra sino la extensión de la red de canales y acequias, es decir el aprovechamiento de las aguas, como se desprende de estos ejemplos:

En la revista "Destino" del 20-2-60, en un artículo titulado **Agua y riqueza para el Maestrazgo**, se lee:

"La gente huye de los pueblos, y el paisaje, impresionante en su desolación, sólo sirve de pábulo a la imaginación literaria de algún turista esporádico. Y sin embargo, una amplia zona de este territorio podía salvarse de la miseria. Allí, a unos kilómetros, discurre el Ebro, camino del mar, con su agua inútil. Dicen los técnicos que el río paternal deja perder en su desembocadura unos dieciocho millones de metros cúbicos al año por término medio, y en tiempo de extremada sequía nunca bajó de los cuatro millones. Esta agua, oportunamente canalizada podría servir de riego a los terrenos áridos y aletargados del norte castellonense".

Con el título: **Posibilidad de ampliar los regadíos en Guadalajara**, en "ABC" de 22-3-1960, se dice: "Pueden ser transformadas en regadío con aguas del Henares y del Tajo, entre las provincias de Madrid y Guadalajara, un total de 73,000 hectáreas. De ellas 11,766, están situadas en la provincia de Guadalajara. Y el articulista concluye:

"De la importancia de estas 11,766 nuevas hectáreas de la economía provincial da idea el saber que con ellas quedarían triplicadas las tierras regables de la provincia".

¿Se precisa subrayar que esas 73,000 hectáreas son hoy en gran parte baldías y las restantes secanos de bajo rendimiento?

En el diario "ABC", del 5 de febrero de 1958, se lee: "El aprovechamiento del Ebro podría incrementar nuestra economía en 21,662 millones de pesetas anuales".

Estos simples comentarios bastarían para demostrar qué es lo que condiciona la extensión de los regadíos. Pero prosigamos. Si se tiene en cuenta, al mismo tiempo, que el presupuesto de Agricultura para 1959 ha sido de 288.590,000 pesetas, o sea diez veces inferior a lo que podría rendir el aprovechamiento del Ebro anualmente, se tiene uno de los datos del problema.

Y lo que se calcula que podría rendir el Ebro, en menor escala, se hallaría también con el aprovechamiento del Guadalquivir, del Duero, del Júcar, etc.

Según el "ABC" del 14 de enero de 1958, en el Alto Aragón en el que están comprendidos los desérticos Monegros, podrían convertirse en riego 270,000 hectáreas. Y comenta: "En la actualidad, la población agrícola de esa zona es de siete a 14 habitantes por Km.2 en los terrenos de secano. Esta población podría pasar de 14 a 160 habitantes por Km.2".

El mismo periódico, con fecha 1o. de diciembre de 1959, inserta estas declaraciones del Sr. Cánovas, Ministro de agricultura: "La construcción de un canal en la cuenca baja del Ebro beneficiaría a 57,575 hectáreas de Tarragona y Castellón. Esta zona está en un 80% de su extensión plantada de olivo, algarrobo y vid. Es de una tierra excelente, a la que lo único que le falta es el agua". Como se puede apreciar el dato es de gran interés. Y el Ministro termina diciendo: "Puede adaptarse a toda clase de cultivos hortícolas, naranjales y árboles frutales, así como a los cultivos industriales como el algodón, soja, tabaco, etc.". La zona a que alude el Ministro de agricultura está en el Maestrazgo y el 20% de su superficie está actualmente ocupada por yermos y el 80% restante, en miserable secano. Se adivina la necesidad e importancia económica de semejante empresa, que por el momento no es más que el enunciado de un posible proyecto, el hecho de que la construcción de un solo canal fecundaría una extensión cuatro veces mayor que la de la huerta valenciana de una zona con características de suelo y clima similares.

Los ejemplos citados, que podrían multiplicarse por cincuenta, muestran palmariamente que la extensión de los regadíos no está condicionada por la calidad del suelo sino por el aprovechamiento que se viene haciendo de los cursos de agua.

Pero el problema del incremento de la producción agrícola no se circunscribe a la conversión de secanos y baldíos en regadíos. Los secanos que por su situación no pueden convertirse en zonas de riego pueden aumentar sensiblemente su rendimiento y muchos yermos transformarse en tierras de cultivo. En efecto. En su libro **España**, Salvador de Madariaga, escribe: "Un técnico distinguido, don José Gascón, asegura que en el curso de un experimento sobre tierras excesivamente pobres en los campos de Palencia ha obtenido una cosecha media de 2,695 kilogramos de trigo por hectárea, es decir, tan alto como cualquier cosecha europea y más de dos veces y media superior a la del promedio de los campos españoles". "Tanto el señor Gascón como su colega el señor Carrión —agrega— sostienen que, salvo algunos distritos del sudeste, toda la tierra seca de España bien cultivada, podría rendir un promedio del área lluviosa de Europa". O sea, tanto las tierras cultivadas como las incultas son susceptibles de dar un rendimiento de 27 quintales por hectárea, cuando hoy el promedio actual de las labrantías es de 9 a 10 quintales, a condición de que estén bien cultivadas. E indicando de qué manera puede llegarse a extender la superficie de cultivo e intensificar el rendimiento, concluye: "El progreso agrícola de España puede desarrollarse en dos direcciones: primera por el desbroce y explotación de tierras incultas y segunda por la mejora en el cultivo de tierras cultivadas".

Trabajos posteriores debidos a voces autorizadas en la materia, como el ingeniero agrónomo Sr. Granell, don Adolfo Vázquez Humasqué y otros, corroboran las afirmaciones de los señores Gascón y Carrión, reproducidas por Madariaga en su libro. Las confirma igualmente en la realidad los casos citados de la región de los Monegros, del litoral levantino entre Tarragona y Castellón, etc. así como el ejemplo que nos brinda la finca "Encomienda de Mudela". Esta finca de 16,000 hectáreas, situada en la provincia de Ciudad Real, hace unos años era todavía uno de los principales cotos de caza. Actualmente, los terrenos en cultivo comprenden 10,050 hectáreas, de las cuales 1,690 de olivar y 215 de regadío. (Véase "ABC" del 24-11-1959). En el caso del coto Encomienda de Mudela se hallan muchos cotos y sobre todo las dehesas dedicadas a la cría de toros de lidia que ocupan alrededor de un millón de hectáreas. El que todas las dehesas estén surcadas por numerosos cursos de agua en los que abreva el ganado permite columbrar las decenas de miles de hectáreas que podrían convertirse en regadío. La existencia de inmensos baldíos con tierra buena, cotos de caza y dehesas cuya extensión asciende a millones de hectáreas, nos proporciona otro dato, el fundamental, para la comprensión del problema agrario español: el régimen de propiedad existente, que más adelante abordaremos, y en el que ya Jovellanos veía el origen del exiguo desarrollo de la agricultura y de los males que sufre la sociedad.

Lo dicho acerca de la naturaleza del suelo en relación con la extensión de la superficie cultivada y el bajo rendimiento del campo muestra suficientemente que las otras dos supuestas causas del deficiente desarrollo de la agricultura: la altitud y el clima no tienen la importancia que se les atribuye. No estará de más, sin embargo, aunque sólo sea de pasada, aportar algunas precisiones.

La zona regada del Duero y sus afluentes es uno de los principales centros españoles productores de remolacha azucarera, si no el primero, y, además de las hortalizas, adquieren gran importancia el lino y el cáñamo. Como se sabe esta región se halla a más de 700 metros de altitud, tiene un clima continental riguroso y recibe escasa lluvia. Más aún, a pesar de la altitud y el clima, en los secanos de la Meseta superior crecen la vid, el almendro, el olivo y la higuera, plantas típicamente mediterráneas.

En la Meseta Inferior, pese a sus 600 metros de altitud media, al clima riguroso y a registrar uno de los más bajos índices de pluviosidad de toda la Península, están las feraces vegas del Henares y Jarama, de Aranjuez, Toledo y otras, donde se cultivan hasta el naranjo y el limonero como ocurre en La Vera, aunque sea un caso excepcional.

En La Vega de Granada, con sus 600 metros sobre el nivel del mar, gracias a su clima continental se dan desde los productos de las regiones más frías a los frutos mediterráneos como el naranjo, el limonero y la morera e incluso especies vegetales subtropicales como la palmera datilera, el algodón y la caña de azúcar.

¿Precisa subrayar por otra parte que el clima es susceptible de modificación mediante la repoblación forestal, embalses, pantanos, etc.?

La variedad del clima beneficia más que perjudica a la economía española. Merced al clima, España posee desde las especies boreales hasta la vegetación subtropical; sus hortalizas y frutas tempranas le permiten afrontar el obstáculo de la competencia en los mercados europeos; exporta en cantidad frutos agrios; es el primer país productor de aceituna, azafrán y esparto del mundo; el segundo de corcho; uno de los primeros cosecheros de arroz, etc. Gracias al clima, el litoral mediterráneo da dos, cuando no tres cosechas anuales. Ocupa a una fracción estimable de la población agrícola —en determinadas comarcas— durante el invierno en la recogida de la aceituna y la elaboración del aceite y sobre todo en la recolección de los agrios e industrias adyacentes.

Los datos expuestos muestran cumplidamente que el suelo, la altitud y el clima no guardan la relación que se les atribuye con el desarrollo de la economía agrícola y que el pueblo español no tiene el privilegiado destino de ser la raza más sobria del mundo.

¿Cuáles son entonces las causas decisivas de la escasa extensión de la superficie cultivada, de la insignificante proporción de los regadíos y del bajo rendimiento de las tierras labrantías, en general? ¿Qué condiciona esencialmente la productividad agrícola, la solución del problema agrario?

Para Campomanes y Jovellanos, Flórez Estrada y Joaquín Costa y para cuantos economistas y políticos contemporáneos han estudiado el asunto con ánimo de resolverlo, el problema es un problema de estructura económica y social, es decir de régimen de propiedad y el porvenir de la economía agrícola y de la cuestión social inherente depende de las transformaciones que se operen en dicha estructura.

En uno de los estudios más recientes sobre la materia, publicado en el diario madrileño "Pueblo", del 17-1-1958, con el título **Problemas permanentes de la agricultura española**, el Sr. Carrilero García, expone las causas del fracaso de la productividad en los últimos veinte años, en estos términos: "En el campo faltan posibilidades y perspectivas de ascender en la escala social. En los que trabajan se registran fenómenos de paro y falta de estabilidad. El absentismo da lugar a que grandes explotaciones estén en manos de administradores y encargados, que no obtienen los resultados que se conseguirían con la presencia del dueño. Los sistemas de explotar la tierra adolecen de fallos graves, que unas veces proceden de legislación incompleta y otras de falta de aplicación de la que existe. Las condiciones en que vive la mayoría de los obreros agrícolas y muchos pequeños propietarios son injustas e inhumanas". Tras haber analizado las causas del problema que nos ocupa, el Sr. Carrilero García coincidiendo con los autores mencionados más arriba, llega a esta conclusión: "Se impone, por tanto, como base fundamental para plantear un programa de desarrollo agrícola nacional, reformar la estructura de la economía rural". Y advierte: "Hay que sentar las bases de una auténtica justicia social". ¿Y cuáles son

esas bases? El Sr. Carrilero García las enumera por este orden: "El acceso a la propiedad del mayor número posible de trabajadores y pequeños empresarios, el incremento de la obra colonizadora en grandes zonas, y de las mejoras de la llamada colonización de interés local, así como la mejora de los colonos". Con esta última sugestión, el autor de este estudio demuestra además que la manera de llevarse a cabo la colonización, de la que trataré después, no responde a la magnitud del problema ni corresponde con los intereses de los colonos. Y concluye con esta advertencia: "Deben ofrecerse a los agricultores garantías suficientes para que el porvenir no sea una incógnita, y lo que ahora se resuelve con la emigración, que muchas veces es un viaje a lo desconocido, tenga cauces lógicos y oportunidades seguras".

Por su parte, el Sr. Anmente, al tratar de las repercusiones de la estructura del campo en la economía agrícola, en un artículo titulado **De los Santos Padres a la sociedad capitalista** aparecido en la revista madrileña "Indice", de octubre de 1959, dice: al terrateniente "suele importarle menos aumentar al máximo la producción agrícola que disponer de una riqueza cómoda y segura; y mejor que intensificar unos cultivos que pudieran aumentar sus costes, prefiere limitarse a las tierras más fértiles, dejando improductivas las restantes". Mientras tanto, agrega, "la mayor parte de la población española empleada en faenas agrícolas, vive en una economía de mera existencia, cuando no de terrible indigencia". Y como solución factible el Sr. Anmente no ve más que una reforma agraria eficaz que cambie radicalmente la estructura agrícola.

¿Cuáles son las características de dicha estructura?

En 1937, según datos que constan en el libro de A. Sieberer **Espagne contre Espagne** (Génova, sin fecha, pág. 31), 23,500 familias poseían el 67% de las tierras. A continuación da este cuadro sinóptico de la distribución de la propiedad:

50,000 latifundistas o sea el 1% posee el 50% del suelo.

700,000 grandes propietarios o sea el 14% posee el 35% del suelo.

1.000,000 de propietarios medios o sea el 20% posee el 11% del suelo.

1.250,000 pequeños campesinos o sea el 25% posee el 2% del suelo.

(son los minifundistas)

2.000,000 de jornaleros o sea el 40% no poseen tierra alguna.

Es decir, en 1937, el 15% poseía el 85% del suelo mientras el 65% trabajaba tierra ajena. El duque de Medinacelli por ejemplo es propietario de más de 80,000 hectáreas. Una parte de las grandes propiedades se destinan a dehesas y cotos de caza. Las tierras mal cultivadas, como las incultas, casi en su totalidad, pertenecen a los grandes terratenientes. De ahí, la necesidad de los cambios de estructuras sugeridos por los autores citados.

De lo que pueda ser la actual estructura del campo sólo conseguiremos formarnos una idea más adelante, ya que el último catastro data de 1936. Por el momento avanzaremos que desde 1939 se asiste a una mayor concentración de la propiedad, por diversos procedimientos:

Por confiscaciones y desahucios como consecuencia de la guerra civil. Los excesos en este dominio fueron tales y revistieron tal gravedad que fueron objeto de críticas acerbas incluso por las Asambleas de Hermandades y los organismos de Acción Católica. El propio Subsecretario de Agricultura, Sr. Lamo de Espinosa, aludiendo a ello en las Cortes, el 25 de abril de 1946, se vió forzado a decir —cito—:

"No sería justo mencionar, aunque sea de pasada, la Reforma Agraria (llevada a cabo entre 1931 y 1939) sin aludir a la contrarreforma... La contrarreforma —añadía— fue el más duro de los sarcasmos, la arisca reacción de la propiedad, la burla más cruel que pudo hacerse a la masa trabajadora con tantas virtudes de sobriedad y de honradez como la campesina, que acababa —teóricamente, al menos— de recibirlo todo sin haber reclamado nada por su parte, y a la que, de pronto, se negaba incluso el derecho a alimentar la esperanza de recibir algún día la propiedad de la tierra".

Otra parte de la tierra acumulada desde el final de la guerra civil, procede de la compra de parcelas de campesinos pobres y medios para quienes su escasa propiedad, a causa de los impuestos agobiantes, de la falta de abonos y semillas de calidad, del costo elevado de la vida, etc., la tierra representaba para ellos una esclavitud. A este respecto, el Sr. Ramírez Gómez, en el libro mencionado afirma que "los llamados campesinos medios, los que poseían una yunta o dos, con las que trabajaban parte del año sus propias tierras, y el resto como medieros las ajenas, han sido absorbidos casi en su totalidad por los terratenientes" pág. 24.

Otro de los procedimientos que han favorecido el acaparamiento de la propiedad es la ley llamada de concentración parcelaria que obliga a la venta de fincas de menos de cuatro hectáreas consideradas por el Estado como antieconómicas. Efecto de los diferentes modos de concentración de la propiedad es, como señala el catedrático Murillo Ferrol (véase libro citado) que, a pesar de que "España posee una baja proporción de clase media, en las zonas rurales donde predomina la gran propiedad, existe hoy una tendencia a disminuir aún más".

El proceso de acumulación de la propiedad se refleja también en la emigración y en la concentración de la población en las grandes ciudades. Sólo en el decenio 1940-1950 abandonaron las zonas rurales y semirrurales, 1.620,747 personas, de las cuales dos tercios se establecieron en Madrid, Barcelona y Valencia. Y ese proceso continúa como se deduce del incremento considerable de la emigración y como lo expresa el diario "ABC" de 13-2-60, de la llegada a la sola ciudad de Barcelona en 1959 de 28,548 personas procedentes del campo.

No obstante, el Estado español se ha propuesto modificar la estructura agrícola, que él mismo considera nociva para la economía del país. ¿Pero cómo? No procediendo a una reforma agraria amplia sino mediante la colonización.

Veamos qué significado tiene la colonización.

El Sr. Cavestany, alma del plan de colonización, escribía en la "Revista de Estudios Agrosociales" de octubre-diciembre de 1955 que el Estado —cito— "persigue mejorar la mala distribución de la tierra". ¿En qué sentido? "...nuestra población agrícola tiene que reducirse —subraya— en un 25% por lo menos, en un plazo breve; ...el principal objetivo de nuestra política agraria (es): liberar el campesino de la dura servidumbre de una tierra insuficiente para la absorción de su capacidad de trabajo; no darle un pedazo de tierra, sino arrancarle de la escasez". Y añadía: "Se destaca como primera finalidad de nuestra política agraria la de romper las dificultades estructurales que ahogan e impiden el desarrollo de nuestra agricultura". ¿Y cómo entiende el Sr. Cavestany romper esas dificultades estructurales o "mejorar la mala distribución de la tierra?" Haciendo desaparecer los minifundios, es decir, haciendo desaparecer al más de un millón de pequeños campesinos, lo cual merced a una legislación adecuada se está logrando a ritmo acelerado. Es decir, desposeyendo a los ya pobres de lo poco que tenían, favoreciendo la concentración de la propiedad en vez de repartirla. Mientras tanto el Estado, de acuerdo con otras leyes promulgadas al efecto subvenciona, por diferentes conceptos, fincas en explotación a condición de que tengan una superficie mínima de 200 hectáreas. Luego, el proceso de acumulación de la tierra continúa desde 1939, gracias a la intervención del Estado y la estructura acentúa el carácter semifeudal que la venía caracterizando.

Es verdad que el plan de colonización prevé la adquisición de grandes fincas por el Estado para distribuirlas a campesinos sin tierra. Pero en realidad la colonización es el instrumento legal para un mayor enriquecimiento de los ya inmensamente ricos pues las fincas destinadas a la colonización, siempre tierras mal cultivadas o incultas, son transformadas en regadíos o secanos productivos con dinero del Estado, quedando las tierras mejoradas casi en su totalidad en poder de los antiguos propietarios como lo atestiguan comentarios como éste publicado en el periódico madrileño "Ya" (cito):

"No conviene olvidar la gran proporción de tierras transformadas que quedan en poder de los propietarios: si bien están incluidas en cuanto a la ejecución de las obras, no lo están en cuanto a parcelación e instalación de colonos". Y el diario "Pueblo", de 18-1-58 por su parte, dice: "La creación de nuevos regadíos debe ir acompañada de estímulos económicos, pero ha de aspirar al objetivo inmediato de convertir en propietarios el mayor número posible de españoles".

Y la verdad es que si bien a consecuencia de desahucios, incautaciones, ventas de pequeñas propiedades y en virtud de la ley de parcelación y otras leyes las familias que han quedado sin tierra ascienden a cientos de miles, acentuando por lo tanto el proceso de concentración de la propiedad, el número de trabajadores beneficiarios de la colonización es insignificante. En efecto, según el balance del Instituto de Colonización de junio de 1956 el total de colonos asentados desde 1939, o sea en 17 años, es de 32,997, de los cuales sólo 4,926 son nuevos propietarios, los demás no lo serán hasta dentro de varios años, pues la mayoría de los asentados no gozará de la plena posesión del lote que le ha sido asignado hasta 40 años después de haber firmado el contrato. Pero dejemos aparte lo relativo a los contratos de asentamiento y atengámonos a la cifra total dada por el Instituto. Habida cuenta que la media anual de nuevos colonos es, según las cifras transcritas, de 1941, para dar tierra al millón de campesinos que la han perdido de una u otra manera habrían de transcurrir, al ritmo actual, 515 años y para que los más de 2 millones de jornaleros sin tierra accediesen a la propiedad, harían falta más de mil años. O sea, mientras que la liquidación de multitud de pequeñas y medianas propiedades ha requerido apenas unos años, el reparto de las tierras, previsto por el Plan de colonización a juzgar por los resultados obtenidos en 17 años— tardaría 1,500 años en llevarse a cabo.

Un ejemplo típico de la colonización nos lo ofrece el tan llevado y traído Plan de Badajoz, que es de lejos el más ambicioso.

El Plan Badajoz comenzó en 1952 y prevé la puesta en riego de 115,000 hectáreas y el asentamiento de 9,000 colonos. Según "Pueblo" de 5-1-1960 al cabo de 8 años de trabajos, se han transformado en riego 22,000 hectáreas o sea un quinto de lo previsto y se han asentado 1,180 colonos o sea un octavo de lo anunciado. Por consiguiente, la plena realización del Plan, al ritmo seguido hasta aquí, exigirá, de no interrumpirse totalmente, más de 40 años. Luego la colonización, según los hechos, significa un medio de enriquecimiento para los grandes terratenientes, e inversamente de empobrecimiento de la inmensa mayoría de los que no entraban todavía en la categoría de proletarios, ya que la política colonizadora encubre las leyes de expropiación forzosa dictadas contra las pequeñas y medianas propiedades juzgadas antieconómicas por los autores de ese Plan de Estado. El fracaso de la colonización o programa de la productividad del Estado español lo confirman por otro lado los índices de la producción y el informe del OECE oportunamente citados así como los comentados artículos de los señores Carrilero García y Anmente. Todo lo cual acredita la tesis de quienes sostienen que la solución del problema agrario está vinculada a la transformación radical de la estructura de la propiedad, transformación irrealizable sin una transformación del mismo género de la estructura económica de la sociedad.

Según el catedrático Murillo Ferrol, en el libro varias veces citado, "la estructura general de la sociedad española podría esquematizarse así: clase alta, 0,1 por ciento o sea 28,000 personas; clase media, 27 por ciento, o sea 7.560,000 habitantes, — obrera, 72.9 por ciento o sea 20.412,000 personas. La renta "per cápita", es, dice el Sr. Murillo Ferrol, de 212 dólares en España mientras que la media para Europa Occidental es de 519 dólares, o sea la renta per cápita en España es dos veces y media inferior a la media de Europa Occidental. Con ser la más baja renta "per cápita" de la dicha parte europea, el 27,1% dispone de más de 70% de la riqueza mientras que el 72,9% se reparte menos del 30%, lo que ilustra la afirmación de los redactores del informe del OECE sobre el bajo nivel de vida en España, nivel inferior al más bajo de cualquier país de Europa Occidental. Esta realidad ha hecho decir al cardenal primado de España, monseñor Pla y Deniel, en la sesión de clausura de la Semana Social celebrada a fines de noviembre de 1959, en Madrid: "Proclamar la doctrina social de la Iglesia y no aplicarla, constituye un grave escándalo". Y en la misma ocasión, el Obispo auxiliar de Valencia, indicaba que los congresistas habían estado todos de acuerdo sobre un punto, a saber que "no sólo la caridad, sino también la justicia, no son observadas". "Esto quiere decir, agregaba, que en nuestra sociedad falta el espíritu cristiano" ("Le Monde", 24-11-1959).

Esa estructura de la sociedad española, semifeudal y semicolonial, tiene un Estado a su imagen, un Estado que pone los recursos de la nación al servicio de los sectores sociales por él representados. Por eso, lo que para el país es un fracaso ruinoso, para esos sectores significa, por el contrario un éxito rotundo. De ahí la naturaleza de la legislación vigente inspirada en el incremento de las riquezas de los ricos que tiene como contrapartida el empobrecimiento creciente de los que producen la riqueza. Ello explica la evolución de la estructura agrícola, el alarmante atraso de los medios de producción, la exigua proporción de tierras cultivadas y el bajo rendimiento; el descenso constante del nivel de vida y la impresionante amplitud que toma la emigración. En una palabra, el rotundo fracaso de la productividad agrícola. Todo lo cual, da la mayor actualidad a estas palabras de Jovellanos escritas en 1795:

Las leyes vigentes —afirmaba— "encadenan la propiedad territorial a la perpetua posesión de ciertos cuerpos y familias, (que) excluyen para siempre a todos los demás individuos del derecho de aspirar a ella y (que) uniendo el derecho indefinido de aumentarla a la prohibición absoluta de disminuirla, facilitan una acumulación indefinida y abren un abismo espantoso, que puede tragar con el tiempo toda la riqueza territorial del Estado" (pág. 5). De ahí "tantos vicios y tantos males como afligen a los cuerpos políticos", (pág. 4) "la deserción de los campos y su débil cultivo" (pág.13).

La historia confirma en 1960 con la fuerza incontrovertible de los hechos los tristes vaticinios que inspirara a Jovellanos la estructura de la sociedad. Desde 1939, un grupo de familias se está "tragando" —según término de nuestro estadista— por mediación del Estado las riquezas que hasta entonces habían escapado a su imperio. En tiempo de Jovellanos el Estado protegía la emigración para favorecer el desarrollo económico del país. Desde hace más de veinte años y en especial en la última década, el Estado organiza la emigración en masa. Así, el director del Instituto Español de emigración, Sr. Rodríguez de Valcárcel, según "ABC" de 12-12-1958 declaraba: "La población de nuestro país aconseja una emigración anual a Hispanoamérica de 100,000 individuos durante los próximos quince años". "Hasta aquí no ha sido superior a los 80.000 individuos por año". Y agregaba: Además de la emigración a Hispanoamérica "hay otra a Francia, Suiza, Gran Bretaña, Bélgica y Alemania", la cual asciende en su conjunto a varios millones de personas.

El II Congreso de la Emigración española a Ultramar, celebrado el día de la Fiesta de la Raza de 1959, en Santiago de Compostela, bajo los auspicios del Estado y la participación personal del Ministro de Asuntos Exteriores, adoptó diecisiete conclusiones, de las que he entresacado éstas:

"Los grupos de emigrantes deben ser, fundamentalmente, originarios de las zonas donde se manifiesta un mayor desequilibrio entre su población y la economía regional de España, constituidos, en particular, por población campesina". Los emigrantes, —mediante convenios bilaterales entre Estados— estarán sometidos a "organismos competentes que velarán por que envíen a España, en las más óptimas condiciones, sus ahorros o rentas de trabajo". Dicho sea en otros términos: Las víctimas de la actual estructura de la sociedad, obligadas a la emigración por el Estado, deben confiar al mismo Estado que los desahucia, o sea a los beneficiarios de la estructura los "ahorros y rentas de trabajo" adquiridos en otros países. O lo que es lo mismo: por acuerdo con otros Estados, el Estado español convierte en divisas de las clases altas a sus propias víctimas.

El Congreso estableció además que "El derecho a emigrar, es un derecho natural derivado de la libre personalidad del hombre" y decidió por unanimidad que "el reconocimiento de este derecho deberá incorporarse a los textos fundamentales del Estado español", que es el equivalente de la Constitución del Estado en los demás países. (Véase "Mundo Hispánico", noviembre 1959, págs. 30 y 31).

La emigración no se limita al campo sino que alcanza también a la ciudad y a la mina. En efecto, en enero pasado el Gobierno español, ha establecido un nuevo convenio para la emigración con Argentina y Brasil. Y según "Le Monde", del 18-2-1960 —cito— "ha sido concertado un acuerdo para el envío a Alemania del Oeste de 25,000 obreros de la industria en paro". Este acuerdo prolonga y amplifica el anterior. Otro convenio análogo ha sido establecido estos días con Australia.

Estas son las perspectivas que se abren al campo y al campesinado en tanto no se resuelva el problema de la estructura económica de la sociedad española.

para una HISTORIA de estos 20 AÑOS

TESTIMONIOS

POR RAMON VIVES

Es el pseudónimo de un escritor español, a quien la estancia obligada en la España de Franco impide firmar esta valerosa recolección de testimonios.

LA inmigración española en Francia, iniciada a primeros de siglo, después de la pérdida de las últimas posesiones de Ultramar, debía reflejar, a partir de 1936, las vicisitudes dramáticas de la guerra civil. Durante la contienda numerosísimas personas de los dos bandos buscaron refugio al otro lado de los Pirineos, huyendo de los bombardeos, detenciones arbitrarias, "paseos" y asesinatos. Al producirse el hundimiento de la República más de medio millón de españoles cruzaron la frontera y conocieron, más tarde, los campos de concentración, la guerra, la deportación a Alemania. La Resistencia contra el ocupante fue obra, en gran parte de esta inmigración. Numerosos españoles entraron en París en 1944 con los tanques de Leclerc.

El final de la guerra mundial aportó una gran decepción a los republicanos. Las Naciones Unidas se limitaron a condenar moralmente al dictador y la invasión organizada en el Valle de Arán fracasó ante la indiferencia general del país, no restablecido aún de las graves cicatrices sufridas durante la guerra de 1936-1939. En 1956, según cifras del Ministerio del Interior, de los 215.489 españoles residentes en Francia, había aún 97.000 refugiados políticos.

A esta inmigración **política**, ha sucedido, a partir de 1955-56, una inmigración de **origen económico.** Empujados por la miseria, la carestía, el paro, millares de españoles vienen a buscar trabajo en Francia. Los hombres se colocan, sobre todo, en la construcción, si bien el número de mineros, obreros mecánicos y agricultores, aumenta de día en día; las mujeres se emplean como chicas de servir. Las regiones tradicionalmente ricas —Cataluña y, en especial, Valencia, después de las heladas e inundaciones de 1956— dan el contingente mayor de inmigrantes. Los gastos de pasaporte y viaje exigen una cantidad de dinero bastante respetable, que no está al alcance de todos los bolsillos. **Para emigrar se necesita, en cierto modo, ser rico.** Así, es curioso observar que los inmigrantes procedentes se regiones donde la situación económica y social es más dura —por ejemplo, Extremadura, Andalucía o Murcia— no han venido casi jamás a Francia directamente, sino después de una estancia más o menos larga en Cataluña o Valencia, primeras etapas de abastecimiento y reposo, en su viaje huyendo de la miseria.

Las personas interrogadas forman parte de esta novísima inmigración. Hemos procurado escogerlas de distintas regiones, de forma que reflejen mejor la situación y mentalidad de los obreros y campesinos de la España de hoy. Para prevenir posibles represalias hemos suprimido ciertos nombres o dado simplemente sus iniciales, de manera que impidan su identificación.

R. V.

JUAN E. jornalero, natural de V. provincia de Badajoz

Mi historia es de esas que, si vienen en un libro, no se creen: la gente piensa que el escritor se las inventa. He recorrido media España a pie, con el traje roto y casi descalzo, he mendigado un pedazo de pan de cortijo en cortijo y, durante meses enteros, he dormido a la fresca, por no encontrar dónde cobijarme. Ahora que me gano bien la vida y tengo mujer y techo, me gusta recordar las que he pasado, que una cosa es contarlo y otra vivirlo.

Mi padre era un pobre jornalero de V. y se casó con mi madre durante la Dictadura del General Primo de Rivera. Según llevo oído en mi casa trabajaba de peón en el campo y mi madre lavaba, fregaba y cosía para las gentes ricas del pueblo. Soy el mayor de cuatro hermanos. En Extremadura, las mujeres están todo el tiempo encintas y mi familia es de las menos numerosas de V. A pesar de eso, vivíamos miserablemente. Cuando vino la República tenía yo unos tres años. Mis padres trabajaban hasta rendirse y, lo que ganaban, no alcanzaba siquiera para comer. Recuerdo —mucho después— un discurso de Largo Caballero. La gente gritaba y levantaba el puño en alto. Meses antes del Frente Popular fui, por primera vez, a la escuela. Hasta entonces, había vivido en la calle, con los otros niños y no sabía nada de nada. Pero, como aquél verano hubo el Alzamiento, tuve que dejarla en seguida para ayudar a mi madre.

En la región de V. la tierra pertenece a un puñado de personas y, lo mismo encuentras grandes fortunas, que gentes que no tienen dónde caer muertos. Durante la República el Gobierno había prometido repartir la tierra entre los pobres y los ricos pasaron muy malos ratos. Poco antes del Alzamiento, el segundo Alcalde había querido encerrarlos a todos en el Iglesia, rociar las paredes con gasolina y prenderles fuego. El primer Alcalde no le dejó y no les hicieron nada. Pero cuando hubo la guerra, los ricos se echaron a la calle y mataron a más de cien infelices solamente en el pueblo.

Todo esto lo supe después, pues entonces era demasiado pequeño para enterarme de lo que pasaba. El mismo día del Alzamiento, mi padre desapareció de casa y luego nos dijeron que se había pasado al otro lado, con los demás jornaleros. Como había votado por la República, tuvo miedo de que lo fusilaran. Aparte de eso, en casa todo seguía igual. La línea del frente estaba a veintitantos kilómetros y mi madre lavaba y zurcía la ropa de los soldados nacionales. Yo iba a buscar leche a los cortijos. Una vez —debía de ser el día de Reyes— las autoridades reunieron a la chiquillería en la plaza del pueblo y nos dieron un juguete a cada uno. Mis padres no habían podido comprarme ninguno hasta entonces y fue el primer y último regalo que he tenido en mi vida.

Al acabarse la guerra, mi padre estuvo encerrado cinco meses en un campo. Un conocido suyo me dijo si quería ser pastor y, a los once años, empecé a guardar sus cerdos, cabras y ovejas. Mis hermanos eran demasiado pequeños para ayudar y pasábamos mucha hambre. Luego, al quedar libre, mi padre se encontró con que no le daban trabajo. Había que traer comida a casa e iba de buena mañana al monte, a recoger leña. Mis hermanos cargaban también con la que podían y mi pobre madre buscaba hierbas medicinales y raíces que luego vendía por unos céntimos en las farmacias del pueblo.

Con lo que ganábamos entre todos no podíamos comprar pan, ni arroz, ni aceite. La mitad de las noches nos acostábamos sin cenar y lo que comíamos era siempre lo mismo: hierbas del campo que llenaban y no alimentaban, aceitunas, bellotas, habas y, de vez en cuando —y era un auténtico festín— boniatos y patatas hervidos, sin aceite.

En el pueblo, la mayor parte de la gente las pasaba tan negras como nosotros. Los niños tenían los vientres hinchados y, en un solo invierno, murieron más de cincuenta personas. Había el Auxilio Social pero no ayudaba más que a los de Falange. Los demás era como si no existiéramos. De buena mañana los hombres iban a la plaza a buscar trabajo y, si nadie les llamaba, no tenían otro remedio que ir al monte, y coger caracoles, bellotas, hierba, leña. Cuando los dueños acotaron sus tierras, los denunciaron a la guardia civil y ¡ay, del que pescaban! le quitaban lo que llevaba encima y le arrimaban candela.

Los años siguientes, las cosas fueron de mal en peor: Mi padre seguía parado o haciendo alguna chapuza, mi madre cogiendo hierbas. Las que mis hermanos traían a casa las hervíamos para quitarles el gusto y las comíamos hasta hincharnos. En 1945, la sequía quemó las cosechas y los patrones no daban trabajo. En casa, no se podía aguantar ya. Un día —tenía diecisiete años y mi hermano segundo catorce— nos largamos los dos, sin prevenir a nadie. Para mis padres no éramos ninguna ayuda y, en cambio, estando fuera, había dos bocas menos.

Estuvimos quince días por los campos, de cortijo en cortijo. Dormíamos al raso, o en cuevas, o alojados por alguna persona caritativa. De lo que comíamos, será mejor que no hable. Muchos patronos, al verme pedir limosna, me gritaban: "Fuera. Que no quiero entretener haraganes!" y cuando yo les ofrecía trabajar mi hermano y yo a cambio de un poco de comida, se quedaban mudos y nos echaban a patadas.

Volvimos a casa tan pobres como antes y, al poco de llegar, nos ofrecieron cuidar unas piaras de cerdos, a varios kilómetros del pueblo. Aceptamos en seguida, la mar de alegres y estuvimos allí durante más de dos años. Ganábamos quince pesetas diarias entre los dos, una fortuna en aquel entonces. Mi hermana se vino también a vivir con nosotros, cogía hierbas y hacía la cocina. Las quince pesetas nos daban para vivir los tres: comprábamos habas y patatas y las hervíamos mezcladas con las hierbas del campo.

En casa, entre tanto, las cosas iban peor que nunca. Mis padres segían recogiendo hierbas y leña, pero no encontraban a nadie que se las comprara. No podían procurar siquiera por mi hermano pequeño y mi madre, la pobre, se lo tuvo que confiar a mi tía. En Agosto de 1954, cayeron enfermos los dos y, un tiempo después, mi hermana: Eran los años de hambre y las privaciones, el peso de todo lo que llevábamos sufriendo. El médico recetó unas inyecciones, pero nosotros no teníamos dinero. ¿Cómo íbamos a tenerlo si con las quince pesetas debíamos comer todos? En ningún lado querían fiarnos y tapoco podíamos empeñarnos, como hacían otros. En casa vivíamos como animales, sin colchones, muebles, mantas ni sábanas. Yo me estrujaba el cerebro buscando cuando, llegado el final del tiempo que habíamos apalabrado, el dueño de la piara nos regaló una cerdeta. Valía lo menos cien duros, de gorda que estaba, pero la tuve que vender por cuarenta. Con el dinero compré las inyecciones y, gracias a ello, mis padres se salvaron.

Mi padre estuvo en cama dos meses y mi madre cinco. Mi hermano y yo nos habíamos quedado sin trabajo y estábamos todos desesperados y hambrientos. Por esta época salté una vez en una huerta y cogí cuatro lechugas. Tenía tanta hambre que recuerdo que las comí sin aliñar, bajo un árbol. Pero alguién debió verme pues, al día siguiente, la Guardia Civil estaba en casa. Me llevan al cuartelillo y el sargento me pregunta: "¿Te gustan la lechugas, verdad?" y antes de que yo pueda darme cuenta de lo que pasa me encuentro en el suelo, con la cara hinchada.

Había que comer y, como era otoño, salía a coger bellotas a la montaña. En el pueblo las pagaban a doce pesetas la cuartilla y, yendo en familia, podían sacarse cinco o seis duros diarios. He olvidado decir que, desde hacía dos años, los amos habían acotado sus tierras y nos prohibían la entrada. Por cuatro perras, contrataban a un puñado de desgraciados que, para no morir de hambre, se ponían en contra nuestra. Cuando veían a alguno le daban el alto y avisaban a la guardia civil. Era un verdadero calvario: encañonándonos igual que criminales, nos llevaban a la cárcel del pueblo y allí permanecíamos cinco, diez, quince, veinte horas, hasta que les daba la gana soltarnos. Querían saber quién compraba las bellotas y arreaban fuerte para hacernos cantar. Un día que me pescaron con mi padre —que era viejo ya y acababa de salir de la cama— uno de los civiles —llevaba una pierna de goma, no lo olvidaré nunca— agarró una correa con tres nudos y le golpeó delante mío. Aún ahora no sé como no lo maté. Veía cómo íbamos vestidos y lo necesitados que andábamos, y se ensañaba todavía. En cuanto a mi, no sé las veces que llegaron a cogerme, ni los golpes que he recibido. Hubo ocasiones en que pasé veinticuatro horas en el calabozo —con los golpes, la humillación y la rabia— y nada más salir al día siguiente, que ya estaba otra vez en el monte. Los pobres no podíamos hacer otra cosa y, las palizas eran algo tan natural para nosotros, como para otros lo son la sequía, los rayos o las heladas.

En febrero de 1948, días antes de que me llamaran a filas —había acabado ya la época de la bellota—, salí a pedir por segunda vez con el menor de mis hermanos. Debía presentarme a primeros de marzo en la Caja de Reclutamiento y estuvimos fuera alrededor de veinte días. Al cabo, solo habíamos reunido dieciocho pesetas y un trozo de queso, que dimos a mi madre. Fue en este momento, creo yo, cuando decidí no volver nunca al pueblo. Los veinte años que llevaba en él no había conocido más que calamidades. "Cuando acabé la Mili —me dije para mi— iré a buscar los garbanzos a otro lado".

Me destinaron a Jetafe y allí pasé los mejores meses de mi vida. El rancho que no querían los otros me lo comía yo: estaba como en Jauja. En los ratos que tenía libres aprendí a leer y a escribir; y mandé una carta a mi padre. Nadie la pudo entender pero yo me sentía contento de mi mismo y, durante horas enteras, copiaba en una hoja de papel, los títulos de los diarios.

Tuve tres permisos para ver a la familia, pero no fui.

Por sus cartas, sabía que andaban igual que siempre y prefería no estorbarles.

Cuando me licenciaron era Noviembre de 1950.

Mi padre trabajaba en Almendralejo de los Barros, en la vendimia y, de paso para V., fuí a hacerle una visita. Durante el viaje había perdido un zapato

sin darme cuenta y me dió veinte duros para que me comprase un par nuevo. Yo le dije que lo compraría más tarde y, como era el final de la vendimia, nos encaminamos juntos al pueblo. Mi madre, al verme, se puso muy contenta: hacía casi dos años que llevábamos separados. Me hicieron de comer y, al otro día, me fuí a buscar espárragos silvestres con mi padre por la montaña. Estuvimos todo el día fuera y, por lo que, entre uno y otro cogimos ¡nos dieron solamente seis reales! Yo ya me había olvidado un poco de lo que había pasado en el pueblo y aquello me despertó. Estaba harto de trabajar y no comer e ir medio desnudo y pedir limosna. Se lo dije así a mi padre, que estuvo de acuerdo conmigo: "Si encuentras algo mejor fuera, aprovéchalo. Si no, aquí siempre tendrás tu casa". A mi pobre madre no me atreví a decírselo y le conté que iba a coger aceitunas a Almendralejo de los Barros.

De buena mañana me eché la manta al hombro y con las cien pesetas que me había dado mi padre para los zapatos, unas botas altas y el mono que me había traído del servicio, me fuí hacia la parte de Huelva. La primera etapa que hice en cinco días —al llegar la noche me tumbaba a dormir en los campos, envuelto en mi manta llena de agujeros— fue Valverde del Camino. Allí, un conocido me aconsejó ir a una finca de la Compañía de Minas de Río Tinto que llamaban Torreblanca. Me presenté donde decía y resultó ser una empresa de repoblación forestal. Había que abrir hoyos para plantar árboles. Se trabajaba a destajo, a razón de cuarenta céntimos la hora. Yo cavaba diez y doce horas y ganaba cuarenta o cuarenta y cinco pesetas diarias. En mi vida había cobrado tanto. "¿Estaré en Cuba?", me decía.

Pero al cabo de dos meses nos despidieron y tuve que buscar trabajo en Almonte, en unas fincas que son de los jesuitas, aunque figuran como del Patrimonio Forestal del Estado. Cuatro meses, sudando como un negro, por veintiún pesetas al día. En mi barracón dormían veinticinco hombres y los piojos se nos comían vivos. Hacía frío y por la noche "tocábamos diana con los dientes" —así llamábamos, entre nosotros, al momento en que nos despertábamos tiritando. Recuerdo que el día de San José los encargados nos vinieron a buscar adonde trabajábamos y nos llevaron a los barracones. Dentro había tres curas: Esperaban allí para confesarnos y cuando terminamos —nadie se atrevió a escabullirse— nos enviaron de nuevo a plantar árboles. Es la única confesión que he hecho en mi vida.

En mayo de 1951 un compañero me propuso ir a la Isla de Sevilla. "Te enseñaré a plantar arroz y ganaremos el triple de lo que aquí nos dan". Envié los dineros que había ahorrado a mi madre y me guardé veinte duros por si acaso hacían falta durante el viaje. Atravesamos a pie la provincia de Huelva y entramos en la de Sevilla. Ibamos los dos por la carretera, sucios y mal vestidos, y nos paró la guardia civil. Yo creía que nos iban a enchironar a los dos, pero los guardias nos miraron las manos y al ver los callos y cicatrices del trabajo, nos dejaron seguir adelante. Luego me enteré de que a los pobres que tenían las manos limpias los detenían por ladrones y los cascaban hasta hacerles confesar que habían robado. Llegamos a La Isla después de penar mucho y mi compañero me dijo: "Yo sé sembrar arroz, y tú no. De modo que busca faena por tu cuenta, que yo buscaré por la mía". ¡Después de haber comido de mi pan durante todo el viaje, en el momento de poder devolverme él favor, me dice que me las componga como pueda! Yo no sabía sembrar y, para empezar a aprender tuve que hacerlo gratis dos días. Al tercero me dieron veinticinco pesetas. ¡Doce horas haciendo caballones con los pies en el fango por cinco miserables duros! En la cantina no se comía por menos de treinta pesetas diarias y pasaba más hambre que un maestro de escuela.

Cuando aprendí a sembrar, pedí la cuenta y me fuí a otros arrozales. Allí, ganaba setenta pesetas por una jornada de diez o doce horas y me creía de nuevo en Cuba. Al final de la temporada, con los ahorros que había hecho, me compré un traje y un par de zapatos. Cogí el tren y, vestido y calzado, me presento en V. ¡Qué alegría y cuántos besos y abrazos!; mi familia estaba loca de contento al ver que me abría camino en la vida, pero mucha gente del pueblo que me recordaba entre dos civiles, cuando iba a buscar bellotas, estaban envidiosos y decían: "¿Habéis visto que traje tan lucido? No puede ser de él. Lo habrá robado".

Mi hermano pequeño acababa de cumplir los dieciséis años. Estaba parado, sin hacer nada y, viendo que yo me iba, me dijo que quería venirse conmigo. "Bueno, le dije yo. Lo que sea de uno será de los dos y los padres estarán más desahogados". Agarramos el tren para Lora del Río pero, al llegar, nos encontramos con que no había trabajo. Buscamos por los cortijos y nos ofrecieron arrancar patatas, él a veinte pesetas diarias y yo a treinta. Aceptamos y estuvimos allí una temporada. Al acabarse, nos fuimos a Bujalance, en la provincia de Córdoba, pues era la estación de la aceituna. En febrero de 1953 nuestra suerte empezó a cambiar. Un amigo nos dijo que encontraríamos trabajo por la parte de Valencia y cogimos el tren para Alcira. Como era la temporada de la naranja, me aceptaron enseguida en el almacén. Ganaba cuarenta pesetas diarias y mi hermano treinta. A los pocos meses de estar allí, conocí a una mujer del pueblo y nos hicimos novios: Me casé en 1954. A partir de entonces trabajaba en el pueblo durante los meses de la naranja y, el resto del año me iba a Cataluña —a Pals, en la provincia de Gerona— a sembrar arroz como temporero.

Y hubiera continuado así —ganando lo justo para comer los dos—, si la mala suerte no se hubiera de nuevo encarnizado conmigo. Mi mujer tuvo dos abortos en menos de un año y nos entrampamos por más de cinco mil pesetas. A los pocos meses se helaron las naranjas y los braceros nos encontramos sin trabajo.

Arreglé el pasaporte y arreglé el de mi mujer y me fui al Sur de Francia, a hacer la vendimia. Mi mujer se fue a París por su cuenta y riesgo y, cuando yo llegué, había encontrado colocación en una casa.

Me gustaría saber de letras para contar esas cosas en un libro. Entonces explicaría a todo el mundo que los españoles somos tratados en nuestro propio país como animales y que la mayor parte de las gentes que se creen muy santas y muy buenas no tienen ninguna consideración con los pobres. Diría que, para vivir como una persona he necesitado salir de mi país y muchas otras cosas más. Y si alguno creyera que miento, le daría infinidad de detalles sobre los lugares en que he estado y las gentes que he conocido, para demostrarle que lo que digo es la pura verdad y que no he inventado una sílaba.

MANUEL A. Jornalero, natural de L. provincia de Córdoba

Antes de empezar a hablar de mí, quiero decir unas cuantas cosas sobre el pueblo donde he nacido.

En la provincia de Córdoba y por la parte de Andalucía que conozco, la tierra no está repartida como en Valencia o en Cataluña. Unos tienen mucho y otros nada. En L. todo se cocina entre cincuenta o sesenta familias. Son las dueñas de los cortijos, de las fábricas de alfarería, del molino de grano. Al principio de la guerra, el Alcalde —uno de Falange— decía que luego que viniera la paz, no habría una casa sin lumbre, ni un trabajador sin pan. Cuando dejó de ser Alcalde, tenía coche, un piso en la capital y varios cortijos, pero la lumbre y el pan, los pobres, todavía los están esperando.

Yo nací en 1923 de familia de jornaleros y soy el segundo de seis hermanos. A los siete años, mis padres me mandaron a la escuela para que aprendiera letras. Pero a mí no me gustaba estudiar y, en cuanto podía, me escapaba a buscar nidos y a robar frutas por los campos. Cada vez que el maestro me preguntaba adónde iba, le decía: "A trabajar, que me lo ha pedido mi padre". En casa nadie se preocupaba de vigilarme y salí de allí tan ignorante como había entrado.

Poco antes de la guerra me enviaron a guardar cabras al monte. Comenzaba muy de mañana y no volvía a casa hasta la noche, todo por dos reales diarios. Una vez mi madre quiso comprarme unas alpargatas con el jornal y no pudo porque las más baratas valían ya, por aquel entonces, sesenta o setenta céntimos.

Estuve de pastor sólo unos meses. Después me fuí a trabajar la tierra con mi padre que, como era bastante mayor ya y no se había metido en política, no fue movilizado. Regaba la huerta, llevaba cargas, ayudaba la faena de los hombres y ganaba seis o siete duros al mes. Así hasta que cumplí dieciocho años.

Por este tiempo hubo una miseria por todo Andalucía como no se ha conocido otra igual. La gente comía trigo hervido, aceitunas, hierbas, y muchas personas murieron de hambre. El pan valía a 15 pesetas el kilo, el aceite a 40. Lo que daban de racionamiento para un mes, se acababa en dos días. Los braceros pobres no tenían más remedio que robar. Los dueños de los cortijos habían puesto guardianes que los denunciaban a la guardia civil y, al que pillaban tres veces, le aplicaban la Ley de Vagos y Maleantes y le enchironaban.

En casa, por suerte, nos defendíamos bien. Como mi padre trabajaba en los cortijos desde hacía cuarenta años, los amos, como un favor, le pagaban en especie: patatas, habas, garbanzos. Yo veía que el trabajador honrado ganaba lo justo para comer y no me hacía a la idea de soportarlo. Quería tentar la suerte en los toros —me iba a Córdoba, o adonde fuera cada vez que había corrida— y soñaba en ser famoso como Manolete.

Pero para hacer carrera, necesita uno tener posición o buen arrimo y yo no tenía lo uno ni lo otro. Me colaba en las plazas sin pagar e imitaba los lances a solas. En el pueblo había otros mozos que pensaban lo mismo que yo y, al cabo de unos años, acabé por desilusionarme. Y es que, en España, si las cosas fueran de otra manera, muchos que quieren ser algo encontrarían la ocasión y llegarían a ser con el tiempo figuras. Hoy día lo son los que han tenido oportunidades y se pierden muchos talentos.

Cuando me tocó hacer la Mili, un tío mío teniente coronel me mandó enchufado a Algeciras. Era asistente de un capitán que se pasaba la vida fuera y tenía todo el día libre... Ya entonces andaba perdido con las mujeres, pero mi paga de soldado no bastaba para invitarlas ni a una gaseosa. Veía que otros tan pobres como yo, se apañaban robando y convencí al Cabo de Suministros para que birlase el azúcar del almacén. "Coges cinco o seis kilos por semana y no hay Dios que se entere". La misma tarde, conchabado con él, me metí un saco pequeño en el capote y lo vendí por más de cien pesetas. Desde entonces íbamos a proponer el azúcar y el café por las casas y nos hinchábamos a ganar. Como los oficiales y jefes robaban también, hacían la vista gorda. De habernos denunciado a Sevilla hubieran tenido que responder también de sus regalos, juergas y coches, y no les interesaba.

Pasé año y medio así, encantado de la vida y, al volver al pueblo, me encuentro con que, por culpa de la sequía, los amos no daban trabajo. Bueno, pensé yo, cuando quieran de mí, ya vendrán a buscarme. Y me senté en casa a esperar.

A los pocos días de llegar, el Alcalde nos hizo decir que, para trabajar, había que sacar el Carnet Sindical. Valía cinco duros pero, como la gente de mi tierra es muy paleta y se cree todo lo que le dicen, los hombres se entramparon como borregos para obtenerlo. Yo fuí el único que tuvo pupila y no lo saqué. Y tal como había previsto, los demás aguardaron una semana, otra y otra, y el Alcalde, si te he visto no me acuerdo. Los patronos no llamaron a la gente hasta el invierno y, por barros soltaron el dinero para nada.

Y es que en Andalucía, el personal merece la suerte que tiene. Somos pobres porque nos da la gana de serlo. Yo ya empezaba a verlo claro entonces y, sin decirlo a mi familia, ahorraba para largarme. Un conocido mío había ido a Cataluña y me escribió diciendo que si venía, me encontraba casa y trabajo. En 1949 —un buen día— me lié la manta a la cabeza y tomé el tren. Tal como habíamos apalabrado, el amigo me esperaba en la estación de G. y aquella misma noche me presentó al dueño de una granja. Debía cuidar más de cincuenta vacas, limpiarlas, darles de comer, ordeñarlas y vender la leche en el pueblo por 800 pesetas al mes. Acepté enseguida.

Trabajaba desde que salía el sol hasta entrada la noche, sin domingos ni fiestas, pero el amo me daba techo y comida y su mujer me lavaba la ropa. He estado allí siete años. Y es que tengo una verdadera pasión por las vacas. Me gusta ordeñarlas, cuidarlas cuando están enfermas, ayudarlas a parir. Los dueños, además, eran muy buena gente y me trataban como a uno de la familia. Nunca, en siete años, tuvimos roces ni nos disgustamos.

Como he dicho antes, vendía la leche en el pueblo. Al año de trabajar el amo me había comprado una bicicleta e iba con una garrafa grande, a repartirla a domicilio. Y ahora voy a contar una cosa que todavía no he explicado a nadie: Para redondear un poco el mes aguaba la leche. En una garrafa de veinte litros, por ejemplo, metía cinco o seis de agua. Era una cosa que estaba muy perseguida en aquel entonces. Las autoridades decían que era un crimen y que se podían morir los enfermos, pero las personas entre quienes la repartía reventaban de salud y ni el veneno les hubiese hecho daño.

Había sólo dos solteronas ricas que siempre se quejaban: "La leche tarda mucho en hervir, Manuel... ¿Es que las vacas comen buenos piensos?". En el pueblo había un perito del Ayuntamiento que examinaba el suministro. Iba en bicicleta también y yo le conocía el ruido del timbre. Un día que bajaba la escalera de las viejas le oigo tocar en la calle y veo que para la bicicleta enfrente. El cabrón venía a por mí. Yo había vendido tres litros a las solteronas pero me quedaba otro tanto en la jarra. Y como no podía subir, ni bajar, ni echarla en ningún lado, hice lo único que podía hacer: bebérmela. Tres litros, en menos de cinco minutos. Salí afuera sudando y el tío me para: "¡A ver, la leche que lleva!". "La he vendido toda, le dije. Ya no me queda nada"... Me libré de un pelo pero, aquella noche me tuve que levantar a lo menos siete veces para ir al excusado.

A París me vine hará pronto dos años. Me había echado novia en el pueblo y su cuñado trabajaba aquí desde hacía tiempo. Me escribió diciendo que había una plaza para mí y agarré el tren en cuanto tuve el pasaporte.

Ahora gano noventa mil francos al mes en la construcción y me he casado. Mi mujer está colocada de sirvienta y tenemos una niña. Con lo que ahorramos los dos espero comprarme una granja con cincuenta o cien vacas y trabajar por mi cuenta. No me gusta que nadie me mande y, para mandar, me mando yo. Me estableceré en Cataluña porque mi mujer es catalana y allí me he abierto paso. A mi pueblo no quiero volver si no es a lucir y gastarme mil pesetas para que los de allí me vean.

JOSE G., Agricultor, natural de V. provincia de Cuenca

Nací en 1908, hijo de familia campesina y soy el mayor de cuatro hermanos: A. exilado en Francia desde 1939; L. que cruzó clandestinamente la frontera en 1946 y no ha vuelto a poner los pies en España; y R. agricultor como yo en un pueblo vecino al mío. Otro hermano J. fue fusilado por los fascistas al final de la guerra.

Lo ocurrido con mi familia no es un caso especial: en cada pueblo de la provincia existen decenas de historias parecidas. El alzamiento de 1936 nos lanzó a unos españoles contra otros y, desde entonces, las heridas no han vuelto a cicatrizarse.

Mis hermanos y yo luchamos del bando de la República porque la República defendía los derechos del campesino pobre. Yo estuve tres años en el frente —en Somosierra y luego por la parte de Caspe y Castellón— y fuí herido en El Escorial. Al terminarse la guerra volví a V. y los fascistas nos metieron en la cárcel a todos, incluso a mi madre. Cuando me juzgaron el Fiscal pidió para mí veinte años y un día, pero a falta de pruebas, tuvieron que soltarme.

Mi familia ha sufrido mucho, pero no me arrepiento. En 1936 creía que teníamos razón y lo sigo creyendo todavía. El Régimen nos ha vuelto más pobres que nunca. Durante veinte años ha tenido las manos libres para hacer lo que quería y las cosas van peor que antes.

Cuando salí libre en 1940, los jornales estaban a 7,20 diarios y teníamos derecho a solamente 50 gramos de pan. De estraperlo, se vendía a 5 pesetas el kilo y el aceite a más de 10.

En 1958 cobraba 55 pesetas y el pan está a 7, las alubias a 8, los garbanzos a 10 y el aceite a más de 16 pesetas el kilo. No cobramos el salario dominical, ni primas, ni pagas extraordinarias. La mayor parte de nosotros no sabe siquiera lo que es el Seguro. Con once duros debemos comer, vestirnos, calzarnos y pagar los gastos de farmacia y escuela. Durante la República, la instrucción era gratuita. Ahora doy 30 pesetas al mes por cada uno de mis hijos más 55 al comienzo de curso, por el certificado médico.

Nadie se ocupa de nosotros. El poco dinero de los Ayuntamientos, en lugar de invertirse en cosas útiles, modernizar las escuelas, por ejemplo, se gasta organizando romerías y festejos en honor de la Virgen de Fátima. En el pueblo de mis primos, las autoridades la nombraron Alcaldesa.

En los diarios se habla mucho del Plan de Concentración Parcelaria. Lo presentan como una gran mejora social y, en principio, debiera de serlo. En nuestra región se aplica desde hace unos años y su objetivo es el siguiente: los que poseen tierras repartidas en cuarenta sitios distintos reciben el equiva-

lente —en extensión y categoría— de las mismas, unido en una sola propiedad. Así el cultivo es mucho más fácil y permite el empleo de tractores. La modernización de los métodos aumenta la producción y, por consiguiente, el bienestar de todo el pueblo...

Esto estaría muy bien si el Estado y el Ayun- según sus necesidades. Pero como las tierras siguen tamiento se encargaran de la administración de las tierras y distribuyeran su cultivo entre las familias, en manos de sus dueños, los jornaleros no ganamos nada con el cambio. Lo que hacen, queda entre ellos y no nos aprovecha. Les sirve para decir que se ocupan de nosotros y engañar a los que van de buena fe con su propaganda.

Y así ocurre con todo. Cuando los periódicos cuentan una cosa, debe creerse lo contrario.

Para venir a París he necesitado más de 2.000 pesetas, un verdadero capital para un jornalero pobre. Aquí trabajo en la Construcción y ahorro en menos de un mes lo que no consigo reunir allí en más de un año.

Pablo O. Agricultor. Natural de B., provincia de Valencia.

La región de B. es una de las más ricas de España. Su producción principal es la naranja y, cada año, millares de cajas seleccionadas por las obreras y obreros del almacén son transportadas a Cullera, Valencia o el Grao de Gandía, donde embarcan con destino a Inglaterra, Bélgica, Francia o Alemania. La tierra suele estar repartida —a razón de 4, 6, 10 o 12 anegadas— y la mayor parte de las familias son propietarias. A causa de esto —y aunque, durante la guerra, Valencia quedó del lado rojo— es una de las partes de España donde abundan más los fascistas. Los propietarios —incluso aquellos cuyas tierras apenas dan para vivir y que son explotados como nosotros— tienen miedo de que una Revolución les quite lo poco que tienen y, en vez de querer mejorar su situación, se ponen siempre, de parte de los ricos. Después de las heladas de 1956 muchos han tenido que emigrar a París, como yo, duermen amontonados —seis y siete por habitación— lo mismo que yo y aún hablan en contra de los Seguros y los Sindicatos y van al trabajo cuando hay orden de huelga.

Mi familia era una de las más pobres del pueblo. Mi padre no tenía tierra y se ganaba la vida transportando mercancías de un sitio a otro, con un carro. Mi madre se ocupaba de las faenas de la casa —somos ocho hermanos— y trabajaba todo el día, desde que se levantaba hasta que se acostaba. Teníamos sólo dos camas y yo compartía la mía con mis hermanos pequeños. Mis padres dormían en la otra con el recién nacido y mis hermanos mayores en un colchón en el suelo. Lo que mi padre ganaba servía apenas para comer y nos levantábamos de la mesa con hambre. Con mis hermanos y otros chicos de mi edad, íbamos a la huerta a robar naranjas. Me mandaron un año a la escuela y no aprendí nada. Hice la Comunión y el cura nos habló de Dios y su Majestad Alfonso XIII. En casa andábamos cada vez peor y, a los nueve años, mi padre me envió a trabajar la tierra. Mis patrones me daban de comer y había una boca menos en casa. Cuando tenía once años, mi madre se murió. Mi padre vendió el carro y, desde entonces, hasta que tuvo más de setenta, trabajó de sol a sol en la huerta.

Cuando vino la República, acababa de cumplir doce años. Mi padre había votado por las izquierdas y algunos patronos no querían darle trabajo. Yo crecía como un ignorante y no sabía lo que quería decir: Blanco ni Rojo. No empecé a comprender hasta que llegó la guerra. En el pueblo se formó un Comité y los milicianos dieron el paseo a los fascistas más conocidos de la comarca. La vida había cambiado de la mañana a la noche y me interesaba por la política. Fui a las reuniones del Comité y escuchaba los discursos por la radio. Transcurrió así todo 1936. En enero del año siguiente, como la República necesitaba hombres jóvenes, me presenté a servir voluntario. Estuve un mes en Valencia, estudiando el manejo del mosquetón y me enviaron al frente de Madrid. Participé en los combates por la parte de Las Rosas y El Pardo. Por las noches asistía a clases para analfabetos y aprendí a escribir y a leer. Entonces mandé postales a todo el mundo diciendo: "La República me ha instruido" y recibí una carta dictada por mi padre, felicitándome. El no había aprendido nunca a leer ni escribir: firmaba con el dedo humedecido en tinta y, hasta el final de la guerra, guardé su respuesta en el bolsillo de la guerrera, para que me diera suerte contra las balas.

Un día, los oficiales pidieron voluntarios para una brigada de tanques, y me apunté. Fui a Archena —allá por Murcia— a seguir un cursillo de instrucción. Pasado el examen, me enviaron de nuevo a Madrid y, luego a Guadalajara. Había creído hasta entonces que la guerra la íbamos a ganar los republicanos y, poco a poco, me di cuenta de que las cosas no marchaban como era debido. Los fascistas habían comprado a nuestros Jefes y, cuando nos ordenaban atacar, lo hacían siempre a deshora. En Segovia nos lanzaron contra la artillería enemiga y estuvimos a punto de ser copados. La gente empezaba a murmurar, decía que estábamos vendidos. La aviación fascista nos bombardeaba. Hubo deserciones y nos mandaron del lado de Ciudad Real. Un día el capitán nos dijo que Madrid capitulaba y que se había acabado la guerra.

Volví a Valencia y, al llegar al pueblo, me encontré con que mandaban ya los de Falange. Fui a casa y, a las pocas horas, me vinieron a buscar. El jefe era un tal V. L. que se había pasado al otro bando al principio de la guerra. Me dijo: "Tu estabas con los comunistas y acompañaste a los milicianos que fusilaron a don Pascual". Ordenó que me encerrarán con los del Comité y gritaba que nadie me salvaría del paredón. A la tarde recibí la visita de un tío mío falangista. Había ido a ver a V. L. y los otros, y les contó que me habían llevado al frente engañado. "Es un buen chico, muy devoto de la Virgen y respondo por él". Y tanto porfió e insistió que acabó por convencerles, pues, al otro día me dejaron en libertad.

Volví a la huerta, con mi padre y mis hermanos. Era la época del racionamiento. Trabajábamos diez, doce y catorce horas por día y sólo teníamos derecho a medio litro de aceite y 3/4 de kilo de harina mensual por persona. Lo que se repartía, no bastaba para alimentar a un niño de cinco años, había que comprar el aceite, el arroz, las patatas y el pan de estraperlo. Los jornales estaban entonces a ocho pesetas y un litro de aceite valía veinte. Comíamos pan de maíz, boniatos, nabos, naranjas. En el pueblo había muchos tuberculosos y mi hermana pequeña murió de meningitis en menos de una semana.

El año 41 me llamaron a servir. Me destinaron a Melilla y permanecí allí 43 meses, sin ver a mi padre. Después de la jura de la bandera el Capitán me había nombrado furriel y, por primera vez en muchos meses, podía comer hasta hartarme. Pero el sargento de la compañía se vendía los efectos de los soldados y se llevaba muy mal conmigo: Como no había querido seguir su ejemplo, tenía miedo de que yo le delatara. Un día le pedí el petróleo de la tropa sabiendo que se lo había pulido. "Estaba ayer en el almacén y yo mismo vi como lo sacaba". Viéndose perdido, empezó a chillar, me cargó la culpa a mí y dió parte por escrito a los Jefes, que tomaron por moneda de ley todo lo que decía y, por haber defendido los derechos de mis compañeros, me enviaron al Gurugú, castigado.

Me licencié el año 45 y me casé once meses después. Mi mujer es de un pueblo vecino a B. y me había carteado con ella durante la Mili. Me ha dado tres hijos: un varón L. nacido en 1947 y dos hembras M. y V., nacidas respectivamente en 1951 y 1954. Su familia es casi tan pobre como la mía y todo lo que poseemos, apenas si alcanza una anegada. Cuando volví, me encontré con una situación aún peor que la que había dejado al marcharme. Los jornales estaban a cinco duros y el arroz no costaba menos de 10 pesetas el kilo, la harina de 16 y el aceite de 28. Al casarme, me había tenido que empeñar para comprar un traje nuevo a mi mujer y yo no tenía más prenda que una camisa y unos pantalones de soldado. Lo que llevaba a casa después de penar 12 y 14 horas en la huerta, no alcanzaba para comer nosotros dos. Mi mujer empacaba naranjas en el almacén, durante la temporada y, al llegar a casa a la noche, tenía que fregar y hacer la cocina. Cuando me dijo que estaba encinta se echó a llorar. Era la ruina de los dos y había que encontrar algo para salirse del paso.

Conocía a un muchacho que había estado en el frente conmigo y que, desde el racionamiento, vivía del estraperlo. Fui a verle y le dije: "Esto no puede seguir así. Me mato trabajando y lo que gano no cunde nada. Mi mujer espera un niño y necesita un poco de descanso. Si no me ayudas, no tengo otro recurso que robar". J. me dijo que tenía algo para mí y, al día siguiente, me llevó a Sueca y me dió la dirección de un individuo. "Dile que vienes de mi parte y que estás en un apuro". Cumplí lo que me ordenaba y el hombre me entregó un saco con 60 k. de arroz en cáscara. "Te lo dejo a dieciocho reales el kilo —dijo— En Gandía podrás venderlo a más de un duro". Le entregué las 270 pesetas que J. me había adelantado y cargué con el saco en la bicicleta. En Gandía tenía amistad con los dueños de un colmado, que me pagaron 340. Me quedaba 70 pesetas limpias para mí y compré un filete de ternera para mi mujer y seis botes de leche condensada.

A partir de entonces, durante más de dos años recorrí la comarca en bicicleta, cargado con sacos de 70, 80 y hasta 100 kilos de arroz en cáscara. Era una verdadera aventura. La Guardia Civil vigilaba los caminos y los de la Fiscalía de Tasas abrían todos los envoltorios sospechosos a la entrada de los pueblos. Había que obrar con mucha astucia. Al que caía, le confiscaban lo que llevaba, le ponían una multa y, encima, lo molían a palos. A un chico de O. lo tuvieron que hospitalizar de la paliza que le dieron. Por eso, acostumbrábamos a salir de noche y, por caminos poco conocidos y, cuando veíamos una pareja de civiles, volvíamos atrás, para dar la voz de alarma.

Cada vez que veían a un hombre con un bulto, fuese en bicicleta o a pie, los guardias le daban el alto. Una noche dieron una batida en camiones y, de mi pueblo sólo, pescaron a seis. Yo no había salido aquella noche porque tenía al chiquillo enfermo y me libré de milagro. Una vez que iba con J. por la carretera —no había luna y era noche cerrada— se nos echaron encima dos civiles. Mi amigo iba delante y pudo escapar, pero a mí me dieron con la culata del mosquetón en la espalda, perdí el equilibrio y caí de la bicicleta. Creyéndome perdido ya, maldecía mi suerte. El que me había golpeado hizo ademán de romper la rueda delantera. Al caer, la cadena se había salido del engranaje y le expliqué que no tenía por qué temer: que el engranaje y el piñón estaban rotos y que no podía escaparme. Creyó él mis palabras y, en lugar de destrozar los rayos, me ordenó que empujara la bicicleta hacia el pueblo, delante de él. Pero, al rodar, la cadena había vuelto a ajustarse al engranaje. Esperé que hubiera una curva, salté al sillín y, sin hacer caso de sus gritos, torcí por un camino de carro y me largué a campo traviesa.

Fue la única ocasión en que topé con los civiles. Durante dos años salí todas las noches con mi bicicleta y Dios, el demonio, la suerte o lo que sea, siempre me fueron favorables. Pero mi mujer perdía el sueño esperándome y a fines de 1948, como las cosas se normalizaban un poco, volví a las faenas del campo. Los jornales estaban a 35 pesetas y, trabajando los dos, ganábamos lo suficiente para subsistir.

Conviene explicar, ahora, las condiciones en que vivimos en el pueblo. Los exportadores naranjeros no pasan de una docena —aunque la tierra está repartida, los hay que poseen 100, 150 y hasta más de 200 anegadas— y se ponen de acuerdo entre ellos para fijar el nivel de los jornales. Cuando se acaba la temporada, el trabajo escasea y, a veces, durante meses enteros, se trabaja a razón de cuatro, tres y aún dos días por semana. ¡Setenta o cien pesetas para atender a las necesidades de toda una familia!

No se conoce la paga dominical y el que quiere trabajar su propia tierra el domingo —porque trabaja la de los demás durante el resto de la semana— no tiene derecho a hacerlo. Si el cura o algún otro lo denuncia, le clavan una multa de 25 o 50 pesetas. Durante muchos años no ha existido el Seguro y aunque Girón lo prometió, de hecho, sigue siendo letra muerta. Los patronos jamás lo han aplicado. Así, conozco el caso de un hombre que, con sus hijos de 13 y 14 años, trabajaba en el almacén de F. Un día oyó un discurso sobre los derechos del padre de familia y fue al patrón, a reclamarle los puntos que le debía. El patrón no solamente no se los dió, sino que los echó a los tres a la calle. Podría contar muchas historias parecidas y llenaría un libro de más de mil páginas.

Los braceros somos muchos y la faena escasa. Los patronos siempre llevan las de ganar y nos explotan como quieren. El que no va a Misa no tiene fama de rojo encuentra difícilmente ocupación. Los amos no le llaman nunca y tiene que humillarse como los demás o morderse los puños de hambre. No hay unión y, si uno no quiere doblar el espinazo, digamos, por menos de cuarenta pesetas, el patrón halla siempre otro que se vende más barato. El pueblo se ha ido llenando estos últimos años de emigrantes andaluces y, como los jornales son más altos aquí que en su tierra, aceptan lo que muchos de nosotros no queremos aceptar. De este modo, los patronos tienen siempre la sartén por el mango. Y, a la que uno levanta la voz o quiere hacer valer sus derechos, lo acusan de comunista y nadie quiere emplearlo.

Tal es la situación, ni más ni menos. Mientras dura la temporada de la naranja, se trabaja día y noche y se gana lo justo para comer. ¡Cuántas veces he visto pasar íntegras las ganancias de un mes en el campo o el almacén en liquidar las cuentas pendientes con el colmado! Al final del invierno, la gente ha pagado ya todo lo que debía, pero no ha podido ahorrar ni cinco. La mujer y los hijos esperan en casa algo para comer y, maldiciendo lo humano y lo divino, hay que volver a entramparse. Esto, en lo que respecta a la comida. Queda, luego el problema de vestir, calzar, pagar la escuela a los hijos... En estas condiciones, cualquier enfermedad supone una verdadera catástrofe. Los gastos de farmacia son elevados y se contraen nuevas deudas. Cada invierno temblamos mi mujer y yo, pensando en la salud de los hijos. Están en pleno crecimiento y hay que comprarles nuevos trajes, alpargatas, zapatos. Todo eso es normal entre gente como nosotros y mi región es, como he dicho, una de las más ricas y afortunadas de España.

Cuando en Enero de 1956 hubo las heladas, la situación se hizo insoportable. El frío destruyó enteramente la cosecha, matando a centenares de árboles. Nadie, ni los más viejos del pueblo, habían visto nada parecido. Era la ruina para todos y el comienzo de otros años de hambre. El Gobierno anunció medidas de ayuda —una miseria— y el cura dijo que la culpa la teníamos nosotros, que habíamos ofendido a Dios con nuestros pecados. Los jornales que, en diciembre de 1955, rebasaban las 50 pesetas, cayeron de golpe, a menos de 35. Al comienzo, ninguno de nosotros quería aceptar, hasta se habló de hacer una huelga. Pero el hambre apretaba y, una vez más, tuvimos que rebajarnos: ¡meses enteros mendigando siete duros a los patronos, que nos los daban como quien hace un favor! Las tiendas no fiaban a nadie y mi mujer y yo nos encontramos en las mismas condiciones que diez años antes cuando, cansado de trabajar y no comer, tuve que dedicarme al estraperlo.

A fines de 1956, con dinero prestado, me vine a Francia. Desde la helada habían emigrado una docena, sólo de mi pueblo y, con poca diferencia, ocurría lo mismo en toda la comarca. Era el comienzo del éxodo y, después que yo me fuí, han salido varios millares. París entero está lleno de valencianos. Se les encuentra en el trabajo, en la calle, en el metro. Los hombres vienen a trabajar en la construcción o en las fábricas. Las mujeres se colocan como chicas de servir y cuidan los niños ajenos sin saber si, en el pueblo, alguien cuida los suyos propios. Los domingos por la tarde nos reunimos en la Avenue de Wagram, en la Rue Tiquetonne, o en las bocas del metro Pompe. Cada vez topamos con conocidos que acaban de salir del pueblo y nos enteramos de lo que allí ocurre. Es así que, al poco de llegar yo, supe lo de las inundaciones. La gente decía que se habían ahogado diez mil, pero los diarios sólo hablaban de cincuenta. ¡Vete a saber quién tenía razón! Me contaron que en un cine pasaban las fotografías y fuí. Ví a Franco por las calles de Valencia y la gente que le aplaudía y jaleaba. Parecía imposible, pero era cierto: ¡Aplaudido por los mismos que, por su culpa morían de hambre!. Y es que los españoles no sabemos lo que queremos, gritamos mucho y, a la hora de la verdad, nada: a veces creo que merecemos nuestra suerte. Yo no podía ver aquello y tuve que salir a la calle.

Ahora trabajo ocho horas en una fábrica y gano cincuenta y cinco mil francos al mes. Duermo en un hotel, con dos amigos, por el precio de cuatro mil francos. Para comer gasto menos de seis mil y, el resto, se lo envío a mi familia. Sé que me explotan, pero no me quejo.

Muchos españoles dicen que los obreros franceses nos desprecian y los tienen muy criticados, pero yo creo, al revés, que se portan bien con nosotros. Los que venimos a trabajar aquí pensamos sólo en ahorrar dinero y en hacer horas extraordinarias —lo mismo que los Andaluces que van a Valencia— y, a pesar de eso, se portan mejor ellos con nosotros —extranjeros—, que nosotros, con nuestros propios compatriotas.

Lo que ocurre es que los españoles no sabemos pensar, y, cuando les oigo meterse con algo de aquí les digo: "Si tan mal estáis ¿por qué no os volvéis a España?". Entonces no saben qué responderme y se callan.







ALLI PASO PERDIDO,
PIE PURO QUE ANDA EL SUEÑO







TAMAYO